



Suegra *no hay más que una...*



¡gracias a Dios!

MANUAL DE SUPERVIVENCIA PARA NUERAS, YERNOS Y DEMÁS

FLOR ENJUTO

Índice

Dedicatoria
Introducción

1. EL PRIMER ENCUENTRO

Casos extremos
Cómo, cuándo y dónde

2. LAS PRUEBAS DE FUEGO

La primera comida en su casa. Repite conmigo: «La suegra cocina mejor que Adrià»
Os vais a vivir juntos. Repite conmigo: «La suegra es mejor ama de casa que yo»
Los regalos y otros atentados terroristas. Repite conmigo: «La suegra siempre acierta»
Los amigos de la suegra. Repite conmigo: «Si la suegra gana, yo gano»
De blanco y por la iglesia. Repite conmigo: «La suegra tiene razón»
Las peleas con los demás. Repite conmigo: «Yo por mi suegra mato»

3. CITAS FAMILIARES Y OTROS TERRORES DEL INFRAMUNDO

¿A tu casa o a la mía?
La familia política
Juntos y revueltos

4. YERNOS, NUERAS Y DEMÁS

Feminismo intermitente
Maternidades y paternidades
Aliados *ma non troppo*
Cada oveja con su pareja

5. AMIGAS PARA SIEMPRE

El espionaje
No sin mi hijo
A su imagen y semejanza
En la flor de la vida... otra vez
Amor —y plagio— incondicional
Enmendando errores

6. TRES NO SON MULTITUD

La suegra acoplada
La suegra protagonista
La suegra lastimera
La suegra boicoteadora
La suegra encantada
La suegra suplantadora

7. ASÚMELO, TU SUEGRA TE DETESTA

- En pie de guerra
- Flexible como el junco
- La intensidad por venganza
- Cada una en su casa y Dios en la de todas
- La venganza silenciosa
- Cómo descubrir que tu suegra no te tolera. Ni una mijita

8. EL PODER DE LAS EX

- Chungas, chonis y arpías. Las ex como azote de la suegra
- Cuando la ex es la nuera ideal
- Una de tantas. Cuando hay demasiadas ex
- La primera de la lista. Cuando no hay ex

9. LA JEFA

- La suegra entrometida
- La suegra machista
- La suegra supervisora

10. TU SUEGRO. ESE HOMBRE

- El buen suegro
- El ausente
- El castigador
- El malvado
- El maltratado
- El secuaz
- Locos, sátiros y otras rarezas

11. HISTORIAS PARA NO DORMIR. LA BODA

- Tu vestido
- Su vestido
- El convite
- Los invitados
- El gran día

12. LA SUEGRA INVASORA O CÓMO SOBREVIVIR A LA COLONIZACIÓN

- Las excusas
- Las consecuencias
- La expulsión

13. LAS CONSUEGRAS. DUELO DE TITANES

- Amor *consuegril*
- Enemigas íntimas
- Pasiones unilaterales
- La hora de la verdad

14. PARA CORTARSE LAS VENAS

- La suegra puñetera
- La suegra entusiasta
- La suegra quisquillosa
- La suegra desobediente

15. ENFADOS, DESENCUENTROS, VÍCTIMAS Y VERDUGOS

- Por qué evitar las peleas

- Las razones de la afrenta
- Suegras carne de cañón
- La reconciliación

16. LA SUEGRA FUNDAMENTALISTA Y OTROS DRAMAS VITALES

- El impacto en tu vida
- Algunas suegras fundamentalistas

17. ABUELÍSIMAS

- La abuela «escúchame, niña, que yo sé de lo que hablo»
- La anteriormente conocida como buena abuela
- La abuela acaparadora
- La abuela pasota
- La abuela negligente
- La abuela ausente

18. LA BUENA SUEGRA

- La suegra cobarde
- La suegra pardilla
- La suegra madre
- La buena (buena) suegra
- Cómo reconocer a una buena suegra

Créditos

Para Carlos. Mil veces más te volvería a decir que sí.

Introducción

«Y fueron felices y comieron perdices». Con esta surrealista frase, mitad emocional mitad gastronómica, terminan prácticamente todos los cuentos de hadas de la historia, cuando después de una sucesión de desgracias propias de un mal de ojo profesional, con intentos de asesinato con agravante de parentesco, encierros en altas torres, hechizos de magia negra para dormir como un lirón y disgustos varios propios de una telenovela —incluyendo manzanas envenenadas, ruelas malignas y una trenza de la longitud de Chile con la que envejecer desenredándotela después del baño—, el príncipe, que no pierde el tupé ni luchando contra el dragón, besa a la chica semimuerta, la revive, la sube a su corcel blanco y se alejan bosque a través, rumbo a su nueva y felicísima vida. Y ahí aparece con elegante letra inglesa la palabra fin, como si en realidad fuera el final y no el principio.

Porque una puede haber terminado con una mala racha de conatos de envenenamiento, convivencia forzada con siete enanos cochinos y *satirones* y tutes de limpieza de rodillas y a cepillo, con dos ratones en el bolsillo del delantal, pero ahora que las aguas se calman y suena la musiquilla ambiental, ¿adónde crees que la lleva el tipo del tupé? Pues a casa de la suegra. Y solo Dios sabe lo que le espera allí a la pobre criatura.

Porque las suegras son seres de armas tomar y hay que temerlas y respetarlas, como al perro del vecino que tiene colmillos de mamut y mirada de loco perturbado o al carnicero del barrio que se cambia el hacha de mano mientras corta las costillas y maldice su estampa.

Hay suegras mandonas, con dedo en alto y vocación militar; suegras invasoras, que vienen a tomar café y se quedan apalancadas en tu sofá hasta la jubilación; suegras bipolares, que te aman y te odian intermitentemente dependiendo de por dónde les sople el aire, o suegras malvadas cuya única meta en su vida es complicarte la tuya. Pero también hay suegras amables, que matarían porque las metieras en tus contactos favoritos del Whatssap, suegras pardillas de las que todos se aprovechan, incluida su vecina del quinto que lleva dos años sin lavadora, y, por supuesto, también hay buenas suegras. Pero buenas de verdad. Como la mía.

Sea como fuere, lo suyo es estar preparada para el amor *suegril* o para la contienda cuerpo a cuerpo y conocer todas las claves para salir airosa de las complicadas situaciones a las que una nuera ha de enfrentarse. Y si no, al menos, para no acabar llorando sin saber por qué la suegra no te quiere, con un bote de litro de helado de *stracciatella* y una caja de ansiolíticos. Con lo que han subido los ansiolíticos.

Enfrentarse al primer encuentro con la familia política y a todo lo que puede salir mal, lidiar con suegras «peculiares» que te quitan el sueño y las ganas de vivir, superar la prueba de los grandes eventos familiares sin seguro de accidentes ni protector de estómago, darle esquinazo a la amistad

forever and ever de la suegra y a su tedioso calendario de citas para dos o mantener a las consuegras lo suficientemente alejadas para que no haya crisis internacionales ni heridos de gravedad son solo algunas de las situaciones que analizaremos a continuación. Básicamente, para conocer si existe alguna posibilidad de sobrevivir. O no. Y todo ello basado en historias reales como la vida misma de otras nueras y otras suegras, de sus estrategias, sus encontronazos, sus aciertos y sus meteduras de pata para aprender con la experiencia ajena y si no, al menos, para consolarte con la idea de que el mundo está lleno de suegras. Mal de muchos...

Pasen y lean.

EL PRIMER ENCUENTRO

El momento de conocer a la suegra hay que encararlo como quien se enfrenta a un virus letal asiático, a una boa constrictor o a un toro bravo con síndrome de abstinencia. Con valentía, decisión y, sobre todo, con una bomba de humo en el bolsillo con la que huir si las cosas se ponen feas, no tanto porque la suegra sea peligrosa en sí misma —no todas, al menos—, sino porque en el primer encuentro con ella solo tendrás una oportunidad de sobrevivir. Un paso en falso y quedarás desterrada al taburete cojo en las comidas familiares.

No importa las ganas que haya dicho que tiene de conocerte, lo cariñosa y amable que sea según la vecina del tercero derecha y las tiernas anécdotas que te haya narrado tu pareja para dejar entrever lo buena persona que es y lo poco que debes temerle a la cita. No hagas caso. Entrénate. Aunque lo niegue, la suegra lleva semanas preparando el encuentro como si fuera un agente de la CIA con su contacto en Irán, construyendo discursos cargados de amenazas veladas, que solo tú sabrás interpretar y que enfatizará clavándote sus *gigantoojos* hipermétropes, dejando caer sutiles preguntas para saber quién eres y qué es lo que buscas en su retoño y analizándote como si fuera un escáner aeroportuario o una portera cotilla con bata floreada, sin dejar escapar ningún detalle, que la suegra antes de suegra fue madre. Y a las madres no hay quien las engañe.

Investiga sus gustos, sus filias y sus fobias, su tendencia política, sus creencias, su historial médico, sus años de hipoteca y hasta la fortaleza de sus uñas de gel por si la situación se complica. Y a partir de ahí, elabora un concienzudo plan para caerle bien y para que vea en ti a la futura esposa de su hijo y a la amorosa madre de sus nietos. Luego, traza un plan B, un plan C y un plan de emergencia, que incluya la llamada de una amiga para comunicarte que a tu padre le ha dado un ataque fraudulento de gota para poder salir huyendo. Y no te vengas arriba y tires la agenda negra con los teléfonos de tus ex. Igual te va a hacer falta.

Y es que las cosas que pueden salir mal en un primer encuentro con la suegra son infinitas, tan infinitas como las ganas que tienes de salir huyendo a esconderte bajo una piedra de un país sin acuerdo de extradición. Y tan impredecibles como la vida misma, que una va a ese encuentro a lo loco sin saber qué va a encontrarse al otro lado de la puerta acorazada y, si quiere sobrevivir, tiene que ir preparada. Sobradamente preparada.

Lo primero y fundamental es hablar poco. Aun con el riesgo de parecer idiota. Que luego una se emociona y acaba haciendo un alegato a favor de la abolición de la tauromaquia y tachando de asesinos a toreros y aficionados por el sufrimiento al que someten al pobre animal indefenso... Y

antes incluso de ver cómo a la suegra se le va hinchando la vena de la frente, descubres en la vitrina una foto de *El Juli* vestido de luces, al borde de la rotura de esternón a causa del abrazo de oso que le está dando la suegra, que posa sonriendo de oreja a oreja, como si le hubiera tocado el Euromillón.

Hablar de la crisis y de los corruptos y de la pandilla de sinvergüenzas que hay en tal o cual partido, que son todos un atajo de ladrones que deberían estar en la cárcel o en un sitio peor, para que la suegra se acabe de tragar el último bocado de bizcocho y te anuncie con la ceja levantada que ella no solo está afiliada al PP desde que era Alianza Popular, sino que además se ha presentado en las listas de las municipales en las dos últimas legislaturas y es amiga personal de Bárcenas desde el colegio.

Puedes creerte cuando tu suegra te cuente que lleva un año esperando para que le hagan una radiografía de tórax en la Seguridad Social, y hacerte la indignada dejando claro que habría que sacar dinero para la sanidad aunque fuera del Ministerio de Defensa, que ya está bien de destinar millones a armas y a los militares que no sirven para nada... Y que mientras defiendas la posibilidad de vivir sin ejército, el suegro se vaya desabrochando la camisa con cara de pocos amigos para enseñarte el escudo del Tercio Alejandro Farnesio, Cuarto de La Legión Española que tiene tatuado en el pecho izquierdo.

Igual de peligroso es tener un excesivo afán de agradar, que no hay que aspirar a una doble vuelta al ruedo. En la primera cita, con tal de que no te echen vas sobrada. Que luego una empieza a querer ser más papista que el papa y la acaba liando.

Como cuando te preguntan si fumas y no solo lo niegas como si te estuvieran acusando de doble parricidio a pesar de que fumaste cinco años y aún hoy te echas alguno cuando nadie te ve, sino que haces una defensa de la vida sana y censuras a los fumadores y cómo ponen al resto de la población en el disparadero de un cáncer de los malos, tan solo porque te ha parecido que tiene cara de antihumo radical. Hasta que la ves encenderse un Marlboro, claro.

Puedes elegir el atuendo más triste de tu armario para ir a conocer a tu suegra como una niña buena, primera de su promoción, que nunca se ha tomado dos copas y se acuesta a las nueve y media de la noche, sábados incluidos, para encontrarte a una suegra vestida de antisistema, con una camiseta de Extremoduro y las mismas botas que tú has dejado en tu armario en pro de esos zapatos de medio tacón de catequista, que te dan depresión de solo mirarlos. Y a ella también. O sea que al final si hubieras ido de ti habrías triunfado, no como ahora, que te detesta por tu alterego fraudulento que ni siquiera existe. Un follón.

También hay que tener cuidado con otras cuestiones más mundanas como no romper el reloj de porcelana que llevaba cuatro décadas en la familia, dejando a la suegra al borde del colapso nervioso y planeando contratar a un sicario para que te parta las piernas y te clave las manecillas en los globos oculares. O procurar no darle más que un par de sorbos al vino, que luego comes poco por fatiga y para que crean que tu sobrepeso es fruto de la retención de líquidos, y acabas pillando una cogorza importante. Y a ver cómo haces para llevarlo con dignidad y no hablarle en polaco a tu recién estrenada suegra.

Casos extremos

Como siempre, la realidad supera la ficción y a veces habrá que enfrentarse a situaciones extraordinarias. Extraordinariamente horribles. Y habrá que hacer de tripas corazón, sacar fuerzas de flaqueza o salir corriendo escaleras abajo hasta el primer taxi libre que veas. Todas las opciones son válidas, que en la guerra, como en la cola del supermercado y en el primer encuentro con la suegra, todo vale.

La situación complicada puede venir por su parte y no porque la mujer sea una mala persona, sino porque igual está en una etapa temprana del síndrome de Noé y ha tenido un disgusto con la mujer de la limpieza, la cuestión es que tienes que sentarte a tomar café sobre una montaña de tomos sueltos de la enciclopedia universal y revistas de 1993 manchadas de *ketchup*, con cuatro gatos sobándote las pantorrillas.

O puede que la mujer tenga bigote, pero no una inocente pelusilla sino un mostacho nivel Pancho Villa, y no puedas dejar de mirarlo con cara de espanto por mucho que te esfuerces en no hacerlo. Y se dé cuenta. O que sea una religiosa radical y te obligue a persignarte frente a las doscientas vírgenes a tamaño natural que tiene en el inquietante salón.

La salud también puede jugar una mala pasada y que el té verde que le traen especialmente de Marruecos te siente como un tiro y, ante la vergüenza de entrar en su baño a darlo todo, huyas en mitad de la merienda quedando como una loca o una maleducada, o te quedes allí sentada como si no pasara nada, sudando frío y con cara de tener un *shock* multiorgánico severo, sin poder prestar atención más que a no perder el control de tu esfínter.

La conjunción de los astros y tu nivel de mala suerte en sangre también puede dejarte envuelta en situaciones complicadas, como que tu suegra sea la misma mujer con la que te mataste viva la semana pasada en la parada del autobús porque quería colarse, o la que fue tu profesora de Matemáticas II y que apenas recordabas porque hacías pellas en tres de cada cuatro clases y cuando asistías era para reírte de ella y de su boca de rape, porque era tu época de adolescente guay y rebelde. Y lo peor, ella lo recuerda mejor que tú.

Con las manos en la masa

Para ser justos he de decir que esperaba que mi suegra fuera mucho más insoportable de lo que en realidad era, a juzgar por los avisos de su hijo sobre lo suspicaz y lo «mijitas» que era su madre.

La mujer era normal, algo pesada explicando las bondades de la madera de los nuevos muebles que acababa de comprar para el salón y la tapicería tan suave y exquisita del sofá blanco, que prácticamente estábamos estrenando y que mi terror a mancharlo hacía que no me atreviera siquiera a probar bocado. Pero aparte de eso, era una mujer agradable, que mantenía las distancias, dejando claro que no íbamos a ser las mejores amigas desde el principio, pero sí correcta y amable, que al fin y al cabo ya era más de lo que yo esperaba.

Estuvimos más de una hora charlando animadamente junto con mi suegro, que era un tipo simpático, y mi novio, sobre las noticias de actualidad, mi trabajo en el instituto y los sueños de ser astronauta de mi suegra, que quería pisar la luna antes de morirse aunque tuviera que vender el piso y la casa de la sierra para pagarse uno de esos billetes privados de los que había oído hablar en la radio.

En esto estábamos cuando mi suegro se fue al comedor a buscar los álbumes de fotos familiares para que pudiera ver a su mujer volando en una cápsula de gravedad cero de cuando fueron a Houston de vacaciones, y mi suegra y mi novio se encerraron en la cocina para preparar más café o, lo que es lo mismo, para hacer una primera evaluación del encuentro.

Mientras les esperaba, noté que algo extraño estaba ocurriendo en mis pantalones y, horrorizada, me di cuenta no solo de que había

empezado con la regla, aunque no me tocaba hasta dentro de una semana, sino que había mancillado el amado sofá blanco con un manchurrón del tamaño de Brasil.

Aún recuerdo el frío que me recorrió el cuerpo como si fuera a morirme del susto y cómo saqué una toallita de esas perfumadas que siempre llevo en el bolso y empecé a frotar como una maruja epiléptica, a ver si la mancha se acababa difuminando, pero nada. Es más, iba a peor y se extendía en un tono a ratos rojo intenso, a ratos rosa palo, que no había manera de disimular.

Y es que ya era suficientemente dramático el hecho de haber manchado el sofá nuevo de mi suegra el día de nuestro primer encuentro, para que, además, se tratara de una mancha de regla, lo que era doblemente horrible y bochornoso.

Pensé rápido y actué. La mancha no iba a borrarse, así que puestos a pasar vergüenza, mejor que fuera por ser una manzana que por aquello y, decidida, cogí mi café con leche y empecé a verterlo despacito, gotita a gota sobre la mancha de sangre, así solo tendría que decir que se me había derramado la taza.

Y agachada estaba, volcando el café sobre el carísimo tresillo nuevo de mi suegra, cuando esta apareció en escena y me pilló derramándolo con toda la intención del mundo. Pensé en decirle que tenía un trastorno bipolar o un principio de narcolepsia que me hacía perder la consciencia a ratos, pero al final confesé y aunque a mí me parecía una historia muy coherente, a nadie se lo pareció y eso que me ofrecí a pagar el tinte.

Por suerte, aquella relación no duró mucho más.

Imagino que mi suegra no me habría perdonado nunca tener una menstruación tan irregular.

Y es que son tantas las cosas que pueden salir mal en el primer encuentro con la suegra que lo mejor es no pensar en ellas para no acabar hiperventilando en el portal y llegando a la cita con cara de trastornada, risa nerviosa nivel «estoy en tratamiento» y ojos de cabra lastimera. Que las suegras, como los pitbulls, huelen el miedo desde lejos y no hay que darles ventaja. Sobre todo si aún no sabes de qué pie cojea la tuya, porque lo mismo se apiada de ti y te acoge en su seno maternal, que te clava la cucharilla de café en la yugular antes de darte los dos besos.

El hermanísimo

Conocí a mi suegra casi por casualidad. A mi novio se le habían olvidado las llaves del coche y me invitó a subir con él, aunque era la primera novia que presentaba en casa y el asunto le angustiaba un poco. De hecho, ya llevábamos juntos casi un año y no conocía ni a su perro.

El encuentro fue como la seda, que para eso soy publicista y sé venderme, y creo que sus padres quedaron satisfechos, mi novio feliz y yo contenta, hasta que llamaron a la puerta y apareció su hermano, que no era otro que un chico con el que mantuve un extraño y pasional idilio de tres días, hacía como cinco años, en un festival de música.

Estuve por encerrarme en el baño y envejecer allí junto al lavabo para no enfrentarme a aquella incómoda situación. Sin embargo, el hermanísimo se me acercó como si nada, se presentó como Alberto, aunque yo hubiera jurado que se llamaba Álvaro, y me dio los dos besos de rigor, sin hacer ninguna referencia al hecho de que ya nos conocíamos de una vida anterior.

La relación fue evolucionando hasta el punto de que acabamos hablando de boda y, hasta entonces, mi cuñado nunca dio un ruido ni tuve indicios de que hubiera contado nada sobre nuestra historia, lo que no evitaba que cada vez que le mirara me asaltaran todo tipo de miedos. De hecho, cuando nos proponía hacer algún plan con él y su novia, yo siempre ponía excusas para no ir porque me daba una vergüenza terrible tenerlo cerca. Y mi suegra, que se daba cuenta de estos feos hacia su hijo, me miraba peor que mal, tratando de atar las pistas que yo iba dejando.

No se lo conté a nadie. Ni siquiera a mi amiga Nuria, que fue mi compañera de andanzas de aquellos días y que se lió con el amigo de mi cuñado en una relación tan intensa y exprés como la mía. Y llegó el gran día del enlace. He de reconocer que tuve miedo de que mi cuñado soltara algo en el discurso e incluso que antes de la boda se hubiera sentido con la obligación moral de confesárselo a su hermano y que este no apareciera en el altar o que lo hiciera con una versión *on fire* de su madre dispuesta a arrancarme la mantilla... Pero nada. Todo fue bien.

Comimos, reímos, nos besamos, bebimos y bailando estábamos, cuando mi amiga Nuria llegó corriendo hasta mí en mitad de la pista y me dijo:

—No te lo vas a creer, tía, ¿te acuerdas de aquel tipo con el que te liaste en Benicàssim? —y antes de que me pusiera a hiperventilar pensando que lo había reconocido, me soltó—: es el novio de la boda del salón de al lado... ¡Qué fuerte! Acabo de verlo y nos hemos saludado y todo y lo que es mejor, su amigo está allí y hemos quedado en vernos ahora... ¿te lo puedes creer?

Claro que no podía creérmelo, así que con mi mantilla arrastrando y mi cubata de ron me fui al salón de al lado a comprobar las pesquisas de Nuria, y allí estaba él. Se llamaba Álvaro, tal y como yo recordaba, nos saludamos efusivamente y nos reímos de la enorme casualidad de habernos encontrado en el día de nuestra boda. Y volví a mi salón, relajada y feliz, con el mejor de los regalos bajo el brazo al saber que nunca me había acostado con el hermano de mi marido, al que fui a abrazar cariñosamente para acabar inmediatamente con ese distanciamiento que yo había impuesto desde aquella primera tarde en la que nos conocimos. Y a lo lejos, desde su asiento en la mesa presidencial, vi a mi suegra sonreír.

—Tía, ¿sabes de qué acabo de darme cuenta? Que tu cuñado se parece un huevo a Álvaro... pero un huevo... —me dijo Nuria cuando terminamos de abrazarnos—. ¿A que sí?

—Anda, loca, que estás borracha...

Y nos fuimos a bailar al centro de la pista como descosidas.

Un ataque de ansiedad bajo las sábanas

Como en la peor de las comedias estadounidenses, yo conocí a mi suegra mientras estaba en la cama con mi novio. Todo un clásico que casi me deja calva del mal rato y que, aún hoy, me sonroja recordar.

Era el fin de semana en el que mi novio y yo, ya treintañeros ambos, cumplíamos un año juntos y habíamos decidido pasarlo entero en su casa, en la que vive con la única compañía de su gato, que es un animal independiente y desagradable, que me mira como si le estuviera quitando el espacio vital, vamos, que no me extrañaría que estuviera planeando matarme. La cuestión, es que habíamos previsto un fin de semana romántico, metidos en la cama, viendo pelis, dándonos arrumacos y más... y haciendo proyectos de futuro, que, por lo pronto, empezarían por presentarnos a las respectivas familias.

Y justo estábamos en el momento más álgido del asunto, cuando escuchamos un ruido en el salón y, antes de que mi novio pudiera terminar la frase tranquilizadora de «no te preocupes que es el gato, que tiene costumbre de...», una señora de mediana edad con pelo cardado abrió la puerta del dormitorio.

Era su madre, a la que, según pude saber después, le había contado que se iba el fin de semana de viaje para poder estar conmigo y librarse del cumpleaños de la abuela.

—Chiquillo, como me dijiste que estabas fuera con el trabajo, pensé que con el desastre que eres, seguro que se te había olvidado echarle la comida al pobre gatillo y había venido a echársela yo —nos explicó, mientras yo me tapaba con la sábana y ponía cara de «juroquenosoyunacualquiera» y luchaba por no morirme de vergüenza.

La parte positiva es que parece que a mi suegra aquello le parecía lo más normal del mundo e incluso se sentó a los pies de la cama a charlar.

—Bueno, ¿y esta muchacha tan guapa quién es? ¿Tu novia? Ay, hija mía, que mi niño es muy descastado, yo soy Mari y cuando quieras te vienes a mi casa a que te prepare un buen puchero, que te veo muy *delgailla*, y así charlamos más tranquilas.

Me estampó dos besos como si quisiera fracturarme los pómulos, se despidió y salió del cuarto cerrando la puerta tras de sí. Y antes de que pudiera meter la cabeza bajo las sábanas y tener mi contenido ataque de ansiedad, volvió a abrirla, asomó la cabeza y soltó:

—Oye, y nada de protección, ¿eh? —dijo riéndose—. Que mi niño es ya muy viejo y yo quiero nietos ahora que todavía puedo criarlos.

Y volvió a salir dando carcajadas.

Al menos, la mujer tenía sentido del humor.

Cómo, cuándo y dónde

Además de la buena disposición de ambas, de que lleves la ropa planchada, la sonrisa ensayada y la bandeja de dulces caros, el contexto también es primordial para acercarnos al éxito, porque no es lo mismo conocer a la suegra en un entierro que en una fiesta, ni a las seis y media de la mañana, cuando uno no tiene ganas ni de vivir, que a las seis y media de la tarde después de una reconfortante siesta de hora y cuarto. Dónde va a parar.

Así que, en la medida de lo posible, habrá que circunscribir el primer encuentro en una condiciones que nos sean óptimas. Esto es, nada de reuniones familiares a mogollón, donde te creas que estás a salvo y que pasas desapercibida entre tanta gente, cuando en realidad los tienes a todos con los ojos clavados en ti, agrupándose en la cocina para dar su veredicto o si eres más o menos gorda que la anterior. Y al final, en lugar de ganarte a cuatro, tienes que ganarte a treinta y dos. Agotador.

Huye también de acontecimientos importantes como el cumpleaños o la cena de aniversario de la suegra, aunque sea en *petit comité*, que ya es bastante presión tratar de no liarla en una triste merienda un miércoles por la tarde, como para enfrentarte a la de no arruinarle a la pobre señora el día de su onomástica. Que eso no se olvida nunca.

El concierto

Mi novia me anunció que estaba invitado al sesenta cumpleaños de su madre justo cuando acababa de comprar las entradas para ir a ver a Bob Dylan con mi hermano, una ocasión que llevábamos años esperando. Pero, claro, una novia es una novia y más la mía, que es una mujer de carácter, y el hecho de que el concierto coincidiera en fecha y hora con la fiesta no suponía para ella problema alguno. «No vas y punto». Al concierto, claro.

Al parecer, el cumpleaños era el evento de la década y tenía que estar toda la familia para celebrarlo por todo lo alto, máxime cuando mi suegra había pasado una complicada enfermedad y, según mi novia, era el momento perfecto para mostrar mi apoyo y hacer las presentaciones oficiales.

Mi hermano no se podía creer que iba a dejar de ver a Dylan en directo para ir a la fiesta de cumpleaños de la madre de mi novia, a la que ni siquiera conocía, pero cuando le dije que le regalaba mi entrada para que fuera con algún colega, empezó a verle color al asunto y dejó de atormentarme, que eso ya lo hacía yo solito.

La cuestión es que llegó el día y allí estaba yo como un señor, con mi traje y mi corbata dispuesto a dar la mejor de las impresiones a mi futura familia política. Conocí a mi suegra, que era una mujer encantadora, a sus hermanas y hasta a alguna amiga de su trabajo, siempre mostrando mis dotes de galán de telenovela para caer en gracia, y me dejé torturar hasta la saciedad por los sobrinos de mi novia, que hasta me derramaron una copa de vino en el pantalón que estaba estrenando.

A quien no veía por ningún sitio era a mi cuñado, el único al que conocía y que esperaba tener de apoyo cuando me presentaran a mi suegro, que era el que más mal rollo me daba por aquello de que medía dos metros y había sido boxeador. Así que le pregunté a Noelia:

—Oye, ¿y tu hermano dónde está, que no lo he visto?

—Ah, ¿no te lo dije? No ha venido. Se ha llevado a mi padre al concierto de Bob Dylan, que les hacía mucha ilusión y como a mi madre no le importaba...

Y lo peor es que acabé casándome con ella.

LAS PRUEBAS DE FUEGO

Tener una suegra es ya un miedo para toda la vida. Como quien tiene propensión al ardor de estómago y vive pendiente de un hilo en cada comida de empresa para no acabar hablando de las ventas de septiembre con el esófago en llamas. Con lo feo que está eso.

Pues más o menos lo mismo. Tener una suegra es como tener una espada de Damocles sobre la cabeza, una bien grande y afilada para que impresione más. Y es que con una suegra no solo te la juegas la primera vez, cuando todo es postureo, sonrisa forzada de las que hacen palpitar las sienas y ganas de agradar, sino que te la juegas a cada minuto de cada hora de cada día que paséis juntas el resto de vuestras vidas. Sí, tan terrorífico como suena.

La parte positiva es que la suegra acabará queriéndote, aunque solo sea un poco, e incluso aunque al mismo tiempo te deteste, terminará perdonándote algunos defectillos como a un miembro más de la familia, que para eso le perdonó a su prima que fuera de blanco a su boda y, lo que es peor, con un vestido más bonito y más caro que el suyo.



Sin embargo, aunque toda situación entrañe un riesgo y la suegra lleve en el bolso la libreta de apuntar fechorías, no todos los fallos puntúan igual... vamos, que no es lo mismo que no le contestes al mensaje de Whatsapp del mono que baila flamenco en una litera a que te rías de su chihuahua con obesidad en grado tres.

Situaciones importantes hay tantas como quisquillosa sea tu suegra, que tampoco es igual tener una suegra melindrosa y propensa al drama, para la que todo es un ataque en mayor o menor medida, que una desnaturalizada de las que no se acuerda del año de nacimiento de su hijo —de sus nietos ni hablamos— y para la que la mejor manera de terminar una comida familiar es no empezándola o convirtiéndola en un aperitivo de veinte minutos para poder volver pronto a casa a disfrutar del silencio y de la soporífera biografía de la primera feminista africana.

Sin embargo, y aunque cada suegra sea única, existen momentos decisivos que vienen a ser comunes en cada casa y para los que hay que estar preparados o, por lo menos, advertidos. Que luego vienen los dramas.

La primera comida en su casa. Repite conmigo: «La suegra cocina mejor que Adrià»

Uno de los trances más complicados que tiene toda relación con la suegra es el momento en el que esta decide invitarte a comer a su casa por primera vez, sobre todo si eres vegetariana o tienes un anillo gástrico o no ingieres alimentos con ojos o tienes reflujo o simplemente eres delicada con las comidas. Básicamente, porque toda suegra tiene la certeza de que cocina mejor que Adrià y que si no ha abierto un restaurante con media docena de estrellas Michelin es porque no le ha apetecido, con el lío que tiene ella con la casa y las clases de mantenimiento que da cada mañana en el polideportivo... Pero que talento tiene para desbancar a cualquiera, que ya se lo dice su hermana Pili, que sus croquetas no tienen parangón.

Lo lamentable del asunto es que esto es una ilusión óptica como otra cualquiera y que al menos la mitad de las suegras cocina mal. Es un hecho comprobado, aunque nadie se atreva a decirlo en alto por miedo a las represalias. Y punto.

Si a esto, que ya es un drama en sí mismo, le sumamos que la suegra quiere hacer el triple salto mortal culinario cuando vayas a casa y sorprenderte con un plato innovador y complicado, con más de doce ingredientes y empleando técnicas variadas, incluyendo el maldito robot de cocina y la máquina de vacío que se compró en la *Teletienda*, lo normal es que el experimento no dé muy buen resultado o, al menos, no el mismo que hubiera dado un sencillito pez espada a la plancha con una ensalada o un pollo al ajillo de toda la vida de Dios.

En su lugar tendrás que prepararte para verte un domingo a las tres de la tarde, enfrentándote a un gazpacho de sandía y frutos rojos, con langostinos de Sanlúcar y leche de coco, que te revoluciona la flora intestinal de solo olerlo y un *rissotto* de arroz, del que ni se pasa ni tiene sabor y que cruje al masticar como si estuvieras royendo clavos, acompañado de verduritas crudas —y cuando digo crudas quiero decir que parten dientes y saben a mata— flotando en un lapachero de dos litros y medio de nata. Un capricho de los dioses.

Sobra decir que tendrás que comértelo todo, aunque acabes de superar una gastroenteritis nivel *premium* o seas alérgico a la lactosa o aunque la pinta del menú sea tan horrible que hasta el perro huya a esconderse en el dormitorio para que nadie le ofrezca las sobras. Tendrás que comértelo y además fingir que lo haces con agrado, con mucho agrado, como si fuera el mejor plato que has probado en tu vida.

«De verdad, Paula, que yo no sabía que tú cocinabas tan bien, que hay que ver el punto tan bueno que le has dado a esto». Si no eres capaz de identificar el alimento, señálalo con el dedo mientras pones cara de éxtasis fingiendo que aún disfrutas del sabor retronasal de aquello. La suegra te lo agradecerá.

Y si quieres alcanzar la máxima puntuación, ármate de valor y pídele la receta, te llevará dos horas y media de tu vida escuchando hablar de dobles cocciones y batidos a punto de nieve, pero tendrás a la suegra en la palma de tu mano.

Es probable que su familia y su marido se relaman de verdad, pero no te dejes engañar y dudes de tus papilas gustativas; lo que ocurre es que las pobres criaturas llevan años probando sus guisos y mantienen con ellos una especie de síndrome de Estocolmo gastronómico porque son ellos o la

inanición, que tu suegro solo sabe cocinar callos y porque se lo enseñaron en la mili.

Nunca, bajo ningún concepto, te atrevas a decir que a un plato le falta sal o tiempo de cocción, ni siquiera de una manera educada. Eso sería como arrancarle el corazón a la suegra, pisotearlo y lanzarlo por la ventana del patio.

Obviamente, tampoco puedes decir que algo no te gusta, ni siquiera que no te sienta bien, aunque sea verdad y tengas que atiborrarte a antihistamínicos o antidiarreicos para sobrellevar el almuerzo, que por amor se hacen cosas peores y la suegra es lo primero. Y si eres vegetariana, te aguantas. Luego, si quieres, puedes purgarte en casa o autoflagelarte por comer huevos que no sean de granja, pero a la suegra la respetas. Hombre ya.

El conejo *Jeremías*

Cuando la madre de mi novio le dijo que me invitara a comer ese domingo, me hizo muchísima ilusión porque yo sabía que la primera novia que entraba en casa y suponía un importante paso hacia adelante en nuestra relación.

Me preocupé de buscar el atuendo adecuado para la ocasión, de comprar un par de detalles para llevar a modo de regalo y hasta de preparar mentalmente algunas conversaciones para romper el hielo y parecer agradable e ingeniosa sin resultar cargante. Todo preparativo era poco para la primera vez. Aquello debía ser un éxito.

Sin embargo, todo fue una sucesión de catastróficas desdichas desde que entré por la puerta con mi vestido amarillo con lunares blancos de niña bien y mi suegra se santiguó con cara de haber visto al demonio de dos cabezas, porque al parecer era una mujer muy supersticiosa y para ella vestir de amarillo era condenarse a la mala suerte y, lo que es peor, condenar a los que están cerca, o sea a ella y a su familia.

Después de disculparme por aquello con cara de apio sin saber muy bien de qué iba el asunto, le entregué una caja de bombones y una botella de vino que les había traído, para que la señora me contara que era diabética y que no podía ni oler el chocolate y que en esa casa no se bebía alcohol porque su marido era un alcohólico rehabilitado y no querían ponerle las cosas difíciles. Ni a drede.

Por eso cuando me senté a la mesa y descubrí que el plato principal era conejo, decidí hacer de tripas corazón y salvar aquella cita como fuera, a pesar de que hubiera preferido comerme un plato de coles de Bruselas con escalopendras salteadas.

Y es que cuando era pequeña, mis padres me llevaron a veranear a casa de mis abuelos al campo, donde había gallinas, cabras y conejos. Yo, que no tenía más de siete años, me pasé medio verano jugando con un conejo gris al que llamé *Jeremías* y que era una preciosidad. Pero una tarde, ya casi a finales de las vacaciones, no encontré al animal por ningún sitio, y mi abuelo, que tenía el tacto de una lija, me dijo que lo habían sacrificado, que para eso se crían los conejos, y que no llorara tanto que con él habían hecho el arroz que habíamos comido y que tanto me había gustado. Ahí es nada.

Por suerte no caí en una depresión infantil porque en el pueblo las depresiones no se llevaban, pero aquella fue la primera y la última vez que comí conejo, no por hacerle un homenaje al pobre *Jeremías*, desollado y refrito, sino porque para mí era como comerme un perro o el muslo derecho de mi hermana. Una cosa que no estaba bien.

Pero, claro, el patio estaba como para contarle la historia de *Jeremías* a la familia, así que me hice a la idea de que aquello era pollo y me lo comí entre buchets de agua y mendrugos de pan.

Sin embargo, la mente es poderosa y antes de terminar el plato, empezaron a darme unas arcadas tan fuertes que hasta mi pobre suegro, aterrorizado, se echó las manos a la cara por si le echaba una bocanada a los ojos y, aunque traté de evitarlo, al final tuve que salir corriendo y vomitarlo todo en el pasillo, ante la mirada ojiplática de toda la familia.

A pesar de todo, Nacho y yo nos casamos y mi suegra acabó aceptándome, aunque tenemos un trato implícito: ella no me cocina conejo y yo no me vuelvo a vestir de amarillo. Ni tampoco le confieso a nadie que devora los bombones a escondidas.

Y de momento, nos va muy bien. A ella y a mí. A sus niveles de glucosa no tanto, la verdad.

El robot de cocina y otros disgustos

Cuando mi suegra se compró el robot de cocina, nadie presagiaba la que se nos venía encima. Y es que ella siempre ha cocinado mal

tirando a horrible, que la pobre mujer se ve que no tiene mano para guisar, pero al menos se quedaba en los platos básicos y más o menos se dejaban comer porque muy mal tiene que freír uno las patatas para que no sean comestibles. Aunque haya que invertir dos botes de *ketchup*.

Pero, claro, cuando se hizo con aquel artilugio con unos puntos que le iba guardando su amiga la del quiosco, la mujer se creció y ya se negaba a freír croquetas y a hacer pucheros. Ya solo quería hacer *vichyssoise* al estilo parisino y empanadas de carne con especias del lejano oriente, que bien hubieran servido para emplastar las paredes del salón o acabar con la vida de cualquier vecino a la salida del portal.

Mi novio, que el pobre es propenso a los ardores de estómago, tuvo que empezar a comer fuera de casa inventándose que le habían ampliado el horario en la oficina porque sabía que su madre estaba muy ilusionada con esta nueva faceta suya y no quería herirla, pero que tampoco era plan de tener que enfrentarse cada día a una tortura semejante.

Entretanto, mi suegra seguía cocinando como si le fuera la vida en ello y cada semana me hacía llegar un pastel de verduras o una tarta de almendras que siempre sabía a masa cruda y que era imposible de masticar ni por un tiburón blanco, pero, claro, yo le decía que estaban de muerte, qué le iba a decir, y la pobre mujer me hacía más.

El problema ya no era que ninguno nos atreviéramos a decirle nada, que también, sino que ella estaba siguiendo una estricta dieta hipocalórica de cara al verano y se negaba a probar otra cosa que no fuera ensalada verde, por lo que no era consciente del horror que salía de aquel robot demoníaco.

Y, claro, la mujer se creía que su cocina era lo más y se ofrecía a hacer sus buñuelos duros como piedras, su crema inglesa «acementada» o su pastel de manzana crudo para cualquier evento, incluido mi cumpleaños para el que me hizo una tarta tricolor con sabor a neumático que me tuvo con retortijones dos semanas.

Por suerte llegó el suyo y preparó un bufé frío de saladitos y aperitivos que entraban por los ojos pero no por la boca y, para celebrarlo como merecía, decidió dar una tregua a la dieta y disfrutar de las viandas.

Entre que la criatura llevaba tres meses a dieta, que probó todos los platos de la mesa y que descubrió con horror que en realidad todo sabía a la misma masa infame e indigesta, mi suegra se pasó toda su fiesta en el cuarto de baño, donde, además, hacían cola otros muchos invitados.

La excusa oficial fue que la mahonesa estaba en mal estado, aunque la suegra, que tonta no es, subió el robot al altillo, junto a la máquina de coser eléctrica, y volvió a sus pucheros de siempre, aguados e insípidos, pero comestibles.

Eso sí, a mi novio no le devolvieron el horario antiguo, que ya se saben cómo están ahora los trabajos...

Os vais a vivir juntos. Repite conmigo: «La suegra es mejor ama de casa que yo»

Toda suegra, por muy segura y muy ganadora que sea, aunque dirija tres empresas o sea jefa de neurocirugía de un hospital de élite y hable tres idiomas y medio, te verá como una invasora que ha venido a su casa a competir con ella para ver quién es la mejor gallina del corral, aunque tú ganes 700 euros de cajera de supermercado eventual y no te guste rivalizar ni al parchís, que cuando te comes una ficha, en lugar de veinte te cuentas quince por no ofender demasiado.

Sin embargo, la suegra, que es como una madre pero con más inquina, no pretende medirse contigo respecto a quién tiene mejor armario, más estudios, menos adipocitos o sabe más sobre la hemofilia en la casa de los Austrias. A la suegra lo que le preocupa es que vengas a robarle el puesto de madre y por eso su mayor lucha será la de dejar claro que ella cuida mejor de su hijo de que podrías hacerlo tú. En resumen, que es mejor ama de casa que tú, aunque las dos tengáis asistenta y ninguna se haya acercado al amoníaco más allá del tinte del pelo que os pone la peluquera.

Así que cuando llegue el momento de iros a vivir juntos es importante que dejes a la suegra hacer de comandante. Que te dejes aconsejar sobre cómo debéis tender en ese patio, la mejor manera de quitar los restos de pintura del suelo o hacia dónde debería ir orientada la cama, que para eso ella se ha mudado tres veces y nunca se le ha roto el *feng shui*.

Si la suegra quiere ayudaros a limpiar y aparece con dos botes de lejía, aunque la lejía ya no se lleve y se te piquen las manos de la alergia, déjala proceder como si fuera una experta en el tema y tú una aprendiz de tres al cuarto, ansiosa por aprender de toda su sabiduría doméstica, si no quieres que entre en modo furia y/o depresivo y piense que no la valoras como madre.

«Hay que ver lo bien que limpias los cristales, Mari Ángeles, a mí es que no se me da bien y me quedan llenos de manchurrónes». Aunque ahora parezcan que son al ácido y, a través de ellos, la cara de tu suegra parezca deforme de las plastas de jabón que les está dejando. Déjala hacer y dale coba a la criatura. Mañana le pagas a una profesional y a volar.

Este punto es mucho más problemático si se trata de una suegra maruja, porque ella se verá a sí misma como una gran profesional de estas tareas, y despojarla de su trono de ama de casa experta es como arrancarle quince años de vida entregada al hogar. Tratará de explicarte cómo plancharle los pantalones con raya a su niño o cómo hacerle la sopa *minestrone* cuando tenga gripe, aunque tú no planches ni tus vestidos y en casa quien cocine sea él, pero negarle a la suegra la posibilidad de darte una lección sobre el nivel de vapor y un ensayo sobre los tipos de agua destilada sería una crueldad intolerable.

Los regalos y otros atentados terroristas. Repite conmigo: «La suegra siempre acierta»

Seguramente Homero ya escribió algo sobre el asunto, aunque aún no hayan sido encontrados los manuscritos originales, porque el tema de los regalos familiares, y en especial los que se intercambian con la suegra, han supuesto el detonante para el inicio de atroces guerras a lo largo de la historia, cuya sangre ha teñido ríos y mares y cuya duración se pierde en el horizonte del tiempo.

De ahí que elegir el presente adecuado para tu madre política de cara a su cumpleaños, a las navidades o a cualquier otra fecha señalada se presume como una cuestión de capital importancia y que definirá vuestra relación a partir de entonces. Nadie dijo que esto de tener suegra fuera fácil.

El primer regalo siempre es el más complicado, sobre todo, porque aún no conoces bien a la mujer y no sabes sus gustos ni aficiones, ni si es de las que entra en cólera porque le compras una talla menos y la haces sentir gorda y no vuelve a tomar un carbohidrato en años por tu culpa o si para ella un iPod es tecnología futurista del demonio.

Lo mejor es tratar de informarse sobre las preferencias de la señora, aunque, teniendo en cuenta que su propio hijo propone comprarle un centro de planchado o una lavadora/secadora «de las buenas», igual es preferible tirar de intuición y jugársela.

Busca algo lo más neutro posible, pero nada de tarjetas regalo que den a entender que ella es un ser complicado o que no has tenido ganas de quebrarte la cabeza. Eso nunca. Lo ideal es que la acompañes en un día de compras para ir anotando ideas y cojas algo que seguro le guste o que huyas a otro país si tienes la ocasión y te escondas allí en un piso franco hasta que el cumpleaños quede bien lejos.

Por si fuera poco, la cosa se complica bastante cuando se trata de un regalo recíproco como ocurre en Navidad, cuando a los quebraderos de qué le compro se suman los de cuánto me debería gastar para que nadie quede mal. Que no es plan de llevarle un pañuelo y recibir una pulsera de oro blanco, ni de llevarle un reloj de 1.000 euros y dejarla con la cara partida al entregarte el último CD de Carlos Vives, que al parecer sigue vivo. Muy complicado todo.

Trata de investigar un poco y pregúntale a tu cuñada qué recibió el año pasado, así podrás calcular cuánto se va a gastar en ti y de paso hacerte a la idea de lo abominable que puede llegar a ser el regalo que vas a recibir e ir ensayando la cara de emoción en el espejo del ascensor.

Y recuerda, por mucho que te diga que ahí llevas el tique y que puedes cambiarlo sin problemas, olvídate. Es una trampa. No solo tendrás que quedártelo sino que deberás ponértelo en alguna ocasión para dejar constancia de lo mucho que te ha gustado el vestido con estampado de elefantes amigos de las drogas o la pulsera con los *charmins* de los signos del zodiaco tamaño industrial con la que podrías matar a alguien con un giro de muñeca.

El pañuelo de flores como símbolo del horror

Nunca me ha gustado devolver regalos. Más que por ética, por miedo a que me pillen, a que un día me pregunten por tal o cual camiseta y yo no sepa qué decir o, peor aún, que me cacen en la cola del comercio en cuestión con las manos en la masa. Que cada uno tiene sus

miedos y vivir con miedo es un horror.

Pues resulta que mi suegra es experta en comprarme cosas terribles y prácticamente la mitad de las adquisiciones que acumulo hacinadas en la puerta izquierda de mi armario, adonde van a parar los regalos atroces, son suyas, y de vez en cuando, muy de vez en cuando, me coloco alguna para que vea que la llevo puesta, aunque eso implique ir hecha un adefesio en dos de cada tres cenas.

Mi hermana, que es conocedora de esta situación, me llamó el día de Nochebuena a las tres de la tarde para decirme que al final venía su suegra a la cena y que no tenía un regalo para ella, que por qué no le llevaba alguna cosa medio decente que tuviera sin estrenar.

En mi familia es tradición que Santa Claus aparezca a media noche, que entregue los regalos a los niños y que a los mayores les dé un detalle al azar de los que lleva en un saco, y aquí es donde entraba en juego mi regalo porque íbamos a ser dieciséis y al final éramos diecisiete, por lo que hacía falta un nuevo presente.

Así que elegí el que me pareció el pañuelo menos feo, de color gris plomo y con unas flores naranja como dibujadas por un niño de cuatro años, pero que, comparado con el resto de artículos, era casi mono y además conservaba la etiqueta colgando.

El problema vino cuando después de la cena, justo cuando íbamos a empezar con los postres, llamaron a la puerta y aparecieron mis suegros, que venían de paso a saludar. Y, claro, una que estaba contenta con el vino y que en mi casa somos hospitalarios, hicimos que al final se acabaran quedando el resto de la noche, incluido cuando Santa Claus apareció en el salón.

Y no fue hasta entonces cuando me di cuenta de lo que estaba a punto de suceder y debí de ponerme verde porque mi hermana llegó corriendo.

—No te preocupes, que hay para todos. Nosotras no cogemos y así hay para tus suegros —me dijo triunfante la pobre ingenua—. Aunque da igual, porque con lo delicada que es tu suegra, le parecería lo mismo de mal no tener regalo que cualquiera de los que le toque.

Estuve a punto de arrancarle el saco a Santa Claus, que en realidad era mi tío Antonio piripi, y lanzarlo por la ventana para que no se descubriera el pastel, pero en lugar de eso, decidí servirme otra copa de vino y sentarme a esperar el desastre.

Como no podía ser de otra manera, a mi suegra le tocó mi pañuelo pero, lejos de disgustarle, le encantó. Cómo no le iba a encantar si lo había comprado ella dos años atrás. Sin embargo, no dijo nada e hizo como si no lo hubiera visto en su vida. Igual tenía miedo de que se lo acabaran cambiando por el abanico de plástico que le había tocado a la suegra de mi hermana. Que otra cosa no, pero mi suegra práctica es un rato.

El poder opresor del reno bizco

Mi suegra es una mujer hacendosa de esas que ya no se ven por el mundo, que son capaces de hacerse un vestido de fiesta con dos cortinas viejas, al estilo de Escarlata O'Hara, y encima ser la envidia de la noche. Así que cuando nacieron mis gemelos, la mujer entró en bucle de artesanía sin fin y apenas tuvimos que comprar nada porque ella se encargó de hacerles dos millones de trajecitos de otoño, invierno, primavera y verano, además de toallas, mantitas, sábanas y hasta cortinas de vainica doble. Un no parar.

El problema vino cuando yo, que soy un hombre que pasa de estas cosas, me vi obligado por mi mujer a decirle lo maravilloso que era todo, y, claro, mi suegra se emocionó y a la semana siguiente me apareció en casa con un jersey de lana pura con la cara de un reno gigante.

El jersey era un horror. No solo porque no se lo hubiera puesto ni el pardillo de la clase en el instituto, sino porque picaba como si estuviera hecho de ortigas y porque era tan grande que toda la familia hubiera cabido dentro en caso de necesidad. Eso sin contar con que el reno estaba bizco y parecía morirse de ganas de partirte la cara a coces.

Pensé en negociar con mi mujer el asunto pero, dado que su madre es como un semidios, me dio miedo y aproveché que andaba como loca con la maternidad doble y no sabía en qué día vivía y, en un descuido, lo tiré.

Por suerte nadie se acordó del jersey y todo fue felicidad hasta que una tarde que volvíamos a casa de un agitado día de compras navideñas, mis padres, mis suegros, mi mujer y los niños nos topamos con el mendigo desagradable que se sienta a beber junto a mi portal, que dice palabrotas y eructa a los transeúntes, y no solo es que le dijera «puta» a voz en grito a mi suegra, sino que se lo dijo con mi jersey del reno puesto, que al parecer había rescatado del contenedor.

—Adolfó, ¿ese es tu jersey? —me preguntó mi mujer con la mirada del tigre. Y yo, al borde de la muerte súbita, miré a mi suegra, que estaba *on fire*, y a mi madre, que dijo rápida como un rayo:

—Qué va, el suyo lo tengo en casa, que se lo dejó el otro día, cómo va a ser ese el que le hizo tu madre, Laura, si más que un reno parece un caballo obeso y encima está bizco, con las buenas manos que tiene tu madre... —que mi madre es más larga que ancha y aprovecha la mínima para tirar a matar.

Y mi suegra asintió porque nadie quiere reconocer la autoría de un reno deforme.

Dos días después, tuve que sobornar al mendigo y pagarle 50 euracos por el jersey, que ahora tengo en el armario para desconsuelo personal. Por suerte, mi mujer está la mar de contenta y el otro día me dijo, acariciando al reno con estrabismo:

—Adolfo, me vas a tener que perdonar por dudar de ti. No sé cómo se me ocurrió pensar que aquel horror era obra de mi madre... igualito que este, que es una virguería.

El problema lo tengo ahora con el mendigo, que cada vez que me eructa al pasar, noto la amenaza velada de que estaría dispuesto a delatarme por dos duros y vivo sin vivir en mí. Vamos, que en cuanto pasen las navidades igual le tengo que volver a regalar el jersey.

Qué complicado es todo.

Los amigos de la suegra. Repite conmigo: «Si la suegra gana, yo gano»

Una vez que cumples los requisitos para gustarle a ella y cuando ya tienes el visto bueno de la familia, llega la hora de ser presentada en sociedad, es decir, ante los amigos de los suegros, esos que se matan vivos por ver quién se ha agenciado al mejor partido para sus retoños y quién es, en definitiva la nuera pata negra.

Lo más importante es saber con quién te mides y cambiar de registro con cada interlocutor, es decir, que si el café es con Chari, la del segundo derecha, cuéntale lo bueno que te sale el ajoblanco y tu pálpito sobre si al final Rosa María se casa o no con Arturo Manuel en la telenovela de las cuatro, que tú tienes muy buen ojo para esas cosas. Y alábale las uñas de porcelana de actriz porno que lleva, como si fuera lo más bonito que has visto en la vida.

Si, por el contrario, la cita es con una estirada compañera del trabajo, cuéntale que tienes dos máster en administración de empresas y que estás pensando en hacer una segunda carrera, aunque en realidad no hayas ni terminado la primera, mientras tu suegra saliva de la emoción.

La parte negativa es que puedes acabar gustándole tanto a las amigas de la suegra que te veas saliendo los viernes a tapear con ellas y, como quien no quiere la cosa, apuntada a un viaje del Inverso a la Costa Dorada para bailar la conga y jugar al bingo como si no hubiera un mañana.

De blanco y por la iglesia. Repite conmigo: «La suegra tiene razón»

A no ser que te deteste y en su fuero interno aún tenga la esperanza de que su hijo te dé esquinazo, lo normal es que tu suegra quiera que te vistas de blanco y que pases por la vicaría como una señora de bien y, sobre todo, que engendres pronto a sus nietos, que eso viene a ser el común denominador de toda suegra, la condición sine qua non, lo que todas quieren o por lo menos lo que dicen querer por las presiones sociales que conlleva el cargo.

Igual la mujer no se ha percatado de que llevas tres *piercings* en la ceja y que tu único contacto con la iglesia fue cuando fuiste a la comunión de tu prima María Mercedes —a la que además le vomitaste en el vestido porque estabas con una cepa virulenta de la gripe común—, y que la idea de llevar un velo y un ramo de rosas blancas por el pasillo de la parroquia del barrio te da más urticaria que la de vestirme de fallera mayor para salir de fiesta el sábado. Sin embargo, si quieres que tu suegra no empiece a trabajar en tu contra y a ponerte las cosas difíciles, déjala ser feliz y dile que sí, que vas a casarte por todo lo alto, con un banquete de seis platos y con un vestido con una cola de veinte metros y encaje de chantillí, y que vas a tener cuatro niños, dos chicos y dos chicas, igual cinco, que inevitablemente va a tener que cuidar ella porque no puedes dejar el trabajo, tal y como está hoy en día la vida.

Con un poco de suerte, se aterrorizará ante la idea de una boda millonaria y, lo que es peor, ante los cinco nietos que se le avecinan para destrozarle su vida social de recién jubilada y, antes de que le expliques cómo será tu vestido imaginario, reculará. «Chiquilla, tampoco hay que correr tanto, que aún sois muy jóvenes», dirá con la voz temblorosa.

Y todos contentos.

Las peleas con los demás. Repite conmigo: «Yo por mi suegra mato»

Cuando una suegra te acepta, eso es para toda la vida como una banda colombiana, pero en bien. Así que además de una llamada telefónica semanal y una foto de los niños vestidos de pastores en Navidad, a la suegra le debes lealtad como si fueras un caballero medieval, que para eso ahora sois familia, y la familia es lo primero.

Por eso no importa si tiene o no razón en cada una de las afrentas en las que se meta y de los fregados en los que te meta a ti, a la suegra hay que defenderla. O al menos eso es lo que piensa ella y, por tanto, se trata de uno de los momentos decisivos en vuestra relación. Y de que te posiciones a su lado o al lado de enemigo o de que te mantengas neutral y tibia como los cobardes dependerá que te ame para siempre o te destierre al peor sitio de la mesa del comedor, donde el aire acondicionado llega de pleno y te debates entre la hipotermia o la parálisis facial periférica.

Las tensiones pueden ser con la tía María Dolores porque otro año más se escaquea de quedarse con la abuela en verano, cómo se pone de imposible la abuela sin piscina; con la otra nuera porque no ha invitado a la prima Isa a la boda; o con el carnicero porque le ha echado las chuletitas con mucha grasa «cuando él sabe perfectamente que tengo las transaminasas altas». La cuestión es que hay conflicto y, aunque no sea el de la franja de Gaza, a tu suegra le sube la tensión si no se desquita.

Puedes intentar quitarle hierro al asunto para aliviar tiranteces, aunque ella lo único que busca es critiquero y venganza y no calmar los ánimos, que para eso se prepara una tisana doble.

Lo ideal es ponerse de su parte o al menos que ella sienta que lo haces, pero sin ser un foco activo de la batalla, no vayas a verte partiéndote la cara con la tía de tu suegro porque se ha quedado con la medalla de la bisabuela, que era para la prima Paquita.

Lo peor son los disgustos con terceras personas con las que has de mantener una buena relación, es decir, que tu suegra te pida que te unas a sus filas contra tu cuñada o contra tu suegro, en cuyo caso lo mejor es hacerse la muerta.

Que tampoco hace falta que tu suegra te quiera tanto.

CITAS FAMILIARES Y OTROS TERRORS DEL INFRAMUNDO

Los encuentros familiares siempre huelen mejor de lo que saben y en la mayoría de los casos ni siquiera huelen bien. Y quien diga lo contrario miente. Porque uno va con sus mejores galas, preparado para dar el golpe, sobre todo en Navidad, con su recogido de señora viejuna, su traje festivo de los noventa y con su ilusión de charlar con los primos, de dejarse querer por las abuelas y tías, de achuchar a los sobrinos y de disfrutar de una armoniosa y divertida comida rica en carbohidratos y grasas saturadas, pero al final todo son niños por debajo de la mesa amputando pies a rodillazos, abuelas violentas que exigen ver el programa especial de la televisión, primas borrachas como cubas enseñando el alma y un pavo semicrudo con relleno no identificado. Un despropósito.

Sin embargo, aunque las citas con tu familia sean lo más parecido a una tortura denunciabile por Amnistía Internacional, la cosa se complica todavía más cuando te toca ir con la familia política o lo que es sustancialmente peor, cuando las unes a ambas bajo un mismo techo en un ejercicio de absoluta temeridad e inconsciencia.

¿A tu casa o a la mía?

Una de las discusiones fundamentales de toda fiesta que se precie es la que surge al determinar si pasarla con tu familia o con la de tu pareja, algo que obviamente tú tienes decidido desde la niñez porque tu madre te ha dejado siempre claro con quién has de pasar toda fiesta de guardar si no quieres que te desherede o, lo que es peor, que en un ejercicio de venganza enseñe a tus amigos las fotos de tu adolescencia temprana donde eras uniceja.

Pero, claro, a tu suegra no le preocupa en absoluto que la gente conozca tu pasado de anciana de las montañas con hirsutismo y pasa por todas las fases posibles para hacerte entrar en razón y que te pases a su bando y a su mesa de doce servicios.

Una suegra que se precie de serlo iniciará el ataque con un aparente diálogo relajado y comprensivo, pero dejando claro las ganas que tiene de pasar contigo unas fiestas. Obviamente, en realidad pasa de ti y de tu moño italiano pasado de moda, lo que quiere es ganarle el combate a tu madre y pasar las fiestas con su venerado hijo, «que ya sabes tú que lleváis dos años yendo a tu casa, que yo no te digo nada...» pero te lo dice todo.

Y cuando ve que no te inmutas, bien porque te niegas a sentarte en la misma mesa que la tita Manoli, que siempre va en bata aunque sea Nochevieja y come abrazada a su perra salchicha con cara de rata vieja y malaje diagnosticado, o bien porque preferirías enfrentarte a una manada de hienas salvajes untada en salsa de guiso que decirle a tu madre que te pasas al lado oscuro, inicia el ataque nivel *ninja* silencioso y poco a poco y a medida que no ve en ti la reacción esperada, va retroalimentándose, cargando de agresividad su discurso hasta amenazarte con el dedo en alto y ojos de loca.

Y poco antes de cruzarte la cara física o verbalmente, cuando ya tienes los ojos cerrados esperando con terror, cambia de estrategia y pasa a su papel de suegra víctima estudiado durante años de *suegrismo* profesional, y te cuenta lo sola que se siente si no están todos sus hijos con ella, «que ya sabes tú lo que yo los quiero y lo mal que lo he pasado con mi Alejandro, que no quería estudiar y su padre se ponía imposible y con mi Ana Belén cuando se me escapó de casa a los quince años y luego le entró la neumonía esa tan mala, que me quedé en 39 kilos del disgusto... y lo mayor que está la abuela, que de este año no pasa, que tiene la artrosis que ya le llega al cerebro, con lo que es eso y lo que ella disfruta de sus nietos...», aunque tú sepas que a la abuela le resbala todo lo que no sea ver la telenovela en bucle, provista de una caja de bizcochos de soletilla, o hacer cola en la caja de ahorros para hablar de su pensión con el viejo prematuro del cajero. Y como sabe que lo sabes, juega su última carta y hace un amago de pucheros, con la mano en el pecho, a mitad de camino entre la pena y el infarto, que acaba por ablandarte, más que porque te lo creas, que no te lo crees, porque te enternece que la pobre mujer sea capaz de un despliegue similar por una cena. Que se lo ha ganado. Las cosas como son.

La familia política

Si tu suegra es de la categoría pija estirada, lo lógico es que su familia también lo sea y, por tanto, sus cenas sean un tostón donde nadie dice una palabra más alta que la otra y solo están permitidas las conversaciones de ascensor, como mucho sobre el tiempo pero sin profundizar, que al abuelo le cayó un rayo en un pie cuando estuvo destinado en Melilla y si alguien habla de tormentas, le duele el empeine.

Así que solo queda darse a la comida, en la cuidadísima vajilla del ajuar de la suegra, que, con sus mechas a lo Martha Stewart y su vestido de lunares beis sobre fondo beis, no te quita ojo cada vez que deslizas el tenedor por el plato, temiéndose un rayón sobre la peonía central, y tú, con el miedo en el cuerpo, te comes solo la carne de la superficie para evitar un disgusto familiar. Otro disgusto, quiero decir, que la suegra te ha visto entrar por la puerta en minifalda y ha tenido una crisis de ansiedad frente al frigorífico.

Lo peor es que tu cuñada, la otra agregada al clan de la diversión sin límites, ya es veterana y no solo viene vestida de escrupuloso beis, sino que te mira con desdén dejando claro que jugáis en dos divisiones diferentes y no solo no te echa un cable cuando la suegra te pide que llames a tu futuro hijo Torcuato como el abuelo, sino que dice que es un nombre precioso y con mucha clase, mientras le brilla el ojo como al malo de Willy Fog.

«Es que Torcuato es un nombre muy fino y hay que poner nombres finos, que dicen mucho de una persona», te dice tu suegra, como si temiera que le fueras a poner a tu hijo Kevin Jesús o Cristiano Jonathan, mientras te mira inquieta y te indica cuál es el tenedor del pescado y cuál el de la carne como si acabaras de salir de un campo de refugiados somalí y llevaras media vida comiendo sémola con los dedos.

La parte positiva de estas cenas es que terminan pronto y si se trata de Navidad no hay villancicos populares, ni programa de humor de los ochenta, ni chupito de aguardiente. Como mucho, te obligan a ir a la misa del gallo con señoronas de pelo cardado y broches XL y a volar.

Sin embargo, tampoco hay que ilusionarse demasiado porque estas cenas vienen a ser la raya en el agua en lo que a encuentros familiares se refiere, ya que lo habitual son las quedadas multitudinarias en plan casamiento gitano, en las que uno sabe cuándo entra pero no cuándo sale.

Lo normal suele ser hacinarse con otros dos millones de familiares dándose empujones en la cocina, matándose vivos por coger un vaso de cristal y no quedar relegados al minivaso de cartón navideño con restos de Fanta de algún niño con anginas, hablando unos encima de otros y fingiendo que se está echando una mano con la ensalada para no sentarse con los abuelos, que ya están terminando el postre, locos por pillar algún oído virgen para torturar.

Para este tipo de encuentro, lo más recomendable es ir vestida lo más neutra posible, con la idea de fundirte con el estampado del sofá y evitar que los familiares políticos se abalancen sobre tu persona, generalmente por recomendación de la suegra, bien por sacar información o bien por intentar ser amables y, nadie sabe por qué, obligarte a comer como si acabaras de llegar de Etiopía y, de paso, a probar el ponche de huevo cuya receta ha sacado la prima Trini de una página venezolana de Internet.

Normalmente, la suegra ya ha establecido tu sitio en la mesa, porque si es mala y te detesta,

querrá castigarte para calmar su alma oscura y sentarte al lado del tito Manuel, que está como una regadera, para que te avasalle con historias de documentales sobre la cabra autóctona de Galicia y las bondades del comunismo cubano antes de que te hayas comido una gamba. Y si te ama, querrá que te sientes a su lado para charlar contigo y ver cuánto te gusta el guiso que ha preparado para la ocasión, lo cual es un arma de doble filo, sobre todo si tiene buen saque con el vino y piensa darte la paliza con la ilusión que le haría tener una pandilla de nietos o si el guiso que ha cocinado es la receta de la bisabuela de caracoles con sesada.

Si por el contrario, la suegra no ha dispuesto tu sitio en la mesa y eres libre para elegir, ojo con al lado de quién te sientas.

La amante, la castradora y el adúltero

Soy una persona tímida, así que el hecho de que mi novio decidiera meterme en casa de sus abuelos por sus bodas de oro me supuso un conato de paro cardíaco en el salón ante la idea de enfrentarme por primera vez a un ejército de familiares locos por saber de mí, con lo que me cuesta abrirme a desconocidos sin alcohol ni otras drogas legales de por medio.

Sin embargo, cuando llegué a aquella casa de locos de idas y venidas, donde no solo había familiares sino también vecinos del bloque, nadie me hizo ni caso, atareados como estaban preparando la mesa y otros menesteres. Por lo que al final, me quedé más sola que la una, haciendo como que me entretenía mirando fotos, muerta de vergüenza ante la imagen de parecer una deprimida sin amigos, mientras mi novio estaba desaparecido en combate y el resto hablaba entre sí como si yo fuera invisible.

Así que cuando Sonia, la vecina del cuarto derecha con cara de feminista trasnochada, se me acercó con una copa de vino y me dio un poco de conversación, me pegué a ella como una lapa y durante las cuatro horas intensivas de comida familiar, entre platos de callos ardiendo y salmorejo de bote naranja fluorescente, me fue contando su vida:

—Pues mira, hija, yo quería hacer Psiquiatría desde pequeña, pero mis padres en aquella época no podían costearme lo de estudiar fuera y al final estudié mecanografía, que también está muy bien y pensé que ya cuando empezara a trabajar y me casara, pues igual podría ir a la universidad y realizarme. Pero el amor es lo que tiene y al final me casé con un machista que no me dejaba ni respirar y por suerte, hace seis años, le dio una embolia y me lo quitó de encima, que, a ver, no quiero que me malinterpretes, pero Andrés siempre fue un lastre para mí y mis inquietudes culturales. Pero mira, ahora estoy muy bien porque ando con una persona que me entiende y que respeta hasta que no me depile, que ya está bien de represión y de vello enconado. Y somos la mar de felices, niña, lo malo es que está casado desde hace treinta y cinco años, pero que vamos, que su mujer es una castradora de libro y la va a dejar más pronto que tarde, más que por mí, por él, que también tiene derecho a crecer como persona y a desarrollar su yo interior.

Y, claro, con lo que a mí me gusta el amor y el vino, acabamos brindando dos millones de veces por el enamorado adúltero y contra la castradora, estrechando lazos con el rioja de por medio, tanto es así que en toda las fotos de familia del evento salimos abrazadas como si nos conociéramos de toda la vida y nos amáramos sobre todas las cosas.

Probablemente, el hecho de salir borracha en la mitad del álbum de las bodas de oro de los abuelos no fue muy buena idea, pero hacerlo abrazada a la que resultó ser la amante de mi suegro y con la que acabó fugándose seis meses más tarde me cubrió de gloria.

Sentarte al lado de la amante de tu suegro no es, por suerte, algo muy común, pero sí lo es que acabes sentada al lado de quien no debes, no porque tu suegra te desherede sino porque acabes queriendo arrancarte lo ojos de las cuencas antes del postre.

He aquí una muestra de los personajes a evitar.

Da igual que te conozca desde hace cuatro días y de que en realidad ni siquiera sepa tu nombre, la abuela es un ser ávido de conversación y está siempre al acecho de nuevas víctimas a las que contarle que la pastilla de la tensión le da sueño, «pero un sueño como de *endrogarse*», y que el principio de glaucoma que le diagnosticó la doctora suplente del centro de salud no le deja ver la cara de la protagonista de la novela y le hace perder el hilo. Así que, cuando te ve cerca, antes incluso de que te sientes, te agarra el antebrazo con fuerza, hincándote las uñas, para obligarte a sentarte a su lado e ir explicándote minuto a minuto sus últimos cuarenta años de vida, sin dejarte levantar la mano ni para acercarte a un canapé pero escupiéndote a la cara los que ella se come, mientras te cuenta la de pretendientes que tenía en el pueblo cuando estaba en los coros y danzas y bailaba la jota como nadie.

Si te toca el abuelo sátiro, la noche será compleja y tendrás que comer con la mano en el pecho como el caballero de El Greco, haciendo como que no te das cuenta de que te ha guiñado tres veces y de que tiene los ojos fuera de las órbitas desde que te vio chupar la cabeza de una cigala.

Las cuñadas

Sentarse con las cuñadas, y cuando digo cuñadas me refiero a las que no tienen relación de consanguinidad con la suegra, es lo que viene a denominarse un suicidio social en toda regla, que ya se sabe que suelen formar un aquelarre con vino y critiqueo sin fin allá por donde van, sobre todo si son cuñadas veteranas y se ponen el mundo por montera, básicamente porque ya han aportado a las comidas familiares tres niños y dos empanadas de carne argentina con chimichurri.

Las cuñadas son, sin duda, la mejor parte de la fiesta, pero también la más peligrosa. Y no solo porque acabarás borracha como ellas con tu recién estrenada camisa de señorita empapada en vino y cantando «La marsellesa» en todos los vídeos familiares, sino porque terminarás metida en cualquiera de sus cruzadas contra el mundo, con tu copa en la mano y sin saber por dónde te sopla el aire.

Los niños

A veces ocurre que uno no sabe dónde colocarse y al final acaba, sin saber cómo, en la esquina reservada para los niños, justo cuando la comida está a punto de comenzar y ya no queda un sitio libre en la mesa. Independientemente de lo ridículo del asunto, de las migas de pan que te lancen y que se te clavan en las pestañas a consecuencia de las tres capas de rímel que te habías puesto para la ocasión, de los vasos de zumo derramados sobre tu sopa y de las bolas de carne masticada en los bordes del plato, lo peor será que, por aquello de querer caerles bien y ganarte puntos con la suegra, les darás más coba de la cuenta y, al final, olerán el miedo cual criaturas salvajes y no habrá manera de pararles. Y de ahí a hacer tres pares de pulseritas de gomitas con el tenedor de la carne no hay nada.

La tita loca

No, no es casualidad que todos huyan de la tía Engracia, incluida tu suegra, que es su hermana, y eso que la enseñó a montar en bici sin ruedines, con lo feo que está eso de la ingratitud fraternal y la de moratones que le dejó en las enclenques pantorrillas de la posguerra. Pero es que la tía Engracia, divorciada desde los ochenta, enferma de los nervios y tendente a no respetar tu espacio vital dejándote el oxígeno justo para respirar entre su cara y la tuya, es mucha tía Engracia.

Lo bueno de este personaje es que te acoge con los brazos abiertos desde tu primera incursión en la familia política, y si tus cuñados pasan de ti y tu suegra ni te mira, bien porque no te tolera o bien porque está dándole al pollo al chilindrón, será un gran aliado para no hundirte en la miseria, sola y abandonada, frente a la ensalada de piñones, sin amigos que te quieran. Aunque a cambio tengas que disfrutar de la misma conversación en bucle, arrinconada cual gatillo, con la espalda pegada en la pared mientras la tía Engracia se te va arrimando cada vez más, como un ligón de bar, clavándote los ojos en las pupilas y como si quisiera comerte la boca de un momento a otro. Todo ansiedad.

Igual la soledad no es tan mala idea. Piénsalo.

Juntos y revueltos

En ocasiones, se nos ocurren buenas ideas como inventarnos que el jefe nos obliga a reunirnos en Dubái en plena Navidad y que no vamos a poder cenar en familia con la ilusión que nos hacía... aunque en realidad pasemos la Nochebuena comiendo pizza congelada en un piso franco de las afueras, sin más compañía que la de la pareja y dos litros de helado de chocolate. Pero, generalmente, esas ideas no solemos ponerlas en práctica, en parte porque no tenemos valor para cargarnos el espíritu navideño y en parte porque en la panadería donde trabajas no son mucho de reunirse en Dubái.

Sin embargo, a veces se nos ocurren malas ideas como juntar a ambas familias bajo un mismo techo para evitar la tensa dicotomía navideña anual y, aunque sea una idea a todas luces nefasta y un cóctel molotov de problemas venideros, esa sí la ponemos en práctica. Que por algo los hombres no han colonizado Marte después de cincuenta años haciendo el majara en el espacio.

La parte positiva es que uniendo a madre y suegra te evitas quedar mal con ninguna y, por tanto, quedas exenta de sus amenazas y chantajes emocionales sin descanso. La parte negativa es todo lo demás. Empezando porque lo habitual es que acabe celebrándose en tu casa, que para eso eres la mezcladora de ambientes, y te veas planchando manteles y limpiando las ventanas con amoníaco para fingir que eres mejor anfitriona que la Preysler.

Y luego todo será desfile de ollas, recetas y egos. De tu madre y de tu suegra y del personal agregado en un duelo gastronómico de altura, robándose el calor del fuego que más calienta de la vitro y los enseres más bonitos de tu vajilla, porque todos saben que al perdedor le tocará lucir guiso en la fuente de los chinos que te compraste para llevar la ensalada de pasta a la fiesta del colegio.

Y es que la comida es el arma de toda madre. Desafiarla gastronómicamente es, cuanto menos, peligroso.

Sin embargo, aparte de la lucha de egos y talento en los fogones, y a no ser que haya habido un encontronazo previo, la suegra mostrará su mejor cara con tu familia, básicamente porque estará en desventaja numérica frente a los cuarenta familiares que ya hay encajados en la cocina cuando llega y, por otra parte, porque está contenta de sentirse querida y una más de la familia en caso de que sea una suegra *forever friends* o bien, en el caso de ser una suegra cotilla y/o suspicaz, por poder investigar a fondo tu procedencia y los genes que se acabará comiendo su nieto.

Eso sí, en ocasiones, tanta reunión y tanta familiaridad pueden llevar ya no solo a conflictos sino a situaciones incómodas propias de unir a dos familias diferentes, cada una con sus costumbres, sus modales y sus maneras de escandalizarse.

Una Nochebuena con dos rombos

—A ti lo que te pasa es que no te los pones bien y por eso se te clavan, pero eso es como todo. Acostumbrarse. Anda que me iban a decir a mí hace tres años que me iba a poner tangas de estos cochinos con pedrería; pero mira, a mi José le encantan, vamos que se me disgusta si no lo llevo, aunque hay veces que no me los puedo poner porque se me descontrola y no le culpo porque se me ha puesto un culo con esto de la zumba que vamos, niña, como una piedra...

Y por si no fuera poco aquella declaración de intenciones respecto a la ropa interior y al erotismo marital en plena cena de

Nochebuena, mientras mi madre, que usa bragas de algodón de esas con mariposas caladas que invitan al suicidio, se atragantaba con una gamba y mi padre se hacía el muerto frente a la sopa de mariscos con doble ración de guindilla, Desiree, anteriormente conocida como Toñi hasta que se cambió el nombre a los cincuenta como regalo de cumpleaños, se pegó un tironazo de la gomilla hasta sacársela por encima de la falda.

—Mira, niña, de nylon y ni me escuece ni nada. Lo que yo te diga. Vamos, que te traigo uno para Nochevieja.

—Que no, de verdad, que te lo agradezco, pero es que ya sabes que yo tengo la piel atópica y no sé yo si el nylon va a ser una buena idea, que en el telediario salió una vez una mujer que tuvieron que hacerle un trasplante de la epidermis de cómo se le puso con una bata que se compró en los chinos —le dije así a lo loco recordando una de esas historias surrealistas que compone mi abuela escuchando retazos de noticias de aquí y de allá. Que en mi familia la creatividad se lleva mucho.

—Qué piel atópica ni qué leches, a ti lo que te pasa es que eres una lacia y así tienes a mi chiquillo, que ha perdido hasta el brillo de los ojos con esas faldas que me llevas, que pareces una catequista... No me dirás que con el tipo tan mono que tienes no podías ponerte unos *shorts* más graciosos o una minifalda, que se te van a picar las piernas con esos pantalones de contable, que a ver, que yo antes tampoco me las ponía pero con lo de la zumba y las cremas del súper, mira cómo se me han puesto las piernas. Que ni Norma Duval, oye.

Y antes de que su traumatizado hijo pudiera frenarla, se enrolló la falda lápiz dos tallas más pequeña que la suya hasta la cintura y subió la pierna a la mesa, arrasando con las copas de vino y metiendo medio zapato en la ensalada tropical que había traído la tía Laly con jamón de pata sin fosfatos, que es el que le sienta bien a la abuela, y piña natural de importación que le trajo la vecina de Andorra. Eso sin contar con que media mesa le vio el canal del parto y más allá.

Por suerte, mi abuelo no anda muy bien de la vista y en lugar de darle un infarto solo hiperventiló un poco ante el despliegue carnal de la suegra, que si no hubiera tenido los dos millones de dioptrías que ha venido acumulando desde la posguerra, hubiéramos acabado tomándonos el postre en el hospital. Con la de tráfico que tiene que haber a esas horas.

Lo más importante para que la noche funcione es colocar a los suegros en el lugar más indicado, esto es, lejos de personajes curiosos o polémicos y sentarlos junto al familiar más pacífico que tengas, si es que lo tienes. Y si no, que les endiñes un chupito de anís con restos de ansiolítico de tres miligramos nada más entrar por la puerta y los acoples en una esquinita a vegetar toda la noche, con la idea de que no descubran el circo que tienes por familia y el mal partido que te hacen parecer.

Pero si lo que quieres es asegurarte un éxito rotundo y legendario, sobre todo con tu suegra, que a tu suegro lo mismo le da estar allí que en Corea del Norte friendo pescado, reúne a un selecto cónclave con familiares de fiar en el cuarto de aseo y organizaos para agasajar a la suegra en turnos de dos.

«¿Que tú no sabías que mi suegra ganó el concurso de encaje de bolillos en 1987? Cuéntaselo a mi tía, Amparo, que a ella le encanta la costura», y tu suegra se atragantará para no dejar pasar esta oportunidad que le regala la vida. Y cuando tu tía ya tenga los ojos en blanco viendo pañitos por doquier en el subconsciente, haz que se acerque tu prima Elena como quien no quiere la cosa a coger un panecillo, y antes de que la suegra respire, dile: «Amparo, ¿tú no decías que no te gustaba cómo estaba cicatrizándote la herida de la lamparoscopia? Pues enséñasela a mi prima, que es enfermera y para eso tiene un máster de los buenos en úlceras». Y la suegra se sacará el tenedor de los labios arañándose hasta el cielo de la boca, ansiosa e ilusionada, con lo que a ella le gusta una enfermedad y un costurón, y dará rienda suelta a su hipocondría mientras tu prima aguanta el tirón. Y cuando ya haya revisado el último prospecto que lleva en el bolso, le mandas a su hijo a que le dé un achuchón nivel muerte por aplastamiento y, justo detrás, a tu madre, para que le diga lo bien que ha criado a su hijo y lo buen niño que es, y cuando la suegra esté a punto del colapso emocional, que se acerque tu primo el cachas y finja creer que es tu cuñada, mientras tu hermana y tus primas le preguntan por su secreto de la eterna juventud y le piden consejos de cremas y sérums capilares.

Y, con suerte, cuando esté en lo más alto, será la hora de dar por zanjada la velada, con un resultado inmejorable y con una suegra radiante y pletórica. Tan radiante y tan pletórica que antes de salir por la puerta y con doce meses de antelación, dejará clara su intención de volver al año siguiente.

Si es que no hay manera de ganar.

YERNOS, NUERAS Y DEMÁS

Independientemente del tipo de suegra con el que te toque lidiar, el trato que te otorgue como miembro político de la familia será diferente en función de si eres hombre o mujer, es decir, de si vas a tener la condición de nuera o de yerno, que mire usted, no es lo mismo: la suegra más antipática y exigente del mundo para una nuera puede convertirse en una cariñosa segunda madre para un yerno, y una señora hiperprotectora y madre amantísima puede ser un martirio chino para un yerno y una amiga inseparable para una nuera.

El trato es desigual prácticamente siempre y en el caso de que tu pareja tenga hermanos con relaciones estables será más que obvio, sobre todo cuando coincidáis en comidas o insoportables vacaciones familiares como los Trapp y la suegra saque a relucir el colmillo y el ojo brillante entre «pásame la mantequilla» y «dile a tu marido que mueva el culo y cambie él a la niña, que está muy gordo y le viene bien moverse», que en las comidas familiares como en los atascos, la suegra saca lo peor de sí.

Feminismo intermitente

La suegra, como toda madre que se precie, ama a su prole sobre todas las cosas y si tiene que cambiar sus principios cada ocho horas, coincidiendo con la toma de la pastilla de la tensión, para beneficiar al fruto de sus entrañas, los cambia. Que más le costó modificarse el tono de las mechas y, después de dos semanas con el pelo verde lima, ahora las tiene de revista.

Puede ser que la señora sea una feminista de pro, de esas que iban con pancartas y sin sujetador a pedir el voto y la abolición de la depilación con hilo, o puede ser una mujer de pueblo que vive pegada al delantal y a la olla exprés, pero si se trata de defender la idea de que su hija viva un poquito mejor, rara es la que no echa toda la carne en el asador y se parte la cara con el yerno para que colabore más en la casa, aunque la criatura trabaje una jornada de doce horas en un almacén de congelados y la hija no dé un palo al agua. Que eso es lo de menos.

Pero claro, si el que no colabora a nivel «dejo los calcetines tirados en el suelo para que encuentren ellos solos el camino» es el hijo y es a la nuera a la que le toca bregar con la colada, la comida y la limpieza de la casa, mientras el caballero no sabe distinguir entre el lavavajillas y la secadora y cree que las pizzas se fríen en la sartén, pues igual lo del feminismo se le acaba olvidando a la buena señora por mucho que haya leído tres veces la biografía de Flora Tristán e hiciera de Virginia Wolf en el taller de teatro del instituto.

«Pero bueno, mujer, tú ya sabes que a los hombres no se le dan bien estas cosas, mejor te pones tú y en un ratillo lo liquidas, que vas a tardar menos y, además, la criatura viene cansada del trabajo», como si tú vinieras de hacerte un masaje a cuatro manos o de una semana de vacaciones con todos los gastos pagados en Saint-Tropez.

Maternidades y paternidades

La llegada de los hijos siempre es un motivo de alegría pero también de caos infinito, que para eso, después de un trance traumático de contracciones, epidurales y lavativas, te dan a un recién nacido con un trozo de tripa fuera para que trates de mantenerlo con vida, ahí a lo loco, cuando ni siquiera se te han secado los puntos. Y entonces empieza el círculo vicioso del miedo a no hacerlo bien, la falta de sueño, el agotamiento y mucho más estrés que cuando te toca probarte el pantalón del invierno pasado, cuando aún no te había dado por los pasteles de trufa.

Es en este momento cuando las suegras y las madres aprovechan la debilidad y el cansancio extremo para asomar la cabeza, organizar el cotarro e intentar llevarlo todo a su terreno, haciéndose las dueñas y señoras del cortijo, mientras vosotros, que no sabéis ni en qué día vivís, os dais cabezazos por las esquinas sin diferenciar la noche del día ni recordar la vida antes del parto.

Lo normal es que la suegra sea más insidiosa y tenga más poca vergüenza con su yerno, que para eso la madre de la criatura es su hija y, por esa regla de tres, ese niño es tan suyo como de la pareja y tiene derecho a decidir el nombre, el lugar de bautizo, el tipo de crianza y la orientación de la cuna, que el sol de tarde es muy bueno para cerrar la fontanela. Que eso lo sabe cualquiera.

Sin embargo, con la nuera el grado de intromisión es menor o al menos más sibilino, que una suegra interventora es dura de roer pero no tonta, y si se acerca demasiado y evidencia que quiere hacerse con el control, puede poner en peligro el asunto como cuando uno va a ver ciervos salvajes a la montaña, que tiene que andar sigiloso.

La suegra no cesará en su empeño de hacerse con el poder absoluto de la situación, pero lo hará poco a poco, mientras la nuera no se da cuenta y, en lugar de con la vara de mando, lo hará con la cara de tonta y la sonrisa bobalicona, pero el horrible traje de sarasa con cuello de gorguera como Cervantes que le ha comprado al niño para el bautizo se lo pones. Digo si se lo pones...

El asunto de quién cuida a los niños en casa es otro de los temas favoritos de la suegra bipolar, que lo mismo entra en cólera porque el yerno no se levanta a las tres de la madrugada a darle el biberón al niño, que critica a la nuera porque deja que se levante su hijo, «que el angelito lleva muy mal el dormir poco y tiene las defensas bajas como el abuelo, y además, que de esas cosas tienen que encargarse las madres, que para eso están... bueno, menos mi niña, es verdad, pero es que ella tiene las jaquecas muy desarrolladas desde la pubertad y a mi yerno no le cuesta trabajo ninguno, ¿no ves que es deportista?». »

Falsas expectativas

«Si no sabe que aprenda. Que lo que tiene es mucha caradura, fíjate si no la cara de avestruz que se te está poniendo de no dormir y él cada día más gordo, que las tareas hay que compartirlas y los niños más, que son muy trabajosos». Esas fueron las primeras palabras que le oí a mi suegra cuando mi novio me llevó a casa a conocerla y no supe si salir corriendo escaleras abajo de terror, ante el griterío que se oía por el ojopatio o ir a abrazarla, porque una suegra con esas ideas modernas no se encuentran todos los días.

Al final subí, porque ya que me había hecho las planchas, era tontería desperdiciar las horas de calentamiento capilar con lo mal que tengo yo los funículos, y me encontré a una mujer de metro y medio con cara de armadillo violento, meciendo a un bebé que no paraba de llorar.

—Mira, Diego Elías, coge tú al niño un rato, que me tiene deslomada y así le hago un café a esta muchacha, y dile algo a la tonta de tu

hermana que dice que le da cosa despertar al marido y lleva la criatura una semana sin dormir, ¿a ti eso te parece normal? —dijo mirándome fijamente.

Y claro, yo estaba de acuerdo con la miniseñora, pero tal vez posicionándome dejaba a mi recién estrenada cuñada con el culo al aire, así que sonreí como si fuera idiota y cogí al niño para disimular.

Con el tiempo descubrí que mi suegra era una mujer de temperamento y que era tan pequeña porque de niña le echaron un mal de ojo en una feria y dejó de crecer, o al menos esa era la historia que le contaba a la gente con la seriedad de quien habla de una enfermedad genética milenaria. Y me di cuenta de que era una mujer moderna, que siempre defendía los intereses de su hija, que trabajaba de peluquera en su cuarto de baño para poder cuidar de su niño y que estaba casada con un camarero muy flojo que siempre estaba tirado en el sofá jugando a la consola.

Por eso, pensé que cuando yo me diera a la procreación, mi marido estaría puesto a punto en esto de la conciliación y el reparto igualitario de tareas y si no, ahí tendría a mi suegra para darle una merecida colleja.

Y me casé y tuve no uno sino dos niños que vinieron alimentados por la misma placenta por aquello de la crisis y del temor a quedarse como hijos únicos. Y después de esta supersorpresa que nos tenía al padre y a mí emocionados y agotados a partes iguales, me llegó otra, la de mi suegra cantándome las cuarenta porque su Diego Elías no podía descansar con tanto niño y que a ver si le quitaba algunas tareas. «Que una madre es una madre y es la que tiene que encargarse de sus hijos».

Y así fue como descubrí que mi suegra no era una mujer feminista, sino una madre amantísima de metro y medio, con la mala leche de una de metro ochenta y tres.

Aliados ma non troppo

Posiblemente por ser del mismo sexo, las probabilidades de que la suegra quiera hacerse amiga de la nuera son infinitamente mayores que las de querer intimar —en el buen sentido de la expresión— con el marido de la hija, que solo habla de deportes o de políticas de macroeconomía, sin un saber de programas del corazón ni de recetas peruanas de ceviche ni de nada medianamente conversable.

Si la suegra no es suegra malvada, tratará de mantener una cordialidad saludable con el yerno, pero manteniendo siempre las distancias. Es decir, que habrá dos besos, un *tupper* de lasaña los jueves y hasta el bordado de la bata de farmacéutico, pero ya. Ni cines ni conciertos ni tardes de sofá y critiqueo. El yerno es más bien un estorbo en la relación con la hija. El tipo que evita que se pase media vida en casa poniendo lavadoras y aleccionando sobre las bondades de los potajes.

Sin embargo, la nuera es todo lo contrario. Es el puente que la lleva hasta su hijo, que desde que cumplió los dieciocho, pasa de actividades familiares y de charlas por teléfono de hora y media con su madre sobre si se ha comido todo el plato o sobre la necesidad de hacerse un análisis de sangre completo.

Y en ese vacío dialéctico-emocional es donde entra la nuera, cuya existencia no solo le supone un contacto de nivel en la vida de su vástago, sino que es una aliada para poder llevar a cabo sus planes de madre protectora, como agentes infiltrados dentro de territorio enemigo. Aunque la pobre nuera lo haga básicamente para quedar bien y una vez en casa, le dé collejas al marido para que llame a la madre o se mida los niveles de azúcar en sangre.

De esa manera, no será difícil que la suegra acabe haciendo buenas migas con la nuera y terminen yendo juntas de compras, organizando los menús familiares y haciendo planes para dominar el mundo, en un nivel de confianza muy similar al que tiene con su hija, aunque salvando las distancias, que la sangre es la sangre y los genes tiran mucho.

Compinches

No es que mi suegra me caiga mal, pero yo no quiero ser su amiga. Y no solo porque no tenga ganas de tomarme un café con ella, ahora que no tengo tiempo ni para echarme polvos bronceadores y voy por el mundo como una geisha con hepatitis, sino porque no quiero ser una aliada en su lucha por controlar la vida de todo el mundo.

Al principio de los tiempos, como quería caerle en gracia, me dejaba querer un poco más y todos los jueves por la tarde iba a recogerla a la tienda donde trabaja para merendar juntas y tenía que escucharla hacer un repaso de critiqueo por toda la familia, mientras yo movía el café como si tuviera un trastorno compulsivo y fingía no estar horrorizada. Pero lo peor fue cuando empezó a insistir en la idea de que mi novio, o sea su hijo, vendiera la moto, a la que quería más que a mí y con la que llevaba más años que conmigo.

—Es que él no se da cuenta de lo peligroso que es ir así, expuesto a que le den un porrazo y se abra la cabeza y ya no es un niño, vamos, que tiene una edad, y los reflejos no son los mismos. Lo que tiene que hacer es comprarse un coche y dejarse de tonterías.

Y la tarea no la traía solo conmigo, sino que a él le daba la lata siempre que le veía:

—¿Has visto el telediario? Más de veinte motoristas muertos.

O:

—¿Tú sabes de qué se murió el hijo de Paquita?, pues de un accidente de moto.

Y de historias verdaderas pasaba a historias inventadas con una facilidad pasmosa, hasta el punto de que la crisis de Oriente Medio y el hambre en el mundo eran a causa de las motos, que ya se sabe que no traen nada bueno.

Pero como veía que él no le hacía caso, insistía en aleccionarme a mí, como tengo yo los niveles de estrés, y todos los días me contaba

historias horribles sobre muertos en carretera y traumatismos craneoencefálicos, usando tecnicismos sacados de Internet para impresionarme.

Así que entre el disgusto que a la pobre señora le causaba la moto y la angustia que me invadía a mí cada vez que Gaby la cogía para largas distancias, después de los discursos de su madre, empecé a ponerme de su lado, casi sin darme cuenta. Y antes de un año, logré que la vendiera.

Como castigo divino, ahora cada día perdemos una hora de nuestra vida en aparcar con el coche, sin contar el gasto económico en *parkings* y la pérdida de buen karma en disputas con otros conductores frente a una plaza libre. Y ni siquiera puedo protestar porque mi marido rumia la idea de pedirme el divorcio cada vez que recuerda su moto.

Mi suegra, por su parte, está contenta, pero no tanto porque ahora quiere que le convenza para que deje el submarinismo, «que las inmersiones a tantos metros son muy peligrosas y un día de estos le va a dar una embolia».

Cada oveja con su pareja

La suegra suele ser una persona de ideas fijas, las exprese en alto o las masculle sobre su escote, porque es una característica que va con el cargo como la de mirar por encima del hombro en los primeros encuentros o tener la exclusiva sobre la receta del estofado de Año Nuevo.

Precisamente por ello, la suegra tiene claro que sus hijos no deben casarse con el primero que pase por su puerta, sino con una persona de provecho, con su oficio y beneficio, con su preparación académica para enfrentarse al mundo y, por supuesto, con un gran corazón para querer a sus hijos y a sus nietos hasta el fin de sus días. Y a ser posible de la misma clase socio económica, que, aunque esté feo decirlo, luego vienen los conflictos y las complicaciones.

Así que si su hijo, que trabaja como cirujano jefe de un prestigioso hospital, se acaba enamorando de la camarera de la hamburguesería que no terminó el instituto, la suegra tiene un simulacro de infarto y entra en una depresión severa, que para eso ella se ha pasado los días repasando con él los seiscientos cincuenta músculos de acción voluntaria mientras picaba las patatas y batía los huevos camperos, para que ahora venga esta lista a aprovecharse de su hijo y de sus horas de estudio acumuladas a base de jarras de café negro y malvivir. Cuando todo el mundo sabe que su hijo merece otra cirujana de postín o al menos una médico de familia o una enfermera o incluso una profesora de instituto, que, aunque tenga menos caché, tiene mejor horario y menos nietos que le tocará cuidar a ella. Que cuando se es suegra hay que pensar en todo. Pero que ella no lo dice por el dinero, Dios la libre, ella lo dice porque esas cosas no acaban saliendo bien, que cada oveja tiene que estar con su pareja, que lo de la Cenicienta es un cuento.

Sin embargo, si es su hija la que dejó el instituto para hacer un taller de cocina que le sirvió para conseguir un trabajo de media jornada en la panadería de la esquina, con un sueldo y unas condiciones laborales propias de Senegal, y la que acaba conociendo a un empresario triunfador, la cosa cambia. Hombre, porque su hija no habrá estudiado, pero es una chica muy lista que sabe recitar la lista de reyes godos del revés y lo mismo se desenvuelve en el barrio que en una reunión con un marajá, y el novio tendrá mucho dinero y un MBA de esos, pero su niña vale un potosí. Y el que diga que eso no va a funcionar es porque es un clasista y un retrógrado, que a la gente no se la mide por lo que lleve en la cartera. Hombre ya.

Lo más divertido de todo es que la misma mujer puede defender ambos casos al mismo tiempo, como si tuviera un trastorno bipolar severo, y además, lo hace con cierta vehemencia, que a las suegras la vehemencia les pone mucho.

Una segunda oportunidad

En mi casa éramos cinco hermanos y mis padres apenas tenían dinero para mantenernos, así que de estudiar ni hablábamos. Eran otros tiempos y ponerse a trabajar después de acabar el colegio venía a ser lo habitual, así que a ninguno nos pareció mal empezar a ganarnos pronto la vida como cualquier hijo de vecino, en algún almacén de ropa cosiendo vaqueros o en la lechería de la calle ayudando a despachar. Y así ganábamos algún dinerillo con el que ayudar a la familia.

Con los años fuimos creciendo y nos fueron saliendo pretendientes. A mí, el que ahora es mi marido, que venía a buscarme a la puerta de la lechería como si fuera un fan para acompañarme de vuelta a casa, y, claro, yo iba sin hablarle ni nada como si fuera un acosador o

un asesino en serie, que era lo que se llevaba en aquel tiempo, al menos hasta que te hubiera acompañado unas cinco o seis veces y se ganara el derecho a la palabra.

Y el mío no solo se lo ganó sino que se presentó en mi casa para pedirles permiso a mis padres para salir conmigo y fue enumerando sus méritos para ser aceptado. El joven estudiaba económicas, trabajaba en un banco y pertenecía a una familia en la que no habían existido problemas económicos en las últimas tres generaciones y, claro, a mis padres les faltó aplaudir, que conseguir un yerno así era un seguro de vida para mí. Y tanto que lo fue, que llevamos treinta años casados y somos felices como el primer día, menos cuando hay liga, claro.

La cuestión es que en nuestra boda, mi hermano conoció a mi cuñada y enseguida se hicieron ojitos y empezaron a salir, sin permiso y sin nada, que mi hermano venía de otra casta y no estaba acostumbrado a esas cosas, al menos hasta que la relación se afanzara un poco.

Pero mi madre, que como todas las madres del mundo era bruja o tenía un contacto en el CNI, se enteró a los dos meses y les prohibió que continuaran saliendo porque al parecer, y según su criterio, mi hermano, al ser el varón, no podía casarse con alguien de una posición mejor, porque es él quien debe mantener a la familia. O sea, que lo que en un caso era un milagro y una suerte para la familia, en el otro era una vergüenza. Cosas de la posguerra.

Después de un cisma familiar, mi hermano y mi cuñada dejaron de salir y cada uno rehízo su vida por su cuenta. Mi hermano se casó con una chica del barrio de la que se separó años después y mi cuñada con un amigo de la facultad de magisterio del que enviudó casi al mismo tiempo.

Mis padres, con los años y la llegada de la televisión en color, acabaron por modernizarse y por arrepentirse de haberse entrometido en aquella relación. Por eso, cuando en la celebración de los cincuenta años de mi marido, mi hermano y mi cuñada se reencontraron y comenzaron un idilio, estaban como locos de contentos.

A mi madre le habría encantado saber que hoy siguen juntos. Siempre le gustaron los finales felices.

AMIGAS PARA SIEMPRE

Que tu suegra quiera ser tu mejor amiga es casi tan terrible como que te deteste. Porque puestos a ser prácticos, una vez que superas el disgusto inicial de que te mire como quien mira al anticristo en forma de cabra de ojos verdes, te acabas librando de un montón de actividades suegra-nuera que a cualquier persona en su sano juicio le pondrían los pelos de punta.

No porque los planes sean un infierno en sí ni porque la pobre señora tenga necesariamente el espíritu festivo de una catequista o, lo que es peor, de una divorciada cincuentona ávida de emociones fuertes, sino porque hacer actividades con la suegra no es sano. Y esto es así. Lo que viene siendo un axioma familiar de toda la vida.

Que una puede llevarse bien y tomarse un café con pastas el primer jueves de cada mes para hablar de las extraescolares de los hijos y de las revoluciones de la centrifugadora de la lavadora, que no es tema baladí, pero de ahí a ir juntas a clases de zumba a perder pistoleras o de fiesta un sábado por la noche, pues, mire usted, no.

Que está muy bien hacerse la moderna, pero que hay cosas que son contranatura. Que luego una se toma dos copas, se viene arriba y empieza a criticar al marido, más por costumbre que por necesidad y al final, justo cuando terminas de compararlo con el cuñado de tu prima, que cocina reducciones de mango, friega con amoníaco, plancha los pantalones con raya y lleva a su mujer de vacaciones al Caribe dos veces al año —tres en años bisiestos—, te la encuentras mirándote con los ojos como canicas envueltas en llamas y ya, por mucho que sonrías como una bobalicona, no hay vuelta atrás. Y todo lo que te has ganado con interminables días de compras en la sección de señoras de tallas especiales y con las partidas de bingo con sus amigas de la barriada, lo pierdes en lo que dura una canción de Pitbull y medio *gintonic* de garrafón. Con lo mal que te sienta a ti la ginebra.

También es posible que tu suegra sea una profesional y no solo no te mire con ojos enfurecidos de criatura salvaje, sino que te ría las gracias; pero no te confíes, una suegra es una madre *premium* y recibe el ataque a sus crías como un amago de puñalada trapera, y más viniendo de ti. Lo que ocurre es que finge no darle importancia para seguir reuniendo información clasificada como una agente de la KGB, aunque por dentro esté planeando una manera de acabar contigo sin dejar rastro.

Sea como fuere, la suegra no se arrima al querer por casualidad. La suegra tiene un plan. Siempre.

He aquí algunas de las razones por las que puede tener ese afán incontrolable por ser tu muy mejor amiga:

El espionaje

Efectivamente, en una reunión familiar con la abuela Manuela y los veinticinco primos por parte de padre, donde ni bebes, ni fumas ni dices palabras malsonantes, no hay quien te pille en un renuncio, que para eso te has pasado mes y medio ensayando con tu falda plisada de niña bien, tu manicura francesa recién hecha y tu sonrisa de esposa perfecta frente al espejo del cuarto de baño. Con la luz tan fea que tiene y la mala cara que te hace.

Porque las nueras tampoco son tontas, mire usted, y saben guardarse de mostrar su verdadero yo, así a las claras, en el primer minuto de vida familiar. Con lo peligroso que es eso. Que ya se sabe que la sinceridad está sobrevalorada y los encuentros familiares los carga el diablo.

Así que la suegra, *lampona* por conocer tu lado oscuro o al menos tu yo menos remilgado, trata de acercar posturas y sacarte de la mesa con centro de flores naturales y mantel de blonda, donde sonríes hasta desencajarte la mandíbula por aquello de quedar bien, y te lleva a tu hábitat natural, dándote confianza para que te sientas cómoda, aceptada y relajada. Y, claro, te dejas llevar, que, aunque una no tuviera previsto hacerse amiga de la suegra, incluso aunque no quiera, el hecho de que ella sí lo pretenda le sube a una la autoestima y el ánimo y hasta el colesterol del bueno. Que eso es como cuando te cuentan que le gustas al empollón de la clase, que, aunque tenga gafas de señor mayor de esas con cristales amarillentos que ya no se ven por el mundo y no pienses bailar con él ni la yenka, tu poquito de subidón te lo da. Y la suegra lo sabe. Digo si lo sabe.

Y ahí empieza la caza. Tú te dejas querer y ella despliega encantos y casi sin darte cuenta te ves un lunes al mediodía almorzando en la terraza de un bar de mala muerte una paella valenciana precocinada, con lo mal que te sientan a ti los carbohidratos de sobre y los lunes. Y una cosa lleva a la otra y a la de más allá y al final te ves contando lo que no tenías previsto contar y olvidándote de que la señora que tienes enfrente y que se ríe cuando dices lo mono que es el camarero, es la misma que se pasó tres meses al lado de la cama de tu marido cuando lo operaron de los pies planos en la EGB y la que se puso una peineta del tamaño de un transatlántico en tu boda para sacarte una cabeza y media y dejarte como una novia liliputiense y de paso taparte el ojo izquierdo en todas las fotografías. A sabiendas de que ese es tu lado bueno.

Así que si tu suegra te ronea para ser tu mejor amiga y sonsacarte información de alto secreto, tienes tres opciones, fingir que estás haciendo unas oposiciones a notaría y que no te queda tiempo ni para pasarte el hilo dental, simular tu propia muerte en un país caribeño o hacer de tripas corazón y compartir con ella un poco de vida social, pero sé lista y aboga por un cine donde se habla poco, mejor una película iraní para que te haga la cruz para siempre, o una quedada en grupo con testigos y salvavidas a gogó, y nunca bajes la guardia, y cuando digo nunca quiero decir nunca jamás. Una suegra siempre es una suegra. Y las suegras, como el mal, nunca descansan.

El hijo pródigo y el *sex shop*

Mentiría si dijera que no sé que soy el favorito de mi madre, y no porque sea el pequeño o el mayor, que de hecho soy el de en medio de cinco hermanos varones, condenado a pasar desapercibido y sufrir del denominado síndrome «sándwich fraternal». Lo que ocurrió es que la señorita María Jesús, que me daba religión en primaria, se dio cuenta de que no es que yo fuera un niño torpe, es que no veía un

pimiento, así que me mandó al oculista y me colocaron, sin piedad ni anestesia, unas feísimas gafas de culo de vaso, con las que se me veían los ojos del tamaño del hueso de una aceituna. De las pequeñas.

Aquello debió de ablandar a la familia, que desde aquel momento me encumbró como al hijo predilecto. Imagino que para que no fuera acumulando traumas, con lo caro que está el psicólogo y lo mal que estaba mi familia de dinero. Y aquel trato especial se convirtió en costumbre como las migas camperas de los domingos. Y hasta hoy.

Por eso, el hecho de que me echara novia era un drama comparable a que me alistara a la Legión Extranjera o me secuestraran en un taxi pirata mexicano. Una cosa muy mala y muy de preocuparse porque, según mi madre, las mujeres son lo peor. Menos las de la familia, claro. Y te hacen la vida imposible solo por divertirse, que mi madre había visto muchas películas de Rita Hayworth y Ava Gardner y estaba muy puesta en esto de las *femmes fatales*.

Quizá por eso me extrañó que, cuando le presenté a Carolina, ella estuviese tan receptiva, ataviada con sus mejores galas, peinada de peluquería y solícita como un mayordomo inglés. Todo era poco para su nuera.

Y así, tras dos cafés de pucherillo y tres pastas baratas del súper, se hicieron íntimas. Mi madre feliz, Carolina feliz y mi padre mirando por encima de las gafas de leer, como la señorita Murple, buscando el gato encerrado.

—No te fíes de tu madre ni un pelo —me dijo cuando nos quedamos solos—, que la conozco desde hace cuarenta años y ella no se peina por cualquiera. Que esa misma cara me la puso cuando me borró de la peña y no me enteré hasta que me llamó tu tío Benito para reclamarme la mensualidad...

Pero yo no le hice caso y dejé fraguar aquella pseudoamistad de café semanal que me dejaba un día libre para ir al gimnasio y quedar con los amigos.

Y durmiendo una siesta estaba cuando me despertó mi madre, sentada a los pies de mi cama con una libreta tamaño cuartilla y el bolígrafo de cuarenta centímetros que le regalaron en la carnicería y que tiene un trozo de panceta de gomaeva colgando de la punta.

—Mira, José Manuel, que yo no te lo quería contar, pero cuando quedo con la Caro voy escuchando historias de aquí y de allá y... qué quieres que te diga, que al principio me gustaba, pero cada vez menos. Y hace unas semanas se trajo a una amiga guiri y vamos, que te lo voy a contar, que me da hasta fatiga pero que te lo cuento... que va a montar un *sex shop* de esos de guarrilla... Que sí, que sí, que no me mires así, que se lo dijo a la guiri y aprovecharon que me levanté a por el café para hablar de que querían un escaparate solo para correas y arneses o como se diga eso y que para que la gente se animara a comprar querían que hubiera exhibiciones de hembras de categoría, que hasta podían alquilarse para mantener relaciones... Yo me he quedado helada, José Manuel, que yo esto no me lo esperaba... ¿Pero tú no decías que la niña tenía una carrera?

Imagino que lo suyo hubiera sido que le explicara que Carolina era veterinaria y que lo que iba a montar era una *pets shop* con una socia irlandesa, lo que viene siendo una tienda de animales de toda la vida de Dios, con especial atención a las perras de raza para cría, pero decidí aguantar la risa, darme la vuelta y hacerme el dormido para dejarla un rato más con el reconcome.

Definitivamente, mi padre es un sabio.

No sin mi hijo

Una de las razones por las que la suegra pueda querer ser tu mejor amiga para siempre es para poder estar cerca de su hijo. Criatura. Porque no hay que olvidarse de que aquí quien ha venido a robarle el puesto a alguien ha sido la nuera a la suegra y no al revés, por mucha mala prensa que tengan las suegras. Que al César lo que es del César y la suegra era la mujer más importante de la vida de su hijo, hasta que llegaste tú y tu perfume caro y tus tacones con plataforma de coja, y la señora pasó a ser una segundona de libro, con sus rulos y su telenovela y ya ni las croquetas de jamón le saben igual al niño. Ni aunque le eche doble de bechamel. Y eso duele. Cómo no va a doler.

Así que la pobre, después de noches en vela dándole vueltas a cómo recuperar el amor filial sin tener que lisiarte con el garrote vil, llegó a la conclusión de que tenía que quererte o, al menos, fingir que lo hacía. Como cuando su hijo se echó aquel amigo melenudo tan raro que iba en chanclas en invierno y se sintonizaba las energías a la hora de comer mientras hablaba de la necesidad de dejar la universidad para acabar con el sistema opresor. Una perla. Y a la mujer le daban dos infartos cerebrales antes del postre, pero, claro, ella sabía que debía fingir que era un tipo majo para que el niño no se le rebelara y la acusara de madre marsupial, con lo poco que le gustan a ella los marsupiales. Y así, poco a poco, el melenudo se esfumó.

Que no es lo mismo. Que la suegra sabe que tú no te vas a esfumar. No por el momento al menos, pero, claro, decirle al niño que tienes las mechas amarillo limón o que se te ve a la legua que no sabes dónde está Turquía ni cómo freír un huevo de codorniz sería sembrar el caos, y el caos es una cosa muy fea y muy de estresarse.

Así que la suegra, que es de todo menos tonta, se te acerca sigilosa como un antílope y se interesa por tus estudios o tu trabajo y te cuenta que ella siempre quiso volver a estudiar y realizarse, que a ciertas edades lo de realizarse en un tema muy en boga, y así como quien no quiere la cosa te invita a un café o a un helado para poder charlar tranquilamente, y al final, más por educación que por ganas, acabas claudicando.

Y el hijo, que hasta hace diez minutos pasaba de su madre y de su renovado instinto maternal, empieza a cogerle el gusto a la situación de que seáis amigas, básicamente por librarse de tener que cogerle el teléfono y darle el parte diario en más de media hora de conversación banal mientras juega a la consola. Ahora tú eres una hija más. Y como tal tendrás tu regalo en Navidad, eso sí, pero también la obligación de hablar de los riesgos que entraña la operación de cadera de la prima Begoña.

A su imagen y semejanza

Toda suegra sabe el modelo de mujer que quiere para su hijo y si no, al menos, tiene claro que ninguno de los que se le acerque será suficientemente bueno. Esto es así y punto. Que para eso ha estado una toda la vida limpiando mocos y cambiando pañales a destajo, sin una gotita de ocio que echarse a la boca, ni un cine, ni un teatro, ni un viaje transoceánico, ni una carrera profesional en Wall Street, para que ahora venga una lagartona con uñas de gel a arruinarle el invento.

Aunque parezca mentira, en ocasiones la suegra tiene razón y a las nueras hay que echarles de comer aparte. A ellas, a su falta de tacto o modales y a sus minifaldas de polipiel. Aunque otras veces, es la mirada de la suegra la que está perturbada y ya pudiera venir una réplica de la mismísima Grace Kelly, que no le parecería la adecuada para el niño. Que el retoño es mucho retoño y la suegra mucha suegra.

Pero ella, que es un animal sabio donde los haya, en lugar de criticar y de escupirte a la cara que la ropa interior es un básico que hay que llevar siempre encima como los órganos vitales y el plasma sanguíneo, te lleva de compras «para hacerte un regalito». Y antes de que puedas pestañear, tienes una bolsa colgando del brazo con media docena de braguitas blancas de algodón transpirable.

Que tienes el pelo negro azabache y te hace cara de indio viejo, la suegra te pide hora en la peluquería y te anima con un rubio oscuro y unos reflejos californianos... y un alisado japonés para controlar el encrespamiento.

Y si la suegra es choni, lo mismo pero del revés, pierdes tu color natural en pro de unas mechas naranjas y unas extensiones al estilo Rapunzel de pelo *made in China*. La cuestión es adaptarse para no desentonar en las comidas familiares ni en las fotos del aparador de la entrada.

La parte positiva es que la suegra no quiere en realidad ser tu amiga sino reformarte, así que no tendrás que escuchar confesiones, ni problemas, ni espeluznantes secretos familiares... ni ella pretenderá escucharlos de ti. No será obligatorio estrechar lazos ni ir juntas al baile de primavera con un ramillete de lavanda en la muñeca, tan solo renunciar por entero a la identidad personal y al estilo propio, que puestos a comparar, parece un sacrificio menos severo.

En la flor de la vida... otra vez

Hay suegras que se creen que tienen veinte años menos de los que dicen que tienen —que en realidad son cinco menos de los que en realidad cumplen— y, para no perder comba, visten como adolescentes tardías, con generosos escotes, *leggings* de lamé y uñas esculpidas, a la espera de que alguien las saque a bailar.

Por supuesto, el marido y los hijos pasan mucho de seguirle el rollo y como mucho asisten a la exhibición anual de danza del vientre, en la peña del barrio, a verla contonear las caderas, en un claro desafío a la osteoporosis, pero de ahí a llevarla a una discoteca o a tomar cócteles a una terraza de moda, como que no.

Por suerte tiene a su amiga Encarnita, la del cuarto B, que es otra que igual baila, pero, claro, entre que trabaja fuera de casa y que tiene que cuidar de su madre, pues tampoco pueden desfogar mucho. Así que cuando tú apareces en su vida, irradiando juventud y ganas de diversión, a ella se le ponen los ojos como brótolas de la emoción.

Y ya todo son propuestas de conciertos y festivales, que ha oído en la radio que son lo más, planes de salidas de fiesta hasta la madrugada, de tapeos por el centro con mucho vino y de clases dirigidas de zumba.

Y mucho ojo con que se te escape que es tu cumpleaños o que vas a salir con las amigas para celebrar la llegada de la primavera, porque, antes de que cuentes tres, la tienes maquillada y con el bolso colgado a la espera de nuevas indicaciones.

Descocada

—Que mira, que he pensado que en lugar de quedarme con los niños para que te vayas de fiesta con las amigas, se los dejamos a Paco, que tú sabes cómo está con los nietos la criatura, y yo me voy contigo a que me dé el aire, que tú sabes lo moderna y lo divertida que soy yo, vamos, que voy a ser una más y a tus amigas ya las conozco de tu despedida de soltera, que anda que no lo pasamos bien con aquel *boy* tan mariquita que te trajeron...

Y así fue como empezó el desastre.

Si digo que hacía un año que no salía de jerga, me quedo corta. Que con tanta maternidad y tanto trabajo y tanto hacerme viejuna no salía ni para un café relajado. Vamos, que la última vez que quedé con mi amiga Sandra para tomarme un café, de tan rápido que me lo bebí para llegar a tiempo a recoger al niño del kárate, me dejé la boca en carne viva y los labios como un transexual adicto a la cirugía.

Así que el hecho de poder salir con las amigas una noche entera, con cena, copa y baile y sin nadie a quien limpiarle los mocos ni sacarle el flato, era para mí lo más cercano al paraíso, y la idea de llevarme a mi suegra y a su crisis de los «cincuentaymuchos» conmigo era poco menos que un drama vital.



—Que no te preocupes, que ya verás como al final no va a ir, que te lo digo yo, que la conozco —me decía su hijo mientras yo, con estos vaivenes hormonales del posparto tardío (que a cada uno le dura el posparto lo que quiere y a mí el mío me dura hasta que me quito los kilos del embarazo, o sea, para siempre), maldecía a gritos.

Y vino. Vaya si vino. A las nueve en punto de la noche la tenía en el portal con una falda vaquera de veinte centímetros con apliques en los bolsillos y unas botas mosqueteras de prostituta de extrarradio elaboradas en plástico de primera calidad.

Aún no sé si lo peor fue el coqueteo descarado con el camarero del restaurante —que tenía veinte años menos y un novio en Torrelodones—, que bailara como una descosida retorciéndose en la tarima del pub irlandés como si le estuvieran dando convulsiones, que se bebiera siete chupitos de tequila antes de las doce o que me viera, a la una de la madrugada de mi noche libre, volviendo a casa en un taxi con mi suegra vomitándose en el bolso. Dentro del bolso, quiero decir.

Amor —y plagio— incondicional

Por alguna extraña razón, como que los astros se han alineado en la casa de Virgo en fila india o que la luna estaba en cuarto y mitad menguante cuando os conocisteis en la feria del pueblo, a la suegra le gustas. Mucho. Muchísimo. Y no está del todo claro si eso es una cosa buena.

Porque le recuerdes a ella cuando era joven o porque seas lo que siempre quiso ser, porque esté muy aburrida, porque seas mejor partido del que esperaba para su hijo o porque realmente seas un encanto, la suegra se enamora a primera vista y se plantea como reto vital ser tu muy mejor amiga.

Por una parte, tratará de ir cerrando encuentros y citas para disfrutar de tu presencia y conocer todos los detalles que a las suegras no se les cuentan, y por muchas negativas que le sueltes y muchos esquinazos que logres darle, siempre te esperará sonriente, al otro lado del teléfono, para proponerte un plan B, impertérrita e incombustible.

Y para tenerte bien atrapada y poder desarrollar vuestra amistad como a ella le gustaría, no se contenta con las migajas que dos veces al mes le vayas dando, sino que te regala un bono anual para su gimnasio y te reserva hora en Pilates, aunque a ti el Pilates te deprima y en ese gimnasio las señoras lleven zapatillas con tacón y hubiera un brote de legionela el mes pasado... Lo importante es reforzar la relación.

Pero lo peor no será ni eso ni los mil y un planes que organizará para ambas, lo peor es que poco a poco, cual *groupie* trastornada, empezará a copiar tus estilismos, tus gestos, tus expresiones y hasta tu peinado, para ir pareciéndose cada día más a ti como en una versión *light* y menos glamurosa de *Eva al desnudo*.

Lo más curioso y aterrador del asunto es que no te dirá lo mucho que le gusta tu nuevo tono de mechas, el ancho de los bigudíes de tu moldeador o el gorro de pedigüeña que te has comprado por Internet para hacerte la moderna. Ella hará como que no se ha percatado y a los dos días aparecerá disfrazada de ti, pidiéndote opinión sobre el corte de pelo *midi* o el traje sastre de tres piezas, como si no supiera que tienes uno idéntico colgado en tu armario, que, para más inri, te pidió prestado para un bautizo. Muy paranormal todo.

Una suegra copiona

Cuando iba a EGB, había una niña en mi clase que me lo copiaba absolutamente todo. Y cuando digo todo, me refiero hasta el color de la tapa de la libreta de matemáticas, y si su madre se negaba a cambiársela en la papelería por una verde como la mía, se dedicaba a pintarla con furia con un rotulador Carioca de punta gorda o a forrarla de papel charol con celo, en plan psicópata total.

Si aquello ya me parecía inquietante en el colegio y viniendo de una niña de nueve años, con gruesas coletas y problemas de estrabismo, imagínate el mal rollo que me da repetir la misma historia con una señora de sesenta y cinco, hecha y derecha, con tres hijos, cuatro nietos y un apartamento en Benidorm de dos dormitorios. O sea, mi suegra.

Lo peor es que nunca me dice que le gusta nada de lo que llevo. Tampoco que no le guste. Las cosas como son. Pero cuando alguien dice delante de ella lo bonita que es, por ejemplo, la pulsera que llevo, ella se hace la distraída como si estuviera repasando internamente la tabla del seis hasta que se termina la conversación y entonces vuelve a integrarse como si acabara de regresar de un viaje astral.

Al principio, pensaba que todo lo mío le parecía horrible y que prefería aislarse antes que tirarme a la cara la verdad, hasta que un día me mandó recoger un blister de ansiolíticos que guardaba en el cajón de su mesilla de noche, junto a las joyas y a los dientes de repuesto, por si le da una crisis de ansiedad o de diarrea, y me encontré cara a cara con una pulsera idéntica a la mía.

No le dije nada, pero en cuanto le di las pastillas se le abrieron los ojos como a un lémur insomne y supe que había atado cabos.

El disgusto solapado le duró tres segundos, no sé si porque engulló tres pastillas seguidas o porque aquello le daba libertad para dar rienda suelta a su afán plagiador. La cuestión es que desde aquel día, mi suegra se ha convertido en la versión senior de mí misma, con mi mismo corte de pelo, mis mismas mechas y hasta mi misma sombra de ojos, y ya me pueda comprar una camisa hawaiana de estadounidense jubilado o un bolso con forma de mandril guineano, que ella me copia sin piedad.

Como yo tampoco estoy muy bien de lo mío, no logro llevar el asunto con normalidad y entro en ciclo infinito de locura cada vez que la veo disfrazada de mí, como si fuéramos una versión femenina del Dúo Dinámico. Por eso, me decidí a cortarme el pelo a lo *garçon* y pintármelo de rojo, que yo sé que mi suegra sin su melena no es nadie, y empezar a comprarme modelitos más deportivos, para que le horrorizaran lo suficiente como para no copiarlos, y que así una pudiera recuperar su identidad, aunque fuera una nueva identidad de callo.

Pero no. Lo único que he conseguido es llenar el armario de prendas horrosas de guerrillera colombiana y que, en la foto de familia del primer cumpleaños de mi hijo, mi suegra y yo pareciéramos un par de lesbianas subversivas. Con el pelo rojo, por supuesto.

Enmendando errores

Algunas suegras llevan mucho tiempo siendo suegras, solo que de diferentes personas, lo que sin duda debe de resultar mucho más agotador. Que los hijos estarán encantados de cambiar de novia como quien cambia de desodorante, pero para sus madres esto debe de ser abrumador, porque no solo tienen que aprender nuevos nombres, aficiones, filias y fobias, sino que, además, tienen que hacer borrón y cuenta nueva y empezar desde cero, con el jaleo que supone eso para la contabilidad emocional.

Y es que da igual si la nuera defenestrada fue objeto de más críticas o halagos, de más o menos favores o disgustos, la cuestión es que con cada nueva nuera, hay que empezar desde el principio.

Esto no sería un problema para la nuera, que aparentemente se encontraría con una suegra a estrenar o al menos de kilómetro cero, pero nada más lejos de la realidad, porque la suegra tiene su corazoncito y este también queda maltrecho tras la ruptura. Y claro, la señora, como si fuera parte activa de la relación, se plantea que igual no fue todo lo cariñosa o atenta que debiera con la anterior... y planea mejorar e intensificar sus muestras de cariño con la próxima. O sea, contigo.

Y no puedes hacer nada por evitarlo.

Senderos de perdición

Cuando mi suegra me dijo de apuntarnos a un grupo de senderismo para hacer rutas por el monte, no supe reaccionar y, aunque soy de las que piensan que la naturaleza está sobrevalorada y mi única relación con la flora son la docena de rosas que le exijo a mis novios por San Valentín, fingí emoción y le dije que sí. Así, a las bravas.

Me subí al altillo del armario a rebuscar los pantalones de licra *made in* 1997 que me compré la última vez que me apunté al gimnasio y me parecieron tan deprimentes y tan poco aptos para causarle una buena impresión a mi recién estrenada suegra amante del deporte, que me fui a unos grandes almacenes y me gasté un riñón en un conjunto de senderismo profesional.

Y así fue como empecé a malvivir todos los sábados, levantándome al ser de día para ir con la suegra a pasear junto a un grupo de forofos de la naturaleza con pinta de majaras y con un bastón en la mano como san José, el padre putativo.

Por suerte, cuando ya tenía las piernas como Indurain tras dos meses subiendo montañas, a la suegra se le desgarró el músculo sartorio y le recetaron reposo absoluto.

Yo, que soy mala persona cuando estoy muy cansada, casi me alegré, no por ella, pobre, sino por librarme de andar, de madrugar y de tomar antihistamínicos para calmar la rinitis alérgica que me da el monte.

Lo curioso del asunto es que cuando fui a visitarla se me abrazó y me pidió perdón por no poder volver a acompañarme, por lo menos, en tres meses.

—Ay, hija mía, que yo lo siento más por ti que por mí, que a mí el deporte como que no, pero disfrutaba viéndote disfrutar a ti con lo que te gusta la naturaleza y el senderismo... Y desde que me contó mi Dani que tú ibas con tu madre cada semana hasta que desgraciadamente falleció en aquel accidente de avión, yo me había propuesto ir contigo hasta que el cuerpo me aguantara.

No sé si me sobrecogió más el hecho de que pensara que practicaba deporte con regularidad o que se hubiera cargado de un plumazo a mi pobre madre, que además no se ha montado en un avión en su vida porque le dan claustrofobia y seguramente, cuando le contara esto, pánico mortal. Pero antes de poder plantearme si aquello era fruto de un derrame o de los calmantes musculares, mi novio se echó a reír y dijo que la que era huérfana y amante del deporte en la naturaleza era Isa, su ex, con la que tuvo unos quince minutos de relación.

Y como soy una envidiosa y me imaginé a la tal Isa con el culo de acero, ahora me veo obligada a hacer senderismo cada sábado aunque mi suegra esté convaleciente y mi madre se niegue a acompañarme por si se repite la profecía.

—Que vale que yo no me monto en avión —me dice—, pero los autobuses de línea también los carga el diablo.

Vida perra.

TRES NO SON MULTITUD

Probablemente uno de los pasos más difíciles que tiene que dar una mujer a lo largo de su vida, además de soportar con dignidad el hecho de que la llamen «señora» por primera vez, sin una anestesia ni un cariño ni un nada, es convertirse en una suegra. Sí, una suegra, con todas las connotaciones negativas que trae el cargo, lo mayor que hace y lo que realmente supone, que es el hecho de que para su hijo, ese que tenía cólico del lactante y terrores nocturnos que la tuvieron sin dormir cuatro años, ese al que había que preguntarle la lección todos los días y acompañarlo por medio país a sus tormentosos torneos de fútbol y de cuyo nacimiento le queda un costurón en la barriga y un músculo pubocoxígeo flojo —con lo bien que había tenido ella siempre el músculo pubocoxígeo, que daba gusto verlo—, ya no es la mujer de su vida. Casi nada.

Ahora que el niño ya estaba asentado con sus estudios terminados y su buen puesto en la empresa, ahora que la agasajaba con comidas en terrazas con largas charlas, ahora que iban todos los jueves a la cinemateca y eran los mejores amigos, llega una cualquiera surgida de la nada y la empuja a la cuneta de un culazo. Y ni comida ni cinemateca ni charlas al atardecer. Ahora solo arrumacos y conversaciones telefónicas con la cualquiera, a la que encima tiene que agasajar el domingo con una paella de mariscos en su propia casa, evitando, claro está, clavarle el cuchillo jamonero a traición.

Hasta aquí todo es medianamente normal y es lo que básicamente sentirá tu suegra cuando sepa de tu existencia, pero el grado de celos y locura más o menos transitoria dependerá de la relación que hayan tenido madre e hijo antes de tu llegada, que no es lo mismo la madre desnaturalizada que no tocaba a su hijo ni con un palo, que la madre sobreprotectora amante del colecho y la lactancia hasta la primera comunión, y, por supuesto, del grado de salud mental que tenga la buena mujer.

La suegra acoplada

La suegra acoplada siempre tiene una buena excusa para apuntarse a vuestros planes; primero, porque no tiene nada mejor que hacer desde que se prejubiló de la oficina en 2005 por un ojo vago psicológico y, segundo, porque se niega a quedarse fuera de la vida de su hijo, aunque el plan sea una cena romántica a la luz de las velas, que ella no da un ruido, o un concierto de ACDC, que a ella le encanta la música, que para eso en sus tiempos no se perdió ni un espectáculo de Los Brincos. Y te fastidias.

La suegra acoplada se apunta a la escapada romántica que habéis organizado a un balneario, «que me va a venir muy bien, que yo tengo una manchita en los pulmones de cuando cogí una neumonía con doce años y me ha dicho mi médico, don Salvador, que los vapores vienen estupendamente, pero, eso sí, yo pago mi parte», así a bocajarro y sin que nadie la haya invitado. Y aunque en principio te niegas a compartir romanticismo con la suegra, al final, la tienes durmiendo al lado en una camita supletoria plegable, clavándote los ojos y dándote manotazos mientras te explica sus planes de una excursión al pueblo para los tres.

La suegra acoplada no solo se cree con derecho a participar en todas vuestras actividades, sino que piensa que en realidad te está haciendo un favor dejándote ir a ti, que para eso ella lleva allí toda la vida acumulando quinquenios, manojos de canas y derechos adquiridos propios de treinta años de malvivir maternal, para que ahora vengas tú creyéndote el centro de la vida de su hijo y pretendas rellenar su agenda egoístamente en solitario. Así que cuando compra tres entradas para ir a ver la última de Cameron Díaz el primer viernes noche que libras en dos meses, en realidad está teniendo un detalle —«pero a mí dejadme en medio, que estar al lado de extraños me da ansiedad y no me concentro en el argumento»— y, sin comerlo ni beberlo, la tienes metiendo la mano en tu caja de palomitas con la ansiedad de una bulímica y cuchicheando con tu novio sobre cada escena.

La suegra acoplada no entiende de aniversarios ni fechas especiales y cuando se entera de que su hijo ha reservado una mesa en su restaurante favorito para celebrar el día de San Valentín contigo, llama al *maître*, que es su amigo, para que la reserva sea para cuatro comensales y dos horas antes os da la sorpresa apareciendo vestida de gala en el salón y agarrada del brazo de tu suegro, que no sabe si pedir disculpas o hacerse el muerto sobre el parqué.

Una pareja de tres

Desde que enviudó, mi suegra se convirtió en una persona tristonza y solitaria, así que cuando se apuntó sin previo aviso ni invitación a nuestro primer día de playa juntos, no me opuse, es más, hasta me alegré. Primero porque creía que la pobre señora precisaba de algo de compañía y diversión, segundo porque pensé que era una garantía de que le había caído bien y tercero, porque así podría esconder los michelines detrás de alguien que tenía más reservas de adipocitos que yo. Tan cruel como real.

Sin embargo, desde aquel día, no nos hemos librado de ella ni un segundo, como si fuera el tercer miembro de la pareja, y no hay quedada a la que no trate de apuntarse, ni aunque sea el funeral del primo de una amiga de la pandilla o una fiesta *rave* en un polígono de mala muerte con pequeños yonquis saltarines amantes de la música electrónica. A ella cualquier plan le viene bien.

Y claro, mi novio no le dice nada y a mí me da cosa sacarle el tema, pero cada vez que quedamos y bajo las escaleras del portal y me la encuentro allí con su sonrisa de oreja a oreja junto a su hijo, me dan ganas de partírla los premolares.

Así, si vamos a dar un paseo, la suegra se apunta «porque me hace mucha falta andar que tengo la circulación fatal, pero no os

preocupéis que yo voy a lo mío». Y al final te la ves agarrada del brazo de mi novio contándole las batallitas de la vecina del quinto, mientras yo miro al horizonte reprimiendo instintos asesinos.

Pero lo peor del asunto no es solo que se acople a cuantos planes organizamos, sino que en realidad está loca por darme la patada y quedarse a solas con su hijo, que, según parece, es su fin último.

De hecho, un día propuso ir al estreno de una película en el cine que se moría de ganas de ver y cuando, para librarme de ella, le dije que me dolía un poco la cabeza para aguantar el *surround*, que mejor que se fuera ella, soltó un «bueno, Víctor, pues nos vamos nosotros, que la chiquilla no se encuentra bien y querrá irse a casa a descansar»...

Y si para que no se acople finjo que no vamos a salir sino que vamos a dar una vuelta por el barrio porque al día siguiente tengo que madrugar, a última hora me suelta que había reservado mesa en un restaurante japonés, «pero nos vamos nosotros y tú ya vendrás otro día, que el trabajo es lo primero y ahora mismo te llevo a casa».



Y así siempre que puede, que hasta creó un grupo de Whatsapp para hablar los tres como si tuviéramos quince años y fuéramos compañeros de instituto y cada vez que nos ve en línea empieza a mandar mensajes a destajo con miles de emoticonos sin sentido.

De hecho, quedar a solas con mi novio es cada día más complicado, tanto así que una noche que queríamos ir solos a cenar porque era una fecha especial para nosotros, tuvimos que decirle a la suegra que era el cumpleaños de mi madre y que cenábamos en su casa para evitar cualquier opción de acople.

Pues ni corta ni perezosa se hizo con el teléfono de casa y llamó a mi madre, a la que no había visto en su vida, para felicitarla, quien por suerte estaba al tanto del plan y siguió el rollo de la cena familiar de cumpleaños hasta el punto de que, sin saber cómo ni por qué, acabó viéndose obligada a invitarla a la cena falsa, que por supuesto tuvo que convertirse en verdadera.

Y allí estaba mi familia entera celebrando el falso cumpleaños de mi madre con un par de pollos asados improvisados, la vajilla de los grandes eventos y media tarta helada que sobró del santo de mi hermana.

Para no echar gota.

La suegra protagonista

La suegra protagonista aún no ha superado la adolescencia y todo evento que no gire en torno a su persona carece del mínimo interés para ella, así que ha desarrollado una prodigiosa capacidad para convertirse en la protagonista de toda situación posible, incluido tu parto, cuando fingió que le daba un infarto y acabaste pariendo sola, agarrada a la mano del anestesista, que a pique estuviste de arruinarle la carrera lesionándole las falanginas de por vida.

Pero se recupera de su falso ataque a tiempo para darle el primer biberón a su nieto y hacerse la primera foto, que por supuesto envía ella, cual *superabuela* entregada, a toda la familia, para dejar claro no que el niño ha nacido, sino que ella ya es abuela y que, además, ha sido la primera en alimentarle. Un dato que resonará en el viento hasta el fin de sus días.

La suegra protagonista no tolera el hecho de que tú seas ahora la novedad y si todo el mundo alaba tu pelo largo y rubio como el trigo, se echa unas mechas amarillo limón y se coloca unas extensiones hasta las corvas para que la gente la mire, aunque sea de horror.

La suegra protagonista necesita, sobre todo, ser la protagonista de la vida de su hijo y si no, al menos, más protagonista que tú y si le cuentas que le vas a coger para Reyes un juego de la Play 3 que tu novio llevaba meses buscando, ella le compra en secreto la Play 4 y cinco juegos recién sacados al mercado, para dejarte con la cara partida frente al roscón de nata.

La suegra protagonista hace una fiesta de compromiso para presentarte en sociedad y te anima a ir vestida de manera informal, «que solo van a venir unos pocos familiares y no es cuestión de que parezca que vamos de boda, que eso es muy cutre», para llegar a la cita y encontrártela vestida de gala nivel «en un rato me voy a los Óscar», como si fuera la gran homenajeadada y tú, con tu vestido camisero, la sirvienta recién llegada de un poblado del extrarradio.

La suegra protagonista no renuncia ni a un segundo de protagonismo, aunque sea robándotelo a ti y si para la boda le consultas ideas para hacerle un brindis al novio, ella hace otro en secreto, más dulce y lacrimógeno, y espera a que la gente aplauda el tuyo para tocar su copa con el cuchillo y ponerse a recitar un amasijo de cursilerías varias dedicadas a su hijo en plan «yo más y mejor», hasta que la gente se levanta a aplaudirla y su hijo a consolarla de la emoción que la embarga, que la tiene llorando sin lágrimas, mientras tu discurso recién pronunciado se pierde en el olvido.

La suegra lastimera

Existen dos tipos de suegra lastimera, la que lo es de nacimiento como quien tiene un hígado graso o un soplo benigno en el corazón, y la que ha adquirido este rol tras la pérdida de estatus sufrida con tu llegada, y dado que no puede luchar con tus armas —lo que sería muy extraño y muy de mirárselo en el psicólogo—, lo hace dando pena y llorando por los rincones. A veces en sentido figurado y a veces en el literal, que no hay nada como hacer pucheros en el momento justo.

La suegra lastimera es experta en el arte de la manipulación emocional y si has programado un viaje a Berlín de una semana, la suegra se emociona agradeciéndote el detalle que has tenido con su hijo, que ella siempre quiso ir a la capital alemana con él, que de hecho una vez hasta compró los billetes pero fue cuando su padre se puso malo y murió y justo cuando tu pareja pone cara de perro pachón escuchándola, la suegra finge que se emociona, colocándose la mano estratégicamente sobre la boca como para tratar de parar un llanto inexistente. ¿Resultado? Os vais los tres a visitar la puerta de Brandeburgo.

La suegra lastimera tiene una salud delicada aunque vaya tres veces por semana a *spinning* y haga escalada el primer fin de semana de cada mes, pero justo cuando tú estás en casa acurrucada bajo el brazo de tu novio en el sofá, le dan los mareos «esos tan malos».

La suegra lastimera se empeña en llevarse a tus hijos de paseo aunque tuvierais otros planes, «que así me entretengo y me olvido de los problemas que me quitan el sueño», y justo a la hora en la que regresa tu marido del trabajo aparece en el quicio de la puerta como quien viene de la guerra, quejándose de lo malos que son los niños y de lo mayor que está ya ella para cuidarlos...

Siempre está contando penas, algunas hilvanando retazos de noticias que ve en la televisión o problemas de salud del vecindario, para que todos vean cuánto sufre con el mal ajeno, y siempre que puede se deshace en palabras de elogio hacia ti, pero como quien no quiere la cosa suelta de soslayo que ahora, desde que su hijo está contigo, se siente muy abandonada. «Que es normal, que ellos tienen su vida, pero claro, yo me quedo aquí tan sola con esta casa tan grande...».

Depresiones perrunas

A mi suegra se le murió el perro un año antes de conocerme, pero la depresión le duraba todavía cuando su hijo nos presentó, «porque ese perro era todo para mí», me decía mientras se aferraba a un marco de los chinos donde estaba enmarcada la foto de un chucho con cara de pocos amigos, mientras yo me debatía entre darle el pésame y salir huyendo escaleras abajo.

Yo no sé si la muerte de una mascota da para tanta tristeza o al menos para una tristeza que dure tanto tiempo, pero al parecer la mujer cayó en una depresión severa y se arrastraba por las esquinas de la casa relatando las gracias que le hacía el perro cada vez que llegaba de la calle y otras historias perrunas sin sentido.

Según me contó el hijo, la mujer había tenido otros muchos dramas en su vida, pero al parecer el del can había sido el detonante y desde entonces no levantaba cabeza.

De ahí que cuando una tarde hablamos de irnos de viaje a pasar unos días en la playa y a la mujer se le iluminaron los ojos, no solo no pude decir que no se sumara a la excursión, sino que me parecía que era lo justo darle una oportunidad de despertar del letargo de tristeza perruna que la envolvía.

Y se vino. Y allí entre cócteles y largos en la piscina no había depresión ni alusión al perro muerto, solo bachata y merengue, con lo poco que me gustan ambas cosas y más si he de bailar con mi suegra posdepresiva.

Así que cuando volvimos a casa, di por hecho que la habíamos curado como si fuéramos santeros o chamanes, que bajo el poder del

alcohol y la sal marina habíamos eliminado la tristeza infinita del corazón de Mercedes.

Pero nada más lejos de la realidad, fue llegar a la casa, colocarse la bata de seda estampada con un dragón de prostíbulo cutre y agarrar el marco barato contra el pecho, haciendo pucheros.

Hasta que llegó la hora de otra escapada, esta vez a una casa rural, y volvimos a llevarla y volvió a olvidarse del perro y a darlo todo frente a la chimenea hasta que volvió a casa y con ella, a la tristeza.

—Mercedes, que yo he pensado que a ti lo que te da depresión es esta casa, ¿por qué no intentas mudarte a otro sitio a ver si se te mejora el ánimo? —le dije un día mientras me contaba lo arrepentida que estaba de no haber disecado a la mascota para tenerla siempre a su lado y aquello me pareció tan siniestro que decidí echarle valor.

—No te preocupes, mujer, que yo con que me saquéis de vez en cuando estoy bien y me voy recuperando. —Y me di cuenta de que posiblemente la pena perruna era real, pero el hecho de que la usara para manipularnos y acoplarse a nuestros planes también lo era. Precisamente, cada vez que nos planteábamos una cita más elaborada, Mercedes cogía el marco y se lo pegaba al pecho hasta perforarse el esternón, a la espera de una invitación formal.

Tres vacaciones más con ella y algunas cenas románticas en trío sirvieron para darme lucidez, y en su próximo cumpleaños le regalé no uno, sino dos perros para que le hicieran compañía y la tuvieran entretenida aunque fuera limpiando pelos del sofá.

Ahora por mucho que estruje el marco, no puede venirse de vacaciones porque no hay nadie que se quede con los perritos...

Si es que me tendrían que dar un Nobel.

La suegra boicoteadora

La suegra boicoteadora, como el Equipo A, siempre tiene un plan y, aunque finge no tener problemas en que su hijo pase cada día más tiempo contigo y aparezca menos por casa, se pasa el día inventando estrategias para obstaculizar cualquier proyecto que a ella no le cuadre, pero siempre desde la sombra y con una sonrisa tatuada.

La suegra boicoteadora aplaude la decisión de que os vayáis de acampada de fin de semana, pero justo el día antes se le recrudece la lumbalgia aguda y tu novio aborta el viaje porque su madre se pone muy mal con la espalda y no quiere dejarla sola, más ahora que su padre trabaja los fines de semana, básicamente para no aguantarla. Lo que tendría su lógica si no fuera porque a tu suegra se le esfuma la lumbalgia en cuanto queda suspendido el plan y de pronto es capaz de mover el *hula-hop* hasta mañana por la mañana a la hora del café.

La suegra boicoteadora acepta de buen grado que le dejéis a los niños y os vayáis al estreno de la nueva obra de Juan Diego, pero al final os tiene que llamar cinco minutos antes de que empiece la función porque el niño está llorando desconsoladamente y no hay quien lo calme, y ella ya está muy nerviosa. Aunque cuando llegáis los niños están dormidos y ella ha preparado una cena de picoteo para los tres. «Total, tampoco tenía tan buena crítica».

Una salud delicada

No fue hasta la tercera vez que mi novio me dijo que no podía venir a la cita porque su madre se había puesto mala, cuando empecé a sospechar que o yo era un cenizo para la pobre mujer, o esta tenía un problema intestinal severo o era una arpía de libro que trataba por todos los medios que su hijo y yo no estuviéramos juntos, como unos Romeo y Julieta venidos a menos y no reprimidos por dos familias enemigas y amantes de la violencia, sino por los problemas estomacales de una señora. Una cosa muy de andar por casa.

Durante un tiempo fingí no darme cuenta de que la salud de la señora solo se veía afectada cuando eran citas que implicaban noches fuera, vamos, que para tomarnos un helado no le daba a ella un cólico cerrado, que los cólicos cerrados no pueden desperdiciarse en cuestiones baladíes. Así que empecé a apuntar sus achaques a los que, por supuesto, su marido, imagino que cómplice forzoso, no hacía ni caso y era mi pobre novio el que se veía cuidándola e incluso llevándosela a urgencias para, a mitad de camino, decir que se encuentra bien y querer volver a casa, exactamente cuando nuestro plan ya era inviable.

Así que un día me armé de valor y se lo dije a Carlos: «Que sepas que tu madre no está mala, lo que pasa es que finge para que no podamos hacer nada juntos». Y en lugar de volverse loco y acusarme de mala nuera, asintió con la cabeza y me contó que él ya lo sabía y que no era la primera vez que le pasaba, que con su otra novia —una muy fea que tenía cara de hombre— hasta llegó a fingir un ictus para que no se fueran a vivir juntos y, aunque los médicos le hicieron mil pruebas y lo descartaron todo, ella seguía en sus trece y hasta torcía la boca hacia un lado simulando una hemiplejía, pero, claro, como tiene la memoria tan mala, unos días la torcía hacia la derecha y otro hacia la izquierda y aquello era un cachondeo.

Al parecer la suegra no se bajó del burro hasta que la fea se hartó de esperar y dejó a mi novio, y entonces, milagrosamente, a mi suegra se le curó la cojera y la boca se le puso en su sitio, sonriendo todo el tiempo más que por haberse curado de su mal inventado, por haberse librado de la nuera, que no es que no le gustara ella en concreto, sino que no le gustan las novias como a quien no le gustan los arácnidos o los helados de yogur.

—¿Y qué vamos a hacer? Porque yo no pienso vivir pendiente del cuadro de enfermedades psicológicas de tu madre —le increpé, que para eso una tenía ya sus treinta cumplidos y no estaba para perder el tiempo con cosas raras que no me llevaran a otro puerto que no fuera la puerta de urgencias del hospital comarcal.

Así que mi Carlos se puso las pilas y solo se quedaba en casa una de cada tres veces que se ponía falsamente enferma, que en realidad era ninguna, ya que de vez en cuando nos inventábamos una escapada falsa para que la suegra le diera a la queja y cumplir con el calendario.

Y así hasta que decidimos casarnos y, aunque no le dijimos nada hasta dos meses antes alegando que había sido improvisado, la mujer se puso manos a la obra, ahora con las arritmias, aunque ya pudiera salirse el corazón por la boca que yo me casaba el 20 de mayo sí o sí.

Pues no. Porque a la pobre mujer le dio un infarto que la dejó en el sitio el día antes de la boda y, claro, no estaba el horno para bollos. Ahora no puedo evitar preguntarme si las anteriores enfermedades fraudulentas tenían algo de verdaderas o si la muerte de ahora era una muerte psicológica que se le había ido de las manos.

La suegra encantada

La suegra encantada quiere ir con vosotros a todos los sitios, pero no para dar guerra no porque crea que vayáis a robarle a su hijo, sino porque quiere ser parte de esa pareja tan mona y tan divertida que habéis formado y disfrutar de vuestra apretada agenda lúdica, como una amiga murciélago o una carabina del siglo XIX.

La suegra encantada te ama sobre todas las cosas y, aunque nadie sabe por qué, está segura de que tú también la adoras, de ahí que no piense ni por un minuto que su presencia en vuestras citas románticas o en vuestras noches de fiesta en discotecas de renombre pueda ser un estorbo. Y menos ella, que es una suegra «molona» que lo mismo te baila un *hip-hop* que unas sevillanas flamencas y, además, mastica con la boca cerrada.

La suegra encantada no se amedrenta ni cuando ya hay boda de por medio y os pide que, ya que vais a mudaros, busquéis una casa con un dormitorio extra para que pueda guardar allí sus cosas y no tener que andar llevando y trayendo cachivaches y, además, así no tiene que dormir con los nietos, tal como tiene ella la espalda. Como si se quedara por necesidad y no por gusto.

Y no importa que te muestres esquiva o que hagas los planes en secreto, la suegra encantada no entiende de indirectas ni de subterfugios, y además tiene el poderoso don de enterarse de todo antes que nadie, como la más espabilada de las reporteras, y si no ella misma busca el plan para que podáis divertir os en grupo como una chupipandi familiar.

La suegra suplantadora

La suegra suplantadora es una versión casera de Rebecca de Mornay en *La mano que mece la cuna*, loca por seguir haciendo el papel de la mujer de su vida, o al menos la que le elige los calzoncillos y le pide cita para el dentista, y, ya puestos, el de la madre de tus retoños, que para eso ha criado a seis niños ella sola y ninguno le ha salido maleante. Que ya se sabe que más sabe el diablo por viejo.

La suegra suplantadora mantiene un continuo duelo de poder emocional contigo y, aunque normalmente no le mire a la cara, cada vez que estás delante se come a tu marido a besos y le encanta hablar de cuando era pequeño y se iban juntos de vacaciones para no dejarte espacio en la conversación, y deja claro lo compenetrados que están desde siempre «porque una madre es una madre y ese vínculo es para siempre», mientras se pone la mano en el pecho en plan intensa y se retuerce de gusto al verte la ceja levantada.

A la suegra suplantadora le encanta desdecirte y si vas con ella de compras navideñas y le coges unas bermudas azules a tu novio, ella dice que a él no le gustan los pantalones cortos «de nunca» y menos en azul, con lo mal que le sienta y el coraje que le tiene desde que trabajó de mecánico, y se dispone a elegirte el regalo porque «mejor que yo no lo conoce nadie», y te dan ganas de estrellarle las bermudas en la cara y decirle que ha sido él quien te las ha pedido, pero finges ser amable y te tragas la bilis.

La suegra suplantadora hace muchos aspavientos cuando le cuentas a alguien que tu niño se duerme con el «Clavelito» mejor que con ninguna nana, que se ve que le dan como miedo, y ella mueve la cabeza y dice que de eso nada, que al niño las nanas le encantan, al menos cuando se las canta ella, que, claro, estuvo en un coro rociero del barrio y tiene la voz más educada, que igual es que tú se la cantas muy alto.

La suegra suplantadora apunta a la niña a clases de natación aunque sabe que a ti te da pánico, porque a la nena le viene bien moverse y aprender a defenderse en el agua con la de ahogamientos que hay ahora... y acaba por convencer al padre de la criatura aunque ya teníais hablado que ibais a esperar hasta el año que viene a que a ti se te quitara el terror de madre primeriza. Pero eso sí, generosamente te libera de la tarea de verla aprender a nadar porque ella se ha apuntado como acompañante única, básicamente para darte tiempo libre, pero al decirlo se le expande la boca como al Joker.

Un caso de libro y un traje de almirante

Desde el momento en que me conoció, antes incluso de aprenderse mi nombre, mi suegra empezó a organizarme la vida, imagino que porque me veía como una joven inmadura que no sabía mucho acerca de llevar una casa y porque la buena mujer querría ayudarme y asegurarse de que su hijo estaría bien cuidado, como si fuera un niño de cuatro años, pero de buena fe.

Sin embargo, después de quince años casados y tres hijos en común he tenido tiempo de darme cuenta de que mi suegra no quiere ayudar sino dejar claro lo bien que ella lo hace todo, metiéndose en asuntos que no le pertenecen y tomando decisiones que no van con ella, como si yo fuera una chica del servicio recién contratada que ni siquiera habla el idioma o me hubieran dado una pedrada en la cabeza y me hubiera quedado lerda.

Da igual cuántas veces le diga mi marido lo bueno que me sale el cocido, ella le trae un *tupper* todos los martes, dejando claro que a él el que le gusta es el de su madre «porque han sido muchos años comiendo en casa y yo le tengo cogido el punto a mi hijo», como si yo lo

acabara de conocer en un *after* ayer mismo a las tres de la madrugada.

Eso sin contar con que cada cosa que haga va siempre acompañada de una lección, para dejar claro quién es la que corta el bacalao. Así, si le compra un pijama a mi marido para Reyes viene con un «¿ves, Raquel?, esta es la cinturilla que le va bien a él, no la de esos que tú le compras, que le vas a partir un día el abdomen, que va el angelito con la cintura como Sofía Loren». O si se lleva un día a la niña a pasar la tarde y me la devuelve con una coleta, me suelta: «Mira qué guapa te la traigo, no como me la llevé, que parecía que acababa de encontrármela en la calle pidiendo limosna», y se queda la mar de a gusto.

Y lo mismo me apunta al niño a kárate sin previo aviso ni autorización, con lo poco que me gusta a mí la cultura oriental ni que el niño ande descalzo con la de hongos que hay ahora, que se enfrenta a la señorita de la guardería porque lleva dos trimestres suspendiendo a la niña en reconocimiento del círculo en el entorno, cuando su nieta sabe reconocer hasta el triángulo isósceles... y eso lo firma ella donde haga falta, incluso en un juzgado, aunque la niña esté empanada y ni sepa lo que es un círculo ni le importe un pimiento. Y, claro, luego me toca a mí disculparme con la maestra e inventarme que mi suegra está medicada para que no echen a la cría del centro.

Pero lo más fuerte de todo es que hace unos meses le dieron a mi hijo mayor la fecha de la primera comunión y, antes de que pudiéramos comunicárselo a la familia, nos llegó diciendo que había hablado con la catequista y había cambiado la fecha de junio a abril, «que hace menos calor y me viene mejor pedir vacaciones en el trabajo para organizarlo todo, que de hecho ya le he comprado el traje de almirante y con esas mangas en junio se habría asfixiado», dejándome con los ojos fuera de las cuencas ante tanto despropósito.

Por supuesto, he vuelto a cambiar la fecha para que el niño pueda hacer la comunión con todos sus amigos sea en junio o en pleno mes de agosto, y el hecho de que ella no tenga vacaciones es un valor añadido. Lo de cómo meterle por el culo a mi suegra el traje de almirante de pequeño gran señor venezolano aún lo estoy estudiando. Igual la llamo para preguntarla... que seguro que ella sabe la mejor manera.

ASÚMELO, TU SUEGRA TE DETESTA

Hay suegras cuyo objetivo en la vida es detestar a sus nueras sobre todas las cosas, sean o no dignas de ser detestadas, que eso es lo de menos, la cuestión es que antes incluso de saber de su mera existencia ya están ensayando frente al espejo del tocador una mueca de desaprobación, para tenerla lista en el momento en el que sea oportuno, que hay que ser precavida y eso se lleva mucho entre las suegras de bien.

Las razones para que tu suegra te deteste son infinitas y pueden ser ligeramente objetivas, como el hecho de que no tengas un euro ahorrado y su hijo tenga un piso en propiedad y un plazo fijo en el banco o viceversa, que tienes muchos aires o porque le gustaba más su anterior novia o porque eres de otra ciudad y seguro que planeas llevártelo o porque hablas poco o mucho o raro o simplemente porque odia tu color de pelo de choni o de pija, tu extraña risa, tus uñas comidas o tu manera de mover el café, con ese tintineo interminable como si fueras la hermana mayor en la salida de la Virgen de la Salud.

Las razones pueden ser muchas o ninguna. Eso es lo de menos. Simplemente no te aguanta y, aunque cueste, es mejor dejarse de paños calientes y enfrentarse a la realidad de este desprecio familiar tan malo siguiendo pesquisas, atando cabos y sacando conclusiones.

Una vez que ya has abierto los ojos, que has asumido que tu suegra no te tolera y que preferiría pasar la tarde con el loco del sexto que tira la basura por la ventana antes que contigo, es hora de reflexionar y decidir cuál será la estrategia que vas a seguir en vuestra vida en común, porque lamentablemente tendrá que seguir siendo en común, por su hijo, por sus nietos y porque no será tan fácil librarte de ella aunque no te pueda ni ver. Que las suegras son como los hongos, una cruz para toda la vida.

He aquí algunas de las opciones:

En pie de guerra

Hay situaciones en las que la suegra es realmente insoportable, con una inquina mayor que la de la madrastra de Blancanieves, y en las que la nuera tiene vocación guerrera, negándose a aguantar los desplantes de la señora madre de su esposo, blandiendo su espada y preparándose para la lucha frente a frente. Caiga quien caiga. En estas complicadas coyunturas no hay otra salida que la confrontación, pero no cuerpo a cuerpo como pandilleras suburbanas, que tampoco es plan de partirse la cara con la abuela de tus hijos, con lo bien que te viene que te los recoja los martes por la tarde después del inglés, pero sí dejar claras las posiciones y no moverse de ellas salvo causa mayor como el primer día de rebajas.

En realidad, esta tesitura no es tan complicada ni tan dura como parece, ya que los demás familiares os conocen y son conscientes de que ambas tenéis un temperamento fuerte, que no os calláis una y que sois de poco transigir, así que cuando os ven pelear como si estuvierais en un programa de testimonios de Laura Bozzo, apenas si os tienen en cuenta, como si fuerais un matrimonio italiano o una versión contemporánea de Jack Lemmon y Walter Matthau.

Lo mejor del asunto es que esta postura te libera del complicado mundo de sonrisas forzadas y artificios y, sobre todo, te permite descargar adrenalina y quedarte como nueva cada vez que la suegra hace alguna de las tuyas. Vamos, que a veces no te cabrea tanto el hecho de que haya decidido por su cuenta y riesgo hablar con la maestra de la niña, pero llevas una semana tan hasta el moño del jefe y de los informes internacionales y de los gritos de los niños y del alopécico de Caillou, que poder soltar culebras por la boca mientras tu suegra te recrimina con el dedo en alto te viene la mar de bien. Y empiezas a sospechar que a ella también. Que desde que llegaste a su vida, tiene la vena del cuello en modo XL, pero ha dejado de tomarse la pastilla de la depresión.

Y es que nadie sabe por qué, pero curiosamente es en este tipo de casos, en los que suegra y nuera, pese a despellejarse en vivo y en directo, acaban llevándose mejor e incluso apreciándose sinceramente como si ambas fueran compinches o miembros de un club exclusivo de amantes de la verdad y la guerrilla.

Flexible como el junco

Si eres una buena persona y lo que quieres es ganártela para convertirlos en una familia feliz y bien avenida, prueba a seguirle el rollo en plan «fan muy fan», haciendo lo que ella espera de ti, o mejor dicho, lo que esperaba de su nuera cuando la imaginaba, emocionada, cada noche antes de tomarse la pastilla para dormir.

De esa manera, si su ilusión era tener una nuera católica, apostólica y romana, que la acompañara cada sábado a misa de siete, en lugar de una atea *gafapasta*, no hace falta que te apuntes a la pastoral de la parroquia, que tampoco estaría bonito, pero igual sí puedes bautizar al niño, que luego le pasa algo, Dios no lo quiera, y se queda toda la eternidad flotando en el limbo... con lo que cansa eso. Y ya de paso si puedes evitar comentarios polémicos sobre las riquezas de la Santa Sede que le provoquen un ataque de ansiedad o cambiar las críticas severas sobre la teoría del creacionismo por una sonrisa lacia, igual hasta te deja trincar el pavo en Navidad.

Y si tu suegra adora la vida familiar y el jolgorio campechano de domingos en la playa con tenderete, sandía y cinco litros de sangría en un cubo de fregona para toda la familia, o de las tardes de invierno en casa jugando al parchís hasta las tantas y los sábados de paella y barbacoa en el campo hasta que anochezca, déjate querer y cambia tus tacones por un chándal y abraza tu nueva vida de pinchitos semicrudos y partidas interminables de canasta con la tía Gertrudis, que, para colmo, fuma como un carretero y está perdiendo la cabeza.

Que tu suegra es una amante de los animales, que convive con cuatro perros y una cacaúta con mucha mala leche que le tiene picados los muebles del salón, es activista de una asociación protectora y entra en bucle de locura si alguien nombra un torero, aunque sea para decir que ha salido en una portada de revista... evita comentarle que te has gastado la mitad de la paga extra en unas entradas para José Tomás, abandona tu sueño de tener algún día un abrigo de visón y si alguna vez lo tienes, escóndelo al final del armario, y tómate cuatro antihistamínicos cuando vayas a su casa para fingir que no tienes alergia y que, además, te encantan los perros.

Cierto es que esta no es una manera muy ética de ganarse a la suegra con tanto fingimiento y tanta impostura, pero debemos recordar que tu suegra te detesta, y hay que trabajar a lo grande, dejando claro que sus ideas son las mejores del mundo, que siempre tiene razón y que tú estás aquí para aprender de su infinita sabiduría. Luego, una vez que deje de mirarte torcido, podrás ir volviendo a tu yo original despacito y sin hacer ruido.

Nadie dijo que fuera fácil.

La intensidad por venganza

Otra de las opciones es hacer como que no te das cuenta de que te detesta, pero no por ganarte un sitio en el cielo, ni siquiera por mantener la cordialidad familiar, sino por divertirse un rato y hacerla sudar por no quererte, no cesando en tu empeño de hacerlos amigos, agobiándola incluso si hace falta, como cuando el vecino de abajo se enamoró de ti y no te dejaba vivir por los rincones del bloque, con poemas de rima asonante y el flequillo lamido contra la frente.

Que llega Nochebuena y la suegra es la encargada de hacer la cena, plántate en su casa con tu delantal, tu libreta de *cutrerrecetas* sacadas de Internet y las cacerolas que te dieron con el periódico, y acóplate a su lado en la cocina, moviéndole la sopa, añadiéndole sal al asado y viendo cómo hiperventila cuando te ve ponerle tabasco a su salsa de cóctel o cortarle los picatostes en forma de estrella de Belén.

Que tu suegra tiene hora para echarse el tinte en la peluquería, pide cita el mismo día y a la misma hora y cuando tenga arrebatada toda dignidad con el gorrito de las mechas cortándole la circulación de las sienas, hazte un *selfie* con ella para luego colgarlo en Facebook. Y se lo enseñas. Y cuando ya esté con los ojos en furia extrema, aprovecha los cuarenta minutos que tiene que estar anclada a la máquina de vapor para narrarle la película de sobremesa que viste el último sábado. Le encantará.

Que tu suegra es más bien arisca tirando a lija industrial, abrázala siempre que tengas ocasión. Por Navidad, por su cumpleaños, por haberse quedado con los niños el fin de semana o porque ha adelgazado doscientos gramos en su última dieta. Y no un abrazo de palmadita en la espalda, sino uno de los intensos. Y si se queda rígida cual insecto palo, achucha más.

Por supuesto, también puedes tomar la iniciativa y decirle que te acompañe al pediatra del niño, para luego sorprenderla y llevártela a ver una película de cine independiente ruso de tres horas y cuarto en versión original y si se pone tonta, masticarle al oído las palomitas de caramelo, o darle la sorpresa y apuntarla a una clase de bailes de salón para que acabe de destrozarse las vértebras haciendo piruetas con cincuentones con bigote.

Lógicamente, las posibilidades de que esto sirva para mejorar las relaciones con tu suegra son aún menores que las de que un día te despiertes con el cuerpo de Gisele Bundchen, a no ser, claro, que tu suegra tenga el síndrome de Estocolmo hiperdesarrollado o que acepte que, aunque le gustes menos que los boquerones del supermercado, te agrada pasar tiempo con ella e igual hasta se te ablanda.

Y si no, al menos, te habrás divertido viéndola sufrir y quedando impune en esta particular venganza. Y eso no está pagado.

El viaje a París y otros traumas

Mi suegra es una mujer sibilina y complicada, que te cuenta que no puede ver a la vecina porque es una cotilla maliciosa y luego la oyes invitándola a su casa a tomar café como si fueran amigas de toda la vida. Que no es que a mí me importe a quién ama y a quién detesta, con las de cosas que tengo yo que hacer, pero puestos a que me va a comer la cabeza de cualquier manera, mejor que lo haga de un modo sincero o, al menos, coherente.

Por eso, cuando el camarero del bar de debajo de su casa me comentó que iba diciendo que yo no era lo que esperaba para su hija porque se veía que era un tipo grosero y poco cariñoso, que además pasaba de todos los problemas y solo quería ver el baloncesto y dormir la siesta... me lo creí, no porque fuera verdad, porque yo jamás he visto un partido de baloncesto y las siestas me sientan fatal, pero sí porque ese diálogo tenía el sello de mi suegra, que es una especie de espía doble porque siempre nos había dicho que ese camarero nuevo no le gustaba un pelo y que cada vez que se tomaba el café acababa con dolor en la muñeca de tanto como apretaba el monedero para que no se lo quitara.

Desde entonces, desarrollé un instinto detectivesco para tratar de descubrir en su discurso o en su tono de voz algún indicio que me dejara ver lo poco que le gustaba. Pero nada. La mujer disimulaba como una profesional, mientras me contaba que su hermana acababa de llegar de París y la muy perra no la había llevado con ella, con las ganas que tenía ella de ver la torre Eiffel, como si fuéramos un par de amigas de cháchara.

Así que se me ocurrió una idea. Una idea muy chunga, para qué engañarnos, pero estaba tan contrariado con aquella situación que en aquel momento me pareció estupenda. El lunes próximo me la llevaría en el porte de muebles que tenía que hacer con el camión hasta Francia y así, palizón de carretera de por medio, conocería el famoso monumento y de paso se daría cuenta del buen tipo que era. Que a ver, que no es que estuviera traumatizado pero me agobiaba el hecho de que creyera que era lo que no soy.

Y así fue como mi suegra y yo convivimos en la cabina de un camión cuatro días de ida y vuelta. Al principio muy incómodos y luego más compenetrados, atormentándome con canciones de Nino Bravo y escuchándole batallitas de la niñez como si realmente me interesaran. Paramos en bares de carretera, nos alojamos en un hostel muy coqueto, que me costó un ojo de la cara, y comimos bocatas de pan de chicle que traía en la maleta porque no quería perder tiempo parando de más.

Y llegamos a París y subimos a la torre y nos hicimos fotos, nos comimos una *crêpe* y nos compramos una gorra con la catedral de Nôtre Dame hecha de lentejuelas de colores y casi se me olvidó que aquella mujer me detestaba.

Pensé en decirle algo en el camino de vuelta pero no quería estropear el viaje y la veía tan contenta que igual había cambiado de opinión y ahora le parecía el mejor yerno del mundo.

Lo cierto es que después de aquel viaje todo siguió más o menos como antes, aunque había colocado una foto de nosotros con nuestras gorras sobre el televisor y cuando estábamos en grupo, me pedía que les contara algunas de las anécdotas del viaje, muerta de la risa. Pero eso podría no querer decir nada porque tampoco antes me ponía mala cara y aun así iba diciendo cosas feas de mí.

Tanta intriga tenía con el asunto de si seguía detestándome o no que una tarde bajé al bar de la esquina a tratar de sonsacarle información al camarero chivato, a ver si después de aquel viaje tan intenso mi suegra había reorganizado sus ideas y había cambiado de opinión.

—Pero si tu suegra te adora desde siempre —me soltó así a bocajarro mientras me echaba el café con un ruido de reactor nuclear—. Al que te dije que no puede ver es a tu cuñado, al marido de la Sonia, que dice que es un seco y que no cuida de la niña. ¿De verdad creíste que hablaba de ti? Pero si se pasa el día diciendo la suerte que ha tenido su hija de encontrar a un tipo tan atento...

Ahora tenía sentido lo del baloncesto y lo de la siesta y no tanto el viaje de cuatro días que me eché a la espalda para arreglar una relación que ya iba bien. Lo peor es que ahora está esperando a que me toque un porte a Barcelona para hacer de copiloto y aprovechar para ver a la familia de allí. «Y así los conoces, que están loquitos por verte».

Con lo bien que me iba cuando me odiaba.

Cada una en su casa y Dios en la de todas

A tu suegra no le gustas. Es un hecho. Y puestos a confesar, a ti tampoco te gusta ella, así que la mejor manera de solventar este intercambio de antipatías, lo mejor, si eres una persona poco amiga de los conflictos pero amante de lo justo y sensata, es mantener la compostura en los momentos en los que imperativamente tengas que coincidir con su presencia, saludándola cortésmente y no dándole más coba ni más conversación que la que le darías a tu jefe de departamento en una fiesta de empresa.

Lo que viene a ser una relación educada y cordial, haciendo la vista gorda ante su mirada desaprobatoria sobre tu vestido, sus críticas sobre tus viajes de trabajo y sus ansias por peinar a los niños en cuanto entran por la puerta, aunque los traigas repeinados cual niños de internado suizo. Como mucho, dejas claro que de tus viajes comen sus nietos y que estos están peinados a tu gusto como madre de ellos que eres, pero todo de una manera educada y relajada, aunque por dentro te imagines pateándole el culo enfajado hasta que se te rompan los ligamentos.

Por supuesto, en este tipo de relación suegra-nuera, a menores encuentros, mejor relación. Así que evitarás los compromisos familiares que no sean obligatorios o los que sí lo sean pero ante los que tengas la oportunidad de inventarte una excusa convincente. Básicamente, como si tu suegra fuera una compañera de trabajo o incluso una jefa de rango medio insoportable a la que hay que ver de vez en cuando, como al ginecólogo o al dentista, y luego salir huyendo a casa a tomarse un ibuprofeno y a olvidar el mal rato vivido hasta la próxima cita.

La venganza silenciosa

Hay otra manera de enfrentarse a una suegra que no te aguanta que no implica una confrontación directa que te tenga con el corazón y el estómago en vilo en cada reunión, ni una resignación severa que te haga sentir un lacayo pelota y servil, sonriente ante el maltrato del látigo de la suegra. Y no es otra que la lucha silenciosa.

Esta estrategia consiste en aparentar ser una buena chica, que acepta las críticas y la desaprobación de la suegra, incluso que se apena por la falta de afecto, pero que, tras su cabeza gacha y su cara de pena, en realidad se esconde la concepción de una venganza sigilosa sobre cada acto maligno, dejando a la suegra con el culo al aire día sí y día no, sabiendo que eres tú la culpable de sus males pero sin tener argumentos ni pruebas que así lo certifiquen. Quemada es poco.

Así, si tu suegra te da dos cortes seguidos delante de toda la familia en la comunión de tu sobrina, pon cara de perrito lastimero y haz como que ahogas un puchero como si fueras una diva del cine de los años cuarenta, para que toda la familia se entregue a ti y empiece a darse cuenta de los agravios a los que te somete la suegra y, por ende, sean parte activa de tu causa.

Luego, cuando nadie esté mirando puedes decirle que tiene una cucaracha volantona enganchada en el moño y después de que lo haya refregado por todas las paredes del convite en un ataque de pánico mayor y se lo haya arrancado a manotazos, dile que crees que te has confundido y que era el brillo de la peineta. Y disfruta viéndola entrar al salón como si acabara de darse un revolcón con el *maitre*.



Si cuando propones hacer tú la sopa de marisco para el cumpleaños de la abuela, te ridiculiza replicando que tú no sabes ni freír un huevo decentemente y que no es cuestión de envenenar a la familia con un caldo de hospital de segunda, pudiendo disfrutar de su exquisita y magistral sopa ligeramente picante, pon cara de pena infinita para que todos se compadezcan de ti y desapruében la actitud de tu suegra. Y para cuando llegue el día, hazte con un bote extragrande de, por ejemplo, guindillas y, en un descuido del personal, métete en la cocina que igual, en un tropiezo, se te caen dentro de la olla de la sopa magistral. Y regálate el momentazo de ver a la suegra recogiendo los platos sin apenas probar y asumiendo que igual este año se ha pasado con el picante...

Obviamente, con esta maquiavélica actitud no conseguirás que la suegra deje de detestarte, pero es posible que, al descubrir tu lado oscuro, se sienta más cerca de ti o que te acabe temiendo y decida ser tu aliada para evitar sufrir en sus carnes los estragos de la venganza silenciosa, porque tu suegra será una maleducada, pero de tonta no tiene un pelo y, además, ella nunca se pasa con el picante.

Duelo mortal de profiteroles

Cuando preparábamos la fiesta de cumpleaños sorpresa de la abuela, se me ocurrió la idea de ofrecerme a hacer el postre, que para eso me había gastado una pasta que no tenía en un curso de repostería creativa, que me había servido para aprender algunas pocas recetas y para engordar 3 kilos en las caderas. Pero mi suegra, que es una mandona intransigente y que no me tolera desde que le rebatí un argumento político extremista de esos que tanto le gusta lanzar para dejar a la gente estupefacta y sentirse una provocadora de pro, me dijo que ni *mijita*. Que el postre lo hacía ella, que había que ir sobre seguro y que a ver si yo me iba a creer que por saber colorear *fondant* iba a poder hacer un tocino de cielo como Dios manda y que ella era una maestra en el asunto, dejándome avergonzada en mitad de la reunión familiar y con ganas de clavarle el tenedor en la sien.

Efectivamente, mi suegra cocina mejor que bien y lo único que he visto resistírsele son los profiteroles, que, como a su hijo le pirran, se los hizo una vez por su cumpleaños y nadie dijo nada por no herirle los sentimientos, pero parecían boinas con nata. Así que, como me tenía que venir la regla y las hormonas estaban en ebullición y la maldad a flor de piel, propuse frente a media familia que hiciera sus sabrosos profiteroles. «Con lo bien que te salen y lo buenísimos que están...», dije con el ojo temblón de maldad. Y todos aplaudieron mi propuesta, mientras mi suegra, que tiene un ego del tamaño de un globo aerostático, ni siquiera se dio cuenta de la artimaña.

Pero llegó el gran día y mi suegra apareció entusiasmada con sus profiteroles boina, que eran todavía más boina que la otra vez, con la nata semiespachurrada y una pinta digamos que curiosa.

Lo que no sabía es que yo le había pedido a mi profesora que me ayudara a hacer una *croquenbouché*, una espectacular torre cónica de profiteroles, que hicimos en mi casa la tarde antes y que nos quedó mejor que de revista.

Así que cuando mi suegra sacó sus profiteroles aplastados, llegó mi momento y, tras explicar que me había tomado la libertad de hacer unos pocos más por si nos quedábamos con más ganas, aunque por supuesto no estarían tan buenos como los de mi suegra, saqué mi cono, tan bonito y tan perfecto que toda la mesa se puso en pie para verlo, mientras los profiteroles boina eran ninguneados en una esquina.

Y así fue como mi suegra, después de quedarse con cara de psicópata toda la noche reprimiendo instintos asesinos hacia mi persona, aprendió a ser más prudente y agradable conmigo, a sabiendas de que, aunque no soy un hueso duro de roer, puedo hacerle la vida más complicada. Al menos, la vida gastronómica.

Y así fue como yo aprendí que todo acto malicioso conlleva su castigo. Y desde entonces, me toca hacer los postres, tartas y chucherías de todo evento familiar, tenga o no tiempo y ganas, y con el estrés añadido de sentir el ojo vigilante de la suegra clavándoseme en el cogote.

Cómo descubrir que tu suegra no te tolera.

Ni una *mijita*

A lo largo de la convivencia familiar se dan mil y una situaciones que dejan claro si tu suegra te ama, solo te tolera o si te detesta sobre todas las cosas del universo, aunque a veces no queramos darnos cuenta para no iniciar un drama familiar de intensidad moderada o la suegra sea lo suficientemente prudente para no dar el cante.

De cualquier manera, existen unos signos inequívocos que hacen saltar las alarmas y que ya deberían haberte dejado claro de qué va el asunto.

Asúmelo, tu suegra te detesta si:

Siempre cocina los platos que odias

Desde que le comentaste que eras prácticamente vegetariana, cada vez que te toca comer en su casa hay asado de ternera o chuletitas de cordero o brochetas de cerdo o barbacoa industrial, en un festival de proteínas sin fin, sin una ensaladita que echarse a la boca, pero con chorizos criollos para quitar el hambre del mundo. Y, por supuesto, se hace la sorda si su hijo le recrimina el asunto y si no le queda más narices que contestar, porque le habéis hecho una encerrona cercándola frente a la secadora, se hace la nueva y jura que a ella jamás la han informado de tal cosa. Pero, eso sí, en el próximo encuentro repite.

Y si se entera que estás a dieta, te sorprende con una bandeja de *cupcakes* que tienes que probar sí o sí, «que para eso lo he hecho con mucho cariño y no puedes hacerme el feo», y te ves rompiendo el régimen espartano que llevas sufriendo toda la semana para degustar un mazacote de magdalena que bien podría catalogarse como arma arrojadiza, decorada con una plasta de color imposible y con sabor a margarina barata.

Y no, no es casualidad.

Nunca se acuerda de tu cumpleaños

Jamás. Ni aunque tu pareja se lo anuncie una semana antes. Y eso que tiene memoria de elefante y recuerda el cumpleaños de medio bloque, el día y la hora en la que murieron todos sus seres queridos y hasta cuando te viene la regla porque una vez te pilló comprando tampones... Todo, menos tu cumpleaños. Y, por tanto, tampoco te compra nunca un regalo, aunque eso es casi lo mejor que te puede pasar, sobre todo si recuerdas los últimos presentes que te ha hecho por Navidad y te han dejado con la boca seca.

Una bata de hombre marrón con escudo y todo, unas zapatillas de tacón, el libro de una pitonisa venida a menos, una mano terrorífica para colgar collares, un perfume de imitación que quema la piel, una rebeca de mendigo de color indefinido y tacto picante y el disco de los grandes éxitos de

Luis Aguilé.

Pues eso, que igual es mejor que no se acuerde... o que haga como que no se acuerda. Menos sufrimiento.

Jamás está disponible

Ni en el fijo, ni en el móvil, ni por Whatssap. Da igual cuánto le escribas y lo urgente que sea lo que quieras comunicarle, en cuanto lee tu nombre en el móvil se hace la muerta y espera a que te canses y te des por vencida, para seguir hablando con su amiga Maribel del último episodio de su serie favorita.

No es que no tenga batería o que la estén operando a corazón abierto, es que no quiere hablar contigo. ¿Acaso no has visto que ponía «en línea» desde hace media hora y justo al escribirle sale corriendo y aparece lo de última conexión hace cuatro segundos? Acéptalo, no te puede ni ver. Y da igual que dejes el mensaje ahí germinando tres horas y que ella vuelva a estar en línea. No te va a contestar en la vida. Luego te dirá que no tenía el móvil, que era su nieto jugando a las bolas infernales, o que estaba comprando un besugo o trabajando en un informe de última hora o a punto de descubrir la cura del cáncer y, claro, no lo vio.

Pues eso.

Te ignora en las redes sociales

Igual tienes una suegra guay que mantiene activas sus cuentas de Facebook, Twitter e Instagram y las gestiona con la perfección de un *community manager*, hablando al mismo tiempo con amigos de todos los rincones del mundo y contestándole hasta al típico abuelete salido al que le han puesto ordenador en el hogar de jubilados y quiere pillar cacho.

Pero, eso sí, ya puedes comentarle todo el álbum fotográfico de sus vacaciones en el Algarve portugués, con ingeniosas frases y halagos por doquier, que nunca jamás, bajo ningún concepto ni circunstancia, te va a responder. Ni siquiera te pondrá un mísero «me gusta», pero, eso sí, no tendrá reparos en responderle a los de arriba de tu comentario, a los de abajo y a los de más allá, y hasta nombrará a los que ni siquiera han abierto la boca, mientras tu comentario se queda perdido y abandonado en mitad del muro de las lamentaciones.

Solo va a tu casa cuando no estás

Tú creías que tu suegra no era mucho de ir a tu casa por aquello de que no le gusta molestar y prefiere que la visitéis a ella en la suya. Pero un día, que el jefe te da la tarde del jueves libre porque han petado los servidores de la central, te vas a casa esperando encontrarte a tu marido y a tus hijos

haciendo los deberes, y ¿qué te encuentras? A tu marido, a tus hijos y a tu suegra haciendo los deberes. Y al parecer, y según te acaban confesando, es lo habitual. Tu única tarde de trabajo en toda la semana, porque es cuando toca reunión con la central, es curiosamente la elegida por la suegra para visitar a los niños y a su hijo.

Pero, claro, justo esa tarde que tú estás libre y te ofreces a preparar gofres para todos, se acuerda de que tiene que irse urgentemente a casa a ponerle agua al gato, que con estos calores se le deshidrata.

Siempre te encarga que seas tú la que hagas la foto

Al principio, pensabas que era porque habías estudiado un módulo de periodismo y te veía como una reportera en ciernes, con dotes artísticas y conocimientos tecnológicos, y aquello te subía la moral y te hacías la interesante con tus contraluces y tus ángulos contrapicados. Pero, tras un par de pasadas al álbum familiar y a las fotos de grupo de bodas, bautizos y comuniones que están enmarcadas y presidiendo el mueble del salón, empezaste a atar cabos y a darte cuenta de que igual todo era una estrategia de la suegra, más conocida como la reencarnación del mal, para que no salieras en la foto.

Vale que agradeces que no haya testimonio gráfico de tu peinado de anciana loca al estilo del primer Almodóvar en el bautizo de tu sobrina, pero de ahí a no haber rastro tuyo en ninguno de los dos millones de álbumes... Eso duele.

EL PODER DE LAS EX

A no ser que hayas conocido a tu pareja en jardín de infancia espurreándote papilla de fruta en los globos oculares, lo habitual es que haya tenido otras novias que estuvieron antes que tú y que no solo lo iniciaron en las artes amatorias —asúmelo—, sino que empezaron a forjar las relaciones con la suegra, sembrando un camino con más o menos tiento y por el que ahora te toca pasear a ti. Ahí es nada.

Y no, no es cuestión de celos sino de supervivencia, porque aunque tu novio no se acuerde de la sonrisa ni de la caída de pestañas de la susodicha y no tenga claro si la que tenía un trastorno alimenticio y alergia a los cacahuetes con cáscara era Rafi o Lorena, ellas tienen más importancia de lo que crees, ya que incluso, aunque nadie hable de ellas y no haya ni una foto sobre la que verter tu bilis, han dejado su huella de manera inevitable, más que en tu pareja, en la suegra, que gracias a ellas ha cogido tablas en el cargo y una serie de ideas preconcebidas contra el concepto nuera, así en general, como quien habla del turrón de Alicante o de los sofás biplazas de polipiel.

Así que buena parte de la relación que mantengas con tu suegra vendrá condicionada por la que haya tenido primero con las que estuvieron antes que tú. Un trabalenguas emocional tan cierto y complejo como la vida misma. Pero en cuestiones *suegriles*, dos y dos nunca son cuatro. Bien pudo tener una nuera maravillosa y ahora pensar que todas sois iguales de encantadoras y buenas, porque no se ha acercado al lado oscuro jamás, o bien pensar que tú —oh, pequeña intrusa— nunca podrás estar a la altura de la siempre dulce Ana y deberías ser eliminada cuanto antes...

No obstante, sea como fuere, es la relación con ellas las que marcarán tu vínculo y tu día a día con la madre de tu pareja, por lo que solo tendrás que saber cómo eran y cuál era su trato con la familia política para tener alguna opción de ganar la partida o si no, al menos, prepararte para la contienda.

Ex hay para todos los gustos, desde la que aparece hasta en la sopa, invitada a no, a cuantos eventos se celebren a tu alrededor y que se come a besos a tu suegra, hasta de las que nunca has oído hablar y solo sabes de su existencia por un par de fotos descabezadas en el álbum familiar y que, según has podido saber gracias a tus cuñadas y a algún espontáneo de esos que te abordan en los encuentros familiares o en el rellano de la escalera, eran más malas que la quina.

Chungas, chonis y arpías. Las ex como azote de la suegra

Ser mejor que la ex es siempre una ventaja, tanto para autoestima como para ganarte el amor de la suegra y, por supuesto, para tirárselo a la cara a tu novio cuando no quiera acompañarte a clases de baile de salón y precisas de un arma mortífera y certera.

En el amplio abanico de nueras malas están las que son propiamente malvadas, es decir, aquellas que son el anticristo en la tierra y que no tratan bien a la suegra, al novio o al medio ambiente y, por otro lado, aquellas que no son malas como sinónimo de pérfidas, sino que para las suegras no son las más adecuadas para sus cachorros. Lo que viene a ser catalogado por las siempre exigentes mamás como material de segunda gracias a su exceso de maquillaje, sus extensiones hasta los talones y su *tanga-short* vaquero, dejándose tres cuartos de cachete al aire para ir al cumpleaños de la abuela.

Puestos a elegir, es mejor que te toque como predecesora una de las últimas porque la suegra no estará quemada con la perversidad femenina y sí con el chonismo extremo, así que cuando aparezcas con tus modales y tu vestido que te deja el culo oculto, no solo estará encantada sino que tendrías que matar a alguien para que no anhele cerrar un compromiso de boda.

Y es que si tu predecesora es una hortera, tu suegra habrá tenido que enfrentarse a sus estilismos imposibles propios de un *reality* estadounidense, que la llevaron a la comunión del primo Carlitos, con un vestido más que ajustado, incrustado en la piel, con escote de vértigo, plataformas de cojo con cordones y un cardado nivel K-2, que dejó a media iglesia sin ver la consagración, y, por si esto no fuera suficiente, tuvo que sufrir su falta de formas, sus risas con volumen extra fuerte y su verborrea cargada de palabras malsonantes cuando tu suegra la invitó al torneo familiar de parchís y perdió en la primera ronda.

Y quien dice una choni, dice una antisistema con pelado de terrorista, pantalón bombacho, arete en la nariz y una opinión negativa ante todo lo establecido, más por costumbre que por ideales, que un subversivo que no protesta es una cosa muy triste.

Y quien dice antisistema, dice una moderna de esas que se niegan a casarse con nadie «porque el matrimonio es una forma de oprimir a la mujer y matar el amor... y de hijos, ni hablamos, con lo que supone eso para la pérdida de identidad femenina y la individualidad como persona», mientras la suegra va perdiendo latidos a medida que va escuchando y asumiendo que no solo se queda sin nietos, sino también sin mantilla que lucir en la capilla.

Y quien dice antisistema dice gótica, blanca como la pared y con bolso en forma de ataúd o *pin-up* llena de tatuajes y con un tupé pelirrojo de medio metro o cualquier otra particularidad, como que trabaje fuera del país o sea divorciada con cinco hijos o una religiosa radical o tenga un dilatador en la oreja derecha por el que cabría un hámster... características que no es que sean negativas en sí mismas, pero para una madre entregada a la idea de un futuro estable y maravilloso para su hijo sí lo son. Y mucho.

De ahí que si has tenido a alguno de estos personajes como predecesores, a poco de que seas un poco normal o finjas serlo, todo irá sobre ruedas. Que no es que tú no tengas ideales, un respeto, pero los escondes.

Si, por el contrario, lo que tu suegra ha sufrido antes de a ti es a una nuera perversa, las

circunstancias cambian. Si la pobre mujer está traumatizada por haber tenido que aguantar a una villana como pareja de su retoño durante meses o años, pueden pasar dos cosas: o bien que esté ávida de encontrar una nuera nueva que restrinja toda posibilidad de que la mala pécora vuelva a los brazos de su hijo y, entonces, te ame aun sin saber siquiera cómo te llamas, o que te deteste como a todas las nueras del mundo como si fuerais un conjunto indivisible o un *lobby* de presión del inframundo.

En el primero de los casos, la situación es pan comido, porque el tener una ex malvada con su recuerdo negativo flotando sobre el salón y la voluntad de la suegra de encontrarle otro clavo a su hijo que la saque de sus vidas para siempre, es prácticamente una garantía de caer en gracia que ni siquiera un *tanga-short* ni un bolso en forma de calavera podrían arruinar.

«Tú no sabes lo mala que era y lo que hizo sufrir a mi niño, que le puso los cuernos no sé cuántas veces, que hasta perdimos la cuenta, y encima quería apartarlo de nosotros. Un calvario. Que perdí 6 kilos de los disgustos, más que con la Dukan, mira lo que te digo». Y tú asientes con la cabeza y pones cara de sufrimiento para dejar claro lo que la entiendes y, antes de la segunda pasta de té, ya la tienes en el bote o ella te tiene a ti; a saber, la cuestión es que hay cordialidad, que no es moco de pavo, y de paso te aseguras de que no tendrás que verle nunca la cara a la ex, ni mucho menos saludarla y fingir aquello de «somos muy maduras y esto no es incómodo».

En el segundo de los casos, la situación se complica porque la suegra llega predispuesta a odiarte o si es de mejor talante y hace yoga en el centro de día, a no conocerte, que bastante energía gastó ya con tu antecesora, para que acabara siendo una bruja. Y tú, que eres de las que acude al primer encuentro con una cesta de magdalenas como una repipi de película, te quedas con la cara partida al ser conocedora de la situación.

Lo mejor para arreglarlo es tratar de sonsacar información sobre la susodicha para demostrar o fingir que tú eres todo lo contrario. Si la nuera huía de encuentros familiares y siempre dejaba su hueco libre en la mesa en el último momento, organiza una merienda en casa para toda la familia, incluida la perra, tómate dos ansiolíticos y lúcete. La suegra, que en realidad esconde un corazoncito tras la coraza esculpida por la ex, se dejará querer y se abrirá a ti. Y si no, al menos, colocarás las magdalenas.

Labios perfilados

Cuando mi ahora marido me enseñó las fotos de su primera boda, casi me da un patatús y no solo porque llevara un bigote horrible, sino porque parecía que media familia acababa de salir de la cárcel en un permiso penitenciario, sobre todo la novia, que tenía pinta de yonqui rehabilitada. O mejor dicho, sin rehabilitar.

Al parecer, aquella relación no había durado ni dos años, pero coincidió con un momento rebelde que al parecer tuvo a los dieciocho años tras la muerte de su padre y el distanciamiento con su madre, que siempre ha sido una mujer muy recta y exigente, como si fuera una institutriz viuda del siglo XVI.

Por supuesto, mi suegra no estaba en la foto porque ni siquiera fue invitada a la boda, aunque sí que conocía a la susodicha porque alguna vez se había presentado en su casa para que su hijo le devolviera el pastor alemán que tenían ambos y del que quería la custodia completa.

Según me pude enterar, no es que la mujer fuera mala gente, pero sí una verdulera de libro y lo mismo te ponía verde desde la calle, que te comía a besos después, con su boca perfilada dos tonos más oscuros que el color de la barra y tres milímetros por encima del labio.

De ahí que mi suegra me ame tanto, hasta el punto de que cuando me vio por primera vez desde el balcón de su chalet, mientras esperaba a que bajara su hijo, con mi raya al lado y mi vestido a media pierna, bajó como alma que lleva el diablo por las escaleras para mostrar sus respetos, invitarme a un café y no dejarme escapar nunca más, con la mala suerte de que tropezó en el último escalón y se hizo un esguince de tobillo.

Por suerte, soy traumatóloga, así que, tras una extraña y surrealista presentación, la lleve al hospital donde trabajo y en menos de media hora ya estábamos listos, y mi suegra más feliz que una perdiz, con su muleta y su nueva nuera, o sea yo, que no solo no llevaba los labios perfilados ni tenía el pelo amarillo, sino que además tenía una carrera y un buen trabajo.

Y desde entonces siempre nos hemos llevado muy bien y no solo es una buena suegra, sino que es una abuela estupenda. Eso sí, cuando quiero dejarle a los niños para irme de cena romántica con su hijo y trata de escaquearse, le enseño la foto de labios perfilados y preparamos las literas en dos minutos.

Un chollo.

Cuando la ex es la nuera ideal

Si las ex ya son lo suficientemente odiosas de por sí, tan solo por el mero hecho de haber estado ahí antes que una, con lo feo que está eso, la cuestión se recrudece cuando además van de novias y nueras perfectas, no solo dejándote el material ya usado, sino también predispuesto a lo mejor. Como si a una la acostumbran al jamón de pata negra y al caviar iraní y luego pretendieran darle una hamburguesa de pollo congelada. Pues mire usted, no.

Que no es que una piense ser una hamburguesa de pollo congelada, pero saber que la suegra no solo está acostumbrada a lo mejor sino que además lo echa en falta es mucha presión para una nuera a estrenar, que la pobre criatura tendrá que sonreír y hacer la vista gorda ante las fotos de la ex que hay por toda la casa posando en diferentes eventos familiares y esconder la cara de mono estreñado ante las continuas alusiones a su persona y a sus muchas virtudes, todo eso tratando de hacer lo que hubiera hecho doña perfecta para intentar no perder comba.

La suegra que ha tenido una nuera ideal es dura de roer y disfruta torturando a la nueva novia de su hijo más que por el placer del mal —que también—, por dejarle claro dónde está el listón y, de paso, dónde está la puerta por si no lo alcanza. Eso sin contar con que le gusta dejar claro quién es la favorita, que siempre tendrá las puertas abiertas y que, por supuesto, no eres tú. Hablando en plata, que si su hijo decidiera volver con doña perfecta, ella estaría la mar de contenta, así, a cuchillo.



Dentro de estar en esta situación tan complicada, lo mejor que te puede pasar es que tu novio no guarde un grato recuerdo de ella y, puestos a pedir, que haya existido un mal mayor para que esa pareja se rompa, y no solo no haya posibilidad de reconciliación sino que la suegra pierda la esperanza de que su nuera pródiga pueda volver al hogar familiar y mandarte a la casilla de salida.

Porque como no sea así y pueda seguir albergando alguna ilusión al respecto, lo tienes chungo. Y no solo porque no acabará de aceptarte por si acaso llega la hora del patadón y el desprecio final, sino porque, además, tratará de meterla en la vida de su hijo aunque sea con calzador o con un *bazoca* de la antigua URSS, por si suena la flauta y las aguas vuelven a su cauce. Y la lagartona, que no tiene nada mejor que hacer que mover la melena de rata y poner morritos a tu novio, se apunta dispuesta a darlo todo a cualquier verbena a la que la inviten.

En algunos casos, podrás librarte del placer de su tensa compañía y sus apariciones se reducirán en exclusiva a la suegra, ansiosa por no perder el contacto, quien se apunta con ella a clases de decoración de lámparas Tiffani y flores de miga de pan en un alarde de tristeza infinita, que las mantiene unidas en el tiempo y el ocio para jubilados.

Pero no todo es drama. Que también puede pasar que la suegra no busque una reconciliación, ni siquiera que eche de menos a la ex, pero sí que guarde un grato recuerdo de ella, que extrapole a las nueras en general y a ti, en particular. Y te encuentres con ese regalo caído del cielo sin comerlo ni beberlo, como cuando te vuelves a poner el abrigo que no usas desde el invierno pasado y, espachurrado en el bolsillo, te encuentras un billete de 50 euros. Pequeñas grandes sorpresas que te alegran el día.

Doña perfecta y la envidia insana

Mi marido tiene dos hijos de un matrimonio anterior, que me temo que no se parecen en nada a los nuestros al igual que yo no tengo nada que ver con su ex. Qué más quisiera yo.

Ella no solo es alta y delgada, sino que es de ese tipo de personas que todo lo hace bien y que, aunque vaya vestida de blanco a una charca de barro, jamás se mancha, como si su vestido fuera de un tejido espacial que repeliera los lamparones, no como el mío, que siempre lleva restos de gusanitos o sustancias infantiles no identificadas... y una vez estuve media comunión de mi sobrino con una piruleta pegada en el culo, que al parecer alguien había dejado en el asiento del coche... Y su pelo siempre está perfectamente peinado, aunque se enfrente a un huracán o se pase el día en la piscina, mientras que yo parezco Cindy Lauper solo porque he ido con dos dedos de la ventana del coche abierta.

Sus hijos son calcados a ella. Siempre están impolutos, a la niña nunca se le despeina la trenza, que una vez hasta se la deshice yo por si era postiza y nunca se le caen los lazos, que además le encantan, mientras que las mías solo quieren lentejuelas y zapatillas deportivas con luces, cuanto más horteras mejor. Y su hijo es la criatura de cinco años más educada que he visto en mi vida. No da un ruido ni aunque tenga 40 de fiebre, mientras las mías no paran de cantar, de bailar, de chillar y de pelearse como si fueran fieras enjauladas.

Por suerte y gracias al buen talante de mi marido, todos nos llevamos bien y la ex y yo mantenemos una relación distante pero cordial, y de un tiempo a esta parte los niños están cogiendo bastante confianza conmigo y se van estrechando los lazos, algo que me hace muy feliz.

El único problemilla es que vivo acomplejada como ser inferior frente a esta ex de primera, que además es el ojito derecho de mi suegra, que no deja de repetirme lo bien educados que están esos niños y lo guapa que está su nuera, no como yo, que estoy muy gorda y muy dejada. Y yo me aguanto porque sé que en realidad me aprecia y que es su manera de hablar y no le suelo dar mayor importancia, hasta que un día coincidimos en algún evento familiar y la veo mirándome las caderas desde su metro ochenta y me hundo. O mejor dicho, me hundía. Y no solo porque mi marido no para de repetirme que no hay que compararse con nadie pero que, puestos a hacerlo, soy mil veces mejor en todo y que soy tan o más guapa que ella, aunque sea mentira, sino porque el otro día escuché la conversación que mi suegra mantuvo con ella desde mi salón a través de su móvil.

—Mujer, es que deberías aprender más de mi nuera Sara, que si tiene que coger 2 kilos porque se va de fin de semana a un todo incluido, los coge, que ella sabe disfrutar de la vida y no hay más que ver a sus hijos, tan alegres y tan divertidos, comiendo chuches y viendo dibujos como todos los niños, no como los tuyos, que las criaturas están obsesionadas con las caries y con no mancharse porque la ropa es cara, ¡pues cómprasela barata, leche! que me los tienes hechos dos viejos y ya verás que así se te ponían mejor los nervios, que todo ese estrés que tienes es de eso, que te lo digo yo, mira mi nuera lo contenta que está siempre, que da gusto sentarse con ella a tomarse un café...

Una de tantas. Cuando hay demasiadas ex

Otro de los casos que pueden darse, máxime si tu novio es un ligón de playa, es que tu suegra ya haya visto desfilas a demasiadas novias frente a su colección de dedales de la vitrina del salón, y ya no solo es que no le impresione nadie, sino que no les presta atención como si fueran anuncios de fajas tubulares, que tampoco va la mujer a dejarse las neuronas recordando nombres y formas de tomar el café cada dos semanas, con la de cosas que tiene que hacer, y como tiene ella la cabeza.

Y, claro, ocurre que al final le tiene más cariño al cartero suplente que le trae las cartas certificadas y al viejo verde que le cobra los recibos de la comunidad que a la última novia conocida, por mucho que lleve tres meses con el hijo y vista la falda por encima de la rodilla. Vamos que, hasta que no haya un compromiso formal de boda, la suegra pasa de entablar conversaciones con nadie que no versen sobre el tiempo o la corrupción política en el congreso, que luego todo se sabe en la barriada.

De ahí que tendrás que poner mucho de tu parte para demostrar que tú sí eres diferente a las demás, aunque sea mentira, y que piensas quedarte, si no para siempre, al menos para mucho tiempo allí, frente a los dedales, y es más, como se ponga tonta, le traes media docena de cualquier *souvenir* que encuentres durante tus vacaciones en la Costa Brava con la familia.

Una pandilla de despechadas

Mi novio no tenía una ex que me diera guerra, tenía una pandilla. Y no porque se llevara bien con todas ellas, porque con algunas ni siquiera se hablaba, básicamente porque unas habían sucedido a otras coincidiendo en tiempo y hora y, lógicamente, no lo habían llevado bien, sino porque tiene dos hermanas que acogían en su seno a toda novieta que pasara por casa y la convertían en parte de su grupo de inseparables.

A mí lo que me resultaba curioso es que se llevaran tan bien entre ellas y que fueran a todo evento familiar multitudinario en grupo, para acribillarme a miradas, cuchicheos y risitas adolescentes. Pero a mí me daba igual. A ver, no me gustaba tenerlas por allí pululando y recordándome que hubo otras antes que yo, ni tampoco entendía sus ganas de estar presentes, pero iba a lo mío.

Mi suegra las saludaba como si fueran parte de la familia, aunque creo que se sentía algo incómoda por mí porque alguna vez vi cortar un efusivo abrazo ante mi presencia, y eso que imagino que pensaría que, dado el historial de su hijo, yo sería una más de la lista. Bueno, del listón.

Y, de hecho, lo fui. No duramos ni un año aunque no me arrepiento de nada, primero, porque nos seguimos llevando muy bien y, segundo, porque he conocido a su fantástica familia, a la que sigo viendo en cada evento como un miembro de pleno derecho de la pandilla de mis excuñadas, quienes se han convertido en dos de mis mejores amigas. Y, además, juntas podemos criticar a la nueva novia de mi ex...

Pues eso, que no somos nadie.

La primera de la lista. Cuando no hay ex

También puede ocurrir el caso contrario, que hasta tu llegada tu novio haya vivido una vida monacal, entregado a los estudios y a los juegos de la consola y, como mucho, a salir con los amigos al cine o a la hamburguesería, en cuyo caso, por cierto, deberías replantearte seriamente tu postura, máxime si la criatura ha sobrepasado los veinte años y lleva camisetas de personajes de cómic.

Sin embargo, haber mantenido una vida de monje tibetano no es la única razón por la que tu pareja puede no haber llevado a ninguna novia a casa para presentarla en sociedad. Bien puede ser que tú seas la primera con la que se siente seguro y con la que quiere llegar a mantener una relación más seria o, quizá, eres la única que le ha dado el teléfono correcto.

De cualquier manera, y sea por la razón que sea, la suegra no ha conocido ni nuera ni prenuera, por lo que tu llegada a su mundo puede dejarla en *shock* ante la idea de que su hijo tenga pareja. Para bien o para mal, que la sorpresa siempre es una sorpresa y la suegra no puede discernir entre el bien ni el mal ni entrar a valorar lo que aquello significa sumida en un estado semejante.

Una vez recuperada de la conmoción, la suegra puede tomar dos caminos opuestos. O bien entregarse a ti en cuerpo y alma, como si fueras la última esperanza de su hijo para encontrar el amor y, lo que es más importante, para engendrar a sus nietos, como en una película de ciencia ficción o desastres naturales estadounidense. O bien detestarte sobre todas las cosas por haber entrado a mancillar su casa y a su hijo, que era una criatura inocente y familiar que se pasaba los domingos dándole conversación al abuelo o, bueno vale, de resacón, pero sin ninguna otra mujer en su vida que no fuera ella o la abuela y su demencia senil con tendencia al exhibicionismo.

La suegra, Ramón y yo

Cuando mi novio me llevó a conocer a su madre, no me avisó de que yo era la primera chica que llevaba a casa, y no porque fuese la primera en su vida, sino porque su madre era muy especial y no quería que acabara entrometiéndose en sus cosas, y hasta ese momento, que ya se había hablado de boda, no lo había creído necesario. El resultado es que me vi un viernes por la tarde, sentada en un sofá junto a una señora que me miraba como si fuera una especie de pederasta dispuesta a arrancarle a su criaturita de los brazos.

Todo aquello parecía muy ridículo, sobre todo teniendo en cuenta que su «niño», como lo llamaba, tenía treinta y dos años y llevaba diez trabajando en un conocido periódico con un puesto de cierto mando, lo que le debería haber dado una pista de su madurez, pero, claro, fue entrar en su cuarto lleno de póster de cómics y figuritas de la Guerra de las Galaxias y entenderlo. Mi hombre era un niño en su casa.

E imaginé que sería por eso que su madre no dejaba de mirarme raro e incluso de torcerme el morro cuando me veía aparecer con él de la mano, hasta el punto de que un día me comentó que ella nos veía muy jóvenes para estar tan comprometidos, y eso que aún nadie le había hablado de boda. Pero me equivocaba.

Una tarde, mi novio vino a recogerme muerto de la risa y me contó que su madre le había lanzado un sermón sobre la importancia de ser uno mismo, de estar seguro de los pasos que se dan en la vida y de hacer oídos sordos a lo que la gente dijera, ante lo que él pensó que iba a lanzarle el dardo de «puedes hacer lo que quieras pero tu novia no me gusta un pelo»; pero, en lugar de eso, le dijo que ella sabía que él era gay, que por eso nunca le había conocido chicas, y que estaba segura de que el que realmente le gustaba era Ramón, su amigo de la facultad con el que siempre jugaba a juegos de rol y otras chiquilladas. Y que no tenía que estar conmigo por contentar a nadie, que tenía que pensar en él y ser feliz.

Por supuesto, nos reímos mucho de aquello y nos quedamos más tranquilos al saber que no es que su madre me odiara, es que creía que yo era una tapadera para su hijo.

Tres meses después, mi novio me dejó por Ramón.

Lo que no sepa una madre...

LA JEFA

Hay suegras que han nacido para mandar y, ante la imposibilidad de ser comandantes generales de algún ejército, por aquello de que al final hicieron las oposiciones para administrativo del Ayuntamiento de Móstoles en lugar de las pruebas de acceso a Infantería, se han quedado con un instinto mangoneador dentro del pecho, ahí enconado, que ahora no saben cómo canalizar.

Normalmente, quien tiene el afán de mando lo tiene en todos los aspectos de su vida, es decir, que una suegra sargento no nace de la nada, sino que antes ha estado ensayando en otras facetas de iniciación como esposa sargento, amiga sargento, madre sargento y hasta vecina sargento, liderando revoluciones en la urbanización porque el color del rellano era un punto más alto que el pantone que había elegido ella misma en la reunión de la comunidad, con tono de dictador con úlcera estomacal, mientras todos asentían aterrados como si alcanzar el color perfecto de «cáscara de huevo» fuese una cuestión de seguridad nacional.

Por supuesto, la suegra sargento se crece en espacios pequeños y si ya tiene el trabajo adelantado de haber sido una madre sargento, solo le queda adoctrinarte a ti con un par de golpes básicos que te dejen claro cuál es la situación y quién es la única encargada de controlarla, incluso en casos surrealistas y extremos como determinar cuál es el mejor anticonceptivo que debéis usar y hasta cuándo, que la decisión de procrear no es solo cosa de dos, y luego te nacen los niños en verano, con el calor que hace en el sur y lo mal que le sienta a los bebés las altas temperaturas y los sudores, eso sin contar lo flojos que están los hospitales de personal en esas fechas... Y te hace un calendario de días fértiles de recomendable aprovechamiento, indicándote incluso posturas que facilitan la concepción, mientras tú pides la inyección letal.

La suegra sargento no tiene reparos en organizarte la vida y lo mismo te manda un carpintero para que te haga un armario empotrado de doble ancho —aunque tu dormitorio sea una caja de zapatos y duermas con la cara pegada al gotelé—, que te pide cita para el dermatólogo, «que ya va siendo hora de que te hagas mirar esos pelos de rata vieja que se te han puesto», y por supuesto ella va contigo, que tú no sabes explicarte.

La suegra sargento se presenta de sorpresa en tu casa para hacerte limpieza de trastos, «que yo no sé cómo puedes vivir con tantas porquerías», mirándote como si tuvieras el síndrome Diógenes en fase terminal, y antes de que puedas darte cuenta ya te ha tirado el Scalextric de los niños que te costó media nómina y el robot que barre solo que te regalaron los del banco con el fondo de pensiones fraudulento, pero, eso sí, la casa de jardín XXL que le regaló a la niña por su tercer

cumpleaños y que tiene invadidas las tres cuartas partes del salón, se queda allí, «que eso es una pena tirarlo», aunque tu niña ya vaya al instituto y tú tengas que ver la tele con el alfeizar de la ventana de plástico fucsia clavado en la cadera.

No solo se mete en la forma de vestir o de criar a tus hijos, sino que lo hace con la vehemencia de un predicador televisivo, echándose las manos a la cabeza si se entera que le has comprado unos patines a la niña: «Madre mía, ¿unos patines? Hay que ver las pocas luces de comprarle eso a la niña con la poca agilidad que tiene... que lo que necesita es apuntarse a clases de refuerzo de matemáticas, que mira las notas que trae», y no tiene reparos en decirlo delante de tus padres, de la carnicera del barrio o de la propia tutora de la niña, como si tú no pintaras nada o fueras una adolescente problemática recién salida del correccional.

Y si a tu niño le dura el resfriado más de veinticuatro horas, monta en cólera y, aunque le expliques que te dijeron que estaría con fiebre al menos tres días, busca un nuevo pediatra, a ser posible el mismo que vio a su hijo en 1975 y que no tiene ordenador en su despacho «porque puede provocar cáncer», que ese sí que es un buen médico, para que le dé una segunda opinión; bueno, en realidad, una primera «porque hay que ver la pediatra que te has buscado, que no sabe dónde tiene la cara y parece que no ha hecho ni la EGB»; o te colapsa el móvil a mensajes para ver cómo está pasando la noche. Y no tiene reparos en presentarse en casa a las tres de la mañana, y en pijama, para hacerle vapores con eucalipto o acoplarse en un viaje forzado a urgencias en plan *La tribu de los Brady* o clan gitano al completo.

Lo cierto es que la suegra sargento no es una mala suegra, de hecho buena parte de sus órdenes van encaminadas a mejorar vuestra vida, o al menos eso cree ella, y en la mayoría de las ocasiones, pueden incluso causar un perjuicio en la suya, por lo que al final, como en las guerras y en el parchís, nadie gana. Pero ese interés por cuidaros, aunque sea en contra de vuestra voluntad y poniendo vuestra vida patas arriba un domingo a las cuatro de la tarde, es lo que hace que no puedas tacharla con rotulador indeleble del listín telefónico ni extraditarla a un gulag sine día.

Pero tampoco nos volvamos locos, el absoluto respeto hacia la suegra sargento no viene dado por el amor hacia ella, sino por el miedo, que todo hay que contarlo, y es que buena parte de su éxito reside en que tiene dominada a media familia, que lleva años sometida a la dictadura del terror y se ha acostumbrado a obedecer, como quien se habitúa a los mosquitos en verano, y la otra media la obedece por inercia, por lo que al final siempre acaba saliéndose con la suya. Y si por alguna extraña conjunción de los astros no es así, se enfada durante semana y media por el ultraje, y al final, para que las aguas puedan volver a su cauce, hay que acabar dándole la razón, aunque sea fuera de plazo.

De ahí que tu pobre suegro haya optado por no decir ni una palabra sobre cualquier tema hasta que la suegra sargento no ha dejado clara su opinión y así poder sumarse a ella cual lacayo medieval, sin notar su aliento en el cogote ni arriesgarse a dormir en el sofá hasta las bodas de oro, como tiene la criatura las cervicales y el miedo que da la suegra en las distancias cortas. Y tu marido, que se resiste, al final también se deja atrapar por las garras de la dictadora y, aunque en un primer momento le había parecido genial que os fuerais de *camping* este verano con los gemelos para que respiraran aire puro y os divirtierais en familia, en cuanto su madre se entera y pone el grito en el cielo, empiezan a entrarle dudas por las humedades de los bungalós y el riesgo de contraer la difteria

en las duchas comunitarias, que él vio un reportaje en la tele que ponía los vellos de punta, y tú te quedas con la cara partida y una reserva pagada que él mismo abonó emocionado tres días atrás.

Así que no te ilusiones, da igual cuánto empeño le pongas en enfrentarte a la suegra sargento o cuántos libros de autoayuda te leas, no podrás dominar a la bestia que ha sido alimentada durante tantos años, así que lo único que te queda es rezar y asegurarte de que no tenga una copia de la llave de tu casa.

La suegra entrometida

Prácticamente, todas las suegras sargento son suegras entrometidas, porque para mandar como Dios manda hay que meterse en las entrañas de la familia, para examinarla, criticarla y poder organizarla con cierta eficacia. Sin embargo, hay algunas que lo son en nivel maestro, es decir, que no se contentan con mandar en las facetas más mundanas de tu vida o en la de tus hijos, sino que no tienen reparos en meterse por los escondrijos más íntimos de la familia y presentarse como juez y parte de cualquier situación, aunque sea una conversación privada o una discusión marital, creyéndose con derecho a eso y a más, y dejándote con ganas de abofetearla sin descanso hasta que se te abran las muñecas.

La suegra entrometida deja siempre clara su opinión, aunque nadie se la haya pedido, y cuando en el trabajo te ofrecen el ascenso soñado, que implica viajes de negocios dos veces al mes, se presenta en tu casa para decirte que no puedes aceptarlo, que eso va a ser un caos para la familia y que tú no puedes ser una egoísta mirando por tu futuro y tu carrera, qué desfachatez, y que si es por cuestión de dinero, lo que tienes que hacer es quitarte del gimnasio, que total para lo que vas y para el poco efecto que te hace...

Es importante procurar no discutir con nadie delante de ella y mucho menos con tu marido, aunque acabes de saber ahora que se ha comprado un coche nuevo por su cuenta y riesgo, o que te ha puesto una lavadora con agua caliente mezclando colores y tejidos... Debes respirar hondo y sincronizar chakras, porque a poco que se te levante la ceja y le cantes las cuarenta, aunque sea bajito, tendrás a la suegra entrometida clavándote la mirada, metiéndose en la conversación y, lógicamente, defendiendo a su hijo. Menos en lo del coche, claro, que para eso se ha comprado un deportivo y allí no cabe ella.

La suegra entrometida te pregunta cuánto piensas gastarte en el regalo de cumpleaños de tu sobrina, recordándote cuánto se gastó tu cuñada en el de tu hija y te encomienda hacer uno de los tres regalos de la lista que ha elaborado, que de hecho ya los tiene reservados en la tienda a tu nombre. Como cada año.

Con este tipo de suegra hay que tener mucho cuidado con lo que se cuenta y lo que se deja de contar, ya que le aportarás herramientas para poder actuar en todo su esplendor y, aunque sea sin saberlo, destrozarte la vida y la reputación. Así, si en la comida del sábado comentas como anécdota divertida que el vecino de arriba se pasea desnudo por el balcón, básicamente para echarte unas risas con las cuñadas, la suegra entrometida se pasa por su casa al miércoles siguiente y le pide encarecidamente, primero, y le exige con cara de loca, después, que tenga un poquito de decencia y de saber estar, alegando que tú y tus hijos estáis escandalizados y que la suya no es forma de convivir en una comunidad. Y por si acaso el sermón no resultara efectivo, le recuerda que eres abogada y que estás dispuesta a denunciarle si no cesa en este comportamiento. Y, encima, te lo cuenta esperando tu agradecimiento y sintiéndose enormemente satisfecha con su actuación, aunque a ti te suponga tener que salir por el garaje para los restos y con el pasamontañas del niño atrofiándote las sienes.

La suegra entrometida no duda en meterse a dar su opinión mientras regañas a tu hijo, asegurando que eres una madre demasiado permisiva o demasiado dura, según tenga el día, que esos

pantalones le van estrechos al chiquillo y que por eso se cae, que el vestido de la niña tiene una mancha de aceite o que la trenza te ha salido doblada... y aunque sepas que tiene razón, haces un repaso mental de los ahorros que tienes disponibles y fantaseas con la idea de contratar a un sicario. Igual si dejas de pagar la endodoncia de la niña...

El sueño caribeño

Después de tres veranos de casa rural pasando calores y mascando cloro, me planté y se lo dije a mi novio: este año nos vamos de viaje. Y no hay más que hablar. Que una se pasa todo el invierno trabajando y lo que quiere son cócteles y relax, como una señora, y no una casa en lo alto de una montaña donde sudar dos semanas.

Yo quería Caribe. Y tuve Caribe. Aunque no como yo había soñado, ya que mi novio se negó a que dejáramos al niño en tierra, así que decidimos irnos el trío al completo, combinando los cócteles con los batidos y las hamacas con los dibujitos en el móvil.

El problema era la suegra, que, como además de ser un sargento le tiene miedo a una mosca dormida, no solo iba a montar en cólera sino que no iba a dejarnos ir o al menos llevarnos al niño, «que si son muchas horas de avión, que si se pone malo allí qué hacéis, que si allí hay enfermedades muy malas que no se curan, que si a saber si ese agua es potable...», y así hasta que mi novio acabara cediendo y yo viéndome en lo alto de la loma.

Así que planeamos mentirle a la suegra y decirle que nos íbamos a la casa rural de siempre y, con nocturnidad y alevosía, escaparnos al merecido Caribe. Que en realidad lo que hacíamos era una buena acción, porque ¿qué necesidad había de tener a la mujer preocupada pudiendo tenerla contenta?

Y allí nos fuimos a darlo todo, felices los tres durante quince días, hasta que a la vuelta, cuando salíamos del avión con nuestro moreno caribeño y nuestro collar de coco, nos encontramos con que mi suegra nos estaba esperando para el recibimiento, con cara de rottweiler y mirada de asesina en serie; vamos, que no se nos abalanzó a mordernos la yugular porque mi madre la tenía sujeta del brazo, y juraría que no he tenido más miedo en toda mi vida.

Después de algunas agresiones verbales, acompañadas de salivazos de ira, nos enteramos de que al parecer toda la zona de montaña en la que presuntamente estábamos de vacaciones en nuestra casita rural había ardido, y mi pobre suegra había estado al borde del infarto cuando vio las imágenes en los informativos y nos imaginó calcinados junto a un alcornoque.

Por suerte, antes de avisar a los bomberos para darles indicaciones de nuestro paradero y exigirle un rescate rápido y seguro, llamó a mi madre para darle la noticia a las dos de la madrugada, que es cuando se enteró de aquello —que mi suegra tiene insomnio y dedica las noches a pintar figuras de escayola con la tele puesta y un vaso de horchata—, y mi madre, aún dormida, casi muere de un colapso nervioso para luego recordar que nosotros estábamos en el Caribe y hacerse la nueva y la sorprendida de que mi suegra no lo supiera, cuando ella estaba en el ajo desde el principio.

Mi suegra no canalizó los instintos asesinos hasta un mes después, aunque ahora no podemos irnos ni un sábado al cine sin mandarle por *email* las entradas. Y ella mira el tráiler por Internet y si no le parece adecuada para el niño, nos prohíbe verla.

Y así vamos.

Si llego a saber que me iba a salir tan caro el «todo incluido», me quedo en la casa rural jugando a la petanca. Ay.

La suegra machista

Una tiene que tener una suegra machista al menos una vez en la vida para poder divertirse viéndola sudar cuando su hijo le pregunta por el mejor método para dejar las puertas como los chorros del oro, aunque luego te toque pagar el precio de sufrirla como si hubieras hecho un viaje en el tiempo hasta la España de la posguerra y te encontraras en la última casa a la derecha de una pedanía de un pueblo de las afueras, con tu velo para ir a misa y tu falda al tobillo.



La suegra machista se pasa el día penando por lo *estrosaito* que viene su hijo del trabajo, como si, en lugar de en un banco, trabajara en una mina de Arabia Saudí, recibiendo latigazos en el cogote y gases tóxicos en los pulmones, como si tu trabajo fuera de cascarilla, un entretenimiento, como quien va a clases de taichí o a un taller de escritura creativa, para poder dar paseítos con tu cartera de piel y tu traje de sastre que estabas loca por estrenar, aunque tu horario y tu sueldo casi dupliquen al de tu marido y seas jefa de área de una importante multinacional... Pero, vamos, que estás ahí para entretenerte y para hacerte la moderna, con lo bien que estarías en tu casa cuidando de tus hijos y de tu marido y pasando un poquito la mopa, «que buena falta le hace a tu parqué». Que ya te vale.

Lo peor de este tipo de suegra no es que sea machista, es que también es suegra sargento y, por tanto, se ve en la obligación de evangelizaros y haceros entrar por el aro para que todos podáis llevar una vida mejor. Según su criterio decimonónico, claro.

Da igual cuántas veces le expliques que es su hijo el que cocina y que tú apenas si sabes usar el grill del microondas. Cada vez que tiene ocasión, te bombardea con un maratón de recetas, haciendo un especial hincapié en la manera en la que has de cortar las zanahorias en juliana y en el tiempo necesario que tienes que emplear para hacer un buen papillote.

Y no solo no se da por vencida, sino que seplanta un fin de semana en tu casa con toda la artillería pesada para enseñarte a hacer potajes y guisos, que dónde se ha visto una mujer hecha y derecha que no sepa hacer unas lentejas, y, claro, ante la insistencia, una tiene que acabar cediendo y ponerse a destripar un pollo, cuando a tu marido le encanta cocinar y además se le da bien, y tú haces la ola si logras freír un huevo al que se le pueda mojar la yema.

La suegra machista no tolera que critiques a su hijo, no tanto porque sea fruto de sus entrañas, sino porque es el hombre de la casa «y bastante tiene la criatura con llevar a toda su familia para adelante», como si tú fueras un recortable de cartón a modo de adorno en el salón. Así que cada vez que se te ocurre criticarlo con tu cuñada sobre cómo te deja el baño cada vez que ducha a los niños, entra en bucle de locura. «Pero, hija mía, si eso es cosa de mujeres... Encima de que te los baña, ¿qué quieres? ¿Que te lo limpie con amoníaco?».

El apego, el bufete y la suegra

Mi marido y yo decidimos que cuando tuviéramos hijos uno de los dos dejaría su trabajo y se quedaría en casa cuidándolos, al menos hasta los cuatro o cinco años porque nos apetecía una crianza con apego y lo cierto es que nos lo podíamos permitir. Así que cuando llegó el momento, quedamos en que sería él quien dejara su puesto, básicamente porque cobraba menos que yo y porque no estaba demasiado contento con su jefa, que, al parecer, desde que se había operado el pecho y el tabique nasal había pasado a ser una tirana.

De esa manera, Jorge se quedó de «amo de casa», yendo a la compra, haciendo las tareas y cuidando del pequeño, mientras yo seguía trabajando en el hospital como dermatóloga y colaborando en casa en lo que podía, que, para ser justos, no iba mucho más allá de cuidar del nene en los ratos que me quedaban libres, eso cuando no me quedaba frita contra el ordenador recitando el vademécum por orden alfabético.

Tuvimos que reducir algunos gastos, pero lo cierto es que el sistema funcionaba para el bebé, para Jorge y para mí, pero no tanto para mi suegra, que, a pesar de haber sido madre trabajadora, está muy chapada a la antigua y se volvía loca cada vez que venía de visita y veía a su hijo con el delantal y la fregona, poniendo lavadoras y doblando trapos.

—Es que mi hijo es abogado —me decía a modo de explicación cuando me echaba en cara que yo estaba abusando de él, alejándole de su carrera y su futuro—. Es que, como se están poniendo las cosas, vas a acabar obligando a mi hijo a jubilarse a los setenta, con lo mal que acaban los hombres de mi familia de la cabeza; además, si tanta pena te da dejar al niño en la guardería, quédate tú en casa o déjame a mí, que he criado a tres y ninguno se me ha muerto —me decía con las manos en alto como Lola Flores para exagerar el discurso.

Entonces, su hijo salía en mi defensa y le explicaba los problemas con su jefa la pechugona, lo bajo que era su sueldo y lo poco gratificante que era el trabajo. «Vamos, que no es como trabajar en el bufete en el que trabajaste tú, que allí todo es prestigio y buenos sueldos», le escupía, tirando a matar, ya que durante años le había pedido que le recomendara al menos para una entrevista, y mi suegra, que ya estaba jubilada, se negaba por aquello de que en esta vida hay que ganarse las oportunidades.

Pero, tanto le debió preocupar la situación que, antes de que el niño cumpliera los siete meses, Jorge ya tenía trabajo en el bufete y aquella era una oportunidad que no se podía desaprovechar, ya que, además, mi suegra se ofreció a quedarse cuidando al niño para que ambos pudiéramos trabajar y el nene no tuviera que pisar la guardería.

No tengo claro si es porque echa de menos su libertad de jubilada o porque el niño es un pequeño terrorista que la ha obligado a retirar medio mobiliario del salón para que no se suicide contra las mesas de cristal o porque la otra mañana le encajó un pan de molde en el váter que tuvo que sacar con un cucharón, la cuestión es que hace unos días la pillé sermoneando a mi marido sobre lo bonito que es para un padre poder criar a un hijo. «Si es que el dinero no lo es todo, Jorge. Tú piénsatelo, que los niños crecen muy deprisa...». Y juraría que al girarse la vi sonreír.

La suegra supervisora

La suegra supervisora no te critica abiertamente ni te obliga a tomar sus decisiones en lugar de las tuyas, la suegra supervisora directamente pasa a la acción, dejando claro que no haces nada bien y tomando directamente el mando como si fueras una subordinada rebelde y/o torpona y tuviera que arreglar tus desaguisados como parte de su contrato laboral. Pero, eso sí, sin perder la sonrisa.

Cuando viene a recoger a tus hijos para llevárselos al parque, aprovecha que estás preparándoles la merienda para quitarle a la niña la coleta y hacerle un par de trenzas bien tirantes y repeinar al niño al estilo *Florido pensil*, pero cuando llegas con el café en la mano, mira para otro lado, como si no hubiera pasado nada. Y antes de salir, los lleva al baño a lavarse las manos y la cara, aunque tú los acabes de duchar y ella lo sepa; pero si se lo recriminas, pone su media sonrisa bobalicona y te dice: «Ay, hija mía, si yo solo quiero que estén guapos y limpios, que eso no hace daño», como si tú los tuvieras vestidos con harapos y rebozados en carbón.

Lidiar con este tipo de suegras no es fácil porque no importa el nivel de autoexigencia que alcances para lograr su aprobación o, al menos, para no darle la satisfacción de poder enmendarte, porque, aun en el caso de que no hubiera ni el más nimio detalle que corregir, ella se inventaría algo o reharía lo ya hecho, nadie sabe si por un trastorno obsesivo o por pura maldad, la cuestión es que siempre acaba palpitándote la sien derecha.

Así, da igual que cada vez que vaya a casa a comer te pases dos días limpiando como si hubiera una plaga mortal de gérmenes que erradicar, porque en cuanto llega, antes incluso de poder cerrar la puerta tras ella, ya la tienes barriéndote el salón —«si no me cuesta trabajo, si solo es un momento»—, y cuando terminas de explicarle que has pasado dos veces la aspiradora, te enseña una pelusa del suelo que, para ser sinceros, has llegado a plantearte que la llevaba escondida en el bolso.

La suegra supervisora compra a tu hija un vestido para la boda de la prima Berta, aunque tú ya le habías cogido uno que lleva dos semanas colgado de la percha y, para colmo, ya se lo enseñaste el primer día. «Que sí, que ese es mono, pero no tiene el empaque de este que le traigo y mi niña se merece lo mejor», dejándote con la cara partida como si el tuyo lo hubieras encontrado en el contenedor de la basura o en un bazar chino de barrio, y, lo que es peor, sembrándote la duda de tal manera que acabas renegando de él y regalándoselo a la vecina de abajo.

Donde las dan, las toman

La primera vez que mi suegra vino a casa me pasé dos días limpiando como una posesa, que limpiar está muy bien visto entre las suegras y yo quería causar una buena impresión aunque me dejara los pellejos de los dedos en el estropajo de aluminio o tuviera espasmos bronquiales a causa de tanto aspirar amoníaco. Lo importante es que ella estuviera contenta.

Pero no. Mi suegra, que era profesora de instituto en un pueblo de Almería que detestaba sobre todas las cosas, está muy acostumbrada no solo a llevar la voz cantante, sino a enmendarle la plana a los demás, pero, eso sí, cuidando las formas, que mi suegra es universitaria y eso se nota.

Así que cuando llegó a casa y terminamos de comer, no se ofreció a ayudarme a lavar los platos, sino que se puso a pasarme el plumero por los muebles, aunque se veía a la legua que estaban más que relucientes, que para eso me había dejado las muñecas y las ganas de vivir frotando como una loca.

—No, mujer, que yo es por ayudarte un poco, que ya imagino que habrás limpiado, pero ya sabes cómo es el polvo, que siempre vuelve

—haciendo creer al resto de los invitados que había polvo que limpiar, cuando lo que en realidad hacía era tontear plumero arriba y abajo como una porno chacha.

Aquello se convirtió en costumbre, hasta el punto de que cada vez que venía se ponía a limpiar sobre limpio o a ordenar lo que ya estaba ordenado, en plan «te voy a colocar los libros, ordenándolos alfabéticamente», sobre todo si había gente ante la que fingir lo buena suegra que era y lo que le ayudaba a su nuera, la poco amante de la limpieza.

Después de unos cuantos conatos de infarto, empecé a acostumbrarme a verla barrer, limpiar el polvo y ordenar absurdamente los ceniceros y figuritas de las estanterías, y ya hasta me parecía raro cuando se sentaba un rato a charlar y dejaba la falsa tarea por unos minutos.

Una noche, así como quien tiene una revelación mística, me vino la luz y decidí dejar de pegarme la paliza, es más, limpiaría toda la semana menos los viernes y los sábados. Total, la suegra siempre venía el domingo y, ya que iba a ponerse a limpiar, lo suyo es que lo hiciera de verdad.

Y así fue cuando empecé a disfrutar de los fines de semana y cuando mi suegra empezó a limpiar en serio, vamos, que ahora cuando barre, coge alguna que otra palomita de maíz de debajo del sofá y más de un pelusón rebelde y, en lugar del plumero, tiene que usar la bayeta atrapapolvo para poder limpiar los muebles en condiciones.

En contrapartida, la mujer se ahorra un rato de artificio, con lo que cansa el figureo los domingos.

TU SUEGRO. ESE HOMBRE

Aunque a primera vista no lo parezca, los suegros también existen. Como las meigas y Teruel. Lo que ocurre es que, en la mayoría de los casos, son menos intensos y quedan prácticamente anulados bajo la sombra de la suegra, que es alargada y poderosa; y ellos, que son más de ver el fútbol, leer el periódico los domingos y evitar problemas familiares que no incluyan herramientas, se dejan querer y se convierten no en el poli bueno, sino en el no poli, en el eterno personaje secundario de cuyo nombre nadie se acuerda.

Sin embargo, eso no lo sabe una la primera vez que entra por la puerta de casa de los padres del novio, y aunque tenga orejas gachas y sonrisa *desencajamandíbulas* para cualquiera que esté empadronado en el domicilio, desde la hermana que te mira con cara de ángel caído con el asado en la mano, hasta el anticristo del hermano pequeño, que te lanza bolas de papel de aluminio al cogote o el perro salido que trata de violarte la pierna, el padre es el que verdaderamente te quita el sueño por aquello de ser el cabeza de familia y la aparente figura autoritaria, aunque la criatura en realidad ni pinche ni corte y esté allí sentado aguantando mecha y poniendo cara de agente de la Gestapo tan solo porque su mujer se lo ha ordenado. Y a la suegra, como a Hacienda, hay que deberle obediencia. Siempre.

No obstante, ganarse al suegro no es tampoco perder el tiempo, ojo, que tener un aliado en la familia siempre es bueno y, aunque el suegro no sea la *prima donna* de la función, sale en el cartel y quién sabe cuánta influencia puede llegar a tener sobre el universo, sentado en su sillón de masaje da la *Teletienda* y haciendo como que no se entera de nada.

Que hay suegros que tienen más poder del que creen o del que nos hacen creer y hay algunos que son aún más duros de roer que la peor de las suegras.

Y es que, aunque a veces se nos olvide, hay suegros que mueven el mundo.

El buen suegro

Encontrar un buen suegro es como dar con una casa de subasta bancaria en primera línea de playa y recién reformada con suelos de mármol de Carrara, o con un metabolismo rápido que haga la vista gorda ante las palmeras de chocolate. Un lujo, un chollo, una maravilla por la que hay que dar gracias a Dios todos los días. Porque el buen suegro no es que no sea malo, es que es bueno, una especie de segundo padre que te toca en gracia y con el que, tras unas primeras semanas de observación para ver cómo respira, se convierte en uno de los pilares más importantes de tu relación con tu familia política. Ahí es nada.

Lo normal es que el buen suegro haya sido primero buen padre y ahora con tu llegada solo amplíe el círculo, acogtiéndote bajo su ala como a una hija más, aunque no seas la nuera perfecta y tus tres aretes de la ceja le dejen al borde del colapso nervioso en el primer encuentro.

El buen suegro no suele meterse en nada a no ser que se lo pidáis, pero siempre está dispuesto a echar una mano. Desde dejaros el coche una semana para que vayáis a ver a tu amiga que va a ser fallera mayor en un pueblo de Alicante para aliviarse la ansiedad, hasta comprometerse a pasear a tu perro que le saca tres cabezas y lo lleva arrastrando por toda la urbanización como un potro salvaje hasta que le desencaja las cervicales.

El buen suegro se queda con los nietos siempre que puede, aunque te los devuelva con empacho de golosinas y dos arañazos de desconocida procedencia nivel «me han atracado en el Bronx», y hace de manitas oficial de la familia, de hecho, a ti te alicató los dos cuartos de baño por el módico precio de un *pack* de cervezas, dos latas de aceitunas sin hueso y dejarle enseñar medio culo al agacharse.

Probablemente, el único problema del buen suegro es que se cree un segundo padre para ti. Para lo bueno y para lo malo. Así que si le comentas que vas a hacerte un tatuaje, te taladrará el hipotálamo con historias para no dormir de contagios de sida y hepatitis C y de tradiciones carcelarias de los setenta. Y si te planteas dejar de prepararte las oposiciones a notaría después de diez años estudiando, que hasta el perímetro craneal te ha aumentado tres centímetros, el suegro se ofusca y no solo te habla de las bondades de una vida acomodada o de tu facilidad para el estudio, sino que llama a tus padres para hacer una intervención en grupo, de esas de las películas americanas de «tengo el cojín, tengo la palabra» en su salita de estar el domingo a las cuatro de la tarde, aprovechando que a esas horas tienes los biorritmos bajos.

El ausente

El suegro ausente en realidad siempre está presente pero nadie lo diría. Más bien es como el pote que tiene la suegra en el salón, que está allí desde hace años, incrustado en el macetero de macramé que le hizo tu cuñada en 7º de EGB, pero que lleva tantos años allí colocado, en su esquinita, que nadie repara en él nada más que para regarlo dos veces en semana. Pues más o menos lo mismo.

El suegro ausente no es especialmente desagradable, básicamente porque nunca habla más que para saludar o despedirse o para pedir que le pases el vino en las comidas familiares, y si tuvieras que juntar todas las conversaciones que habéis mantenido desde que os conocisteis, no tendrías ni para rellenar un folio, y sus reacciones ante los grandes acontecimientos como la boda, el nacimiento de sus nietos o la muerte de algún ser querido es prácticamente la misma. Ninguna. Bueno, para ser justos, si te acercas mucho, lo verás levantar ligeramente las cejas. Sobre todo la derecha, aunque igual es por el ictus que le dio en 1997.

El suegro ausente solo acude a las citas que se celebran en su salón, básicamente porque ya estaba allí, pero siempre se escaquea de todo lo que puede y de lo que no puede también. Bodas, bautizos, comuniones, días de playa, paseos al atardecer y comidas de domingo al sol. Porque o tiene mucho trabajo o un brote rebelde de ciática o esa tarde juega el Panathinaikos y cuando hizo la mili tuvo una novia griega y eso marca mucho. La cuestión es que no se le ve el pelo y lo habitual es ver a la suegra sola cual viudita alegre, hasta el punto de que cuando alguna vez aparece por una extraña alineación de los astros, no tiene ni un sitio previsto en la mesa y hay que andar recolocando gente y pidiendo una silla al vecino.

Lo mejor de este tipo de suegro es que, obviamente, no se mete en nada y aunque su mujer sea una suegra tipo víbora hormonada, que le inflame la oreja con historias reales o inventadas sobre lo malvada que eres, el mal partido que supones para su hijo o lo maleducados que tienes a sus nietos, mientras el pobre hombre ve el fútbol, no es que no la crea, es que ni siquiera procesará la información transmitida en un ejercicio de pasotismo y sordera opcional depurado a lo largo de los años.

Benito y el jilguero

Mi suegra era compañera de trabajo de mi madre en el hospital, así que la conocí antes que al que acabaría siendo mi marido en uno de esos extraños golpes del destino. La cuestión es que venía mucho por casa y no era raro que se quedara a comer e incluso a cenar, y un par de veces hasta se quedó a dormir porque habían salido de fiesta a raíz de una cena de empresa y, como no quería coger el coche, se había quedado a pasar la noche en el cuarto de invitados, que en realidad era el cuarto de la plancha con una cama de repisa que nos había endiñado mi hermana para encasquetarnos a mi sobrina los fines de semana.

Eso, sumado a que siempre había venido sola a cuantos eventos familiares habíamos celebrado, me había hecho pensar que la mujer era viuda o, como poco, divorciada, hasta que un día, en un cumpleaños de mi madre, le presenté a mi tío Diego, que está depresivo desde que un autobús de la línea 3 le atropelló a su caniche enano, y a la mujer casi le dio un parraque cuando mi tío, que se ve que la depresión le dio una tregua, trató de tocarle el culo.

Y así fue como nos enteramos de que existía su Benito, aunque nadie lo había visto más allá de las fotos, y de hecho hasta que no nos invitó a una barbacoa en su casa, no acabamos de creérselo.

Tiempo después, Laura se convirtió en mi suegra y Benito, el desaparecido, en mi suegro, y pude comprobar en vivo y en directo cómo era él, el que se escaqueaba de todo evento posible y no que mi suegra lo dejara en la cuneta, que era la teoría que manejábamos mi

madre y yo, como buenas arpías profesionales.

Benito era un mueble y solo abandonaba el sofá para ir a trabajar o al bar de abajo a jugar al dominó, pero poco más, sobre todo, si tenía que entablar relaciones sociales más allá del gruñido y si tenía que ir a algún sitio por fuerza mayor, antes de la hora y media de cortesía ya se había marchado.

Por supuesto, todos pensábamos que con nuestra boda haría una excepción, pero antes de tragarse el último bocado de la tarta nupcial, aún con la nata en el bigote, anunció que tenía que irse, alegando que al jilguero le daba ansiedad quedarse mucho tiempo solo. Y quien tiene un jilguero tiene una responsabilidad. Y lo peor es que a nadie le pareció aquello demasiado insólito.

Dos años después, el pobre Benito murió de un infarto y sé que parece extraño, pero nunca ha estado más presente que ahora.

El castigador

Pocas cosas dan más miedo que el suegro castigador, que viene a ser un suegro severo y amante del orden y la disciplina como si fuera un comandante del Ejército de Tierra pero en su casa y en pantuflas.

El suegro castigador tiene firme a toda la familia, que le oculta datos complicados como que la prima Olga se ha hecho un *piercing* en el ombligo o que su ahijado ha dejado el instituto para hacerse cocinero con un amante cubano que se ha echado por Internet, y cuando tu novio le dice que se va a vivir contigo sin pasar por la vicaría, hay que inyectarle diez miligramos de bromazepan en la aorta y rezar para que no le dé un infarto.

El suegro castigador no es necesariamente mala persona, en ocasiones es hasta buena gente, pero no solo obliga a tu marido a invertir en las empresas que él cree rentables o a matricularse en el MBA que él mismo hizo, aunque lo que quiera la criatura sea abrir un chiringuito en Ibiza, sino que te da charlas sobre lo importante de tener una familia antes de los treinta y cinco y bautizarlos a todos en la parroquia familiar al segundo día de conocerlos.

El suegro castigador se autoproclama parte activa de cualquier decisión que debáis tomar y exige ir a ver la casa que pensáis compraros para poder criticar la instalación eléctrica, la fontanería, la orientación y el suelo de madera falsa y amenazar a la promotora con denunciarlos por el mal aislamiento acústico de las paredes que se acaba de inventar.

Y cuando después de años de indecisión, tu novio y tú os hacéis por fin el minitatuaje a juego en la muñeca, os pasáis dos meses con una muñequera como si fuerais tenistas profesionales, aterrorizados ambos ante la idea de que os lo vea, como cuando te hiciste un agujero extra en la oreja y tuviste que ir con el pelo planchado y pegado a la cara como los de Cristal Oscuro para ocultarlo, hasta que un día moviste la melena a lo Carmina Ordoñez y a media familia se le cayó la cuchara de pavor.

El malvado

Aunque no proliferen tanto como las suegras malvadas, los suegros malvados también existen porque la maldad está en el aire y se contagia como la gripe en diciembre, que no te la ves venir pero que te acaba pillando de pleno. No obstante, lo cierto es que, como manda el estereotipo, el suegro malvado abunda más hacia el yerno que hacia la nuera, probablemente porque pase de las intrigas palaciegas de la relación y lo único que le importe sea que a su hija no se le acerque cualquiera y que el que la lleve al altar sea un hombre de bien, a su imagen y semejanza, que la cuide como la cuidó él. Sí, muy rancio todo, pero tan real como la vida misma.

Normalmente, el suegro malvado no es vil con todos los yernos, sino solo con los que cree que no están a la altura de las circunstancias. Es decir, el suegro, como el león africano, primero observa, recaba datos y luego ataca, es decir, da su veredicto, que si es padre protector suele ser negativo en el noventa por ciento de los casos, el cien por cien si su equipo ha perdido la liga.

El primer paso para dejar clara su animadversión hacia tu persona es ignorarte directamente. Vamos, que si puede evitarlo ni te saluda, como mucho hace un ligero movimiento de cabeza para dejar claro que no es que no te haya visto, sino que no tiene el mínimo interés en saludarte por mucho que su mujer le ponga la mirada del tigre y tu novia, la de damisela en apuros. Pero que verte te ve. De hecho, no te quita ojo.

El segundo paso, que llega antes o después en función del aguante del yerno, es empezar a dirigirle la palabra pero básicamente para ridiculizarlo. De una manera lo suficientemente sutil para que nadie pueda reprochárselo, pero lo bastante clara para que no dudes de sus pérfidas intenciones. Como un personaje de telenovela venezolana.

Que no sabes nada de fútbol, saca el tema en la reunión de primos del pueblo, forofos del balompié para que te miren como a un bicho raro cuando admitas que no sabes quién es Diego Costa y que, hasta hace tres minutos, no te importaba un bledo. Que llevas dos años parado, saca el tema en una comida familiar, dejando claro que él no ha estado sin trabajar ni un solo día de su vida, «que para el que quiere trabajar hay trabajo», para dejarte como el vago del año. Que te has dejado un bigote para hacerte el moderno, se queda sin aire de la risa y hasta te espurrea la cerveza en la cara...

Y si acabas pasando esta fase y digamos que te acepta entre sus filas, aunque sea a regañadientes y porque no le queda otra, termina la humillación y comienzan las amenazas en plan capo italiano, para que no te pases ni un pelo con su hija de ninguna de las maneras posibles, para que seas un hombre hecho y derecho, para que te cases por la iglesia, para que engendres hijos y para que le des una vida plena a su hija, todo con cara de loco sin medicar y hablando bajito para que nadie lo oiga y sonriendo mucho cuando alguien entra en el salón. Terrorífico.

Lamentablemente, el suegro malvado siempre lo es y, aunque acabe aflojando una vez que la relación se afiance, siempre estará al quite, clavándote las pupilas desde la otra punta de la habitación.

El maltratado

Las suegras de armas tomar, ya sean viles por naturaleza o vocación o con aspiraciones militares, dejan muchos cadáveres tras de sí y no solo de nueras y yernos, sino también de otros familiares más cercanos con los que comparte techo y que la sufren no solo los domingos y fiestas de guardar, sino día tras día, mañana y noche, invierno y verano y hasta en las vacaciones de Semana Santa y en la Feria de Agosto. Algunos por compartir, comparten hasta la cama. Es el caso de sus *parteners*, condenados al maltrato suegril diario, sin vía de escape posible ni psicólogo de oficio.

El suegro maltratado es en ocasiones suegro ausente, pero no por decisión personal sino porque la suegra no lo incluye en los planes, aunque la criatura esté loca por ver la finca donde pensáis celebrar el banquete de boda o ir a ver la ecografía en 3D de su primer nieto, que iba a llamarse Manolito como él, hasta que su mujer se enteró y le bordó cuatro baberos con el nombre de Vicente en punto de cruz y con puntilla, que es mucho más bonito y elegante, como su padre, «que era una bellísima persona», y antes de que empezara a hacer pucherros, el feto ya sabía que se llamaba Vicente, y Manuel, que se quedaba sin tocayo.

El suegro maltratado es ninguneado en público y si se ofrece a pagaros un albañil para que os arregle el techo de la cocina, su mujer se niega porque «a saber a qué inútil les vas a mandar», y es ella la que se encarga de llamar a un manitas farsante que era carnicero en su país de origen y ni siquiera habla español, pero es que «hay que darle una oportunidad a la gente».

El suegro maltratado disfruta llevando a sus nietos de paseo, aunque la suegra siempre acabe abortándole los mejores planes. Que se entera de que ha comprado entradas para el parque de atracciones, «de eso nada, con lo peligrosos que son los cacharros y lo chicos que son los niños...». Que ha comprado billetes para un paseo en barco por la bahía, «¿pero tú estás loco? ¿Tú sabes lo que se marea tu nieta?». Que los va a llevar al parque de columpios, «¿acaso no has visto el sol de justicia que hace? ¿Es que quieres que se te achicharren los niños?». Y así con todo, hasta que el pobre hombre claudica y se queda en casa con ellos viendo un maratón de dibujos, para que luego aparezca la suegra criticando al aburrido del abuelo y proponiendo ir al parque de atracciones a probar la nueva montaña rusa.

La parte positiva de tener un suegro maltratado es que el pobre hombre está carente de afecto y a poco que seas amable con él, tendrás un aliado incondicional para cualquier cosa. Menos para enfrentarse a la suegra, claro.

El secuaz

Sin embargo, hay otros caminos más oscuros que tomar cuando a uno le toca como esposa una suegra de las chungas y es sumarse a su maldad o *porculerismo* como el lacayo fiel, cómplice de fechorías, faenas y malos pensamientos.

El suegro secuaz es una especie de copión que se mimetiza con su mujer, no como cabeza pensante sino como seguidor leal, que empieza a hacer sus pinitos a medida que va cogiéndole el gusto al lado oscuro, formando un dúo tormentoso.

Si la niña coge anginas y tu suegra te recrimina que es porque la has tenido cuatro horas en la playa cogiendo frío en pleno mes de agosto, que todo el mundo sabe cómo bajan las temperaturas en esas fechas en la Costa del Sol, tu suegro te llama al móvil con la excusa de preguntar por su nieta y soltarte el mismo sermón acompañado de un «ya sabes que cuando se es madre ya hay cosas que no se pueden hacer», como si te hubieras escapado a un bar de carretera a bailar en una barra fija mientras la niña te aguanta los tequilas.

Y si tienes una suegra follonera que te pidió que les mintieras a tus cuñadas para no contarles que llevó a tus hijos al cine, «no se vayan a disgustar, que ya sabes cómo son», como si los hubiera llevado a Eurodisney y tus pobres cuñadas fueran la reencarnación del mal, y te enteras que ella se lo contó, dejándote como una mentirosa, y muestras tu enfado, el suegro te llama al orden, «que ya sabes que ella todo lo hace por ayudaros y por disfrutar de sus nietos y no es justo que encima se lo paguéis así». ¿Estamos locos? Pues eso.

Contradicciones, posesiones y croquetas

La mía era una suegra quisquillosa, a la que nada que no hubiera decidido ella le parecía bien, más que porque realmente no estuviera de acuerdo, por poder dar guerra, que era uno de sus deportes favoritos junto al de arquear la ceja y torcer la boca para que no quedara duda alguna de lo que la contrariaba aquella decisión, aunque fuera la de cambiar de compañía eléctrica.

Si apuntaba a los niños al inglés, malo, «porque los niños a esa edad tienen que jugar y divertirse, que ya vendrán los tiempos de hincar codos», y si no los apuntaba, peor, «porque los idiomas se aprenden mejor desde pequeñitos y es una pena que se queden detrás de sus compañeros», y no una vez, veinte: en persona, por teléfono y por recados a través de terceros, hasta que acabas por darle la razón o doparte con dos ansiolíticos y una copa de vino como una *celebrity*.

Que si la niña tiene el pelo muy corto y el niño muy largo; que si van muy frescos o muy abrigados, que si ese colegio está muy lejos o no es bilingüe o tiene un ciprés junto al portón y eso trae mal fario... la cuestión era dar por saco.

Y no se ablandó ni en la cama del hospital la noche antes de fallecer, que me dijo que esa sopa que le había traído no se podía comer, que sabía a polvo y que ni había oído la sal, que así estaba su hijo, la criatura, *encanijaíto* del mal comer.

Su viudo, mi suegro, entró en una tristeza severa cuando ella murió, más que por echarla de menos porque ya no tenía quien le dijera cómo tenía que hacer las cosas ni quien, a base de malas caras y palabras desagradables, le orientara en su día a día.

Sin embargo, después de un año sin levantar cabeza, tomando medicación y visitando al psicólogo de pago, mi suegro resucitó y volvió a la vida pública aparentemente alegre pero con otro semblante, que, según la familia, debía de ser producto de los antidepresivos.

Pero nada más lejos de la realidad, aquella cara me sonaba como si fuera la de otra persona, más que la cara, la expresión, el gesto. Y no fue hasta que me arqueó la ceja y me torció el morro cuando le enseñé el traje de comunión de la niña, cuando me di cuenta de que estaba poseído por mi suegra.

Yo creo que él también lo sabe y ahora se ha venido arriba y no me deja vivir con la importancia del bilingüismo y el gafe del ciprés, hasta el punto de que he cambiado a los niños de colegio por pura presión.

—¿Y eso cómo ha sido? —me preguntó mi marido extrañado.

—Ya sabes, las cosas de tu madre.

—¿De mi madre? —me dijo con mirada suspicaz, y no me atreví a contarle nada por no asustarlo, pero con mi madre lo he hablado alguna vez y hemos decidido que, puestos a elegir, casi preferimos la teoría de la posesión paranormal a la de la mimetización en plan Psicosis. A fin de cuentas mi suegra tenía muy buena mano con las croquetas y sería una pena perder eso y yo a mi suegro con una peluca de pelo rubio como que no lo veo.

Locos, sátiros y otras rarezas

Dentro del amplio catálogo de suegros que existe en el mercado, hay un subgrupo en el que entran las rarezas del sector, esos que te tocan en gracia como el colesterol alto o la tendencia a la obesidad.

Probablemente, de los peores es el suegro satirón. Ese al que se le van los ojos detrás de tu falda en la comida familiar de los domingos en casa de la abuela Concha mientras chupa patas de cangrejo con los ojos del revés, como si fuera un salido de tebeo. Y, claro, tú tienes que hacer como que no te das cuenta, tratando de que tampoco se percate nadie, escondiéndote detrás de las caderas de la abuela y vistiendo cual monja retirada para quitarle interés al asunto.

El suegro loco tampoco tiene desperdicio, cargado de tics y de manías con las que acabas aprendiendo a convivir después de algunos sustos iniciales, como cuando os recibió en calzoncillos y a oscuras en un ejercicio de fusión con su yo primigenio mientras tú con tu tarta de manzana en la mano buscabas la cámara oculta en el quicio de la puerta.

El suegro deprimido no solo no encuentra consuelo sino que tampoco lo quiere y se arrastra por la casa como un alma en pena, lampando por que alguien le pregunte las razones de su tristeza para sentarse a su lado con un menta poleo y quitarle las ganas de vivir poquito a poco con una ristra de planteamientos depresivos que incluyen su trabajo de contable con asientos que no cuadran y un jefe cacique, su úlcera de estómago que no le deja dormir boca arriba y las desgracias futuras que aventura cuando ve los informativos de la sobremesa de las televisiones privadas.

Identidades sexuales variadas

Desde el primer día que vi a mi suegro, supe que era gay. Al parecer era la única que se había dado cuenta de aquello, a pesar de que cuando hablaba movía las manos como si estuviera espantando moscas y le faltara la bata de cola para ser una auténtica folclórica.

De hecho, mi suegro cumplía con todos los estereotipos de un gay cincuentón, con su bigote cuidado, sus recetas de *sushi* y sus discos de Marifé de Triana, Madonna y Cher, que mi suegro además de homosexual es un hombre muy ecléctico; pero haber tenido tres hijos y haberse casado con una señora con mechadas rubias le liberaba de sospechas, y nadie decía nada al respecto, ni siquiera la abuela, que lanzaba dardos a destajo y no podía ni verlo.

A mí la verdad es que aquello me parecía, como poco, fruto de un guion de Almodóvar, sobre todo cuando venían a casa los presuntos amigos del gimnasio que estaban todos cortados por el mismo patrón y se morían de la risa viendo los resúmenes de los *realities* y haciendo porras sobre quién iba a ganar Eurovisión, a las que yo, por supuesto, me sumaba, con lo que me gustan a mí esos follones y lo divertida que era la pandilla.

Así que cuando mi suegra me anunció que iban a divorciarse porque tenían incompatibilidades que eran irreconciliables, no solo no me extrañó sino que me alegré por mi suegro, porque pensé que por fin se había decidido a salir del armario y a rehacer su vida, aunque a mi marido se le pusieran los pelos de punta cuando por fin me atreví a contarle mi rocambolesca teoría.

Pero nada. No solo no salió del armario, sino que se echó una novia sudamericana con la que se manda *emails* kilométricos y habla horas por teléfono y Skype cual jovencuelo enamorado y feliz. Y sus amigos del gimnasio le han comprado por su cumpleaños un billete de avión a Perú para que pueda ir a conocerla este verano.

La que sí ha salido del armario es mi suegra, que se ha echado una novia y nos ha dejado a todos boquiabiertos. Ya no porque sea lesbiana, sino porque la novia es la vecina del séptimo G con la que se mataba viva por el ojopatío porque, cuando regaba los geranios, le ponía los trapos chorreando.

Ahora me pregunto si no sería un lenguaje en clave.

HISTORIAS PARA NO DORMIR. LA BODA

El día de tu boda no solo es uno de los más importantes de tu vida, también lo es para tu suegra, bien porque esté encantada con el enlace, bien porque le parezca una idea abominable, o bien porque sepa tan bien como tú que la novia será la primera protagonista del evento pero ella, la segunda, y si consigue el vestido adecuado y un tocado del tamaño de la pila bautismal, igual hasta consigue escalar posiciones. Que para eso es la madrina y a ti te encontró en la calle.

Lo ideal es presentarle medio trabajo hecho, es decir, la fecha, la iglesia y el lugar de la celebración, porque si no es así, tendrás, ya no solo a tu madre, sino a tu suegra, tus cuñadas, tu prima la de Murcia y la cajera del súper de la esquina que tiene un ojo de cristal opinando sobre la probabilidad de lluvias en mayo, los calores infernales de agosto y lo fea que está la manga larga en una novia si te casas en invierno, que todo el mundo sabe que no es época de bodas y por algo será.

Lo cierto es que, aunque presentes el paquete cerrado, surgirán críticas: «¿En junio? Pero si es época de exámenes, con lo mal que llevo yo la Pedagogía Aplicada II», «Pero si en abril se casa la prima Angelita, ¿cómo le vamos a hacer este feo ahora que la pobre por fin se ha echado novio?», «Chiquilla, en agosto en Málaga nos vamos a asfixiar, vamos, tu abuela se muere antes de que llegues al altar y eso te va a quedar reconcomiéndote la conciencia»... e incluso surrealistas sugerencias como que por qué no te casas en un barco por la bahía, o en la playa de La Malagueta como Lauren Postigo... que la gente está muy aburrida y muy falta de sueño y a la mayoría no le riega bien el cerebro.

La diferencia es que, aunque todo el mundo dé su veredicto sobre cualquier detalle que oses comentar sobre la boda, la de la suegra no es una opinión cualquiera, sino que exige ser escuchada por respeto o por no cabrear al novio y si es una férrea controladora o, lo que es peor, se cree creativa, te pasarás el largo camino hacia el gran día sorteando ideas espantosas, con mano izquierda y nervios de acero, frutos de una sobredosis de pasiflora, melisa y tila alpina.

Tu vestido

Si hay algo que requiera especial atención para una novia, es el vestido, que una lleva tres meses cenando caldo de apio y no prueba un carbohidrato desde 1986, como para colocarse ahora cualquier trapo, que además la perseguirá para el resto de sus días desde la típica foto en el altar, clavándose a sí misma los ojos con inquina desde el marco de plata que regala toda madre y que preside la cómoda del dormitorio.

Todo el mundo sabe que para elegir el vestido correcto una ha de ir acompañada de pocas personas y, sobre todo, de personas de confianza a las que poder tirarle a la cara el catálogo cuando proponen que te pruebes un modelo adefesio y que a su vez sean sinceras si la adefesio eres tú, pero claro, si la suegra es una suegra al uso, ansiosa por utilizar todos los superpoderes que le otorga el puesto de madrina, querrá sumarse a la comitiva, con sus gafas de ver de cerca y su libretilla, para ir apuntando referencias y detalles a tener en cuenta. Y te lo tienes que comer.

Esto es más o menos como una hecatombe en el mundo de las novias, sobre todo si tu suegra es una ordinaria que solo quiere escotes nivel bailarina de Las Vegas y cortes sirena que te perforen la pleura, con mucha pedrería y brillos por doquier, o si es una catequista y quiere colocarte un saco con corte de costadillo que cree el efecto visual de un culo extragrande y que te den ganas de apuñalarte los ojos de pesadumbre infinita.

«Hija mía, ¿cómo te vas a poner eso para la boda en la catedral? Vamos, que haces que mi Mateo se ponga un chaqué en agosto con lo que suda el angelito, ¿y ahora tú vas a ir con ese vestido de cabaretera? Anda, anda... quítate eso, que ni siquiera te favorece. ¿A que no, Carmen?». Y tu madre, que es una vendida, niega con la cabeza porque, aunque en un primer momento le pareció ideal, ahora no quiere quedar de hortera con la suegra y su aparente seguridad frente al mundo textil, y te dejan con la cara partida y con la terrible incertidumbre, ya no de que el vestido sea de novia polaca de extrarradio, sino de que tú seas en realidad una choni y no lo hayas sabido hasta ahora. Un drama.

Todavía es peor cuando toma un papel activo en la prueba y le da un culazo a tu hermana, para ser ella la que se meta contigo en el probador y te coloque el cancán y te cierre el vestido y, por supuesto, la que corrija a la modista en claro duelo de poder con tu madre, agachadas las tres a tus pies, con los alfileres colgando de la comisura de los labios para ver quién toma mejor los bajos del vestido.

Muy duro todo.

El karma nupcial

Mi amiga Amelia es de esas personas que por sí solas podrían dominar el mundo, con su agenda, su iPad y sus dos móviles que contesta al unísono como la experta y exitosa ejecutiva que es. Eso sin contar con que está al día absolutamente de todo, desde el último cotilleo de Hollywood hasta la crisis internacional que ha estallado esta misma madrugada, aunque ella estuviera encerrada en un congreso de su multinacional en un pueblo perdido de Barcelona, a la derecha.

Por eso, cuando me habló de una nueva tienda de novias que vendían trajes de pasadas temporadas de grandes firmas con un ochenta por ciento de descuento, no dudé en ir a verla, que a ella no le gusta cualquier cosa y su opinión siempre merece ser tenida en cuenta. Y

así fue, la tienda era una maravilla, montada con buen gusto y, además, glamurosa, que no porque los vestidos fuesen más baratos no iba la novia a poder sentirse como una princesa.

Y allá fuimos mi madre, mi hermana y un par de amigas a probarme trajes sin descanso como toda novia que se precie. Que para ser una buena novia hay que dar un poco de guerra como una diva de los cincuenta. Pero, en mi caso, las acompañantes tuvieron suerte. En cuanto me probé el segundo vestido supe que era el mío y, además, me quedaba como un guante a excepción del pecho, que una es un poco pechiplana y en el escote me cabían 3 kilos de limones.

De cualquier manera, hubo que ir a probarse en más de una ocasión porque hay novias a las que les da por la inanición o por la gula y las modistas no quieren arriesgarse.

Pues en cada una de las citas que nos dieron, que fueron como seis, mi madre insistía en que se lo dijera a mi suegra, «que la pobre mujer también tiene derecho a ver el vestido»; pero como es una suegra muy dada a las críticas poco constructivas, lo cierto es que no me apetecía demasiado.

Pero mi madre, que es maestra del «pico y pala», seguía insistiendo. Mi novio, por otro lado, me lo dejó caer un par de veces y, dado que el vestido no solo estaba elegido sino también pagado, pensé que poco daño podría hacer la pobre señora, que al parecer estaba ansiosa por acoplarse a la comitiva como una más e igual no me daba ningún disgusto.

Pero me lo dio. Y de los gordos. Y es que la cara que se le quedó cuando la modista abrió el probador y me vio en todo mi esplendor sobre la tarima era un cromo. Y, claro, yo, al verla allí blanca como una monja holandesa con vitíligo, con los ojos como platos y preguntando si el vestido ya estaba pagado, pensé que le había parecido un horror y que, de un momento a otro, iba a entrar en bucle de críticas sin fin.

Pero fue peor que eso. Al parecer, de los cinco gigantocatálogos que había en la tienda, que pesaban más que un tanque de la antigua URSS, había dado a parar con el mismo modelo que cuatro años atrás había elegido su hija para su boda.

La parte positiva es que el traje era barato y la modista ingeniosa y, tras un ingreso extra y unos retoques magistrales, hicimos que el vestido pareciera otro. Otro mucho más feo, claro.

Sin duda, el karma me había castigado, no solo por no dejar a mi suegra acompañarme desde el principio, sino por no haberme dejado torturar por mi cuñada con las fotos de su boda en cada sobremesa de domingo.

Su vestido

La verdadera ilusión de la suegra por tu boda no es tanto el hecho de que su hijo se una en santo matrimonio, sino el que pueda gastarse un pastizal en un vestido maravilloso sin sentimiento de culpa alguno ni mirada recriminatoria del marido y dejar obnubiladas a sus amigas del club de tenis, que para eso lleva media vida ahorrando y recortando fotos de la *Vogue*.

Y es que ser madrina es como ser la segunda novia y en ocasiones hasta como la primera, que hay suegras poco discretas que se colocan un vestido de brillo con una mantilla de tres metros o un tocado con plumas de avestruz salvaje para dejar tuertas a las tres cuartas partes de los invitados y dejarte a ti y a tu sencillo tocado de plata vieja como si fueras una que pasaba por allí para disfrutar del ambiente.

La mayoría de las suegras guardan el secreto de su vestido hasta el último momento para poder dar el golpe a la entrada de la iglesia, cuando tú aún no has llegado y todos los *flashes* y piropos son para ella. Y luego, una vez que llegas y se le acaba el rollo, poder mirarte con ojos altivos desde el altar mientras haces el paseillo, descubres el modelito y temes morir aplastada por la peineta de las dos mil toneladas.

No obstante, en la mayoría de los casos y salvo excepciones muy concretas, es casi mejor no saber nada del vestido que llevará la suegra hasta el mismo día, cuando todo es alegría, fiesta y algarabía y te daría igual que la suegra fuera vestida de buzo, de apicultora o de guarda forestal. Sin embargo, acompañarla antes a la tienda o al modisto y ver lo pronunciado que es el escote, que casi le asoma el ombligo, lo ajustado de las caderas que apenas si la deja andar sin parecer un muñeca de cuerda de los chinos o lo beis casi blanca que es la tela que ha elegido, es buscarse un disgusto innecesario, máxime cuando no tienes agallas para decírselo a la cara y te quedas dos meses reconcomiéndote y con la tensión en máximos históricos, como si no tuvieras ya bastante con las pruebas de maquillaje y con tu nuevo *look* de *geisha* enferma.



También puede darse el caso contrario de que tu suegra no sea amiga de arreglarse en exceso y plantee la idea de ponerse un vestido ya usado en mil ocasiones para tan señalada fecha, con sus pelotillas en la sisa y su falta de apresto o, en su defecto, comprarse uno en la tienda del barrio, que lo mismo le vale para la boda que para ir a comer un domingo con los amigos o ir al parque con los nietos.

Y, claro, tú con tu boda hiperorganizada y tu traje de alta costura y tu padre sudando la gota gorda con el chaqué, para que la señora te aparezca con un vestido de 12 euros y una horquilla en la cabeza.

Más peligro tiene un tonto que un malvado

Que a mi suegra le faltaba un hervor me di cuenta el mismo día en el que la conocí. Sus ojos pequeños de loca y esa forma atropellada de hablar y de cogermelo el brazo para no dejarme escapar me hicieron creer que la pobre mujer estaba mala de los nervios, como mi tía, que es todo ansiedad y melodrama; pero tras un par de conversaciones sobre el sentido de la vida, me percaté de que la madre de mi novio era una criaturita de Dios con menos luces que una patera.

Que hablar del sentido de la vida es lo que tiene, que la gente no te toma en serio, sobre todo si en la conversación incluyes frases célebres de escritores o filósofos de segunda y te pasas el día sonriendo y haciendo extraños comentarios sobre el mundo que te rodea.

De ahí que no me extrañara que a los dos meses de conocerme, me propusiera ser dama de honor en su boda con un señor de su pueblo con el que llevaba saliendo desde que falleció su marido hacía como una década. Y me vi obligada a colocarme un traje horrible lleno de pliegues y brillos y un lazo zapatero en el culo como si fuera a la fiesta de la primavera del instituto en una película de los noventa.

Así que cuando me casé, no me quedó otra que devolverle el detalle y dejarla ser madrina a pesar de que mi padre falleció y el plan

inicial era que mi madre fuera la madrina y mi cuñado el padrino; pero era ver a la pobre señora desviviéndose por los detalles, que se me partía el alma de pensar en darle el disgusto. Y no se lo di.

La mujer estaba como loca con el madrinaje y me enseñó varios tocados para que eligiera el que me parecía más bonito, pero del vestido no soltaba prenda, y yo, ilusa, como sabía que no disponía de mucho dinero, no quise insistir en el tema, que igual había decidido ponerse uno que ya tuviera en el armario de alguna boda anterior.

Y así fue. Pero no el de una boda cualquiera sino el de su boda. Repito: el de su boda. Es decir, su vestido de novia, blanco impoluto, aunque, eso sí, al menos había tenido la decencia de cortarle la cola y ahora era como un vestido nupcial de divorciada o de cincuentona, pero un vestido de novia al fin y al cabo.

Por supuesto, nadie supo nada hasta que llegó a la iglesia y yo, hasta que empecé a hacer el paseillo y me la encontré allí, con su vestido de novia, sonriendo de oreja a oreja como Epi, mientras mi hermano, que me acompañaba al altar, se retorció de la risa, y los invitados cuchicheaban con los ojos fuera de las órbitas.

Lo peor es que ni siquiera pude enfadarme con la pobre mujer, que al parecer había guardado el secreto para darme una sorpresa y que ambas fuéramos a mi boda como las Pili y Mili, en plan amigas para siempre. Un detallazo. Por suerte, mi madre le derramó una copa de vino en los entrantes, su vestido pasó de ser blanco a ser estampado y yo volví a ganar un poco de protagonismo.

Aún hoy dice que fue un tropiezo tonto, pero mi madre no tropieza nunca.

La gigantopeineta asesina

Cuando le dije a mis padres que era gay, mi madre casi se muere del disgusto y no porque le pareciera mal que me gustaran los hombres, sino porque le suponía una tragedia el hecho de que en un futuro no pudiera casarme por la iglesia y, por tanto, ella no pudiera vestirse de madrina en todo su esplendor.

Al principio pensé que se trataba de una broma para aliviar la tensión del momento, pero no. Mi madre, que tampoco está muy bien de lo suyo, soñaba con ponerse la peineta que se puso mi abuela en su boda desde que el ginecólogo le dijo que yo era varón, y desde entonces le pasaba la gamuza cada trimestre para que el carey no perdiera el brillo natural.

Así que le tuve que prometer que si algún día encontraba al hombre de mi vida, me casaría y lo haría por todo lo alto, como si fuéramos de un clan gitano, que mi madre estaba a pique del parricidio y había que apostar fuerte.

Lo que yo no sabía era que se iba a aferrar a esa promesa como a un clavo ardiendo, recordándomela con ojos de trastornada cada vez que me veía en una foto de Facebook posando con cualquier majara, y dándole brillo a la peineta si alguien me mandaba tres mensajes de móvil seguidos.

Así que cuando por fin encontré al chico perfecto y nos prometimos amor eterno y empezamos a hablar de un enlace formal, con su concejal, su ceremonia y su barra libre, tuve que hablarle de mi madre y de su peineta de carey, no fuera a ser que al final el chaval se asustara y saliera por patas o, lo que es peor, que negara a mi madre su derecho al madrinaje y a lucir mantilla como una señora de bien.

Pero, para mi sorpresa, mi novio no solo no se inmutó sino que se mostró aliviado y me confesó que su madre también tenía una peineta y que estaba frita por colocársela.

Así que todo parecía perfecto pero solo ante nuestros ingenuos ojos gays, porque en cuanto nuestras madres se enteraron de que tendrían que compartir madrinaje, entraron en cólera, sobre todo la mía, que ya había hecho adelgazar un centímetro a la peineta de tanto frotarla y contaba los días para dar el golpe en solitario y como protagonista.

Al final, ambas acabaron cediendo, pero mi madre guardaba un as en la manga para destacar que casi la acaba matando, y es que cuando llegué al jardín donde era la celebración, me la encontré no con la peineta de la abuela sino con una cuatro veces mayor que más que risa daba miedo.

Y así hice el paseillo con una nueva madre que medía una cuarta más que yo y que acaparaba todas las miradas y comentarios como si acabara de salir del *Libro Guinness de los récords* o del carnaval de Tenerife. Pero ella iba feliz y yo también, ridiculizado pero contento de verla tan radiante y tan sonriente, hasta que de pronto, como si estuviéramos en *Humor amarillo*, a mi madre se le enganchó la peineta con una de las yedras que colgaban de la celosía y no se dio cuenta hasta que ya fue demasiado tarde y no podía avanzar más si no quería perder la peineta, el peinado y la cabeza.

Así que el violinista tuvo que parar y los de la organización traer una escalera para arreglar el desaguisado, mientras mi consuegra, que había visto peligrar su coprotagonismo equitativo con la *gigantopeineta*, sonreía satisfecha, y toda la boda hacía fotos con el móvil y vídeos para colgarlos en Youtube bajo el nombre de «La gigantopeineta asesina».

Al final logramos arreglar el asunto y empezar de nuevo el paseillo, que cualquiera se lo negaba a mi madre... y la boda acabó siendo un éxito rotundo. Como también acabo siéndolo el vídeo de «La gigantopeineta asesina», y mi madre, lejos de sentirse ofendida, disfrutó

como una enana de su nueva fama viral. Tanto es así que ahora a la que saca brillo es a la *gigantopeineta*, a ver si mi hermano se casa pronto y puede repetir la hazaña.

El convite

Cuando por fin, después de tres meses buscando el sitio adecuado que además tenga fecha libre para el día elegido, en una competición con otras novias desconocidas, corriendo con los ojitos vueltos y con la ansiedad del primer día de selectividad, logras cerrar un contrato con una finca medio decente, tu primera intención es guardar el secreto bajo llave hasta el gran día, que la suegra es mucha suegra y antes de que termines de decirle el nombre, ha organizado una excursión con tu suegro para buscarle todas las pegajas posibles. Eso cuando no invita a tu madre a la excursión y las quejas te llegan en estéreo.

Pero, claro, no puede ser, sobre todo cuando hay que probar un menú y elegir una vajilla y una mantelería y, en definitiva, todos los detalles para el evento. Así que al final la visita la organizas tú, generalmente coincidiendo con la prueba de los platos, que es sin duda la gran prueba de fuego de la cordialidad familiar.

Que si mejor carne que pescado, que si el buey no le gusta a nadie, que si no pongas tres platos que es una cena, que si esta carne está cruda y este pescado gomoso, que si el vino es malo o bueno o regular, que si el postre sabe a harina cruda y el chocolate es de sirope barato, que mejor una tarta de toda la vida, que una tarta no que está pasada de moda, que si mejor abre con una ensalada o con un gazpacho de sandía, que si los entrantes son pocos, que jamones al corte no, que te clavan, que el pan no es de masa madre y el queso está correoso... y así hasta que el comercial que os atiende sale a vomitar de la tensión.

Los invitados

El tema de los invitados es probablemente el que más tensiones genera en los preparativos de una boda, sobre todo con la suegra, porque, aunque tu madre también quiera invitar a medio vecindario y al primo segundo de tu padre que vive en Cornellá, al menos tú los conoces aunque sea del verano que pasaste en el pueblo a los trece años, pero Yoli, la sobrina de la prima Reyes que está casada con un camboyano, ni sabes quién es ni te importa y pagarle un menú de 100 euros te quema la sangre, por muy exótica que sea.

Por supuesto, al final Yoli acaba entrando junto a dos millones de personas más, porque ante la cara lastimera y la propuesta de «no, mujer, que si no, yo pagos sus menús» no te deja alternativa a meterlos en el saco y, por supuesto, a pagar su cubierto, que ya que le das el gusto de incluir al carnicero del barrio, «que es el de toda la vida», y al compañero de dominó del abuelo, no vas a darle el arma mortal de poder ir diciendo a boca llena que sus invitados los paga ella de su bolsillo porque su nuera los había vetado.

No obstante, el verdadero problema llega a la hora de colocar a los invitados en las mesas, cuando después de pasarte un fin de semana con tu novio dándole vueltas al plano, escribiendo y tachando nombres con un bolígrafo de colores, llega tu suegra y se echa las manos a la cabeza al descubrir que has puesto a la tía Elvira junto al primo Tani, que hace tres años que no se hablan por un problema de la herencia de la abuela o que habéis colocado a su amiga Mónica junto a Natalia, que se llevan a matar y son capaces de clavarse el tenedor en la yugular.

Así que hay que volver a empezar y pasarse otros dos días recomponiendo el rompecabezas para que al final, cuando ya parece que podéis cantar victoria, se dé cuenta de que no ha puesto cerca a su hermano Jesús, «que ya que viene desde Alemania hay que tratarlo bien», y no sabes cómo, probablemente por agotamiento, acabas cediendo, y cuando llegas a casa te encuentras con que te ha hecho el gato y la mesa presidencial está rodeada de los familiares de la madrina, mientras los tuyos y tus amigos están casi en la finca de al lado. Y lo peor es que ya te da igual. Al menos, hasta que lo vea tu madre.

Compañeros de mesa

Mis suegros están separados, así que cuando establecimos cómo irían las mesas en el convite, decidimos que ambos estarían en la presidencial pero no sus parejas, sobre todo porque la de la madre no tenía ni cinco minutos de antigüedad y la del padre es conocida en la familia como «la guarra esa que se lio con mi marido». Así que a los *parteners* los encajamos en una mesa de gente rara, de esa que uno no sabe dónde colocar, junto a familiares díscolos y a solteros descolgados.

Lo cierto es que para lo mal que se llevaban en su día a día y cómo se mataban vivos cada vez que tenían que arreglar cualquier asunto sobre su hijo menor, mis suegros se comportaron más que bien y no solo hablando con nosotros en un tono relajado, sino también entre ellos, como si formaran una pareja civilizada y moderna.

De hecho, a medida que avanzaba la velada nadie hubiera dicho que estaban separados, porque entre el vino y la alegría del acontecimiento, habían olvidado el cuerpo a cuerpo a cuchillo de los últimos años, recordando sin darse cuenta los tiempos en los que no se odiaban. O al menos, eso es lo que parecía.

Lo que no sabían es que sus respectivas parejas también se entendían y se pasaron toda la noche conversando como si se conocieran de toda la vida y, según cuentan los vecinos de mesa, coqueteando como adolescentes entre copas y risas.

Mi suegra, que además de ser una mujer celosa odia a la novia de su ex sobre todas las cosas porque según ella fue la que arruinó su

matrimonio «con su cara de furcia y sus morros operados», entró en cólera cuando en un barrido visual a la hora de iniciar la barra libre, la vio echarle el brazo por encima a su recién estrenado novio, para ser justos más en plan colegas de barra que de amantes, pero mi suegra es una mujer de carácter y no entiende de tibiezas.

Así que ante la idea de que la furcia le acabara quitando también a su nuevo novio delante de sus narices, decidió adelantarse y en un arrebató de esos que dan después de beberse una copa de cava del tirón, le plantó un beso en los labios a su ex que nos dejó a todos helados. Bueno, a todos menos a mi suegro, que le debió de parecer un regalo divino y se entregó al asunto hasta el punto de que tuvimos que taparle los ojos a la abuela.

La que se lió en el restaurante no fue pequeña, con la furcia embravecida y mi suegra en plan guerrera africana, pero el espectáculo mereció la pena porque sin duda ese era el mejor regalo de bodas para mi novio y también para mis suegros que a día de hoy siguen juntos y organizando su segunda boda.

El gran día

Si te ha tocado en gracia una suegra estrella, te va a costar frenarla el día de tu enlace, porque para ella no se trata de tu boda sino de vuestra boda —la tuya y la suya—, que para eso ella es la madrina y es, como poco, la segunda de abordó.

Como manda la tradición, la madre del novio debe llegar antes a la iglesia, pero tu suegra lo hace con más de media hora de antelación, para que le dure más el protagonismo y pueda dejarse querer por las cámaras que ya están a las puertas esperando y por los halagos de los invitados, hasta que llegas y la hundes en el anonimato.

La suegra estrella también lee un salmo o dos y guarda las alianzas y sostiene el ramo y no pierde la ocasión de mirar a la cámara en cuanto ve un objetivo cercano. Y cuando termina el enlace, se apodera del altar para hacerse fotos hasta con el señor que reparte las biznagas como si fuera una estrella de cine, mientras los novios esperáis la ocasión para ponerlos, y tu familia, harta de esperar turno, se va a por una caña al bar de enfrente.

Una vez en el convite, la suegra se dedica a hacer de relaciones públicas como si fuera ella la homenajeadá, sonriendo mientras se atusa el pelo y compartiendo copas de champán y risas con todos los invitados, incluso con los que no conoce y haciéndose fotos con tus amigas como si quisiera suplantarte.

Eso sin hablar de la hora de abrir el baile, cuando se niega a soltar a su hijo para entregártelo a tí porque justo es su parte favorita del vals y tiene al fotógrafo de cara, y tú te quedas tirada en la pista como si fueras una *loser* a la que no quiere nadie.

Pero, aunque sea difícil de creer, mejor eso que una suegra avestruz, a la que le dé corte hasta respirar y no solo se niegue a abrir el vals, sino que se esconda en una esquina durante todo el enlace como si fuera una invitada de segunda y no tuviera derecho ni a salir en una foto. Y, claro, te hace parecer una nuera malvada que no le da cancha y la tiene arrinconada como si ella fuera un cervatillo de las montañas y tú, el lobo feroz con una mantilla hecha a mano por unas monjas de Sevilla.

Los focos, a mi persona

No fue hasta el intercambio de anillos cuando me di cuenta de que, además del que yo había contratado, había un segundo fotógrafo sobre el altar, con cara de artista, disparando la cámara compulsivamente y tirándose al suelo como si estuviera en Cibeles, y pensé que igual era un ayudante que se había traído el primero para no dejar escapar ningún detalle. Que en las ceremonias no hay que distraerse ni un momento. Que en la boda de mi hermana, al niño que llevaba las arras le dio por bailar *break dance* frente a la Virgen de la Esperanza y todas las cámaras le enfocaron mientras mi hermana decía el «sí quiero» sin que ni siquiera el novio la mirara a la cara. De hecho fue tal el disgusto que se pilló que no se le puede mencionar el asunto sin que se ponga a llorar y a maldecir al niño bailarín.

Yo miraba indistintamente a ambos objetivos para que no perdieran puntada, no fuera a pasarme como a mi hermana y no hubiera foto de los momentos álgidos, aunque lo cierto es que el segundo fotógrafo no solía enfocarme demasiado, probablemente, pensé, porque este sería el encargado del resto de los familiares e invitados. A saber.

Por suerte no hubo ningún niño bailarín que me robara el protagonismo, aunque mi suegra hacía sus pinitos, colocando la pose de Victoria Beckham en cuanto veía asomar una cámara aunque fuera la de un móvil y sin importarle que su tocado me tapara media cara y a media iglesia, que lo importante era ella y su flamante peinado con ondas al agua.

Y tanto que lo era. Que cuando en los aperitivos, mis amigas se reunieron en grupo para hacernos una foto juntas y llamamos al fotógrafo B para que nos hiciera unas instantáneas haciendo el tonto, se negó, alegando que él había sido contratado exclusivamente para

hacerle fotos a la madrina, que era la que le pagaba y la que le había dejado claro el encargo.

Lo peor es que cuando su hijo se lo recriminó, en lugar de explicarse, me apuntó con dedo acusador y dijo: pues díselo a ella, que también ha contratado uno y te parece bien.

—Pero ella es la novia, mamá.

—Y yo, la madrina. Y además estoy monísima.

Y antes de poder decir nada, nos echó el brazo por encima y se puso de su lado bueno, que, según nos explica siempre, es el derecho.

—Anda, no os disgustéis, que os dejo salir en esta.

Y tras un par de *flashes*, nos dejó con la palabra en la boca y se fue a saludar a sus amigas de la urbanización con su fotógrafo pisándole los talones y disparándole contrapicados como un loco.

LA SUEGRA INVASORA O CÓMO SOBREVIVIR A LA COLONIZACIÓN

Dicen que la confianza da asco, pero en el caso de la suegra lo que da es miedo. Y no miedo a nivel «me van a sacar a la pizarra y no he estudiado», sino a nivel «creo que tengo el espectro de una niña muerta, mojada y en camisión dentro del armario», entre las chaquetas de entretiem po y el cárdigan lleno de pelotillas, el mismo que te prometes tirar cada año cuando termina la temporada, pero que acabas guardando por si acaso, y al final es la prenda estrella de los lunes a las siete de la mañana. Pues ahí mismo. Y con cara de pocos amigos.

Porque la suegra puede tardar en coger confianza, por aquello de que te esté tomando el pulso porque sea tímida o por la poco verosímil excusa de no molestar, que al principio hay que quedar bien para que ambas partes piquen el anzuelo, pero una vez que las cartas están sobre la mesa y suegra y nuera se miran a los ojos, la verdad sale a la luz.

Y la verdad es que hay suegras invasoras a las que les dices los buenos días y se acaban empadronando en tu casa, con su colchón hinchable de doble ancho y su tarjeta sanitaria, dispuesta a no salir de tu salón ni de tu vida a no ser que sea con los pies por delante, que ella te aprecia mucho y se siente muy a gusto contigo, más que si fueras su hija, fíjate, y ya que ella está sola y tiene tiempo y a ti te hace falta una ayuda, pues se entrega entera a ti como un caballero del siglo XVI a su señor, pero dando un poco más por saco, claro.

La suegra invasora cree que tu casa es tan suya como tuya y, aunque seas la nuera más desagradable del mundo, se mete en tu salón a las diez de la mañana cuando viene de hacerse la radiografía de cadera y no se va hasta que los niños se acuestan, haciendo como que te ayuda poniendo lavadoras y metiendo la cabeza en tu mueble de la ropa sucia a nivel «la intimidad está sobrevalorada» manejando tus tangas y camisones y los calzoncillos de tu marido como si fuera un mantel de cuadros *vichy* de seis servicios.

La suegra invasora se ofrece para quedarse con tus niños durante las vacaciones de Semana Santa, pero una vez metidos en faena te dice aquello de «mira, que yo he pensado que para qué me voy a volver a mi casa a dormir si mañana voy a tener que volver a estar aquí a las nueve, así que mejor me quedo en el sofá y te arreglo todo esto», aunque no haya nada que arreglar, viva a la vuelta de la esquina y solo tenga que estar allí por las mañanas porque tú sales a las dos de la tarde. Así que sin necesidad ninguna te ves obligada a movilizar a media familia para dejarle un dormitorio a la abuela, acostando a las gemelas juntas para que se maten vivas hasta las tres y media de la

madrugada, al padre en el sofá destroza vértebras y al chico en la estantería de la salita junto a la foto de su bautizo.

Y lo peor de todo es que el nivel de ayuda es mínimo tirando a nulo, que lo que la abuela quiere es cambiar de aires y obligaros a ver la telenovela en un bucle infernal, pero, eso sí, dejando claro que todo lo hace por vosotros, «con lo tranquilita que estaría yo en mi casa».

La suegra invasora se os acopla en verano en la casa de la playa «para encargarme de los niños y que vosotros podáis estar más descansados», aunque lo compartas con tu hermana y tu cuñado y tus tres sobrinos, nadie la haya llamado, ni la necesite y haya dejado a tu suegro abandonado en el apartamento de Benidorm, que no es que la mujer se fuera a quedar sin playa.

La suegra invasora se planta en tu casa los lunes por la tarde para plancharle las camisas a su hijo «porque él es muy tiquismiquis y le gusta cómo se las plancho yo», y aunque tuvieras prevista una tarde de relax con los pies en alto, te ves obligada a aguantarla hasta la noche, cena incluida, por tres camisas mal planchadas que, además, tu marido no se pone desde 2003 y, lo peor, ella lo sabe.

Las excusas

Lo más importante para este tipo de suegra es dejar claro que ella viene a ayudar, aunque nadie se lo haya pedido, y la presunta mano tendida te acabe costando una crisis de ansiedad y espasmos musculares en las pestañas porque esta suegra además de invasora es lista y ya no solo le valdrá pasar unas minivacaciones en tu vida, sino que aprovechará para ponerse alguna medalla. Y lo peor serán las caras de los demás, que no solo no te mirarán con lástima y comprensión, sino que lo harán como si fueras una abusona y tuvieras a la pobre suegra sacrificada, todo el día metida en casa fregándote los platos y cuidando nietos, cuando en realidad la tienes apoltronada en el sofá haciéndole un cuadro de punto de cruz a la vecina y organizándote la vida y la programación televisiva de la tarde. Todo lo que no sea una telenovela o una película de serie B no está permitido. Y así te vas apagando como una vela.

Sin embargo, para poder colarse en tu vida, la suegra invasora precisa de algunas excusas que justifiquen el asalto y que le permitan salir a llorar con los demás de lo cansada que está y lo mucho que está ayudándote en esa complicada situación que tienes, que bien puede ser la fiesta del carnaval del colegio del mayor o la mezcla de la masa de croquetas que no acaba de ligarte bien.

Para la suegra invasora cualquier excusa es buena por absurda y poco verosímil que resulte. La cuestión es dejarte ojiplática y sin palabras, mientras se te cuele por la izquierda con su maleta veinticuatro horas con una mudita y su robot de cocina.

Pero, sin duda, el santo grial de las suegras invasoras es el trabajo de la nuera. Cuanto más trabajos fuera de casa, mayor será el nivel de intromisión, aprovechando tu ausencia para hacer y deshacer a su antojo y a tus maltrechas espaldas y, de paso, acumular puntos para su futuro ingreso en un asilo de extrarradio donde la sopa es de sobre y sabe a gallina vieja.

Las consecuencias

Tener una suegra invasora es como que te toque la lotería pero a la inversa. Como que te diagnostiquen un trastorno genético, por el que para no morir de algo muy doloroso tengas que comer espinacas a todas horas y sin descanso o ver en bucle películas de Sandra Bullock. Y, claro, eso tiene sus consecuencias para la hipertensión, la mala leche acumulada, la caída del pelo o el acné nervioso. Vamos, que, además de tener que aguantarla metiendo la cara en tu cajón de las braguitas y ordenándote los preservativos por colores, vas a tener que aguantar los daños colaterales que van más allá de las patas de gallo o de las comisuras de labios de indio deprimido.

Adiós, intimidad, adiós

Igual te dobla el ligero y te lo coloca bajo la almohada, que se mete en tu Facebook para entretenerse y ver las fotos de los niños. Ya cuando tus amigos empiezan a leer frases de Paulo Coelho y mantras de autoayuda en tu muro y te llaman por si has sido lobotomizada, te das cuenta del desastre.

Lo mismo se te tira encima sin previo aviso cual violador del ascensor para depilarte las cejas mientras estás leyendo un informe, que se pone a ordenarte el sótano para matarte de vergüenza, que allí no baja nadie desde 2004 y lo mismo se encuentra sus regalos navideños de los últimos años, que al monstruo del lago Ness rodeado de pelusones gigantes.

La suegra invasora no tiene reparos en colarse en cualquier conversación como parte activa de la misma y si tiene que hablar por ti, habla, y si tiene que mediar entre tu marido y tú, media, ya sea en una charla amigable o en una discusión sobre la factura del gas o la guarra de su secretaria que se ha liado con el socio y le hace ojitos en las comidas de empresa.

Y si tiene que entrar en el baño mientras te estás duchando, pasa, por muchos gritos que estés dando para que no lo haga. «Que todas tenemos lo mismo, hija, no me seas tan pudorosa, que yo a lo que vengo es a por la fregona y oye, mira, ¿estás depilada entera? Digo lo bien y lo moderna». Y se va con su fregona dejándote traumatizada como una versión femenina de *Rain man* bajo la ducha.

Tu casa, su casa

A la hora de prolongar la ocupación, la suegra invasora desarrolla todo su potencial como ama de casa, que sabe que es donde te saca ventaja y donde puede ser útil y necesaria. Como los concursantes de *realities* que meten en la cocina para hacerse imprescindibles y que no los nominen, pero en versión casera.

La parte positiva es que algo os aliviará la carga de tareas, aunque obviamente mucho menos de lo que creen los dos millones de personas a los que ha telefoneado para dejar claro que estaba allí cual esclavo egipcio cargando piedras.



La malo es que hará las cosas a su manera y no solo porque no sepa cuál es el modo correcto sino porque no le parece tan correcto. Vamos, que los platos no pueden estar en el mueble sin puertas sino en la vitrina donde están las tazas, y las tazas en la estantería, y se pasa media mañana hurgando en tus cosas, y tú con el corazón en la boca sabiendo que de un momento a otro descubrirá que eres un desastre de ama de casa, que tienes yogures caducados al fondo de la nevera y el fósil de una zanahoria menguada en el cajón de la verdura.

Los nietos, un filón

Desde que te embarazas y se compra un calendario con la foto de un bebé incrustado en una maceta para llevar su propio diario de tu gestación, hasta que pares y la tienes con la cara pegada a la puerta del paritorio, tu suegra es una constante invasora y, por supuesto, no tiene sentido del espacio unipersonal. Así, mientras le das el pecho se pega tanto a tu pezón que podrías dejarla ciega con un chorro de leche a traición, y cuando le cambias el pañal al bebé mete tanto la cara que tienes que ir esquivándole la cabeza para poder limpiarle, mientras recitas la tabla periódica para no ponerle el pañal sucio de sombrero cordobés.

La suegra invasora no es suegra sargento pero, como irrumpe en cualquier aspecto de tu vida como si fuera la suya, acaba disponiendo y organizando a su manera, y tú, por fatiga, te lo tragas. Y ahí la tienes prohibiendo a los niños que beban zumo porque les pica los dientes, pero dándoles un paquete de cuatro pastelitos para merendar y alcanzar así el índice de grasa corporal de un luchador

de sumo.

La suegra invasora tiene un radar y se entera de la reunión del colegio de la niña antes que tú y, por supuesto, se apunta, de cara a la galería para estar con vosotras y colaborar en la faceta académica de tu primogénita, en realidad porque no tiene ningún plan mejor, ni peor, que hasta tu suegro se ha apuntado a clases de meditación para quitársela de en medio.

Si no fuera suficiente tortura tenerla allí al lado participando en el encuentro con la tutora, como si supiera más de tus niños que tú misma, la tienes acoplada en tu casa desde antes de la hora de comer, «para no llegar tarde y ya así podemos salir juntas». Y cuando termina la reunión, propone ir al parque a que la niña juegue... y cómo va a dejarte volver sola a casa, así que acaba acompañándote, y sube y se deja querer hasta que su hijo le ofrece quedarse a cenar y le dice que luego él la acerca en el coche. «Qué disparate. Yo no quiero molestar, mejor me quedo aquí en el sofá a dormir y ya mañana cojo el autobús tranquilita».

Vida en pareja

Tener una vida marital ya no satisfactoria —Dios nos libre de tanta aspiración— sino mínima es prácticamente imposible con el espectro de la suegra deambulando en bata por el pasillo de madrugada para hacerse una manzanilla, que a ver quién se anima al asunto con un gendarme con rulos al otro lado de la puerta. Eso cuando no te mata del susto en mitad de la noche porque se ha liado con la rueda del volumen del transistor de la posguerra donde escucha tertulias políticas a horas intempestivas y de pronto, en la tranquilidad de la madrugada, alguien grita «macroeconomía» como si fuera una palabra de asalto en clave y casi mueres de un infarto, incorporada en la cama mirando a tu alrededor y sudando en frío como un veterano de la guerra de Vietnam trastornado.

Y no solo de sexo vive el hombre. Que también una necesita disfrutar de estar en pareja y del romanticismo aunque sea *cutrerromanticismo* de chancletas y de menos de treinta minutos al día mientras ves una serie antes dormir, cuando los niños ya se han acostado y todo es relax, echando la cabecita encima de tu pareja u obligándola a hacerte un masaje de pies para reactivar la circulación... Pero, claro, si la suegra se te acopla en el mismo sofá con su yogur pro tránsito intestinal o, mejor aún, en medio que está muerta de frío, preguntando quién es el malo, no hay espacio ni para el romanticismo ni para la sincronización de los *chakras*.

La expulsión

Al principio, una acoge a la suegra hasta con cierta ilusión, bien porque realmente necesita ayuda para criar a las bestias pardas, arreglar la casa pocilguera o terminar el mantel de vainica doble que empezó en el instituto; bien porque se alegra de caerle bien y que se sienta en confianza, o bien porque una es lerda y no sabe lo que se le viene encima. Pero la cosa se complica a medida que pasan los días y la suegra va animándose, apuntándose a todos los planes, públicos y privados, no dejándooos aire ni para mantener oxigenado el hipotálamo, pegando al porterillo a horas intempestivas y sin previo aviso y apareciendo en el rellano con una maleta y una fiambarrera de carne de membrillo con el fin de hacer méritos y tener vía libre para instalarse en el cuarto de la plancha por siempre jamás.

Entonces llega la hora de activar el protocolo de expulsión para eliminarla de la ecuación, al menos hasta que vuelva a fluir la sangre por el cerebro y se os pase el instinto asesino acumulado tras semanas de ocupación forzosa.

Lo único importante de este paso es lograr que la suegra se prodigue menos, que espacie sus visitas y a ser posible y en un intento de triple salto mortal, que las avise, para que no te pille en camisón con los pelos de Mufasa, con el café a medio tomar y la casa como si acabara de pasar un tornado. Que las excusas que tengáis que poner para lograrlo sean más o menos verosímiles, ese es otro cantar, que por el momento ese asunto no entra en nuestra lista de prioridades.

He aquí algunas ideas para acabar con este estado de hermanas siamesas simétricas:

El virus letal. Siempre puedes fingir que un compañero de la oficina te ha contagiado un virus cultivado en un laboratorio secretísimo, que lo mismo te deja calva, que hace que se te caiga la lengua a pedazos a la hora de comer, y todo el que cruce siquiera la mirada contigo más de dos veces enferma sin remedio. Igual ni siquiera te da tiempo a terminar la frase cuando la suegra ya ha hecho traspaso en el metro. Conozco a suegras que han corrido de manera literal para huir de una gripe intestinal, así que igual es mejor empezar por ahí e ir subiendo en alarmismo en función del grado de resistencia de la mujer.

El comodín de la llamada. ¿Te acuerdas de cuando te quedaste una semana con tus sobrinos para que tus cuñados se fueran al Caribe? Ellos también y, por tanto, saben que algún día ese favor habrá que devolverlo. Pues ha llegado el momento. Pídele a tu cuñada que llame a la suegra y le pida que se quede un par de días en su casa, que le han duplicado el turno, que el niño está resfriado, que quiere hacer limpieza de primavera o que la necesita para hacer de pareja suya en el torneo de dominó. La cuestión es que se la lleve. Y cuanto antes mejor.

La nuera desagradable. Aprovecha y suelta todos los sapos que te has ido callando durante el último mes, bueno todos no, tampoco vayamos a iniciar una guerra mundial, pero ve dejando caer algunos improperios y quejas para que la suegra tome nota y no le parezca tan grata tu presencia, ni la suya en tu vida. Igual se da por aludida y da un paso atrás, que se lo pasa todo por el forro de poliéster puro, pero al menos habrás rejuvenecido dos años soltando lastre. Que no es poco.

Doble o nada. Si la suegra va por ahí contando lo mucho que te ayuda y lo pendiente que está de vosotros, que viene a ser la traducción de me acoplo en tu vida porque estoy muy aburrida y en realidad estorbomás que hago, es hora de hacerle cumplir su palabra y proponerle un doble o nada.

«Ay, Rosa, yo sé que tu vienes a ayudarme, ¿pero sabes qué es lo que realmente necesito? Que te lleves una semana a los niños a tu casa, que tengo muchas cosas que hacer y con ellos aquí no puedo...». A la suegra se le desencajará la mandíbula de terror, pero no tendrá escapatoria y tú no solo te la habrás quitado de un plumazo, sino que también le habrás dado esquinazo a la descendencia. Y lo mejor de todo es que ya la tendrás con el miedo en el cuerpo para siempre y no querrá prodigarse mucho por tu casa, no vayas a volver a soltarle la bomba atómica. Como tiene ella la artrosis.

Plaga tropical. Arañas, ciempiés, gusanos de seda o aves fringílicas. Hay que centrarse en lo que aterroriza a la suegra y de eso es justamente de lo que tendréis la plaga en casa. Y no una plaga cualquiera, una plaga abundante y peligrosísima, vamos que no puedes ni cocinar tranquila porque mientras cortas las patatas se te abalanza una banda de jilgueros europeos y lo mismo se jalan medio tomate que se te posan en el filo de la olla exprés piándote como locos, y así no se puede pillar el punto al cocido.

La rotación

Desde que mi suegra se divorció, la tenemos aburrída como una ostra y cuando mi suegra se aburre, todos temblamos como si tuviéramos Parkinson, porque se le ocurren mil planes que hacer en familia que, según ella, son maravillosos y divertidísimos y que al final resultan ser poco menos que un tormento.

En cuanto firmó la separación, la apuntamos a clases de cocina, de informática y hasta de bailes de salón con el padre de mi cuñada, que es viudo, a ver si acababan haciendo migas y entre giros y portés surgía el amor y nos quitábamos a dos cincuentones de un plumazo.

Pero nada. La suegra pasa de actividades extraescolares, como ella las llama, y dice que ya que tiene tiempo, lo que quiere es invertirlo en la familia y en echarnos una mano, que entre el trabajo y los niños estamos como locos; sin saber, la pobre mujer, que como locos estamos cada vez que ella se mete por medio y se nos acopla en casa a destrozarnos la rutina.

Lo mismo se me presenta a las siete de la mañana pegando al timbre como si fueran los GEO, y despertando a medio vecindario y a mí misma, que no sé si voy o vengo ni si he terminado el instituto o es el día de la Hispanidad; que llega a la hora de la comida y mientras todos masticamos nos enumera sus múltiples males médicos, metiéndonos las radiografías en el plato; que llega por la noche para poder estar ya mañana temprano por aquí para una tarea que acaba de inventarse y que al parecer es fundamental para la supervivencia de mi familia.

Y una vez que trae el pijama, el problema se nos enquistaba al menos una semana. Una semana de ver *El secreto de Puente Viejo* sin descanso y tenerla ordenándome los armarios sin ton ni son, colocándomelo todo donde no es y encima mostrándose orgullosa del asunto, como si acabara de descubrir la cura del sida.

Así que mi cuñada y yo hemos establecido un acuerdo por el cual, cuando una de las dos la tenga en casa durante varios días y esté al borde de dejarse caer por la ventana del dormitorio, llame a la otra para que finja tener una emergencia de última hora, que puede pasar desde no tener con quién dejar a los niños el sábado hasta una crisis de jaqueca de las malas. De esa manera, la suegra, sintiéndose súper útil, se disculpará por tener que irse y cogerá su bolso de doctora sonrisas para acudir al rescate de la otra familia. Y así sucesivamente.

El problema es que solo son dos hermanos y antes de que la veas irse por la puerta, ya la tienes de vuelta, que la rotación es mínima; pero estamos barajando la posibilidad de meter en la terna a la prima de mi marido, que la muchacha es de las comunidades cristianas, tiene muy buen corazón y no creo que nos diga que no. Que ya entre tres es otra cosa...

LAS CONSUEGRAS. DUELO DE TITANES

Aunque pueda parecer imposible, existe una relación aún más compleja que la que se da entre la nuera y la suegra y es la que se da entre consuegras, es decir, entre la mujer que te trajo al mundo con sus contracciones, sus huesos desencajados y sus puntos en las partes bajas, y la que trajo a tu marido, en un duelo de grandes, donde no hay reglas ni jerarquía ni un minúsculo atisbo de miedo por el contrario.

Lógicamente, como todas, esta relación dependerá del carácter de cada una de las contrincantes, aunque, por regla general, suele tratarse de una relación complicada basada en un continuo duelo de poder, para ver quién cocina los platos más sabrosos, quién cuida más y mejor de los niños, quién hace los regalos más caros y, en definitiva, quién es la verdaderamente imprescindible en la familia.

No obstante, también se da el caso de consuegras bien avenidas, a veces por mera cordialidad y otras, en modo intenso como si las hubieran separado al nacer y ahora se reencontraran después de los años, como en una película de sobremesa de sábado, pero sin tragedia final ni filtros de los ochenta.

Igualmente, hay situaciones de odio o de amor de carácter unilateral, en las que una de las partes, por ejemplo, detesta sobremanera a la otra, que vive ingenua y feliz en su mundo paralelo o que es consciente, pero que soporta estoicamente los envites gracias a la tranquilidad que le reportan las clases de yoga de la peña del barrio, que pilló rebajadas en verano cuando echaron al presidente por quedarse con el dinero de las quinielas y la vida social de la peña se vino abajo.

A continuación, detallamos los principales tipos de relación que pueden darse.

Amor consuegril

Habitualmente, y salvo casos extremos de suegras o madres castigadoras que ya vienen desde casa preparadas para el ataque frontal, bien por un afán irrefrenable de descargar adrenalina o bien por una tendencia no diagnosticada a los ataques de ira severos, el trato durante los primeros encuentros es afable o por lo menos cortés, que para eso todavía no se conocen los defectos, no ha habido agravios y todo son ganas de agradar al prójimo.

Sin embargo, hay casos en los que esta relación de *buenrollismo* se extiende en el tiempo y va de una cordialidad formal a una amistad en toda regla, con sus llamadas de teléfonos de hora y media, sus quedadas para tomar café y hasta sus fines de semana de excursión con la iglesia para visitar la tumba de fray Leopoldo o para ir a ver las caras de Bélmez con la asociación parapsicológica de amas de casa.

Aunque, en un primer momento, el que se lleven tan bien puede parecer un hecho positivo porque elimina de la ecuación las tensiones y la bicefalia consejera, es en realidad un mal asunto porque el que a tu madre le parezca un encanto tu suegra, no te dejará espacio para desahogarte criticándola en la mesa de la cocina de casa de tus padres con la vena a punto de salirse del cuello mientras todo es asentimiento y comprensión de tus progenitores, ni tampoco podrás inventarte que no puedes asistir al cumpleaños de la tía Milagros porque tu padre tiene un metatarsiano roto, porque antes de que contaras tres la tendrías allí con un ramo de flores y una caja de bombones.

La tendrás presente siempre, en bodas, bautizos comuniones y entierros, además de en comidas familiares, visitas al pueblo de la abuela y verbena de la barriada, que la suegra y la *mamma* son amigas inseparables y donde esté la una estará la otra, sobre todo si alguna de las dos es viuda o divorciada o lo son ambas y planean apuntarse a clases intensivas de salsa y bachata y hacer un crucero por los fiordos para *singles* cincuentones. Un horror.

Eso sin contar con el apoyo que se suponen la una a la otra para cualquier ataque frontal hacia tu persona. Es decir, que si para tu madre hablar de guarderías es como hablar de campos de concentración y va por ahí pregonando que el niño está deprimido desde que lo has matriculado en una, porque tu madre es así de intensa y le gusta el dramatismo de telenovela barata, ahora tiene una aliada en su lucha. Y no importa si tu suegra está o no de acuerdo realmente, lo importante es ponerse de su parte, primero porque son amigas y se deben lealtad como Candy Candy y Annie, y segundo porque no piensa ser ella la que quede como una mala abuela sin sentimientos, mientras su nieto y su horrible uniforme de cuadros azul se deprimen en la clase de los pajaritos.

O si tu suegra quiere que tu marido acepte el trabajo en la ferretería del padre para continuar con la saga familiar y labrarse un futuro lúgubre y seguro entre hembrillas, escarpas, alcayatas y tornillos tirafondos, tira de tu madre y de su ansiedad por el porvenir y juntas se presentan en tu casa con un brazo de gitano y la cara en modo negociación de la mafia rusa.

El verdadero problema surge si finalmente la relación de pareja no va a buen puerto y os acabáis separando para disgusto de las consuegras, que hacen una campaña de reconciliación forzada «pico y pala» con consejos, artimañas y amenazas en diferente grado de intensidad y agresividad, según haya más o menos posibilidades, y cuando por fin se dan por vencidas, con conatos de desmayo incluidos, tienen que ir a un itinerario de psicoterapia para aprender a sobrellevar la

situación.

Y sí, si rehaces tu vida y acabas volviéndote a casar, da por hecho que tu exsuegra estará invitada, con su pamelita, su abanico pintado a mano y su resentimiento.

Una aliada menos

Desde que se quedó viuda, a mi suegra se le agrió mucho el carácter y si tiene que decirte que estás más gorda o más fea y vieja, te lo dice como quien habla del tiempo o de lo que ha subido la factura de la luz, con una naturalidad pasmosa.

Yo, que soy un alma sensible y llena de complejos variados, no puedo con esta nueva faceta de sinceridad absoluta y cada vez que anuncia que va a visitarnos, me paso tres días limpiando para que no encuentre ni una mota de polvo que mostrarme, ni nada que echarme en cara en las próximas reuniones familiares, como en la comida de Reyes, que le pidió a su hermano, que es fontanero, que me explicara los peligros de dejar el desagüe lleno de pelos. «Vamos, que allí había como para hacer dos pelucas...», mientras yo fingía estar recibiendo una llamada muy importante de un cliente imaginario.

Por suerte, los de mi compañía telefónica me recompensaron el gasto mensual tan brutal que tengo con una nueva línea con tarifa plana, y a través de ella podía hablar con mi madre, que vivía en Zúrich, durante horas, contándole todas las maldades que me decía y criticándola ambas como fieras, que seguro que a la pobre mujer le estallaban las orejas cada tarde.

Pues, por circunstancias de la vida, mi madre decidió hace unos seis meses volver a España, buscarse una casa cerca de la mía y disfrutar de sus nietos, una noticia que casi me vuelve loca de la alegría, sobre todo porque se convertiría en una aliada frente a la agresividad de la loca de mi suegra.

Pues no. Nada más conocerse, congeniaron de inmediato porque ambas eran viudas, con su resentimiento hacia un poder superior y sus depresiones controladas, amantes del cine clásico, de la pluma de Juan José Millás y de la repostería creativa, y antes de que mi suegra pudiera soltar un impropio para inaugurar la relación, ya eran las mejores amigas.

Y desde ese momento todo son cursos de *fondant* y clubes de lectura en pareja y aunque mi suegra ha mejorado mucho de su falso síndrome de Tuareg, he perdido a mi madre como compañera de critiqueo para poder desahogarme a gusto. De hecho, ahora cuando la llamo y le cuento alguna de sus fechorías, no solo la defiende alegando que la pobre mujer no está bien de los nervios, sino que niega haberla criticado alguna vez.

Así que he tenido que empezar a ver a un psicólogo para tener a alguien con quien destripar a mi suegra, que si no me vuelvo loca, y de paso vengarme de mi madre, que es la que paga mi seguro médico y a la que van a pasarle las tarifas del copago por las sesiones intensivas.

Igual así se replantea su postura. Aunque sea por ahorrar para la vejez.

Enemigas íntimas

A veces, las consuegras y madres amantísimas no se llevan bien, es más, se llevan mal. No se soportan la una a la otra generalmente porque no son personas compatibles en plan tu suegra va a clases de pádel y de dicción francesa y tiene un cargo ejecutivo en el partido conservador, y tu madre tiene un puesto de pollos de granja en el mercado y es representante de *tuppersex* los primeros fines de semana de cada mes, vendiendo consoladores y braguitas vibratoras como quien vende higaditos o contramuslos sin piel.

En otros casos, el motivo por el que no se toleran es porque el cargo les hace ser enemigas obligadas en pro de los intereses de sus hijos, que una no ha de aliarse con la otra parte y entregarse a pecho descubierto, que la vida da muchas vueltas. O simplemente no se aguantan por no estar dispuestas a compartir el amor incondicional de los nietos, ni mucho menos la vara de mando con la que hacen y deshacen a su gusto en vuestra casa y vuestra vida.

Sin embargo, hay dos maneras de enfrentarse a este tipo de desencuentros, una es hacerlo abiertamente y sin tapujos, en plan luchadores mexicanos con máscaras de purpurina y patadas en la boca del estómago, y otra más sibilina, más políticamente correcta pero con la misma inquina y las mismas caras de asco mal disimuladas.

Guerra sucia

En la guerra sucia hay una aparente cordialidad, medias sonrisas y los dos besos de rigor sin pegar mucho la cara, pero también hay zancadillas y malas artes para destacar sobre la consuegra y su peinado cardado que ha acabado con las reservas mundiales de laca.

Si la suegra elige un vestido rosa para el bautizo de tu niño, tu madre le dice que es muy mono y que le queda como un guante, pero en cuanto la pierde de vista se tuerce de la risa de lo feísimo que es y lo mal hecho que está y el culo carpeta que le hace y se gasta el saldo del móvil criticándola con media familia. Y tú te sientes mal por tanta maldad oculta, hasta que tu suegra te dice que tu madre no tiene mucho gusto y que se ve que es de pueblo porque esos vestidos de brillo no son para la mañana y más con sus kilos de más, pero, que vamos, que buena persona es un rato...

O si tu suegra apunta al niño a clases de violín, tu madre pone el grito en el cielo porque el niño es muy chico y lo que tiene que hacer es disfrutar y jugar en el parque con sus amiguitos, pero cuando coincide con ella y esta le cuenta los progresos del pequeño, finge como una profesional y alaba la importancia de la estimulación temprana. Eso sí, al día siguiente se lleva al niño a la hamburguesería y le come la cabeza sobre los riesgos para la vida social que tiene estudiar violín y, antes de que se termine las patatas, el niño ya pasa de las clases de solfeo y abraza las bondades del fútbol sala para la socialización.

«Es que estos niños son unos caprichosos, con el dineral que te había costado el violín», le comenta a tu abatida suegra y, por si aún no fuera suficiente, añade: «Pero, mira, ya que tienes el instrumento. ¿Por qué no te apuntas tú? Anímate, mujer, que tienes cara de que se te dé bien...», y tuerce la sonrisa de bruja camuflada mientras tu suegra se queda con la mosca detrás de la oreja,

sospechando que acaban de insultarla a la cara.

Guerra abierta

Dependiendo del carácter de las consuegras y del grado de intolerancia que se profesen, la guerra será más o menos abierta, un nivel que continuará creciendo sin remedio a medida que pasen los años, que la vejez es lo que tiene, que te pasas por el sombrero las normas de buena educación y los consejos del médico de cabecera.



Este tipo de situaciones suponen una bomba de relojería no solo para la relación sino también para la convivencia familiar, porque contar con dos toros bravos en la mesa es como darle a un bebé un detonador, que antes o después os va a hacer saltar por los aires aunque nadie sabe cuándo ni de qué manera, por lo que vivís con el estómago encogido, como cuando la profesora de latín amenazaba con un examen sorpresa un lunes a las ocho de la mañana.

Desde disputas sobre quién ha estado más elocuente en el debate del estado de la nación, que en realidad ninguna ha visto, hasta acaloradas discusiones sobre si la paella está más sabrosa con arroz largo o bomba o si JR era o no un personaje imprescindible de *Dallas*. La cuestión es volverse loca y ganar la reyerta para dejar clara su superioridad incuestionable, aunque nunca hayan hecho paella y voten en blanco desde que se retiró Suárez.

Por supuesto, la agresividad verbal va aumentando a medida de que los temas se vuelven personales y si con la elección de la más efectiva crema antiarrugas casi llegan a las manos, imagínate cuando hay que decidir la finca para celebrar la boda, si poner o no gotelé en la sala de

estar de vuestra casa o si colocarle aparato a la niña, «que a este paso va a acabar con los dientes como tu hijo, que tira un bocado a una esquina y monta una pizzería», y sigue comiendo aceitunas sin darse cuenta de que tu suegra está a punto de abalanzársele como Hulk Hogan en *Pressing catch*.

O viceversa, cuando la suegra le dice que la casa os la tenéis que comprar cerca de la suya, que se le da muy bien cuidar hijos, no como a ella, que trabajaba fuera de casa y a vosotros os crio vuestra abuela, mientras tu madre entra en bucle de locura y planea la manera de sacarle los ojos con el tenedor de postre.

Un exceso de sinceridad

Mi madre nunca ha sido una mujer prudente, pero, salvo alguna espeluznante anécdota familiar, se controlaba bastante bien, hasta que dejó las pastillas para la depresión que le había recomendado su médico de cabecera y se volvió una descarada de primera. Más que de primera, de Champions. Y nos tenía a todos acojonados.

Que si estás más gordo, que si te estás quedando calvo, que si tu novia tiene cara de hombre, y así siempre, que era como si le hubieran dado una sobredosis de suero de la verdad y estuviera desatada, porque las cosas como son, la mujer siempre dice la verdad, lo que ocurre es que no todos estamos preparados para escucharla. Ni queremos estarlo.

El problema vino cuando en esta época de despilfarro de sinceridad, nos vimos obligados a organizar el primer encuentro con mis suegros por aquello de que la boda estaba cerca y no era plan de que se conocieran en el altar. Así que preparamos una comida y rezamos todo lo que sabíamos rezar porque mi suegra tampoco es lo que se dice una mujer fácil.

Al principio, la cosa fue más o menos bien hasta que mi suegra empezó a hablar de lo harta que está de hacer dietas para adelgazar y de que ninguna le funcionara, que le había dicho su vecina que eso era porque debía de tener un metabolismo muy lento y no había nada que ella pudiera hacer.

—Igual si dejas de comer pan con mantequilla como si el mundo fuera a acabarse mañana, perdías algo. Que solo con los hidratos que te estás metiendo en esta comida es para que tuvieras calorías suficientes para subir el Mulhacén —soltó mi madre como quien habla del clima, mientras yo espurreaba el vino, mi novia me miraba con ojos asesinos y mi suegra se sacaba el panecillo de la boca roja como un tomate.

Y ahí empezó el idilio. Desde aquel momento, mi suegra no tolera a mi madre y mi madre, que la llama maliciosamente «el ballenato», no le pasa ni una. Se ven poco, pero lo poco que se ven es para mantenernos a todos en tensión, esperando el punto de fricción con el que empezará la tormenta.

A mí el asunto no me importa demasiado, pero a mi novia la tengo hecha un mar de lágrimas día sí y día también, así que estoy por visitar al médico de mi madre con una recortada y obligarle a que vuelva a recetarle las pastillas. A ver si así me la doma un poco. Al menos hasta la boda. Y luego ya que se parta la cara con quien quiera.

Cría padres.

Pasiones unilaterales

En algunas ocasiones, las filias y las fobias no son recíprocas, sino que germinan en el interior de una de las consuegras mientras la otra todavía ni se ha preparado el café. Así, hay suegras que detestan a madres sobre todas las cosas o madres que no toleran a las suegras, a veces con motivo, a veces por decisión personal, mientras el objeto de su odio ni siquiera se ha enterado del asunto.

De esa forma, tu madre puede odiar a tu suegra y negarse a que la invites a la prueba del vestido de novia, como si tuvieras opción, y cuando ve allí a la pobre señora con sus gafas de ver de cerca y su lágrima detrás de la oreja de la emoción, entra en cólera y no deja de darle collejas verbales y echarle miradas láser, mientras tú escondes la cabeza entre los tules y la chica de la tienda la inunda en cava por si borracha es un poco más amable. Que no.

Y tu pobre suegra, lampona por ser la mejor amiga de tu madre y celebrar juntas la Nochebuena y el carnaval, no deja de proponer planes en familia, que la otra desecha antes siquiera de ser formulados haciendo aspavientos con las manos y con cara de espanto, como si le acabaran de ofrecer hacer una orgía en el salón. Y, entretanto, a ti te toca el papel de intermediaria de la ONU, tapándole las vergüenzas a tu progenitora e inventando una sarta de mentiras piadosas para no herir susceptibilidades y evitar que tu suegra sepa que tu madre no la tolera.

Una relación coral

Imagino que será porque mi suegra no tiene hermanas y, de hecho, apenas tiene familia, más allá de una extraña prima a la que le faltan dos dientes y un hervor. No tiene más hijos que mi marido, y no le he conocido amigas con las que salga a tomar café o de viaje o de compras o de cualquier cosa que hace una con las amigas para airearse, y el marido se pasa el día recluido en la oficina, como si estuviera empadronado en su despacho.

Así que, como digo, imagino que sería por eso por lo que cuando conoció a mi madre, no solo se emocionó como si le hubiéramos presentado a una celebridad, sino que dio por hecho que serían buenas amigas y desde el minuto uno empezó a proponerle planes para ir de tiendas o a almorzar a un nuevo restaurante que le habían recomendado, ante el estupor de mi madre, que me miraba pidiendo ayuda ante tal acoso.

Y es que mi madre tiene cuatro hijas con sus seis nietos, un marido jubilado y activo, un batallón de amigos de un coro rociero en el que canta y mil actividades entre el gimnasio, las clases de inglés y las lecciones de pintura al óleo, vamos, que no para ni un segundo, que de hecho hace unos meses se hizo una colonoscopia vestida de malagueña porque venía de una actuación en *nosedónde* y cuando se le pasara la sedación se iba a otra.

Lógicamente, bastante tenía ya la mujer como para sacar tiempo para una nueva amiga melindrosa y triste pero necesitada de un poco de vida social, así que, con mucho tiempo y tras un duro trabajo de «pico y pala», mi padre y yo conseguimos que le diera una oportunidad a mi pobre suegra, que la amaba sobre todas las cosas y a la que ella no podía ni ver.

Al final, la matriculó con ella en el gimnasio para que ejercitara la musculatura en clases de aeróbic, pero al segundo día se hizo un esguince y lo tuvo que dejar con la pierna en alto. Cuando se recuperó, la apuntó a las clases de pintura, pero al parecer era alérgica al aguarrás y con solo olerlo se ponía malísima y dos veces tuvieron que suspender la clase, hasta que acabó por dejar de ir por consejo médico y para tranquilidad del resto del grupo, que llevaba un mes para poder terminar un bodegón. Y, como última oportunidad, la metió en el coro rociero, pensando que en la última fila y con una pandereta no podría estorbar demasiado.

Para sorpresa de todos, al segundo ensayo mi suegra dio rienda suelta a sus cuerdas vocales y, al parecer, es la reencarnación de María Callas versión rociera y no solo es la nueva voz principal de la agrupación, sino que les ha hecho duplicar los contratos. Y mi madre está muerta de la envidia, pero contenta de que la nueva revelación del mundo coral sea su consuegra.

El único problema es que ahora los domingos las tenemos a las dos vestidas de marengas en mi salón, ensayando su último *hit* rociero antes de la hora del café.

La hora de la verdad

La relación que mantengan las consuegras es clave en el buen funcionamiento de la pareja, porque la vida es larga y las madres acaban teniendo más protagonismo del que querrías porque, por mucho que uno se mude a lo alto de una loma en la otra punta del país para perderlas de vista, siempre encuentran la combinación perfecta de autobuses que las deja en la misma puerta de tu casa con dos millones de *tupper* de albóndigas y una mopa atrapapolvo.

Luego vienen los niños y las manchas que no salen, y poco a poco una va mirándolas con otros ojos, sobre todo cuando vienen a dormirte al bebé que es insomne desde que le están saliendo los incisivos y te tiene con cara de haber muerto el mes pasado y estar en período de descomposición. Te dan trucos de perro viejo que te salvan la vida, y entonces empiezas a tomarles el cariño que no les habías tenido con anterioridad y a darles manga ancha y espacio en tu vida. Y ahí comienzan los problemas y empieza a cobrar verdadera importancia el que las consuegras se lleven bien, porque no es lo mismo que no se toleren cuando sois novios y coinciden en años bisiestos, que cuando les habéis dado tres nietos y los encuentros se producen cada tres cuartos de hora.

PARA CORTARSE LAS VENAS

Cuando una mujer toma el cargo de suegra, se convierte automáticamente en un ser complicado, probablemente porque es inherente al puesto, como las dietas para los diputados del congreso o el halo de misterio y el peinado sui géneris en el caso de los parapsicólogos. Que hay oficios que ya vienen condicionados desde su mera concepción. Lo tomas o lo dejas.

Sin embargo, como en todo, existen diferentes grados de dificultad, que no es lo mismo una buena suegra que una suegra follonera o sargento, por mucho que todas sean suegras y en su contrato tengan firmada la cláusula de la complejidad como quien firma la aportación a la Seguridad Social o el plus de transporte y, como en todo, existe un *top premium*.

Hay suegras que te complican la vida en mayúsculas, más allá de un encontronazo puntual o un distanciamiento claro desde el inicio, y no tanto porque no te quieran o tengan en su subconsciente un deseo irrefrenable de fastidiarte, sino porque son personas complicadas, liantas, inaguantables y porculeras, algunas mucho antes incluso de ser suegras, lo que ya vino a rizar el rizo y a poner la guinda del pastel para tu ingreso voluntario en un psiquiátrico de renombre.

La suegra puñetera

La suegra puñetera puede pasarse todo el verano sin ver a los nietos «porque ya sabes que yo en junio me voy al apartamento de la Costa Brava y me viene fatal hasta llamar por teléfono, con la vida social que tenemos en la comunidad», y aunque hayas pillado la malaria, no se desplaza a echarte una mano porque no le viene bien con las clases de *aquagym* para la ciática y las partidas de chinchón, pero decide venir a visitarlos un lunes a las nueve y media de la noche, cuando tu casa es Oriente Próximo entre baños, cenas y cuentos para dormir. Y encima pide algo de picar, «que vengo sin tomar bocado desde esta mañana, todo por ver a mis nietos», y te ves obligada a dejar a la niña tirada en la ducha con el pelo enjabonado y los ojos inyectados en sangre cual yonqui del jabón y al niño con el pañal arrastrando por el suelo para atenderla hasta las doce de la noche, cuando decide irse a su casa, dejándote con los niños hiperactivos saltando en el sofá cual monos cocainómanos.

La suegra puñetera siempre dice que no quiere molestar, pero basta que le pongas el café con leche para que lo quiera solo y viceversa. Y si le cocinas su plato favorito para almorzar el domingo, justo ese día no tiene ganas, aunque te hayas pasado toda la mañana en los fogones y siempre esté penando porque nunca se lo preparas. «Yo lo que me tomaría es una sopita caliente, que últimamente es lo único que me entra». Y te tienes que levantar de la mesa para prepararle una sopa mientras pone cara de compungida. Pero basta con que el próximo domingo hagas sopa, para que se queje de que quieres matarla de hambre.

La suegra puñetera dice que no puede asistir a la graduación de la niña porque tiene cita en Hacienda y luego revisión en el podólogo, que tiene el callo que no puede ni mirárselo, pero justo esa misma mañana cambia de opinión y sin previo aviso se presenta en el colegio y, dado que solo habías reservado asiento para los que confirmaron, te ves obligada a cederle el tuyo para que se apoltrone con su señor trasero mientras tú tienes que encaramarte a la valla como una *groupie* para poder ver a tu hija, o la que desde allí parece que lo es, recitando la poesía de fin de curso.

Y encima se gira de vez en cuando para saludarte.

La suegra puñetera siempre se os acopla en el coche para ir a cualquier evento, alegando que es un gasto tonto llevar dos coches cabiendo todos en uno, aunque te obligue a ir con las caderas al vacío entre las sillitas de los niños y acabar con las pistoleras llenas de moratones. Y si ese no fuera suficiente castigo, justo cuando comienza la diversión, empieza a dar el coñazo para que os vayáis porque la carretera es muy mala o los niños tienen sueño o luego salen todos los borrachos y es un peligro o tiene un ataque de lumbalgia para darlo todo bailando «Paquito el chocolatero», la cuestión es que antes de probar la tarta nupcial ya estáis metidos en el coche sin una copita de garrafrón en el gaznate ni un bailoteo en el cuerpo al ritmo de la vergonzosa «Sopa de caracol».

La suegra puñetera es capaz de freírte el móvil a llamadas, aunque estés en el trabajo, y una vez que lo coges, tenerte una hora con la oreja al borde del desprendimiento hablándote de la nueva receta que le ha pasado la portera, que es cántabra, o de lo mala que es tu cuñada, «que no se merece ni que la mire a la cara», aunque estés en mitad de una reunión de presupuestos o te estén matando el nervio de un premolar... Pero basta con que seas tú la que llames, para que no te coja el teléfono o, lo que es peor, para cogerte y colgarte casi sin darte tiempo a decir hola. «Que estoy terminando una película interesantísima y no quiero perderme el final».

Y con las quedadas, más o menos lo mismo. Si quiere bajar de compras, tienes que sumarte, aunque tengas una rotura de ligamentos y te hayan recetado reposo absoluto, «que eso se cura haciendo movimientos, niña, que los médicos lo exageran todo», pero si cuando ya estás vestida y preparada con tu pierna tiesa y tu muleta en ristre, alguien le ofrece un plan mejor, te deja tirada en la cuneta, «que mira, que sí, que he pensado que es mejor que descanses», y sale corriendo como si acabara de atracar un banco.

La suegra entusiasta

La suegra entusiasta siempre tiene un plan preparado para toda la familia y, hasta que no te la encuentras en tu salón con la escafandra puesta, no te acuerdas de que habías accedido a apuntarte con ella a un curso de iniciación al buceo, cuando te habías tomado tres chupitos de más en la boda de tu cuñada y te dio un momento de exaltación de la amistad.

La suegra entusiasta quiere venir cada madrugada del 5 de enero a tu casa para preparar los regalos de los Reyes Magos de los niños y sentarse en una silla como una aparición mariana hasta que sus nietos se levanten y poder, así, verles la cara de la emoción, mientras que tú, que has envuelto quince regalos y has inflado dos millones de globos, quieres echarla a patadas a ella y a su eterna sonrisa y tumbarte en el sofá a hacerte la muerta.

La suegra entusiasta se presenta en tu casa el día de tu cumpleaños a las doce y un minuto con una tarta y un gorro de cucurucho del pato Donald para poder felicitarte de las primeras y en persona. Y tú, que tenías prevista una velada romántica con su hijo, acabas haciendo infusiones para los tres y mandándole un sms a tu suegro que la está esperando abajo en el coche para que se una a la fiesta.

La suegra entusiasta acude con el mono de limpieza a la tercera vez que te oye quejarte de lo sucia que tienes la casa, aunque tú solo lo hubieras dicho para justificar el desorden ante ella y tuvieras planeado irte a la playa. Así, se coloca sus guantes de látex y te ofrece una tarde de limpieza en familia cantando canciones de los setenta a voz en grito.

La suegra entusiasta nunca pilla una indirecta y ya puedes bostezar siete veces que, aunque sean las dos de la madrugada, no se va, y ya puedes decirle perrerías, que ella no solo no se enfada sino que piensa que es una broma y se muere de la risa en tu salita, mientras elabora un nuevo plan en familia para el próximo fin de semana.

La noche de bodas y los anillos de la posguerra

Siempre he dicho que he tenido mucha suerte con mi suegra porque es amable, cariñosa y, lo más importante, siempre está feliz, al parecer porque sigue los designios de un maestro hindú con bigote XL y cara de castor que conoció en un viaje y con el que mantiene el contacto desde entonces, compartiendo secretos sobre la existencia y reflexiones sobre la vida.

Ya sea por el maestro o porque la mujer tiene buen carácter, la cuestión es que siempre está abierta a cualquier propuesta y lo mismo se queda con los niños una semana, que se apunta a cualquier tarea que haya por delante aunque sea la de alisar las paredes de la futura habitación de su nieto nonato, con una lija eléctrica que te monta una tormenta del desierto en tres minutos y te deja los pulmones como un minero al borde de la jubilación.

Lo único malo es que se pasa todo el día tan entusiasmada que a veces no se da cuenta de que sobra, no solo porque hay momentos en los que una se cansa de tanta felicidad cuando viene hasta las narices del jefe y quiere criticarlo, usando muchas palabrotas hasta quedarse exhausta y con la garganta seca, y luego beberse una copa de vino y un bol de helado de chocolate belga, sino porque hay situaciones en las que no pega tener a la suegra en medio. Y mi suegra siempre está en medio. Contenta, pero en medio.

Pero el colmo lo vivimos el día de mi boda. Como habíamos planeado, la celebramos en un pequeño hotel en las afueras, cerrándolo para nosotros y en el que se quedaba alojada la familia y los amigos más íntimos. La mujer se entregó desde el primer momento y contribuyó en todo lo que pudo y más y, al igual que todos, se lo pasó en grande en la fiesta.

El problema vino cuando mi ya marido y yo decidimos irnos a la habitación a disfrutar de nuestra noche de bodas y no nos había dado tiempo a entrar, cuando mis suegros pegaron a la puerta para tomarse la última copa con nosotros y darnos en privado un regalo al parecer muy especial: los anillos de los abuelos, que eran como los de Farruquito pero peor.

Y tuvimos que aguantarlos allí, dándonos lecciones sobre la vida y acabándose la botella de coñac que ellos mismos habían traído, sin

darse cuenta de que queríamos estar solos. Vamos, lo normal.

Por suerte, a las siete y media conseguimos echarlos, aunque ya solo teníamos cuerpo para dejarnos morir en la cama, con nuestra anciana borrachera de coñac y suegros, y nuestros horribles anillos cortándonos la circulación del anular.

La suegra quisquillosa

La suegra quisquillosa desapruueba tres cuartas partes de las decisiones que tomáis en casa, más que porque en realidad no esté de acuerdo, por dar guerra, que es uno de sus deportes favoritos junto a la de abrir mucho los ojos y negar con la cabeza para que quede claro lo poco que le gusta casi todo.

La suegra quisquillosa cree que vuestra casa es demasiado grande, igual que la anterior era demasiado pequeña y no le acaba de convencer que esté tan cerca de la playa, con lo malo que es eso para los huesos y la mala gente que hay siempre deambulando por los espacios públicos, aunque el mes pasado cuando el niño pilló bronquitis aseguraba que era porque le hacía falta un poco de brisa marina, «viviendo como vive la criatura en un búnker de extrarradio, criándose como champiñones».

La suegra quisquillosa quiere pelar al niño desde que se enteró de que te gustaba al estilo Nuevas Generaciones del PP y, siempre que tiene ocasión, lo engatusa con fotos de futbolistas chonis rapados y con flequillo a lo Tintín, pero justo el día en el que decides pelarlo, lo mira espantada y te asegura que ha perdido la alegría de la cara que le daban esos caracolillos y que ahora parece de un barrio marginal, mientras el chiquillo pierde el brillo en los ojos y tú te reprimes para no abalanzarte sobre ella como Chuck Norris.

La suegra quisquillosa dice que la guardería en la que has matriculado al pequeño es poco menos que la cárcel de Alcalá Meco, sin un patio que les dé claridad a los niños ni un muñequito pintado en la pared, aunque fue ella misma la que la eligió de entre cuatro, precisamente para evitarte las críticas, y ahora asegura que la maestra que hace tres meses le parecía un encanto tiene cara de mala persona, «o será que es muy fea con esa cara de gnomo estreñado que tiene».

La suegra quisquillosa te critica porque no sabes inglés ni haces nada por arreglarlo, pero en cuanto te apuntas a una academia, te mira torcido y te pregunta si es que tienes mucho tiempo para desperdiciar como si tuvieras dieciséis años, que lo que tienes que hacer es apuntarte a natación como su hija para arreglarte la postura de Quasimodo que llevas.

La suegra quisquillosa sube una ceja cuando tu marido aparece por la casa con el abrigo que le has regalado por su cumpleaños, «que no digo yo que no sea bonito, pero no te queda bien con ese corte tan de señora que te marca tantísimo la barriga», dejándote con la cara partida y con el abrigo colgado en el ropero para siempre jamás.

La suegra quisquillosa se queja siempre de que su marido es un triste y no la saca a ningún sitio, que no va al cine desde que estrenaron *Ben Hur*, pero cuando os animáis y le proponéis cualquier plan, pone mirada de estupor como si le estuvierais proponiendo cortarle el meñique del pie derecho con una sierra eléctrica. Y si accede a ir al cine, la película siempre le parece una basura o es un *remake* de una de sus tiempos, aunque sea de ciencia ficción y en 3D.

De cambios de colegio y suegras insufribles

Hagamos lo que hagamos, a mi suegra siempre le parece mal, que lo suyo es ponerse en contra de cualquier cosa antes incluso de saber de qué se trata, como si fuera un modo de vida o un voto inquebrantable. Y no solo en cuestiones importantes, también en minucias, como la marca de leche que le compro al niño, que no es tan buena como la que compra su hija o la manera de hacer la bechamel, que la receta buena es la de su madre y la de la mía es poco menos que una ruina.

Sin embargo, su tema favorito es el del colegio de la niña, que, al parecer, además de ser una especie de antro de perversión, está como en Centroeuroa y le pillan lejísimos de casa para recogerla los martes y los jueves, que es cuando yo salgo tarde del trabajo y nos echa una mano.

El tema del colegio, de lo mucho que le cuesta ir a recogerla y de lo bien que estaría en el centro de monjas de al lado de su casa en el que estudiaron sus hijos dio tanto de sí que hasta mi marido y yo empezamos a discutir por el asunto. Que a él también le parecía una buena idea cambiarla de escuela y facilitarnos la vida a nosotros mismos y a su queridísima madre.

Así que para evitar el divorcio o el *harakiri*, acabé por claudicar y matricular a la niña en el colegio familiar, con el compromiso previo de que mi suegra se hiciera cargo de recogerla cada tarde y ya iría yo a por ella después.

Por supuesto, a las dos semanas, mi suegra ya estaba negra de su nuevo papel de niñera y ahora protestaba porque no era buena idea haberla matriculado allí como si no hubiera sido idea suya. «Que una niña tiene que estar escolarizada en su barrio con sus vecinitas y en su entorno, no aquí, que la criatura no conoce a nadie...».

Por supuesto, yo, que estaba esperando este momento, puse mi cara de malvada mirando a mi marido en plan recordatorio de mis palabras sobre que su madre no está contenta con nada.

—Pero, mamá, si eras tú la que insistías en que apuntáramos a la niña a este colegio, que era mejor, bilingüe, de monjas y cerca de tu casa... De hecho, Belén no quería porque decía que el colegio del barrio era un buen colegio y más cómodo para la nena.

Y, en lugar de dar su brazo a torcer, torció el morro y soltó:

—Es que, Belén, tú eres muy influenciable, hija mía, y si tú no querías cambiarla, no haberlo hecho, mira que hacerle caso a una vieja chocha. Yo es que no me lo explico, mujer. ¿Acaso soy yo la madre de la criatura?

Me planteé la posibilidad de hacerle la grulla de *Karate kid* y lanzarla contra la pared de la entrada, pero al final me contuve. Total, bastante castigo tiene la pobre con recoger cada día a la niña, que ahora se cree artista y se pasa la tarde haciendo gorgoritos frente al espejo.

Karma creo que lo llaman.

La suegra desobediente

La suegra desobediente siempre va por libre y hace lo que le da la gana cuando le da la gana, sin importarle que por donde pise deje de crecer la hierba y que a ti no solo deje de crecer el pelo, sino que se te caiga a mechones del estrés.

La suegra desobediente nunca llega a la hora que habéis acordado y lo mismo se presenta dos horas antes y te pilla en camisón y con la casa como si acabara de vivirse la primavera árabe en tu salón, con los juguetes por el suelo y los platos del almuerzo sobre la encimera, que llega una hora tarde aunque supiera que tienes una reunión con tus jefes o un vuelo internacional a Honolulu.

La suegra desobediente nunca ofrece información hasta el último momento ni consulta fechas ni planes con nadie, así justo cuando decidís que os vais a ir al zoológico, aparece la suegra desobediente con entradas para el circo y, sin dejar opción a réplica, se lleva a los niños y os deja a tu marido y a ti viendo monos y con un pase especial para ver a tres loros montar en monociclo.

Y no importa si llevas un mes hablándole de los preparativos de la fiesta de cumpleaños que le vais a hacer a tu abuela por sus cien años, ella organiza una fiesta de pijamas para ese mismo sábado en la casa de campo con todos los nietos... y tú tienes al niño cinco días llorando y maldiciendo a la centenaria.

La suegra desobediente sabe que no te gusta que la niña coma chucherías entre semana y cuando se la lleva a pasar la tarde a su casa no es que le compre algunas en el quiosco, es que la niña llega con una gastroenteritis de caballo y una bolsa de kilo y medio de gominolas italianas metidas en la mochila.

La suegra desobediente se ofrece a recoger el vestido que tienes reservado en la tienda para que se lo ponga la niña en el bautizo del primo, pero, en lugar de eso, aparece con un horrible conjunto de minifalda y top en tonos flúor y unas manoletinas deportivas con dos flores del tamaño de los leones del congreso. «Que el vestido no le quedaba mono a la niña con lo blanca que es. Este conjunto, sin embargo, le queda monísimo y además es muy alegre y muy vistoso». Y tú entras en estado de locura sin fin cuando al día siguiente, vas corriendo a la tienda y descubres que el vestido que habías reservado ya está agotado hasta en la web. Al menos siempre te quedará vestirla de minifulana bielorrusa con el conjunto de la suegra.

Desobediencia capilar

Hoy en día las comuniones son como las bodas y no eres nadie si no vas con un tocado del tamaño de una mesa de camilla o si tu niña no lleva un vestido de «quinseñera» cuanto más ostentoso mejor, que luego frente al altar todo son envidias y competencia de a ver quién lleva más dorado en el traje de almirante o menos laca en el peinado.

Nosotros no somos mucho de este tipo de cosas, pero todo es meterse y mimetizarse como cuando voy a un concierto y me acabo comprando una horrible gorra de Alejandro Sanz que luego soy incapaz de lucir en la calle, pero que en ese momento me parece imprescindible en mi vida. Pues más o menos lo mismo, pero en versión fiesta cristiana.

Así que, desde la semana antes del evento, estábamos en casa como si fuéramos a presentar los Oscar, que si pruebas de vestido, que si visitas a la tintorería, que si diseño de recordatorios, que si recogida de invitaciones y así todo el tiempo, que nos cruzábamos por los pasillos como si fuéramos extraños en un camerino, cada uno a los suyos preparándose para el gran día.

De ahí que dejara a mi suegra que llevara a la niña a la peluquería para cortarle las puntas y que así el día de la comunión la peluquera

solo tuviera que peinarla, que tampoco era moco de pavo con el melenón hasta la cintura que lucía y que llevábamos dos años cultivando cual pequeña Rapunzel.

Mi suegra se ofreció para aliviarnos la carga y yo acepté encantada de poder dedicarle una tarde a la disposición de las mesas del convite, que es como un *sudoku* nivel maestro.

La sorpresa vino cuando mi suegra llegó a casa con una versión callo de mi pobre niña, a la que le habían cortado el pelo por encima de la oreja como un champiñón, «que ese pelo tan largo no le favorecía, mujer, y así está más moderna y juvenil», mientras la niña hacía pucheros detrás de una puerta y yo respiraba dentro de una bolsa de gusanitos para no tener un ataque.

Y así fue como mi niña, después de aguantar el pelucón dos años, con sus dos veranos en Sevilla incluidos, acabó tomando su primera comunión como un *beatle* sarasa.

ENFADOS, DESENCUENTROS, VÍCTIMAS Y VERDUGOS

Porque una madre es una madre y aunque se meta en el recoveco más profundo de tu intimidad, es tu madre y si te aconseja o te regaña, es tu madre y si es una pesada y no te deja vivir, es tu madre y si tienes que aleccionarla y ponerle la mirada de Mike Tyson, es tu madre. Y no hay color. Que con tu madre puedes pasarte toda la tarde discutiendo como Pimpinela y cuando dan las siete os vais a tomar café y a hablar de la nueva novia de tu vecino, que antes era barbero y se llamaba Ernesto, como si aquí no hubiera pasado nada.

Pero con la suegra es otra cosa. Y lo es para ambas. Que tú no le aguantas ni la mitad porque no es tu madre, pero tampoco puedes envalentonarte demasiado, ni poner el dedo en alto y decirle las verdades del barquero porque tú tampoco eres su hija. Y aunque lo parezca, no es una obviedad.

Lo mejor es tratar de mantener una relación cordial, e incluso en situaciones extremas sortear un enfrentamiento que acabaría por complicar las cosas, por muy malvada que sea la suegra que te ha tocado en desgracia. Usa mucha mano izquierda para torearla cual ganado bravo y ten preparadas altas dosis de paciencia para soportarla, aunque lo que en realidad te apetezca sea clavarle el palo de la fregona en la sien.

Por qué evitar las peleas

Le debes un respeto. Sí, como al agente de policía que te chuleó en el paso de peatones o a la madre superiora de tu colegio que te pintaba un humillante punto en la nariz si no te lo comías todo en el comedor. Aunque no se lo haya ganado, que eso es lo de menos, que es la madre de tu pareja y eso le da ciertos derechos, como el que registra una patente y se dedica a vivir de la renta toda su vida, pero en términos emocionales. O sea, te aguantas.

Implicas a toda la familia. Por mucho que quieras contextualizar una pelea, la tensión de que estéis disgustadas llegará allende los mares. Y en el próximo cumpleaños de la abuela la familia estará moviéndose de un lado a otro como una chirigota gaditana para no posicionarse junto a ninguna. Tu suegra lanzará algún que otro dardo, sintiéndose respaldada por la consanguineidad y la tarta de tres chocolates que ha hecho, su hijo tratará de acallarla para que no te incomode, la prima Rocío dirá que tiene que irse antes previendo un final movido y la tía Águeda tendrá que ponerse la pastilla debajo de la lengua para no morir de un infarto. Demasiados daños colaterales.

Siempre serás la mala, básicamente porque los aliados ya están establecidos desde antes incluso de que se inicie el conflicto, y para su familia, que es frente a la que te gustaría dejar claro que tienes razón, ella es la desvalida y tú la joven malvada que no la comprende. Eso sin contar con que comparte genes con todos ellos, de ahí la nariz de águila judía. Y contra eso no se puede luchar.



Las razones de la afrenta

Las razones para tener un desencuentro con la suegra son infinitas. Desde enfrentamientos por un tema puntual como que te posiciones a favor de cuñada o de tu suegro en una discusión sobre política internacional o sobre el último ganador de *Gran Hermano*, o porque te niegas a quedarte con su gato siamés cuando se va de viaje o porque ha regalado a tu marido una moto acuática por Reyes cuando sabe que estáis hasta arriba de facturas impagadas... hasta las más comunes, que se basan en un cúmulo de «estos niños no están educados y lo que les hace falta es mano dura de alguien que sepa qué es mejor para ellos», «este niño no come porque no le das como tienes que darle», «hay que ver cómo llevas vestida a la niña, que parece una fulana», «mi hijo desde que vive contigo tiene cara de enfermo terminal, pobrecito mío, que necesita a su madre», «yo es que no me explico cómo quieres trabajar fuera de casa con lo que tienes aquí dentro, que una madre debería querer ser una madre antes que cualquier otra cosa...». Y así siempre, hasta que un día se te hincha la corteza cerebral y sueltas todo lo que tenías ahí amasado desde 1992. Y se lía.

Suegras carne de cañón

Aunque lo correcto sea hacer la vista gorda para mantener la paz interior y exterior, no siempre es tan fácil esquivar un enfrentamiento con la suegra, sobre todo si te toca lidiar con una de carácter complicado, amante de los conflictos, follonera o criticaona, que no te deje más opción que tomarte una caja de ansiolíticos o entregarte a la violencia verbal sin descanso.

La suegra follonera

La suegra follonera llega de viaje y se presenta en tu casa para darle a los niños unos regalos que les ha cogido en el aeropuerto, pero antes de que los chiquillos los desenvuelvan, pone cara de agente secreto y te espeta un «no se te ocurra decírselo a tus cuñadas, que solo se los he podido comprar a los tuyos y no quiero jaleos», dejando a tus cuñadas como si fueran hienas salvajes y a ti con la sensación de ser una abusona y de estar guardando el secreto del santo grial durante dos semanas. Como si a las cuñadas no les importara un bledo el asunto y como si tú fueras cómplice de un doble asesinato.

Lo peor del asunto es que en la mayoría de las ocasiones, la suegra ha comprado regalos para toda la familia, pero los ha aleccionado a todos por separado bajo la misma premisa, como en un interrogatorio del FBI, para que cada uno se sienta especial o para echarlos a pelear cual espeluznados gallos de barrio de extrarradio o como el jefe que le sube el sueldo a media plantilla para que la otra se encabrone, se rompa la armonía y no haya acuerdo sobre el convenio colectivo.

La suegra follonera siempre te cuenta truculentas historias sobre lo mal que la tratan los otros miembros de la familia, «con lo buena que yo soy y lo bien que me porto con ellos, que ni me echo la siesta para poder llevar a la abuela a rehabilitación cada día y ellos, cuando no están de veraneo, están de viaje y parece que yo no tengo derecho a nada», y posteriormente, en mitad de tu indignación por el abuso al que es sometida la pobre mujer y de tratar de mediar en el asunto, te enteras de que la abuela terminó la rehabilitación a finales del año pasado y de que, además, siempre la llevaba el tío Daniel, que es el único que conduce.

Cuando paseáis, la suegra follonera te coge del brazo como si te lo fuera a amputar y te lanza pildorazos sobre las cosas que dicen de ti tus cuñados, porque «tú ya sabes cómo son ellos y, claro, no entienden que yo esté de casa en casa cuidando niños porque ellos saben cómo tengo la espalda, pero así son los hombres y mi marido ni te cuento, que dice que yo donde tengo que estar es en mi casa, que cada uno se apañe con lo suyo, si es que...». Y tú te quedas con la cara partida como si fueras una aprovechada, cuando a tus niños no los toca ni con un palo... Y acabas por no saber a quién detestar más de toda la historia. «Pero tú no vayas a decir nada, ¿eh? Que yo lo único que quiero es que os llevéis bien todos». Y se queda en la gloria.

La pasada primavera, mi suegra se fue de vacaciones a Italia con un viaje de esos que valen 3 pesetas y, tras una semana corriendo por toda la geografía del país, llegó a casa más cansada de cómo se fue y con tres hojas de reclamaciones bajo el brazo, que mi suegra tiene muchas leyes y si no protesta no está a gusto, y nosotros se lo respetamos como si tuviera el colesterol alto o se hubiera convertido al islam, que en esta casa somos muy permisivos.

La cuestión es que del viaje trajo a los niños unos pinochos de madera que daban auténtico pavor —de hecho, los he tenido que esconder en el altillo porque la niña es verlos y arrancar a llorar como si le estuvieran perforando un pulmón, pero por supuesto fingimos que nos habían encantado— y a mí me trajo un colgante precioso hecho de cristal de murano que me coloqué enseguida, no tanto por quedar bien sino porque realmente me había parecido una preciosidad.

Por supuesto, mi suegra, que es una follonera de libro, no podía dejar el momento cargado de emotividades y relax, así que primero le dijo a su hijo que a él no le había traído nada porque nunca le gusta nada de lo que le compra y empezó a sacar trapos sucios de los Reyes de los últimos siete años mientras se cogía el cuello como si estuviera conteniendo un vómito o fuera a suicidarse en mi salón aún con la maleta sin deshacer.

—Y mira, te voy a decir una cosa —me dijo con tono amenazante pero revelador, como si fuera a descubrirme el tercer secreto de Fátima o el ingrediente extra de su tarta de yema—, a tu cuñada tampoco le he traído nada, que ni se lo merece ni he tenido tiempo con tanta carrera, así que no vayas a decirle nada tú.

Y se fue a casa dejándome con la sensación de estar ocultando el secreto de la bomba atómica y, peor aún, con cara de traidora frente a mi cuñada, con la que me lo cuento todo y a la que yo sé que no iba a importarle el asunto y si no le endiñaba yo los pinochos para que se contentara y mi niña recuperara el sueño; pero había sido una orden directa y cualquiera se metía en aquel berenjenal y, por otro lado, aunque suene ridículo, me sentía un poco especial de que mi suegra solo me hiciera un regalo a mí, probablemente porque me aprecia mucho más.

Poco después fue la comunión de mi sobrina y cuál no sería mi sorpresa cuando vi que mi cuñada llevaba puesto un collar exacto al que me había regalado mi suegra, el mismo que tenía en casa guardado bajo llave para que nadie se enterara del asunto.

Yo la miré, ella me miró y la suegra nos vio mirándonos y antes de poder hacer movimiento alguno, nos juntó y nos confesó que todo había sido un malentendido, que, en realidad, las dos teníamos collar y pinochos terroríficos, que la que no tenía era su sobrina, que no le había dado el presupuesto para todas y nosotras éramos como sus hijas y estábamos por delante...

Por supuesto, la sobrina tenía collar. No había nada más que ver cómo miraba el de mi cuñada...

La suegra critica

A la suegra critica le gusta criticar todo lo criticable y lo que no es criticable también, que mantener activo un flujo de información cotilla sobre los demás y luego utilizarlo a su antojo es el leitmotiv de su existencia. Un respeto.

En ocasiones, lo hace abiertamente y sin tapujos, como una portera de barrio, y lo mismo te cuenta que el marido ha dejado a la dependienta de los ultramarinos porque se ha liado con la panadera de la esquina —y está la muchacha que no levanta cabeza, al borde de quitarse la vida al estilo garrote vil con un salchichón ibérico—, que te informa de que a la vecina del tercero «la van a dejar hueca por una cosa mala que tiene» o que «el niño de Mari Loli es mariquita y el padre le ha dicho que o deja al novio o se va de la casa, ya ves, qué antiguo que ha sido siempre Manolo». Y en otras ocasiones más sibilinamente como esa extraña compañera de la facultad, que ella no quiere decir nada para no molestar porque a ella, con lo discreta que es, no le gustan esas cosas y no es amiga de meterse en nada, pero al final y sin que abras la boca te acaba contando el número de pie de la prima segunda de media pandilla antes de que saques los folios de la cartera.

Y, claro, la información lo mismo va para un bando que para otro, que la suegra critica no se casa con nadie, y cual agente doble trafica con documentación sensible y si tiene que incluir algo de su propia cosecha en el texto original para darle vidilla a la historia, lo hace, que ella es una

profesional de las buenas.

Un día vas a visitarla y la vecina que se monta contigo en el ascensor y a la que has visto dos veces en siete años te pregunta que cómo llevas lo del ERE de tu empresa, que ya es mala pipa que haya venido ahora, con la operación de tu madre encima que no te deja ni dormir de la preocupación. «Pero a tu suegra se lo he dicho yo, que te tomes pasiflora que va muy bien para relajarse, ya lo verás, niña. Y a sonreír, que para eso te ha salido cara la sonrisa esa con los aparatos, que ya me dijo tu suegra que te costaron un riñón». Y sales del ascensor como si acabaran de *hackearte* el cerebro.

La suegra traidora

La suegra traidora es todo un tejemaneje de dimes y diretes, con una alterada visión de la realidad o al menos una alterada manera de contarla. Así, la suegra traidora casi te obliga a dejarle a los niños el sábado por la mañana, «porque me gusta estar con ellos y nunca me los dejáis», y aunque te vaya mal porque habías planeado ir a la playa con tus amigas y sus retoños, cedes para evitar ser una nuera desagradable, pero es cerrar la puerta de su casa y llamar a media familia para contarle que está cuidando de los nietos. «Que hay que ver, que ni una cerveza puede una tomarse con el marido en el fin de semana, que no digo yo que los niños no sean un encanto, pero un poquito de aire es lo que una necesita».

La suegra traidora va diciendo por ahí lo cansada que está de bregar todo el día con el marido, «que tiene lo suyo», y los nietos de la hermana que se quedan a comer todos los días, y más con las jaquecas que le dan en primavera, que no levanta cabeza, «y a mi edad, que yo no estoy para nada», pero luego se presenta en la puerta de tu casa un viernes por la noche para llevarse al niño a las bolas y a dormir en su casa, aunque tú tuvieras previsto llevarlo al cine, y, claro, después de coger el altavoz y avisar a todos los que creen sus artimañas, te miran como si fueras la persona con más caradura del mundo mundial.

La suegra traidora se ofrece para quedarse con el peque por las mañanas para que no lo lleves a la guardería, asegurándote lo encantada que está de pasar más horas con él, pero luego va lamentándose por las esquinas y con todo el que se topa por lo estresada que está, «que una ya no tiene cuerpo para criar niños chicos».

La suegra traidora se ofrece para hacer la tarta de cumpleaños a la nena «con toda la ilusión del mundo», pero cuando llega al cumpleaños va cuchicheando a los invitados lo harta que está de ser la repostera, que ni a la peluquería ha podido ir a echarse el tinte «con tanto chantillí y tanta leche», pero justo cuando pasas por su lado, sonrío y suelta un «tenía que habérsela hecho más grande, que para mi niña todo es poco».

El apartamento

Cuando después de tres años viuda mi suegra por fin se echó un novio, apenas nos lo dijo a un pequeño grupo de personas, porque pensaba que igual la gente no iba a entenderlo e iba a pensar mal de ella, con lo señorona que siempre ha sido y lo que le ha gustado

enmendarle la plana a los demás.

El novio era un buen hombre y tanto a su hijo como a mí nos gustó desde el primer momento, sobre todo por cómo había cambiado a la suegra, que estaba alegre, jovial y mucho más amable que de costumbre.

Así que cuando me pidió las llaves de nuestro apartamento de verano que tenemos cerrado el resto del año, para pasar unos días juntos y apartados del mundanal ruido, nos pareció bien, que la suegra aún vivía con una hija soltera y no tenía ocasión de estar a solas con su pareja, a la que además media familia aún no conocía.

Fui al apartamento, lo limpié, le llené la nevera y hasta le compré un par de botellas de cava, que, después de todo lo que había pasado en los últimos años con la enfermedad de su marido, se merecía ser feliz.

No habían pasado ni dos días cuando la hija me llamó para que le diera el teléfono del apartamento y si no tenía, al menos la dirección, que tenía que localizar a su madre para una emergencia con el calentador, un hecho que me sorprendió notablemente porque pensé que la excusa que había puesto era la de irse unos días a casa de una amiga a Madrid.

Y mientras titubeaba sin saber muy bien lo que sabía y lo que no sabía mi cuñada al respecto de la escapada romántica de su madre, me soltó:

—Que mira, que yo me la voy a traer ya a casa y si necesitas que te desalojen aquello, contrata a alguien que mi madre está cansada y no está para quitarle mierda a nadie.

Después de un momento de *shock*, descubrí con horror que la excusa que la mala pécora de mi suegra había dado para escaparse a mi apartamento era que me hacía falta tenerla allí embalándome el contenido de los roperos y de prácticamente toda la casa cual esclava, para una obra ficticia que yo iba a hacer en unos meses. Todo ello, mientras yo me rascaba una oreja en mi casa con los pies en alto.

Y así fue como me volví loca, como me fundí los minutos de la tarifa plana del móvil y como el resto de la familia que aún permanecía en la inopia se enteró, no solo de que la suegra era una lianta, sino de que, además, tenía novio.

Por supuesto, nunca más le presté el apartamento, aunque tampoco creo que le haga falta porque Andrés es ahora un miembro más de la familia.

Vamos, que encima yo creo que le hice un favor.

La suegra mártir

La suegra mártir se pasa el fin de semana tomando cafés con las hermanas y viendo los últimos estrenos de cartelera, pero cuando vais a verla de visita, os recibe con cara de pena y se cruza la bata como si la acabaran de sacar de una patera para explicaros lo mal que se encuentra, que le duelen hasta las cejas desde solo Dios sabe cuándo, aunque ella no se queja «porque ya sabéis que a mí a prudente no me gana nadie».

La suegra mártir se lamenta de que nunca le llevas los niños a casa, «con las ganas que tiene una de ver a sus nietos, que es lo único que me anima, que me paso el día aquí metida, sola, y me voy a volver loca», aunque se los lleves dos veces por semana y cuando llegues la pilles peinada de peluquería y con las uñas de gel puestas, «que ya ves, no sé ni cómo me las han podido poner, con el brote que tengo de soriasis, que no levanto cabeza».

La suegra mártir dice que no puede ir al cumpleaños de tu hijo porque la pilla de crucero, pero luego se pasa dos meses echándote en cara, suave como un guante, que no ha podido ver a su nieto soplar las velas, «que ya ves tú, hoy en día uno celebra el cumpleaños cuando quiere y con solo tres días más le habría podido ver, pero, claro, cada uno es de una manera...».

La suegra mártir hace lo que le da la gana, aunque sepa que no te va a agradar, pero para que no puedas regañarla pone cara de perro apaleado con retortijones. Así, si te compra seis pares de *leggings* para las niñas, aunque los odies más que a las espinacas y ella lo sepa, básicamente porque lo habéis hablado dos millones de veces, te dice: «Ay, solo espero que te gusten porque me ha

costado la vida encontrarlos, vamos, que destrozadita llegué a casa buscándolos en color verde manzana, que es el que te gusta, ¿no?».

La suegra mártir siempre que viene a tu casa llega precedida de una serie de catastróficas desdichas, que si los taxis no la paraban «porque claro, como una está vieja...», que si tu suegro no ha querido traerla «porque él nada más que quiere dominó y fútbol, con lo que yo hago por él», y en el autobús nadie la dejaba sentarse «con el dolor de pies que traía, que tengo el juanete para haberme quedado en casa».

La suegra mártir se ofrece a quedarse con tus hijos, pero cuando los recoges siempre te cuenta, despacito y con buena cara para parecer más buena gente, que ha sido muy feliz con los nietos, con lo que ella los quiere, pero vamos, que ni dormir ha podido porque los niños querían acostarse cada uno en una cama y al final ella se fue al sofá «para que durmieran tranquilos, aunque ya sabes cómo tengo la espalda...» y bueno, ni tiempo para comer, «que mira que el médico me ha dicho que no me salte comidas, pero no me importa...», «y la novela a ver si me la veo en Internet porque la niña quería ver *Peppa Pig* y, claro, a mí no me importa aunque ya ves tú, justo hoy era el día en que se declaraba Norberto y mira que tenía ganas de verlo, pero vamos, que yo encantada...».

Mentiras, cruceros y viajes en familia

La empresa de mi marido tuvo importantes beneficios gracias a una gestión que él hizo, así que, en agradecimiento, le dieron una generosa paga extra, que en casa decidimos invertir en un viaje en familia a Eurodisney, aunque tuviéramos la bañera desconchada y el lavavajillas funcionara solo en días alternos, que nosotros somos ricos de espíritu y nos negamos a los planes domésticos.

Contratamos un viaje para nosotros cinco y empezamos a organizarlo con mucha ilusión, sobre todo los niños, que se lo contaban a cualquiera con el que se cruzaban ya fuera el mensajero o la cajera del supermercado, que ir a la casa de la Bella Durmiente no ocurría todos los días.

Y, claro, todo el mundo les hacía mucha fiesta, menos mi suegra, que como siempre tenía que personalizar toda noticia, y en cuanto supo que nos íbamos, entró en barrena alegando que nadie se acordaba de ella, que estaba sola y no iba a ningún sitio y que nosotros teníamos mucha suerte.

Aquello nos dejó mal y al día siguiente volvimos a su casa para preguntarle si quería venirse con nosotros, con la boca chica la verdad, que aquello era un viaje divertido y no me apetecía tener a la suegra hablando de cómo le ha empeorado la artritis, lo mal que se porta todo el mundo con ella y otras penas varias, que si mi suegra no da lástima no se encuentra a gusto.

—Qué disparate, ¿qué va a hacer una vieja como yo allí si no es estorbar? De eso nada. Hombre, gustar claro que me gustaría pero que no, que no... con la de cosas que tengo yo que hacer. Id vosotros, que yo estaré aquí bien con mi televisión y el gato, que las viejas ya solo damos guerra —y puso su cara de apenada terminal.

Así que cuando llegue a casa se lo dije a mi marido y fuimos a sacarle un billete a la suegra, que, aunque era una mártir y una dolorosa, en el fondo me daba lástima. Y esa misma noche nos llegamos a verla para darle la noticia para que se fuera haciendo el cuerpo y se acostara con una sonrisa.

Y allí nos fuimos los cinco con toda nuestra ilusión y nuestro billete envuelto en papel de regalo, para encontrarnos a la suegra preparando una maleta y con la cara descompuesta al recibir la noticia.

Al parecer, la puñetera, tenía previsto desde hace meses hacer un crucero con sus amigas del barrio, que coincidía con la fecha de nuestro viaje y no había dicho nada a nadie, haciendo la maleta a ratos y a escondidas para que nadie supiera que tenía planeado pasárselo bien.

Por suerte conseguimos que nos cambiaran el billete y nos fuimos solos y tranquilos, y la suegra mártir pudo irse de crucero por el Mediterráneo. Nosotros nos lo pasamos en grande, pero ella, la pobre, no, porque le tocó un camarote muy cutre y estuvo con el estómago revuelto todo el viaje, eso sin contar lo mala que estaba la comida y la bebida y el brote de reuma que pilló en cubierta...

La suegra loca

La suegra loca puede engañar a todos y a primera vista parecer una persona normal, pero, a poco que mantengas tres conversaciones con ella, acabas dándote cuenta de que tiene una visión alterada de la realidad, como si viviera en un mundo paralelo o escuchara voces que le comunicaran secretos que nadie más conoce. Como si tuviera una enfermedad mental velada, que al principio te deja desconcertada como si fuera una broma surrealista o hubiera una cámara oculta en algún rincón de la casa, pero que luego, cuando descubres que es una tara real, te acojonas.

Así, si, por ejemplo, pasan más de dos días sin que le lleves a los niños, ya va diciendo a todo el que la quiera escuchar que es que tú nunca la has querido, que se te ve en los ojos, que mira que ella se porta bien y os quiere, pero que tú eres muy tuya, aunque los motivos por los que no hayas podido ir a verla sean porque te estén operando de piedras en la vesícula o te encuentres de viaje de negocios en Zúrich. Y lo peor, ella lo sabe.

La suegra loca critica hasta al gato de la vecina del quinto, «que mira tú si es cochino que ha tenido crías con tres gatas diferentes, pero ya ves tú el angelito a quién va a salir, que en esa casa ni hay principios ni *na* de *na*, que demasiado bien están saliendo esas niñas que ni tienen estudios ni oficio ni beneficio y una de ellas es madre soltera de un sinvergüenza que yo creo que se droga; pero, vamos, que yo no digo nada porque yo soy una persona discreta y no me gusta el critiqueo», y después de soltar esto en mitad de la carnicería del barrio delante de cincuenta vecinas más, se queja de que la vecina del quinto la mire mal, «que no sé yo lo que le he hecho con lo unidas que hemos estado siempre, sobre todo desde que murió su Rafaelito, que mira que era borrachín, pero no era mala persona, no siempre, no. Y ahora ni me mira y, claro, yo sufro, cómo no voy a sufrir».

La suegra loca se puede pasar tres semanas sin llamaros, pero la culpa siempre será vuestra porque ella nota que os molesta cuando llama y a ella no le gusta molestar, y puede pasarse dos meses sin ver a los niños porque no le da la gana; pero, aunque a ti te dé igual, al final te tienes que cabrear porque va contando por la familia que está loca por verlos pero que como su hijo y tú estáis siempre de acá para allá, no tenéis tiempo de pensar en una vieja como ella que está solita y no quiere más que estar con sus chiquillos, que ella lo entiende, pero que bueno, que todos vamos a llegar a viejos...

Y, por supuesto, no cuenta nada de las dos veces que te ha dejado plantada en la última semana con la mesa de la merienda puesta y el Lexatin tragado para tomar café juntas en tu casa y aguantar sus desvaríos con una sonrisa de oreja a oreja.

La reconciliación

A no ser que hayas cogido una metralleta y te hayas liado a tiros en la salita como Tony Montana o la hayas llamado gorda a la cara, lo normal es que la suegra también quiera hacer las paces contigo. Que el mundo familiar es muy pequeño para andar esquivando gente por los pasillos y más si tienen el culo ancho.

Lo cierto es que da igual quién tuviera la culpa o la razón, quién gritara más o quién usara palabrotas para dar peso al discurso, te va a tocar a ti agachar la cabeza. Es ley de vida. Porque seas la joven, porque estés por debajo en la jerarquía familiar o porque para la suegra bajarse del burro la primera sea un síntoma de debilidad y no puede permitírselo. La cuestión es que deberás dar el primer paso, que no tiene que suponer llevarle flores ni bombones ni mandarle una carta a la radio para que le dediquen una canción de Raphael. Bastará con que la llames y acerques posturas, que vayas a visitarla con la pipa de la paz y que le preguntes si ha adelgazado.

Y una vez que volváis a ser amigas, toca aprender de los errores o coger la suficiente confianza para poder mataros vivas sin piedad y sin resentimientos. Como debe ser.

LA SUEGRA FUNDAMENTALISTA Y OTROS DRAMAS VITALES

En la vida de todo ser humano llega el día en el que descubres que tus padres, además de padres, son personas y, es más, han sido personas desde antes de engendrarte. Como te lo digo. Y que, por tanto, no han salido del canal del parto ya como progenitores, con su vara de mando, su cocido madrileño y sus regañinas para que limpies tu cuarto o te quites esas greñas de majara para que te salga un trabajo decente... Antes fueron otra cosa.

Tu madre fue jovencuela y ligaba. Se reía, vestía la ropa horrible que estaba de moda y que ahora trata de que no te pongas tú y les mentía a sus padres para salir con el tuyo a un cine de verano o a un guateque molón. Y tu padre más de lo mismo. Con su bigote de refugiado para ser guay y sus camisas de picos extragrandes para quedarse tuerto. Sus discos de estrellas de la época y sus ganas de pasarlo bien hasta las tantas de la madrugada. Sí, el mismo que ahora te espera despierto en el sofá como Michael Corleone para matarte de un infarto y echarte el sermón sobre los peligros de la noche.

Pues con las suegras ocurre exactamente igual. Vamos, que la señora con cara de apio y camisa de 200 euros que piensa que toda interjección es una palabrota es la misma que casi le arranca la camisa a Elvis Presley cuando con su sueldo de dependienta de tres meses se fue a Londres con su tía para ver a su ídolo en vivo y en directo y jurarle amor eterno a él y a sus caderas.

Y así con todas. Que la suegra no era una suegra cuando estaba en el colegio aprendiendo a leer, ni cuando salió con su primer novio —que era guapísimo pero cojeaba de un pie—, ni cuando se fue a ver una película censurada a casa de su primo el comunista y tuvo la barriga suelta tres días del susto, ni cuando se enamoró hasta las trancas y no podía ni probar bocado, ni cuando se partía de risa con sus amigas en la oficina... Lo que pasó es que luego se hizo suegra, como otros se hacen interventores municipales, y empezó una nueva etapa, que es la que te toca sufrir a ti.

Sin embargo, existen algunas suegras que, a pesar de haber jurado el cargo, no han renunciado a su yo anterior y, aunque tengan que preparar una fabada para todos dos domingos al mes y cuiden de sus nietos cada mañana como parte de su nueva obligación laboral, no abandonan su amor por el *rock&roll*, las botas de motorista o las biografías de librepensadores. Y hacen de ellos el motor de su vida.

Existen suegras *rockeras*, *culturetas*, *gafapastas* o posmodernas que te animan o te arruinan la vida, en función de su grado de vehemencia y necesidad de evangelización, pero que al menos ponen

una nota de color y ansiedad en el mundo beis de las suegras al uso, con su visión fundamentalista de la vida. De la de todos.

Pero no todos los fundamentalismos suegriles vienen de una vida entregada a la causa. Hay suegras que alcanzan la presunta sabiduría definitiva en plena madurez, algunas incluso estando tú ya presente, y a causa de una intolerancia a la lactosa o un problema de cervicales se hacen fanáticas de la vida sana, de las hierbas como modo de vida y del yoga como el camino hacia la verdad. Todo por no echarse a la boca un protector de estómago y un Voltarén de 100 miligramos.

El impacto en tu vida

La evangelización

Probablemente lo peor de tener una suegra fundamentalista no será aguantarla con su taza de poleo menta ecológico y sus disertaciones sobre *La Pasionaria*, sino su necesidad urgente de que te unas al club como miembro de pleno derecho.

Tú, que eras feliz con tu marca de leche de toda la vida, y llega ella y, en menos de tres segundos, te ha contado las múltiples pasteurizaciones, el añadido de grasa animal y el aguado al que es sometida desde que sale de la vaca, la que además está más hormonada que un culturista, llenándote el cuerpo de probabilidades de coger un cáncer de cualquier cosa o una insuficiencia renal de las malas. Que lo suyo es tomar leche de soja, que además tiene omega 3 e isoflavonas, pero no de las de supermercado. De las de herboristerías. De esas que como compres más de tres, tienes que rehipotecar la casa.

Y lo peor no es que te haga pensar en las posibilidades que tienes de morir por culpa del café con leche hormonada que llevas tomando media vida, ni que te sientas culpable por tomar huevos no camperos de gallinas castigadas o azúcar blanquilla refinada... lo peor es que cuando viene a casa, te toca esconder los alimentos presuntamente perniciosos en el mueble de la limpieza, sacar el pan de masa madre de horno de leña y el aceite prensado en frío y endiñarle a cada niño dos albaricoques y un puñado de pasas en lugar del Bollycao, para que te miren como si acabaras de darles una granada de mano pero que tu suegra te deje vivir.

Tú, que a la única manifestación que fuiste fue a una del instituto para que no quitaran los futbolines y la máquina del *Tetris*, te ves ahora obligada a hacer pancartas por la supervivencia de la cabra autóctona malagueña y a levantarlas con todo el bochorno del mundo frente a la delegación de agricultura, que está enfrente de tu trabajo, junto a otros cuatro majaras que no se han lavado el pelo en tres años. Para evitar los parabens, claro.

O si los del ayuntamiento han decidido ponerle a la biblioteca municipal el nombre del primer alcalde de la democracia en lugar de la propuesta de su asociación feminista, te acabas viendo en una sentada en el vestíbulo del consistorio viendo a la suegra disertar sobre la vida de Clara Campoamor, mientras piensas en las dos tandas de lavadora que tienes por planchar y el informe trimestral que te pidió ayer la jefa y ni has empezado.

Una educación condicionada

El hecho de que tus hijos crezcan escuchando hablar a la abuela sobre el poder opresor del hombre y su negativa a obedecer ante un sistema hecho a medida del poder, te complica ligeramente la existencia. Que a ver cómo le explicas a la maestra que la niña no es que esté loca, es que su abuela en lugar de cuentos le lee a los presocráticos, y que el niño no es que sea un chaval problemático, es que está luchando por su derecho a pensar y no a obedecer, que es el mantra con el que la abuela le

acuesta cada noche que se los queda a dormir.

Y las pobres criaturas acaban acostumbrándose a los regalos de Reyes de discos de Silvio Rodríguez y libros de filosofía infantil, y, lo que es peor, la niña de cuatro años ya no quiere jugar con la cocinita de Hello Kitty de 100 euros que llevaba tres meses pidiendo, alegando un reparto equitativo de las tareas y su negativa a ser un ama de casa esclava de su familia.

Vergüenza pública

Seamos francos. Tener una suegra que no se peine por no seguir los cánones de belleza establecidos y vaya al cumpleaños de tu pequeño con el pelo como si estuviera criando dentro a una bandada de murciélagos hambrientos y con un estilismo propio de un guardabosques perdido en la montaña durante años es para que te dé un poco de fatiga. Sobre todo cuando la veas regañando a tus amigas por cómo han caído en las redes de la sociedad con sus pechos falsos y sus labios infiltrados.

Pero casi es peor el otro extremo, cuando no asume que hace años que cumplió los cincuenta y va por la vida con sus *minishorts* vaqueros y sus tacones de fulana dispuesta a coquetear con tus amigos, moviéndose el pelo crujiente a base de litros de espuma de marca blanca, y mostrando su piercing de la lengua o manteniendo un roneo unilateral con el pescadero de la esquina, que, según cuenta, le deja más baratos los boquerones «porque le gustan mis ojos», aunque tenga en la fachada un cartel fluorescente con la oferta del mes.

Algunas suegras fundamentalistas

La suegra «yo es que soy muy moderna»

La suegra «yo es que soy muy moderna» se niega a aceptar su fecha de nacimiento, las patas de gallo y que las juergas se acaben a los treinta, que para eso ella estuvo en Woodstock y fumó hierba mientras sus amigas en España veían películas censuradas de la Montiel. Así que, aunque tenga tres hijos y seis nietos, ella sigue anclada en los veintitrés y sus propuestas de planes siempre pasan por viajes a Ibiza o juerga de chicas hasta el amanecer, vestida como una quinceañera poligonera para no dejar de estar en el candelero. Y si hay que pasar tres veces por la obra de la esquina para que los albañiles suelten el bocata y le digan algo, da cuatro vueltas a la manzana y se sube el *wonderbra* hasta la garganta.

La suegra «yo es que soy muy moderna» se hace un *piercing* en el ombligo «porque yo siempre he sido una avanzada a mi tiempo» aunque los aritos umbilicales sean *made in 1999*, ligeramente más modernos que la pulsera tobillera de cascabeles que anuncia su presencia y que se compró en Benidorm cuando fue con su amiga Sarita a la exhibición de bachata cuando daba clases de salsa en la peña del barrio...

La suegra «yo es que soy muy moderna» dice cosas como «a nuestra edad», como si no os llevarais treinta años y hubierais sido compañeras de laboratorio en Física y Química de 2º de BUP, y muere por apuntarse a alguna de tus quedadas con tus amigas, «que mira que las chicas lo que necesitamos es nuestro espacio y airearnos un poco con un par de copitas», mientras tú bajas la mirada y notas sus pupilas rodeadas de kilos de rímel clavándosete en la coronilla, ansiosa por una invitación formal.

La suegra «yo es que soy muy moderna» se justifica en que tiene un espíritu joven para ir a recoger a sus nietos al colegio con una minifalda cinturón que se ha comprado por Internet a juego con un top de fulana de carretera que combina con una cruz de pedrería que da susto verla, pero cuando la gente la mira horrorizada, ella tiene claro que es por envidia. «Bueno, los hombres no, esos lo hacen por disfrutar de las vistas». Y lo peor es que se lo cree.

La suegra «yo es que soy muy moderna» convierte cualquier evento en un sarao y para el cumpleaños de tu hijo en el parque de bolas, en lugar de traer la bandeja de sándwiches de salchichón que le habías encargado, te trae dos botellas de whisky, «que los mayores también tenemos derecho a divertirnos». Y, claro, al final tu marido tiene que sacarla de la piscina de bolas, borracha como una cuba y con un botín de pitón en la cabeza.

La catarsis

Cuando a mi suegra la operaron de cáncer de mama, todos creímos que iba a entrar en una depresión de las malas. Y digo de las malas porque ella es una mujer muy fan de las depresiones y las catalogaba de semibuenas a malas en función del tiempo que se pasaba en bata y sin hacerse la permanente, que cada cual tiene su manera de medir las cosas y a mi suegra este sistema le funcionaba la mar de bien.

Así que cuando le dieron el alta con la doble mastectomía y la primera sesión de quimio a la vuelta de la esquina, todos estábamos

preparados para lo peor, y mi cuñada, que es sevillana como su madre, ya le tenía preparada la bata verde del Betis que le regalaron por su cumpleaños entre todos los nietos, que al parecer se había bajado un libro de colorterapia por Internet y el verde era un color fundamental para levantar el ánimo. Y ella lo necesitaba.

Pero nada más lejos de la realidad. Al parecer, en el postoperatorio tuvo una catarsis o eso nos contó luego, y decidió reciclarse en una mujer nueva, vamos, que se quitó la bata del Betis y la lanzó por la ventana del lavadero en un arrebató libertario mientras los nietos se quedaban con la cara partida.

Y así fue como perdió los 20 kilos que le habían sobrado siempre y se puso los pechos más grandes del mercado y una peluca tipo Dolly Parton, que nos daba mucha vergüenza pero que a ella la hacía muy feliz.

Mi suegro, que siempre ha sido un triste, o eso dice mi suegra, estaba mitad horrorizado, mitad encantado con el asunto y cuando el psicólogo le dijo que aquello era una situación pasajera, casi se nos muere del disgusto, porque a él siempre le gustó Dolly Parton, que de hecho tenía todas las películas que había hecho con Burt Reynolds.

Pero el psicólogo se equivocaba y siete años después de pasar la enfermedad, mi suegra sigue trabajando en la nueva versión de sí misma y ahora, después de ir al mercado a hacer la compra, se va al solárium a que la pinten como si fuera de Sri Lanka y cada quince días va a ponerse las uñas de gel, con las que ahora se pasa la vida señalando cosas solo para que la gente vea que lleva brillantitos en las puntas como Jennifer López, y cada tres minutos se recoloca los *gigantopechos*, que un día de estos le van a estallar y vamos a tener un disgusto.

Y, por supuesto, ya no se hace permanentes porque sigue llevando el pelo a lo Dolly Parton. A nosotros nos sigue dando fatiga, que tanta montera y tanta agua oxigenada no pueden ser buenas, pero mi suegro está encantado. Con decirnos que se ha dejado un bigote a lo Reynolds...

De infidelidades y caramelos de menta

El día en que se enteró de que su marido la había engañado con la cajera del súper del barrio, mi suegra tuvo una crisis de ansiedad y amenazó con quemar la sección de congelados, que es adonde decía el marido que iba a comprar los percebes y de donde volvía con las manos vacías pero, eso sí, oliendo a perfume barato de droguería, o eso dice mi suegra ahora que ha empezado a atar cabos

De hecho, a los pocos días del disgusto, me obligó a ir con ella a fingir que hacíamos la compra para verla. A ella y a sus *gigantaoaros* y sus rabillos en los ojos, que fina, lo que se dice fina, no era la muchacha.

A mi suegra eso la tranquilizó por aquello de que ella sería más vieja pero más elegante y guapa, pero fue escucharla recitar por el altavoz las ofertas de los jueves con esa voz como de locutora de madrugada, y los ojos se le salieron de las órbitas. Vamos, que me tiró a la cara la bolsa de piquitos artesanos que llevaba y salió como alma que lleva el diablo a la caja número siete, a arrancarle los aros de cuajo y a deshacerle el moño a tirones.

La amante, que se ve que era del ala dura, tampoco se quedó corta y aquello se convirtió en una batalla campal que acabó con la policía poniendo orden y con doña Concha, la vecina del quinto que lleva peluca, al borde del desmayo. Un drama.

Pero a mi suegra aquello le vino muy bien. Vamos, que se vino arriba con el careo, y desde entonces se carda el pelo y se lo pinta de rojo fuego con reflejos violín, que le ha dicho su amiga Marina, que hizo un curso de peluquería a distancia, que es lo más, sobre todo para las extensiones de dos cuartas y media que se ha colocado.

De hecho, el otro día, cuando llegué a casa del trabajo y me la encontré con su hijo en el salón, ni la reconocí.

—Es que ahora soy moderna —me dijo—; por eso llevo estos pantalones de polipiel y estos zuecos de madera que me están matando el juanete, y leopardo, mucho leopardo, que ya sabes tú lo que favorece un leopardo. Y sí, ahora fumo, porque es una cosa muy sensual, aunque me tengo que tomar una dosis extra de las pastillas de la tensión porque se me pone el corazón en la boca... aunque yo creo que es por el mentol, pregúntale si no al sinvergüenza de tu padre, Antonio Miguel, ya verás como te cuenta lo mala que me puse una vez con un caramelo de esos que abren los bronquios en la boda de tu prima Inmaculada... aunque, ahora que lo pienso, esos caramelos eran los que me metía por los ojos la guarra de la cajera cuando me pasaba la compra. Igual tu padre y la guarra se pusieron de acuerdo y querían liquidarme a base de extracto de eucalipto... Lo que yo te diga.

La suegra gafapasta

Para la suegra *gafapasta* los cuentos de princesas son el nuevo *Necronomicón*, una perversión, un modelo más de opresión hacia el género femenino y, por tanto, es capaz de cortarse un dedo antes que dejarte comprarle a la niña un disfraz de Cenicienta, que se pasó media vida rodeada de ratones y fregando suelos de rodillas y solo salió de la ruina gracias a un hombre, que encima y para más inri era príncipe. Qué vergüenza.

Por tanto, los cuentos de hadas están terminantemente prohibidos y los retoños han de conformarse con terroríficas versiones adaptadas de las obras de Poe, ilustradas con dibujitos aún más terroríficos o, en un alarde de bondad, las siempre tediosas fábulas de Esopo, que para divertirse, no mucho, pero para dormir funcionan la mar de bien.

La suegra *gafapasta* se niega a seguir «las normas que impone el mercado a la sociedad», así que no es muy amiga de comprar los juguetes de moda, es decir, los que le piden tus hijos, y es más de juguetes educativos cuanto más feos y deprimentes mejor. Y puzzles de paisajes de muchas piezas, que el nene tiene que ir trabajando el cerebro.

La suegra *gafapasta* no es amiga de mentir a los niños ni aunque sea por compasión, así que se deshace en todo tipo de explicaciones sesudas y científicas ante las dudas infantiles y básicas de los pequeños, que desde niños ya lo saben todo acerca de la vida, la muerte y la sexualidad, que los tapujos son muy malos, aunque luego de mayores se gasten la herencia en psicoanalistas varios.

La suegra *gafapasta* tiene el instinto maternal de una croqueta y trata a sus nietos como pequeños adultos, obligándoles a comportarse como tales, y regañándote para que no usen chupete, duerman en su propio cuarto desde el día en que nacen, coman palitos de zanahoria en lugar de chucherías y se vayan de Interrail antes de cumplir los diecisiete.

La suegra *gafapasta* quiere que cuides el intelecto y te cambia el plan de ir al cine por asistir a una *performance* de majaras amigos suyos de la facultad y, de vez en cuando, a un espantoso recital de poesía, un tenebroso espectáculo de títeres chinos y, si vais con nenes, a algún cuentacuentos donde se hable de Marie Curie o de Juana de Arco, pero de princesas ni *mijita*, que para una *gafapasta* mola más acabar quemada en la hoguera que comiendo perdices con el príncipe azul en una carroza de cristal. Dónde va a parar.

Efectos secundarios

Cuando la tutora de mi hija me llamó para que acudiera a una reunión urgente, me preocupé porque Lucía es una niña buena y estudiosa, que a sus siete años de edad nunca ha dado ningún problema más allá que el de andar todo el día vestida de princesa, de hecho había pasado los últimos quince días durmiendo con la abuela a causa de un accidente de moto que tuve y, según mi suegra, la criatura se portó mejor que bien.

Al entrar en la sala vi que la señorita tenía la cara descompuesta y desparramados por su mesa una serie de dibujos horribles de bichos o monstruos o ambas cosas en colores oscuros que parecían la obra de un perturbado y sobre ellos, el nombre de mi niña con su corazón coronando la i de Lucía, con su habitual dulzura.

Según nos contó la maestra con cara de estar enfrentándose a una posesión demoníaca, la niña se había dedicado la última semana a hacer ese tipo de dibujos y cuando le preguntaban qué era, la cría decía que era su amigo Gregorio, que se encontraba perdido y no encontraba el camino.

—Ya me dirá usted si eso no es para preocuparse —me decía la profesora con cara de terror—, pero aun así decidimos no darle más importancia de la que tenía, hasta que el otro día en clase de religión, mientras la señorita explicaba el libre albedrío divino, la niña se levantó y gritó: «Dios ha muerto» y volvió a sentarse como si nada hubiera pasado.

A mí todo eso ya empezaba a darme mal rollo, pero para salir del entuerto alegué que la niña estaba pasando una mala racha con celos del bebé y preocupada por mi accidente, pero le prometí que hablaría con ella y en el caso de que la niña estuviera poseída por Satanás o algún secuaz, no solo se lo haría saber sino que llamaría al Vaticano antes de que la niña me acabara bajando las escaleras del dúplex con la cabeza del revés.

Pero no hizo falta llegar a eso. Fue suficiente con abrir la maleta que la niña había traído de casa de mi suegra y encontrarme dos libros: *Nietzsche para niños* y *La metamorfosis de Kafka ilustrada para los pequeños de la casa*.

Si es que tener una suegra progre va a acabar matándome.

La suegra neohippie

La suegra *neohippie* era una mujer normal hasta que para curarse el reuma le recomendaron «un naturópata buenísimo, que con unas hierbas y unas raíces de las cordilleras béticas te deja nueva», y desde entonces ya todo fueron flores de Bach, harina integral, extracto de tila y alpargatas de esparto natural «no tratado con agentes agresivos para la epidermis y el colon y ergonómicas para favorecer el paso firme y el riego sanguíneo corporal», que te dejan los pies en carne viva pero que te elimina las radiaciones externas.

La suegra *neohippie* se alinea los *chakras* tres veces al día aunque le pille en la sección de lácteos del Mercadona o empastándose la muela del juicio, y se purga una vez al mes coincidiendo con la salida de la luna llena y la conjunción de sus astros afines para limpiar el cuerpo y el espíritu, y de paso bajar los 2 kilos que le sobran para meterse en los pantalones bombachos de algodón orgánico que le han traído del Albaicín.

La suegra *neohippie* te mira como si estuvieras esnifando cocaína cada vez que te ve abrir una lata de refresco y, mientras niega suavemente con la cabeza como si fueras una chica que se empeña en ir por el mal camino y te lo cambia por un té *rooibos*, te narra las mil maneras diferentes que tienes de morir por tomarte una lata de cola. Y, por supuesto, todas son muy dolorosas.

Y si osas darle a la bebida energética para sobrevivir a la maternidad y a la falta de sueño, te lanza un sermón inventado que ha leído en Facebook sobre las doscientas personas que han muerto al primer buche por una sobrecarga en el sistema nervioso central. Y, como ve que no te quedas convencida y sigues dando sorbos a escondidas, te atosiga a *emails* sobre los peligros de la cafeína y de cómo se usa para desatascar tuberías y para matar malas hierbas, y de paso te agasaja con el vídeo de la Coca Cola y los Mentos de principios de 1993.

La suegra *neohippie* solo come productos ecológicos comprados en herboristerías de prestigio, que saben a esparto y huelen a inmundicia, y te amonesta si te ve comprar productos que lleven código de barras y muchas E, que son como el anticristo para el organismo.

La suegra *neohippie* vive tu embarazo como un milagro vital y te rodea de velas y varitas de incienso y sándalo, mientras tú, que llevas vomitando desde que te salieron las dos rayas en el test, te controlas para no clavarle un palo ardiendo en el iris izquierdo y quitarle la sonrisa mística de la cara.

La suegra *neohippie* se vuelve loca cuando te ve calentar el biberón en el microondas, «esa máquina diabólica generadora de cánceres masivos, ¿que no ves que esas radiaciones le llegan al niño?», y sin comerlo ni beberlo, te tira esa leche, te friega el biberón y te la calienta en un cacillo

«como se ha hecho toda la vida, aunque a mí la vitro como que no, que a saber la de radiaciones que emite eso».

La suegra *neohippie* solo quiere tejidos naturales para el nene, cien por cien algodón ecológico, y muere de un infarto si lee la palabra acrílico o poliéster aunque sea en un muñeco, y te compra un detergente especial sin parabenos, ni olor, ni ganas de vivir, para que laves la ropa de su nieto sin riesgo de que contraiga una enfermedad mortal de Nueva Guinea.

La suegra *neohippie* se niega a darles a tus niños chucherías o helados o cualquier producto que no sea de herboristería y con sabor a tofu, declara sustancias *non gratas* al Apiretal y al Dalsy y hace acopio de hierbajos para hacerles friegas en el pecho para el resfriado y matarlos lentamente.

La suegra *neohippie* compra a tu niña un collar para evitar el dolor de muelas que le ha recomendado su amiga Flor, que ahora es chamán de una secta buena, y una colonia que repele la onda de los móviles «buenísima», y como se la dejes más de tres días a su cuidado, te la devuelve con pantalones bombacho y una cinta en el pelo como la de El Arrebató.

Las anginas, los matojos y la doble de Chus Lampreave

Cuando la niña volvió a coger anginas agudas por tercera vez en dos meses, mi suegra entró en cólera y literalmente me prohibió que volviera a llevarla «a ese pediatra tan inútil al que vas, que atiborra a la niña a medicamentos que no le sirven más que para llenarle el cuerpecito de química», e incidía en la palabra medicamento como si dijera cocaína, *crack* o excrementos de rata enferma. Que para ella donde se pongan unos hierbajos infusionados y unos pedruscos energéticos, no se pone un hombre con carrera universitaria y quince años de experiencia, que mi suegra es un alma de espíritu libre.

No obstante, me decidí a buscar segundas opiniones, que tener a la niña mala un trimestre entero tampoco me parecía normal, así que pedí a amigas y familiares contactos con pediatras y otorrinos con referencias, a ver si podía quitarle a la criatura la inflamación, la fiebre y el malestar.

Mi suegra llegó una tarde hablándome de una doctora de mucho prestigio que le habían recomendado en el trabajo y que le daban cita para esa misma tarde, así que, aunque mi suegra da mucho miedo en estos asuntos, decidí apuntarme, que igual la doctora era verdaderamente una eminencia.

Si no me salí de la consulta, fue por educación o por miedo y por no dejar mal a mi suegra, que había estado pidiendo favores, pero aquello era para filmar una película de Berlanga. Las paredes llenas de fotos de santos y de matojos tan secos que podían rajarte la cara si los mirabas de cerca, un tufo a incienso de rosas que echaba para atrás y la doctora, que tenía mil años y era clavadita a Chus Lampreave, no tengo claro si daba más miedo o risa, pero desde luego era una caricatura de un médico.

No sé si me impresionó más los movimientos de cabeza que le hizo a la niña mientras ponía los ojos en blanco, el masaje con aceites aromáticos y flores al estilo zulú que le hizo en el cuello, o el hecho de que la mujer efectivamente estuviera licenciada en Medicina y tuviera varias especialidades como rezaba en diferentes títulos que colgaban de las paredes junto al Sagrado Corazón y decenas de matojos variados.

La doctora le dio a la niña un brebaje hecho con hierbas y extractos de raíces, fruto de recetas ancestrales, que yo no estaba segura de querer dejarle beber, pero ante la mirada inquisitiva de la mujer y de mi suegra, que estaba encantada con el procedimiento, di un paso atrás. Total, si es natural tampoco puede hacerle daño. Luego me acordé de la cicuta y me arrepentí, pero la niña ya se lo había bebido sin protestar siquiera, imagino que aterrorizada como yo con ese circo.

Estaba frita por salir de allí para escapar de la mirada de ojos gigantes de Chus Lampreave, pero sobre todo para regañar a mi suegra por el sitio tan tenebroso y surrealista al que nos había traído, pero nada más salir por la puerta la niña me dijo que ya no le dolía tanto la garganta. Y al tocarla para poder mirársela, descubrí que tampoco había rastro de la fiebre.

Soy universitaria, tengo dos máster y creo que al menos uso el diez por ciento de mi cerebro, así que me niego a interpretar nada, pero la cuestión es que desde que salimos de aquel antro, la niña no tiene fiebre y la garganta está perfecta. Y lo más importante, lleva más de dos meses así.

Eso sí, a mi suegra solo se lo reconozco a medias y con la boca chica, que como le dé cancha, me la veo trayéndome toneladas de tofu, una caja de botecitos de flores de Bach y un pantalón de lino. Con lo que se pega eso a las caderas.

ABUELÍSIMAS

Una suegra no es una verdadera suegra hasta que no se convierte en abuela, como un amigo no es un verdadero amigo hasta que no te ha aguantado una borrachera de esas de llorar y de recodar a tu ex en el escalón de un bar a las cuatro de la madrugada. Vamos, que por mucho que dé guerra desde que te eche el ojo por primera vez, a una suegra no se la conoce ni se la sufre en todo su esplendor hasta que no le engendras nietos y se abre como una flor carnívora dispuesta a cualquier cosa con tal de dejarte calva a disgustos.

Porque, aunque tu suegra te pise los talones desde el primer día, siempre podrás cerrar tu casa con llave, huir a un país extranjero donde se use burka o fingir tu propia muerte por una enfermedad tropical, y aunque le cueste no poder vigilarte y organizarte la vida, como siempre había soñado, acabará por resignarse. Pero cuando ya hay retoños de por medio, que vale que los habrás parido tú pero llevan su sangre por las venas, da igual que te mudes a un país centroafricano, que te cambies el nombre o que coloques tres pares de bombas antipersona en el portal, la suegra siempre encontrará la manera de hacerse un hueco aunque tenga que coger dos aviones y un tren de mercancías, sobornar al del registro o hacer un curso de artificiero por correspondencia.

Curiosamente, poco importa la relación que hayas tenido previamente con tu suegra, una vez que llevas un cigoto en tu interior todo cambia, y el hecho de que os llevarais muy bien u os matarais vivas no supone que vaya a querer o a cuidar más o menos a sus nietos, que el abuelaje es como una catarsis y una nueva oportunidad para empezar de cero y, lo que es peor, para tener vía libre en vuestra vida.

Asimismo, a ti, ahora que has expulsado la placenta y puedes darte golpes de pecho en plan madre coraje, tampoco te sentarán igual los agravios de tu suegra y menos si son a tus retoños, que han compartido fluidos contigo durante nueve meses y te han dotado de la agresividad puntual de madre leona, inundada en hormonas y malvivir. Y lógicamente tampoco serás desagradecida con los gestos de amor hacia ellos, que quien les hace un bien, a ti te hace dos. Sobre todo si es llevárselos al parque y dejarte dos horas libres para regenerarte las células haciéndote la muerta en el sofá.

Abuelas hay para todos los gustos y algunas, incluso que no les gustarían a nadie pero que, bien miradas, también tienen su parte positiva. Desde abuelas consentidoras que serían capaces de arrancarse un riñón para que el niño se entretuviera lanzándolo por los aires, hasta abuelas rottweiler que solo quieren extraescolares y horas de estudio y los deshereda si se manchan la camisa o se meten un dedo en la nariz, pasando por abuelas negligentes que hacen lo que les viene en gana aunque

sea darle un *gigantovaso* de Coca Cola con toda su cafeína al pequeño de tres años a las ocho de la tarde o llevarlos en bañador a la boda del primo Gabriel, o abuelas ausentes que solo aparecen en cumpleaños y Reyes, con regalos para niños tres años más pequeños que los tuyos. Una jungla.

La abuela «escúchame, niña, que yo sé de lo que hablo»

La abuela «escúchame, niña, que yo sé de lo que hablo» no concibe que tres meses después de casaros aún no te hayas embarazado, «que eso es que no estáis haciéndolo bien», y te explica los mejores secretos y las posturas infalibles para fecundar mientras tú repasas mentalmente la tabla del seis para no imaginarte a tu suegra a horcajadas y morirte de la vergüenza.

Empieza a dirigir la operación «bebé en camino» desde que al Predictor le salen las dos rayas, aleccionándote de a quién sí y a quién no puedes comunicarle la noticia como si fuera la Pantoja y estuvierais a la espera de una exclusiva millonaria. «Que hasta los tres meses no se cuenta nada, ni a los amigos siquiera, que el riesgo de aborto es muy alto y luego te quedas con la cara partida y dos millones de paticos en el armario». Y te deja mitad arrepentida de habérselo contado hasta al conductor del autobús que te lleva al trabajo y mitad aterrorizada ante un inminente riesgo de aborto que ni siquiera habías contemplado.

La abuela «escúchame, niña, que yo sé de lo que hablo» se hace desde los primeros meses con el control total de la situación —parcial si tu madre también es de armas tomar— aprovechando que te encuentras al borde de la muerte entre las náuseas, los vómitos en cadena, los dolores musculares y el resto de los efectos secundarios del milagro de la vida, y aunque el médico te haya prohibido andar por riesgo de desprendimiento, te obliga a una caminata diaria porque «los médicos de hoy no saben nada y la circulación tiene que activarse para que el niño agarre». Y si tu ginecólogo te castiga sin embutidos, tu suegra te compra un jamón de 7 kilos y te corta pedacitos de salchichón para camuflártelos en la ensalada, «que de toda la vida de Dios se ha comido de todo y nadie se ha muerto».

Pero como te pille tomándote un paracetamol para aliviar la jaqueca, por supuesto con permiso del médico, entra en locura grado 3 y te lo tira por el desagüe como si fuera un cóctel mortal a lo Cristina Onassis, y si te ve con la copa de vino que te permiten en Nochebuena y con la que llevas soñando desde agosto, acabas por no mojarte ni los labios ante su mirada a lo Torquemada en plan «tú lo que quieres es matar a mi nieto».

La abuela «escúchame, niña, que yo sé de lo que hablo» se mete en la sala de parto para llenarte de inseguridades mientras se te desencajan las caderas, sobre los beneficios y los peligros de la epidural, sobre lo poco profesional que parece la matrona, la mala postura que tienes o lo mucho que te quejas. Sin embargo, en cuanto se entera de que te tienen sin beber desde que te ingresaron, te obliga a darle un lingotazo a la botella, aunque os hayan dejado clara la prohibición, «que menudas tonterías se tienen ahora».

La abuela «escúchame, niña, que yo sé de lo que hablo» entra en la habitación cuando nace el niño y no se va hasta que te dan el alta para poder ir dándote instrucciones sobre la temperatura de la habitación, lo abrigado o desabrigado que está el bebé, sobre la disposición de tus puntos vaginales y sobre la conveniencia de que le des o no el pecho en función de lo que hayas decidido. Si quieres dárselo, se lamenta del hambre que pasa la criatura, «que tú tienes la leche *gatuna* y eso no le alimenta, mujer, métele un biberón al angelito, que está desnutrido», pero si decides empezar con el biberón, arruga la nariz y niega con la cabeza para dejar clara su desaprobación, «con lo bien que le vendría las defensas de la leche materna, aunque fuera el calostro, pero es que las madres de ahora

sois tan egoístas...».

Tampoco tiene reparos en corregir al pediatra o a las enfermeras que vienen a ver al niño e inicia disertaciones sobre la técnica de cura del ombligo, la deposición del meconio y las bondades de la manzanilla o el suero, todo un clásico. Es ella la que establece la cantidad de leche a tomar por el bebé, si tiene cólicos del lactante o gases, o si le gusta más una nana que otra, que para eso ella ha criado a tres y sabe de qué va esto. Así, aunque la pediatra te diga 60, ella le echa 90, «no se vaya a quedar con hambre el chiquillo», y aunque muestres tu descontento y el nene acabe rebosado, echando leche tres días en una maratón de vomitona sin fin, no solo no da su brazo a torcer, sino que la próxima vez repite la hazaña, «que lo que le pasaba al niño era que no lo pusiste a echar el flato, que se nota que eres primeriza».

La abuela «escúchame, niña, que yo sé de lo que hablo» entra cada mañana a la habitación como un elefante en una cacharrería y si, por consejo de la pediatra, le has puesto al bebé un gorrito y unos patucos que tú misma hiciste con toda la ilusión del mundo, nada más llegar se los arranca de un manotazo, «que vas a asfixiar al chiquillo», aunque estéis en febrero y el niño tenga los pies congelados como un montañero abandonado en la cumbre... Pero si pares en Málaga en el mes de agosto con 40 grados a la sombra y pones el aire a 28 grados, se echa las manos a la cabeza y antes de que puedas darte cuenta, ya lo ha apagado, dejándoos sudando a chorros como en una sauna finlandesa.

La abuela «escúchame, niña, que yo sé de lo que hablo» moja el chupete en el café a la niña porque le parece muy gracioso, atiborra al mayor a chucherías prohibidas y le compra el juego de consola que le tienes vetado, aun a sabiendas de que no te parece bien, y no tanto por darles el capricho sino para dejar claro que ella es la abuela y en la jerarquía familiar está, como poco, al mismo nivel que la madre. También asegurará que tus niños no comen porque no les gusta tu comida, «que la cocina ya sabes que no es tu fuerte, porque en mi casa se comen hasta el potaje», menos mal que tu suegro, que no sabe por dónde vienen los tiros, te confiesa con ligereza que los niños nunca prueban bocado, mientras la suegra lo fulmina con la mirada y anota mentalmente que esta noche lo manda a dormir al garaje.

La traición en forma de mansión de Barbie

Nunca me he podido quejar de los regalos que mi suegra les hace a mis niños, porque la verdad es que se quiebra la cabeza y el bolsillo para dar con el regalo perfecto y contentar a sus nietos y, también, por qué no decirlo, para salir como la gran triunfadora del evento, que cuando a un niño le regalas la bicicleta de moda, te conviertes en la abuela del año.

Por eso, cuando el año pasado me pidió la carta de Reyes de la niña, se quedó acojonada al ver que la mansión de Barbie ya me la había reservado yo, ya que era el regalo estrella y con el que la niña se entusiasmaría, que Barbie es mucha Barbie y la mansión mucha mansión. Y precisamente para no perderla entre las otras muchas madres enfervorizadas juguetería arriba y abajo, con el estrés propio de la Navidad, me había hecho con ella un mes atrás y la tenía guardada en el trastero a buen recaudo, entre las herramientas que acumula mi marido para nunca usarlas y la elíptica que me compré cuando fingí que me gustaba el deporte.

Lo cierto es que el resto de la carta estaba compuesta por regalos pequeños y, conociendo como conozco a mi suegra, sabía que no iba a querer quedarse con ninguno de ellos, así que le propuse algunas ideas como el coche descapotable de Barbie o la *boutique* o incluso el caballo tipo Pegaso que me traía loca de pequeña, pero mi suegra no acababa de convencerse con nada.

—No te preocupes, mujer, que ya daré con algo —me dijo, y di el tema por zanjado.

Cuál no sería mi sorpresa cuando después de la cena de Navidad mi suegra anunció que ese año, en lugar de los Reyes Magos, a su

casa había venido Santa Claus, y antes de poder reaccionar le entregó a mi niña un paquete más grande ella, que la criatura me trajo para que le ayudara a abrirlo y que resultó ser la mansión especial de Barbie, exactamente igual a la que yo tenía en mi trastero pero que, además, incluía las cuadras con caballos y un *parking* para el descapotable, que también venía en el lote. Y, claro, mi niña casi se desmaya. Y yo también.

Aunque estuve a punto de dejar inconsciente a mi suegra de un golpe seco con la pata de cordero, decidí ser civilizada y acorralarla en la cocina para que me explicara el asunto.

—¿Pero tú no le habías comprado la *boutique*? ¿No? Si yo juraría que fue eso lo que me dijiste, si no, ¿cómo iba yo a cogerle lo mismo y a fastidiarte tu regalo, chiquilla? Que va, que va... qué disparate. Hija mía, serán los años, si es que no me entero de nada. Pero, vamos, eso lo descambias y le coges cualquier cosilla —me dijo. Y por un momento casi la creí, pero recordé lo que siempre había detestado que se dieran regalos para Santa Claus al ser una defensora acérrima de los Reyes Magos y caí en la cuenta de que solo lo había hecho para poder entregarle su mansión antes que yo la mía. Y la miré. Y me miró. Y nos reconocimos. Suerte que ya habían retirado el cordero.

Lo peor es que mi mansión la había comprado hace tanto que ya no me devolvían el dinero, así que sigue en el trastero, y algunas veces, cuando estoy al borde de un ataque de nervios como Carmen Maura, bajo, ordeno los muebles del salón, le hago una trenza a la Barbie para que no se me despeine y la siento en la mesa del comedor con Ken para que puedan hablar de sus cosas. Y me trae tan buenos recuerdos y me lo paso tan bien, que el año próximo me regalo la *boutique*. O eso o ahorro para el psicólogo. A saber.

La anteriormente conocida como buena abuela

La anteriormente conocida como buena abuela recogía todas las tardes a las niñas del colegio aunque no hiciera falta, y se las llevaba a merendar churros aunque tuviera la úlcera rebelde y los ardores abrasándole la garganta, y a las clases de *ballet* a las que ella misma las había apuntado para que disfrutaran saltando con sus carísimos tutús, mientras les hacía fotos que luego colocaba por toda la casa como una fan enfervorizada.

La anteriormente conocida como buena abuela se ofrecía, no solo a llevar al niño a la catequesis, sino a convertirse en su catequista, aunque en el fondo fuera atea y las sesiones evangelizadoras que le daban en la parroquia le coincidieran con las clases de marroquinería y la gimnasia pasiva que le recomendó la nutricionista.

La anteriormente conocida como buena abuela aparecía siempre que se la llamaba, como Candyman, pero sin gancho ni sed de venganza, siempre dispuesta a echar una mano, hasta que a su hija le salió positivo el test de embarazo y desapareció para siempre. «Es que ella está muy sola y un niño es mucho trabajo para la criatura», como si tus tres vástagos fueran muñecos articulados a los que pudieras quitarles las pilas a las tres de la tarde o tuvieras una legión romana en tu casa doblándote trapos. Sin contar que, a diferencia de su hija, trabajas ocho horas cada día frente a un ordenador con los ojos en la nuca de agotamiento, mientras ella la única obligación que tiene es con su profesora de pilates y con la *esteticien* ucraniana que le pone las uñas cada quince días, «que hay que estar monas y no podemos dejarnos»; mientras tú, que vienes de regreso de las clases de *ballet* a las siete y media de la tarde sin haber comido todavía, con tus cinco centímetros de raíz y tu nopeinado al estilo Cayetana de Alba, te planteas la posibilidad de apalearla hasta la muerte.

La anteriormente conocida como buena abuela se pasaba dos semanas cocinando para el cumpleaños de tu niña y aparecía con tres tortillas, dos empanadas y cuatro bandejas de medias noches, pero desde que es abuela por parte de hija no solo no trae ni una bolsa de gusanitos, sino que en ocasiones ni siquiera un regalo, «hija mía, que no he tenido tiempo, que mi chiquitilla ha estado mala con fiebre y no me he separado de su camita», aunque la niña esté ahora trepando por el parque de bolas con un vestido que le ha comprado la abuela esa misma mañana. Que de eso sí le ha dado tiempo.

Eso sí, cuando llega el cumpleaños de su «chiquitilla», no solo le paga el local y el *catering*, sino que contrata a una princesa cuarentona con cara de exyonqui y vestido de brillo del rastro para que le pinte la cara a los niños, y un mago con capa de los chinos que deja a los pequeños boquiabiertos con sus trucos de magia Borrás.

La anteriormente conocida como buena abuela se pasa el día llorando de lo que le está afectando la crisis al negocio y que al final no va a poder regalar al niño el traje de comunión: «Perdona, hija, pero ya sabes cómo está la cosa». Aunque, al parecer, la cosa no está tan mala como para comprarle a su nieta *laotra* el vestido de 100 euracos, con capotita y braguita a juego, los zapatos y la rebequita de hilo para la citada comunión, mientras a tu hijo, en su gran día, le endiña un libro de firmas con música y una minibiblia dorada *made in China*.

La abuela acaparadora

La abuela acaparadora asiste al parto con el álbum de fotos familiar bajo el brazo para dejar claro en el momento del nacimiento que es una réplica exacta a cualquier miembro de su familia o, a unas malas, a todos a la vez, que está claro que el niño ha salido a los suyos, aunque el niño sea pelirrojo como tú y traiga de fábrica las mismas *gigantoorejás* que te traumatizaron en tu niñez. Y se pasa el día trayéndote fotos de desconocidos que vivieron hace cien años para dejarte claro lo mucho que se parecen tus hijos a ellos, y es tal el acoso que al final has de asentir y hasta fingir cierto entusiasmo, aunque no encuentres ninguna similitud salvo el hecho de que ambos sean seres humanos con antepasados en Atapuerca.

La abuela acaparadora asegura que la risa de la niña es igualita a la de la tía Reyes, que murió soltera de una culebrina, y los andares con los tacones de princesa, exactos a los que tenía su madre, que es verla y representársele la abuela, aunque la niña tenga año y medio y ande como una artrítica ebria... Y eso por no hablar de los tirabuzones, que son calcados a los que tenía ella cuando era niña y que curiosamente no salían en los millones de fotos que te ha enseñado, donde tenía el pelo más liso que Gwyneth Paltrow después de un tercer alisado japonés.

La abuela acaparadora se hace la sorda cuando alguien dice que tu niño tiene el mismo carácter que tu madre y se va de viaje astral cuando le cuentas que tus padres lo llevaron al parque de atracciones el pasado domingo para celebrar las buenas notas, y cuando le comentas que tu hermana se lo va a llevar a Eurodisney como regalo de cumpleaños, finge que tiene una urgencia intestinal y sale corriendo para nunca volver a retomar la conversación. Eso sí, si ella le compra un sobre de cromos de la liga de 90 céntimos, se lo cuenta hasta a la muchacha que limpia tu portal, que es rumana y solo finge que entiende el español.

La abuela pasota

La abuela pasota finge ser una buena abuela e incluso se queja en público de lo poco que ve a sus nietos, pero las pocas veces que le pides que se quede con los niños porque tienes cita para una triple endodoncia o una operación de apendicitis en ciernes, siempre tiene la mala suerte de tener un compromiso anterior e ineludible como cerrar la declaración trimestral del IVA o ir a la peluquería a hacerse la permanente, que ya tiene mala pipa la cosa...

La abuela pasota se niega a quedarse con los niños una semana que tenéis descolgada en verano aunque ni ella ni su marido trabajen y seáis la única familia que todavía les habla, «anda, mujer, qué disparate, que hoy en día hay muchos campamentos de verano que están divinamente, cuestan dos duros y se lo pasan en grande... ¿qué van a hacer los chiquillos aquí metidos todo el día en la casa con unos viejos?». Aunque ella se pase el día en la playa, tostándose como una morcilla de Burgos.

La suegra pasota siempre se excusa en que los niños no quieren quedarse con ella para librarse de ejercer de canguro, «que ya ves, que yo me quedaría encantada, pero estos niños son muy raros y solo quieren quedarse con sus padres», aunque el tuyo esté frito por pasar allí la noche y además lo diga alto y claro. «Sí, eso lo dices ahora, pero luego en mitad de la noche te pones penoso», lo que teniendo en cuenta que el niño tiene doce años y un bigote incipiente es tan absurdo como ridículo.

Y las pocas veces que se los queda, básicamente porque tu marido le ha colocado los niños en el salón y ha salido corriendo escaleras abajo para que podáis ir a la boda de tu prima la de Cuenca, se pasa toda la noche llamándote al móvil: «Que mira, que el niño no para de llorar y yo ya no sé qué hacerle», «Que mira, que qué le doy de comer a la niña, que me dice que el potito me lo tome yo», «Que mira, que cómo va la cosa, ¿cuándo tenéis previsto volver? A ver si vais a cerrar aquello, que yo por mí no tengo problema, pero los chiquillos dicen que quieren dormir en su cama», mientras tú los escuchas roncar desde el otro lado del teléfono.

La abuela pasota nunca llama para hablar con los nietos y si lo hace, porque se ha confundido con el móvil táctil, les corta a los tres minutos, «que estas llamadas cuestan mucho dinero y además seguro que tenéis deberes que hacer». Pero si eres tú la que la llamas para preguntar cómo está de lo suyo, es capaz de pasarse tres horas hablándote de los cólicos de la perra y de lo mal que la tratan en la Seguridad Social, que le han hecho pagar la vacuna de la gripe, que encima sospecha que estaba caducada, y que está tramitando una denuncia formal porque el médico de cabecera sustituto ya no le receta los ansiolíticos de marca.

La abuela negligente

La abuela negligente se lleva a tu niño a los columpios y le deja subirse en los toboganes de mayores, de esos con los que entras en estado de pánico de solo mirarlos, y le deja montarse bocabajo, con las manos en alto y sacando la lengua. «Que son niños, mujer, y tienen que divertirse», te cuenta cuando os encontráis en el hospital para ponerle siete puntos en la frente. Y como regalo por haber sido tan valiente, le compra unos patines profesionales y amenaza con llevárselo a la pista municipal a partirse los dientes subiendo y bajando una cuesta de 45 grados como experiencia cercana a la muerte.

La abuela negligente siempre está más dispuesta a quedarse con tus hijos que tú a dejárselos, porque, aunque ellos se lo pasen en grande, siempre te los devuelve con alguna tara, algún efecto secundario a modo de castigo divino por tus horas de soledad.

Lo mismo les organiza un maratón de cine de terror con el visionado de *El exorcista*, «que es un clásico que hay que ver», para que luego los tengas tres semanas metidos en tu cama con los ojos desencajados y pegados como lapas a tu espalda, a punto de sacarte la columna por el esternón a base de embestidas, que les infla a golosinas y te los devuelve con sus vómitos y su diarrea, que se los lleva de excursión en plan ruta Quetzal y te trae al pequeño, que aún no ha empezado primaria, con cientos de magulladuras en las piernas como si se hubiera peleado con un gato montés a vida o muerte.

La abuela negligente se lleva a tu hija preadolescente con la excusa de invitarla al cine y te la devuelve con unas extensiones rosa chicle y un *piercing* de pega en la ceja, «que es que tú eres muy antigua, pero eso es lo que se lleva y la niña está en la edad, mujer».

La abuela negligente se ofrece a llevar a los niños al colegio para que tú puedas llegar al trabajo con más tiempo, pero siempre acaban llegando tarde e inventándose historias surrealistas que luego tienes que respaldar tú frente a la maestra con cara de acelga para que los dejen entrar por conserjería. Otra vez. Y si accedes a que se quede con los niños el día previo a la comunión de las primas, te los lleva ataviados con la segunda equipación del Madrid, «que sí, mujer, que ya sé que me dejaste los conjuntos de bermuditas y cuello mao, pero ¿y lo contentos y cómodos que van así? ¿Y no me vas a decir nada del tupé que les he peinado, que están para comérselos?». Y, sin mediar palabra, sales corriendo de su lado para que nadie te relacione con esa versión de tus hijos inspirada en Carabanchel.

La abuela negligente se presta a quedarse de canguro cuando te vas de viaje de trabajo y esa misma noche mientras cenas, te manda una foto del niño en bañador en la playa, lo que no sería tan terrible si no fueran las nueve de la noche del mes de mayo y el niño no acabara de salir de una bronquitis aguda. Por lo que el responsable de Andalucía oriental tiene que hacerte la maniobra Heimlich para que estampes el trozo de brócoli con el que te estás atragantando del disgusto, justo en la frente del presidente de la compañía.

La abuela ausente

La abuela ausente ni visita ni llama ni pregunta, que bastante lío tiene la pobre mujer con sus viajes al extranjero y su trepidante vida social como para andar pendiente de los problemas de los demás. Así, ya podéis pasar la gripe aviar y la tos ferina en un solo año, o que se os desplome el techo del cuarto de la niña o casi morir en un tsunami en Puerto Rico, que la suegra ni levanta el teléfono para ver cómo estáis, o bien porque ni se ha enterado, o bien porque no le ha dado importancia, «que sí, que me lo contó tu vecina que me la encontré en El Corte Inglés, pero me dijo que ya todo estaba bien, ¿y yo qué iba a adelantar llamándoos?».

La abuela ausente no solo no ha llamado nunca a casa sino que rara vez lo ha cogido cuando la has llamado tú. «Es que yo no creo en el teléfono y casi siempre lo tengo desconectado o sin volumen, que la gente es muy pesada», y te deja con la sensación de ser la amiga plasta que se pasa la vida dando por saco. Y da lo mismo que le dejes veinte mensajes en el contestador como un amante acosador, ella tampoco cree en el contestador y si cree, hace como que no.

La abuela ausente vino a conocer al niño el día en que nació a través del cristal del nido y porque su hijo la obligó, y desde entonces lo ha visto cuatro veces y en ni una sola ha acertado con el nombre de la criatura, ni siquiera le da un beso, «que es por no agobiarlo», y si por casualidad el chiquillo se acerca a decirle algo, pone media sonrisa socarrona y le dice: «Ay, hijo mío, es que no te escucho, díselo mejor a tu madre, que es la que te entiende». Y sigue hablándote de lo mal que tiene las vértebras.

La abuela ausente solo se acuerda del cumpleaños de sus nietos porque la invitas a la fiesta, a la que casualmente nunca puede venir porque está haciendo el Camino de Santiago o un circuito por Estambul, y si por un extraño devenir del destino aparece, siempre viene sin regalo y, como mucho, le endiña a la criatura un billete, que la niña mira con cara de insecto palo o un juego de *Pocoyó* para niños de cuatro años aunque la chiquilla cumpla doce y use sujetador. Con aros.

Asesinatos y resurrecciones

Desde que la conocí, mi suegra siempre me pareció una mujer rara, como perturbada pero sin dar miedo. No mucho, al menos. Así que cuando se echó un novio y se fue a vivir a Holanda, casi lo preferí, que esas pupilas pequeñas e incisivas no podían traernos nada bueno.

Mentiría si dijera que la he visto más de cuatro veces, porque ni siquiera vino a nuestra boda, alegando que el billete costaba un pastón y que tampoco era una cosa de necesidad, que la mujer es muy despegada y dejar a su hijo sin madrina era mucho menos doloroso que los 400 euros que le costaba el vuelo.

Sí vino a conocer a mi hijo cuando nació, con un entusiasmo sorprendente e incluso se quedó un par de semanas en casa para presuntamente echarnos una mano y pasar tiempo con el que era su primer nieto. Sin embargo, una vez que cogió el avión y regresó a Holanda con su nuevo marido, no volvió a dar señales de vida, ni en persona ni en llamadas y tampoco nos contestaba cuando tratábamos de ponernos en contacto con ella. Así que acabamos por darla por desaparecida aunque el niño nos ponía en más de un aprieto, ya que, a medida que iba creciendo, hacía más preguntas sobre su familia paterna.

Yo le dije que su abuelo estaba en el cielo —que es verdad— y que su abuela vivía muy, muy lejos y que por eso no podía venir a verlo, pero mi madre, que va a lo suyo y se pasa mis decisiones por la nariz, decidió decirle que en realidad la abuela también estaba en el cielo.

—¿Es que no ves que la criatura no entiende por qué no le llama? Que el niño tendrá cinco años pero tonto no es y sabe que, aunque viva lejos existen los teléfonos, las cartas y el Internet dichoso ese para enterarse de cómo crece su nieto... y no quiero que piense que

su abuela no le quiere, mejor decirle que está en el cielo y se queda más contento.

Y así fue como matamos a mi suegra.

El problema vino cuando unas navidades decidió viajar desde Holanda y venir a casa a visitarnos, sin previo aviso ni notificación alguna. Y cuando el pobre niño, que la conocía por fotografías, abrió la puerta y se la encontró en el umbral, casi muere de un infarto, y salió corriendo a encerrarse en su cuarto pensando que acababa de ser protagonista de un encuentro paranormal y que su abuela muerta había venido a visitarle.

Mi madre se parte de la risa cada vez que recordamos el asunto, pero el explicarle a mi suegra que nos la habíamos cargado y al niño que la abuela había resucitado por Navidad casi nos cuesta la poca salud mental que nos queda.

Ahora la criatura está a la espera de que se le aparezca el abuelo, en cuyo caso seré yo la que salga corriendo a esconderme.

LA BUENA SUEGRA

Ni todos los gatos son pardos, ni todas las suegras son malas. Es un hecho. Pero, claro, hablar de la buena suegra es como hacerlo del jefe amable y atento, que te sube el sueldo cuando hay beneficios y te da la tarde libre el día de tu cumpleaños, o como del ex civilizado que te da dos besos cuando te encuentra con tu nuevo novio, que es diez centímetros más alto que él y, además, te felicita por Navidad con un vídeo de un duende bailarín... Que no te da vidilla ninguna.

Que tener una mala suegra te da para muchas conversaciones de teléfono y mucha descarga de adrenalina en una terraza comiendo pistachos y escupiendo bilis en un ciclo sin fin como el de *El rey león*; pero si lo que tienes es una buena suegra, pues tienes una buena suegra. Fin. Y de ahí no hay mucho que sacar.

Por eso, las buenas suegras tienen tan poca prensa, pero existir, existen, como el ornitorrinco, el trébol de cuatro hojas o los recién nacidos que duermen del tirón. Y si te ha tocado en gracia, estarás en deuda con la divina providencia hasta el fin de tus días, porque una buena suegra no es solo la ausencia de una mala suegra, con sus cuchicheos, sus maldades varias y su necesidad imperiosa de complicarte la vida, sino que es un apoyo, una mano tendida a la que aferrarte como a una segunda madre.

A veces, para descubrir a una buena suegra basta con no cerrarse y dejarle un hueco en tu vida —tampoco demasiado grande, no vaya acoplársete para siempre en el sillón cama de la salita—, conocerla como persona, más allá de su papel como suegra y ponerte en su lugar de madre amantísima, confusa por el baile de roles. Basta con relajarse y limpiar la mirada y ver solo lo que hay. Porque, aunque a veces lo que hay es una bruja despiadada e insoportable, otras solo hay una madre reconvertida a suegra, *lampando* por seguir siendo parte de la vida de su hijo.

Dentro de la categoría de la buena suegra existen diferentes subespecies, que no es lo mismo la que te acoge como una hija e igual te escupe en un ojo si lo cree necesario que te deja su coche tres meses y se va al trabajo en metro con la cara aplastada en la axila de un desconocido, que la que no dice una voz más alta que otra por miedo a ser ingresada en un asilo, que la que tiene dos hervores de menos y sería capaz de regalarle medio hígado al cartero que le trae los certificados de Hacienda. No hay color.

La suegra cobarde

La suegra cobarde ha sido cobarde toda su vida y, aunque se ha leído todos libros de autoayuda que se ha encontrado por el camino, es incapaz de decir que no, y prefiere quedarse con tus tres hijos y maldormir a decirte que tiene entradas para ver a su actriz favorita en el teatro desde hace más de tres meses o una cita para hacerse una limpieza de colon a primera hora de la mañana.

La suegra cobarde no va mucho a casa por miedo a molestar, pero viene rauda y veloz cada vez que se la llama, con pocas ganas porque está en el último capítulo de la novela guarrilla que le ha regalado su amiga Verónica y tiene el corazón en un puño, o con un cólico cerrado de los malos que la tiene al borde de la muerte, pero fingiendo que no le pasa nada, no vayas a disgustarte, como si fueras un ogro sin corazón, hasta que por casualidad acabas descubriendo el pastel y al final eres tú la que tienes que comprarte el libro de autoayuda *La importancia del yo y cómo enfrentarse a la culpa* para levantar cabeza.

La suegra cobarde se lamenta interiormente de ser una buena suegra y de andar esclavizada todo el día, cuando ella lo que quiere es leer sus novelas de misterio e irse de paseo y cervecitas con sus amigas, pero reconoce que sería más duro soportar la culpa de no estar disponible o las posibles consecuencias como un hipotético desencuentro familiar, así que queda a la espera de órdenes precisas, con los ojitos vueltos mirando el móvil toda la noche, no vayas a necesitar que se quede con la niña un miércoles a las tres de la mañana.

La suegra cobarde puede poner cara de querer matarte en más de una ocasión o torcer el labio involuntariamente ante cualquier cosa que no le cuadre, pero enseguida se da cuenta, forma filas y saca su sonrisa de anuncio de dentífrico, no vaya a liarla y acabe recluida en un asilo antes de cumplir los setenta. Con la de cosas que tiene ella que hacer.

La suegra pardilla

La suegra pardilla es tan buena que sería capaz de donarte las córneas y el iris mañana mismo porque te gusta su color de ojos y encima darte las gracias por el piropo. Y siempre está dispuesta a echar una mano, ya sea cuidando de tus hijos todo el verano o barnizándote el mueble de la cocina una sobremesa de agosto a 40 grados.

La suegra pardilla lleva tras de sí a un atajo de caraduras y además de acercar a tu hijo al colegio, lleva a otros tres del bloque, «que a mí qué más me da, si todos van al mismo sitio», mientras tú te vas a trabajar con los ojos pegados y ves a las otras madres tomando café en el bar de abajo, muertas de la risa, y tu suegra acaba llegando tarde a la revisión trimestral de la osteoporosis.

La suegra pardilla acaba siendo víctima del abuso de la gente, por lo que al final la tienes disponible la mitad de la mitad del tiempo que podrías porque tienes que compartirla con tu cuñada la floja, a la que le va a dar una trombosis de lo poco que se mueve, con sus sobrinas que trabajan hasta tarde, su hermana que tiene jaqueca cuando no tiene plan, las vecinas que quieren que les haga una caldereta cada viernes y los siete gatos callejeros que la persiguen cada noche, a la espera de su lata de sardinas en escabeche.

La suegra madre

La suegra madre te acoge bajo sus alas como a una hija más, por lo que lo mismo te critica a la cara y te anuncia que no solo estás más gorda, sino que los kilos se te han ido a las caderas, que se queda contigo día y noche las dos semanas que te pasas en el hospital por una neumonía.

La suegra madre se mete en tu vida tanto o más que tu madre, pero siempre está dispuesta a hacértela más fácil, ayudándote con la casa, con los niños y hasta con el trabajo, que para eso ella estuvo colocada quince años como secretaria de un concejal y sabe un rato de ordenadores. Eso sí, la suegra madre decide en qué y cómo va a ayudarte, que para eso ella es mayor que tú y sabe qué es lo que te conviene.

La suegra madre te hace sentir una más para lo bueno y para lo malo, y lo mismo te pone a fregar platos después de la comida del domingo, que te regala el anillo que le dejó en herencia su abuela y que tanto te gusta. Y no se corta un pelo a la hora de regañar a los niños, que para eso se los lleva todos los años a pasar el verano a la casa de la playa.

La buena (buena) suegra

La buena suegra siempre está dispuesta a ayudar en lo que se la necesite y con una sola llamada se planta en tu casa aunque sea medianoche, dispuesta a remangarse y a echar una mano sin preguntar siquiera lo que ha pasado.

La buena suegra os cuida y siempre que hace algún plato que sabe que os gusta, os guarda un *tupper* XL, y si alguno cae malo, prepara su sopa de ajo reconstituyente y se presenta en casa con ella, un par de revistas y el firme propósito de llevarse a los niños a su casa para que podáis descansar.

La buena suegra no critica y si tiene que decir que algo no le ha gustado, lo hace educadamente y sin aspavientos, sin enfadarse jamás, siempre intentando buscar soluciones que sean buenas para todos y tratando de ser comprensiva contigo, aunque te tenga echando espuma por la boca.

La buena suegra no es entrometida y mira para otro lado cuando ve que su hijo y tú estáis peleando aunque hasta el vecino del primero esté acojonado con los gritos nivel *reality* de la MTV, que ella no se mete en nada si no se lo piden, y no se presenta en tu casa sin previo aviso, ni se queda hasta horas intempestivas a dar guerra. La buena suegra sabe cuándo se la necesita y cuándo sobra. La buena suegra es un *crack*.

Cómo reconocer a una buena suegra

La buena suegra ayuda

Que llegas del paritorio con la cara desencajada y la barriga abierta y un bebé con la marca del anticristo y los cólicos detrás de la oreja y tienes que enfrentarte a otros dos pequeños salvajes que te esperan en casa para acabar con las pocas energías que te quedan y arrancarte dos años de esperanza de vida... ahí está la buena suegra dispuesta a echar una mano. Llevándose a los mayores a dormir durante dos semanas, dejándote la casa como una patena con extra de amoníaco o preparándote comida para tener el congelador lleno hasta el día de juicio final por la tarde.

Y aunque los niños ya sean mayores y tú no trabajes fuera de casa y tu marido colabore tanto o más que tú, si te ve aparecer un día con unas ojeras más profundas que las fosas de Las Marianas y moradas tirando a negro tizón, los pelos de «acabo de recibir un cortocircuito en mis carnes» y la mirada perdida de lobotomizada reincidente, la suegra se pone manos a la obra. Te compra dos cajas de vitaminas, te prepara una sopa y te quita a las bestias pardas un par de días para que puedas recolocarte los órganos.

La buena suegra es una buena abuela

Que tus niños quieren ir al zoológico o al parque de atracciones en pleno cierre trimestral cuando no tienes tiempo ni de mantenerte con vida, y el padre está de viaje de negocios en China... ahí está la buena suegra, dispuesta a echarle cacahuetes a los chimpancés viejos y a subirse en la noria extragrande con tal de ver felices a los niños.

Y si tiene que apuntarse a clases de corte y confección para poder hacerle a tu hija el disfraz de hada-princesa-pirata que ha diseñado en su casa con ceras, se apunta. Aunque odie la costura y las clases sean a la hora de la siesta, con lo bien que le viene un rengue para las jaquecas.

La buena suegra te quiere

Que un día estás estresada nivel «voy a salir a pegar tiros en camisón» y porque la pobre mujer te pregunte dónde tienes el descafeinado, saltas como una bestia salvaje dispuesta a arrancarle la yugular... ahí está la buena suegra perdonando. Eso sí, tampoco abuses y tengas a la criatura de *sparrring*, que a ver quién se queda luego con tus niños y te trae los *tupper* de arroz con leche con extra de canela.

La buena suegra te acompaña, te anima, te consuela, comparte tus risas y enjuga tus lágrimas. La buena suegra recuerda tu cumpleaños y tu santo y siempre tiene un regalo para ti bajo el árbol, aunque sea tan horrible que hubieras preferido que no lo tuviera. Para la buena suegra tú no eres la mujer de su hijo o la madre de sus nietos, para la buena suegra tú eres un miembro más de su familia.

Y te quiere.

Mi segunda madre

Mi madre murió a los seis meses de mi boda. Llevaba enferma varios años y, aunque todos los médicos nos aseguraban que el final era inminente, su fallecimiento me pilló de sorpresa, como imagino que ocurre siempre cuando la que se va es la mujer que te trajo al mundo.

Desde que se le apagó el último latido, solo podía pensar en las muchas cosas que iba a perderse, pero, sobre todo y egoístamente, en las cosas que iba a perderme yo de vivir junto a ella y que ahora tendría que encarar sola, de la mano de mi marido, que era prácticamente la única familia que me quedaba, aunque yo lo que necesitaba era una madre que me guiara y me acompañara en la vida, con la que llorar las penas, reírme hasta que me doliera el estómago y disfrutar del mundo juntas. Y ya no podría ser.

Mi suegra, que también había perdido muy joven a su madre, debió de imaginar por lo que estaba pasando y en la misa que le oficiaron, mientras el sacerdote leía unos salmos, se me acercó, me agarró fuerte de la mano y me dijo que jamás dejaría de echarla de menos, pero que mientras ella estuviera viva, no me faltaría una madre sobre la que apoyarme.

Y así ha sido. No solo me ayudó a salir de aquella tristeza infinita de las primeras semanas, sino que me animó a asomarme a la vida y a descubrir que había muchas cosas que merecían que yo estuviera al pie del cañón. Y desde entonces no ha habido un solo día que no la haya sentido cerca.

Se emocionó cuando vio las dos rayas al Predictor, me arrojó en un embarazo complicado y le quitó importancia a los sustos que me llevé por el camino. Respiró conmigo en un parto para olvidar y lloró de emoción cuando vio nacer a mis dos gemelos preciosos. Me tranquilizó cuando les subía la temperatura y me enseñó a curarles el ombligo. Salió corriendo conmigo a urgencias de madrugada, me consoló mientras lloraba de estrés y de falta de sueño, me animó cuando me vine abajo por perder mi empleo y descorchó una botella de cava cuando conseguí uno mejor.

Me cuidó cuando lo necesitaba, se quedó con mis hijos para que fuera de fiesta con mis amigos y disfrutara de todos mis aniversarios. Aplaudió mis proyectos ilusionantes y saltó de alegría cuando vio que se hicieron realidad. Fue mi enfermera cuando me accidenté y la de mis hijos cuando tuve que salir a trabajar. Fue mi amiga cuando necesité una cómplice para reír y un hombro sobre el que llorar.

En estos dos años que llevo sin madre, he disfrutado de buenísimas experiencias que han hecho que todo esto merezca la pena y he tenido momentos difíciles en los que la vida se me ha puesto cuesta arriba... Y en todos ellos, sin excepción, he tenido tendida la mano amiga de mi suegra, que, aunque no es la de mi madre, se le parece bastante.

Pues eso.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Flor Enjuto Mena, 2015
© La Esfera de los Libros, S.L., 2015
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
www.esferalibros.com

Ilustraciones de interior: Ximena Maier, 2015
Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2015
ISBN: 978-84-9970-340-6 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.